



Michael Scott

el ALQUIMISTA

Los secretos
DEL INMORTAL
NICOLÁS FLAMEL



de



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Cuando Sophie y Josh Newman, dos adolescentes que viven en San Francisco, deciden ponerse a trabajar en verano para sacarse un poco de dinero, no se imaginan que los afables propietarios de la librería donde Josh trabaja, Nick y Perry Fleming, son en realidad los últimos guardianes de un libro mágico y milenario, responsable del equilibrio entre el Bien y el Mal...

Una batalla por el Bien y el Mal está a punto de librarse y el porvenir del mundo quedará en manos de dos adolescentes...

L=LIBROS

Michael Scott

El alquimista

Los secretos del inmortal Nicolas Flamel - 1

A Claudette, por supuesto
iamque opus exegi

Soy leyenda.

La muerte no me espanta y las enfermedades ni siquiera pueden afectarme. Miradme y os resultará difícil adivinar mi edad, pues nací el año 1330 de Nuestro Señor, hace más de seiscientos setenta años.

A lo largo de mi vida he desempeñado varios oficios: he sido médico y cocinero, librero y soldado, maestro de literatura y de química, e incluso policía y ladrón.

Pero antes que todo eso, fui un alquimista. De hecho, fui el Alquimista.

Era considerado el mejor alquimista de aquellos tiempos, solicitado por reyes, príncipes y emperadores, e incluso el mismísimo Papa requirió mis servicios. Podía convertir metal común y corriente en oro y transformar toscas piedras en magníficas joyas. Y no sólo eso: descubrí el secreto de la vida eterna que durante años permaneció escondido entre las páginas de un libro de magia antigua.

Ahora, mi esposa Perenelle ha sido secuestrada y el libro robado. Sin el libro, ella y yo envejeceremos. Durante cada ciclo lunar, nuestro cuerpo se marchitará y, con el tiempo, ambos falleceremos. Si perecemos, el Mal contra el que hemos combatido durante tanto tiempo triunfará. La Raza Inmemorial reclamará esta Tierra otra vez y aniquilará a la humana de la faz del planeta.

Pero no moriré sin luchar.

Porque soy el inmortal Nicolás Flamel.

Extracto del diario personal de Nicolás Flamel, el Alquimista.

Escrito el jueves 31 de mayo en San Francisco, mi ciudad adoptiva.

JUEVES,

31 de mayo

Capítulo 1

Uale, a ver si sabes contestarme a esto: ¿quién en San Francisco llevaría puesto un abrigo en pleno verano?

Sophie Newman se ajustaba el auricular del manos libres de su teléfono con tecnología bluetooth mientras hablaba. Al otro lado del continente, su amiga Elle, muy sensibilizada con el mundo de la moda, preguntó:

—¿Qué tipo de abrigo?

Después de limpiarse las manos con el trapo que solía guardar en el pequeño bolsillo de su delantal, Sophie salió de detrás del mostrador de la tienda, que permanecía completamente vacía, y se dirigió hacia el ventanal desde donde observó a varios hombres apearse de un coche aparcado en la acera de enfrente.

—Abrigos negros de paño. También llevan guantes negros, sombreros y gafas de sol. —Entonces se acercó un poco más al cristal—. Incluso para esta ciudad, todo esto resulta más extraño de lo normal.

—¿Quizá sean sepultureros? —sugirió Elle al otro lado del teléfono móvil, rompiendo el silencio.

Sophie lograba escuchar una música sombría y ruidosa de fondo, quizá del grupo Lacrimosa, o de los Amorphis. Elle aún no había superado del todo su etapa gótica.

—Puede ser —respondió Sophie con un tono de voz poco convincente.

Sophie se hallaba charlando con su amiga por teléfono cuando de repente, hacía apenas un momento, divisó ese coche de apariencia poco común. Era largo y elegante, como si estuviera sacado de una película en blanco y negro. Cuando pasó por delante de la ventana, los rayos de sol se reflejaron en las ventanillas opacas del coche produciendo el efecto de un espejo, de forma que durante un breve instante un destello de luz brillante y cálida iluminó el interior de la cafetería y deslumbró a Sophie. Después de pestañear varias veces, los puntos negros y brillantes que habían estado centelleando en sus ojos desaparecieron y Sophie logró ver cómo el coche giraba en dirección a la colina y cómo, instantes después, retrocedía y, sin poner el intermitente, aparcaba justo delante de El Pequeño Rincón del Libro, al otro lado de la calle.

—Quizá sean de la mafia —mencionó Elle con un tono de voz dramático—. Mi padre conoce a alguien que está metido, pero creo que conduce un Toyota Prius —añadió.

—Sin duda, éste no es un Toyota Prius —afirmó Sophie mientras observaba

una vez más el coche y a los dos hombres, que continuaban inmóviles sobre la acera, envueltos con esos tupidos abrigos, ataviados con guantes y sombreros y con los ojos escondidos tras esas enormes gafas de sol.

—Quizá simplemente tengan frío —sugirió Elle—. ¿No hace frío en San Francisco?

Sophie Newman echó un vistazo al reloj y al termómetro que estaba colgado en la pared, justo detrás del mostrador de la tienda.

—Son las dos y cuarto... y la temperatura es de veintiséis grados —contestó—. Créeme, no pueden tener frío. Deben de estar derritiéndose de calor. Espera —musitó interrumpiéndose a sí misma—, está sucediendo algo.

De pronto, una de las puertas traseras del coche se abrió y otro hombre, más corpulento que sus dos acompañantes, salió del coche de una forma un tanto acartonada y rígida. Al cerrar la puerta un destello de luz le alumbró el rostro y Sophie pudo divisar que se trataba de una tez pálida, de un color grisáceo y, a primera vista, de aspecto un tanto enfermizo. En ese instante, ajustó el volumen del auricular.

—Bueno, tendrías que haber visto con tus propios ojos lo que acaba de salir de ese coche. Un hombre enorme con la piel grisácea. Grisácea. Puede que eso lo explique todo; quizá tienen algún tipo de enfermedad cutánea.

—Una vez vi un documental del *National Geographic* sobre gente que no puede exponerse a la luz solar... —comenzó a relatar Elle, pero Sophie, en ese instante, ya no la estaba escuchando.

Un cuarto hombre se apeó del coche.

No era tan robusto como los demás y su aspecto era mucho más pulcro. Lucía un elegante traje de tres piezas de color gris carbón que parecía pasado de moda, pero que incluso Sophie podía asegurar que había sido confeccionado a medida. Llevaba su cabello gris hierro recogido en una coleta, de forma que los rasgos angulosos de su rostro quedaban completamente al descubierto. En ellos destacaba una barba negra con alguna mecha canosa y de corte triangular que lo dotaba de un aspecto más distinguido y que le disimulaba levemente los labios y la barbilla. Se alejó con paso firme del coche hasta llegar a la marquesina de rayas que cubría las estanterías de libros colocadas en el exterior de la tienda. Al coger un libro publicado en encuadernación rústica, cuya tapa lucía unos colores vivos, y ojearlo entre sus manos, Sophie se dio cuenta de que llevaba guantes de color gris. En la muñeca, un botón de nácar centelleó con la luz.

—Están entrando en la librería —informó Sophie a través del manos libres.

—¿Aún está Josh trabajando ahí? —preguntó de inmediato Elle.

Sophie hizo caso omiso del repentino interés que percibió en la voz de su amiga. El hecho de que a su mejor amiga le gustara su hermano mellizo le resultaba demasiado extraño.

—Sí. Voy a telefonearle a ver qué pasa. Te vuelvo a llamar enseguida.

En ese momento, Sophie colgó, retiró el auricular de su oído y distraídamente se frotó la oreja, que le ardía, mientras contemplaba, fascinada, al misterioso hombre. Había algo en él... algo extraño. Pensó que cabía la posibilidad de que fuera un diseñador de moda, o incluso un productor cinematográfico, o quizá un escritor, pues se había dado cuenta de que los escritores solían vestir con un estilo un tanto peculiar. Esperaría unos minutos después de que el forastero entrara en la tienda y más tarde llamaría a su hermano para que la informara.

Sophie estaba a punto de darse la vuelta cuando, inesperadamente, el hombre de tez grisácea se dio la vuelta y pareció clavarle la mirada. De pie bajo el toldo de la tienda, su rostro quedaba cubierto por la oscuridad de la sombra y durante una fracción de segundo sus ojos parecieron desprender un resplandor.

Sophie sabía, sencillamente sabía, que era completamente imposible que el hombrecillo pudiera distinguirla, pues ella se hallaba en el lado opuesto de la calle, tras un cristal que brillaba por el reflejo de los rayos del sol vespertino. Colocada tras la penumbra del cristal, Sophie resultaba invisible.

Pero entonces...

Pero entonces, en esa fracción de segundo, sus miradas se cruzaron y Sophie sintió un hormigueo en las manos y en el antebrazo, y algo parecido a una bocanada de aire frío detrás del cuello. Sophie se encogió de hombros y desvió la cabeza levemente hacia otro lado mientras mechones de su cabello rubio se posaban sobre sus mejillas. El contacto visual apenas duró un segundo antes de que el hombrecillo apartara la vista, pero Sophie tuvo la impresión de que éste estaba mirando directamente hacia ella.

Antes de que el enigmático hombre y sus tres recargados acompañantes desaparecieran en el interior de la librería, Sophie llegó a la conclusión de que aquel individuo le daba mala espina.

Menta.

Y huevos podridos.

—Qué peste.

Josh Newman permanecía en el centro del sótano de la librería y respiraba profundamente. ¿De dónde provenía ese hedor? Miró a su alrededor, hacia las estanterías donde se amontonaban los libros, a la vez que se preguntaba si algún animal habría muerto después de haber reptado hasta allí. ¿Qué otra cosa podría causar esa peste? El diminuto sótano siempre había desprendido una fragancia seca y mohosa y el aire que se respiraba era muy pesado, pues se entremezclaba en él el aroma del papel reseco de las esquinas erizadas con la rica esencia de las encuadernaciones de cuero y con el olor de las telarañas cubiertas de polvo. Le gustaba ese olor; siempre le había parecido que era cálido y reconfortante, como el aroma de canela y las especias que relacionaba con la

Navidad.

Menta.

La esencia, acre y pura, parecía cortar el aire que se hallaba encerrado en el sótano. Se asemejaba al aroma de una nueva pasta dentífrica o a los téis de hierbas que su hermana servía en la cafetería ubicada al otro lado de la calle. Se mezclaba con los fuertes olores que desprendían las tapas de cuero y el papel, y era tan intenso que incluso le provocaba escalofríos. Enseguida se quitó los auriculares conectados a su iPod. Estornudar con auriculares no era una buena idea, pues se le podían taponar los oídos.

Huevos.

Era un hedor nauseabundo y apestoso. No tardó mucho en reconocer que se trataba de la inconfundible pestilencia de los huevos podridos que al mezclarse con la característica esencia de la menta producía un olor realmente repugnante. Josh podía sentir cómo el hedor se adueñaba de su lengua y de sus labios, y entonces comenzó a percibir un leve picor en el cuero cabelludo, como si un diminuto insecto trepara por él. Josh no tardó un segundo en llevarse las manos a su cabellera rubia desmelenada para propinarse unas tremendas sacudidas. Seguro que estaban limpiando las alcantarillas.

Con los auriculares apoyados sobre sus hombros, comprobó la lista de libros que llevaba en la mano y volvió a desviar su atención hacia las estanterías: *Las obras completas* de Charles Dickens, veintisiete volúmenes, encuadernación en cuero rojo. ¿Dónde se suponía que debía encontrar eso?

Josh llevaba trabajando en la librería casi dos meses y todavía no tenía la menor idea de dónde estaban las cosas. No existía ningún sistema de clasificación... aunque sí había un sistema, un sistema que sólo Nick y Perry Fleming, los propietarios de El Pequeño Rincón del Libro, conocían. Tanto Nick como su esposa podían localizar cualquier libro, ya fuera en el sótano o en la tienda, en cuestión de minutos.

Una oleada de aroma de menta, seguida de una marejada de huevos podridos, volvió a invadir el ambiente. Josh tosió y sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. ¡Resultaba imposible! Metió la lista de libros en uno de los bolsillos de sus vaqueros mientras se apresuraba en guardar los auriculares en el otro. Se las ingenió para poder deslizarse por las pilas de libros y los montones de cajas hacia la escalera. No podía aguantar ni un minuto más allí abajo con ese hedor. Se frotó los ojos con la palma de las manos, pues el escozor resultaba insoportable. A continuación, se agarró con fuerza al pasamano de la escalera y cogió impulso para subir más deprisa. O respiraba un poco de aire fresco o vomitaría la comida, pero, misteriosamente, cuanto más se acercaba a la parte superior de la escalera, más penetrantes eran los olores.

Con cuidado, asomó la cabeza por la puerta del sótano y miró a su alrededor.

En ese preciso instante, Josh Newman se dio cuenta de que el mundo jamás

volvería a ser el mismo.

Capítulo 2

Con los ojos humedecidos por el hedor a azufre y menta, Josh, escondido tras el borde de la puerta que conducía al sótano, trataba de ver qué ocurría en el interior de la librería. La primera impresión fue que la tienda, que hasta entonces siempre había permanecido tranquila y poco concurrida, estaba abarrotada: cuatro hombres miraban frente a frente a Nick Fleming, el propietario. Tres de ellos eran corpulentos y fornidos, como armatostes, mientras que el cuarto tenía un aspecto más siniestro y una figura más enclenque. Enseguida se le pasó por la cabeza que estaban atracando la tienda.

Su jefe, Nick Fleming, estaba de pie en el centro de la librería, justo ante todos los demás. Era un hombre de aspecto común: su altura y su físico entraban dentro de la media y tenía las facciones más bien poco marcadas, a excepción de sus ojos, que eran tan pálidos que parecían no ser de ningún color en particular. Lucía un cabello negro muy corto, tanto que incluso podía distinguirse el color del cráneo y su barbilla siempre se veía eclipsada por una barba despoblada, como si no se hubiera afeitado en un par de días. Ese día iba ataviado como de costumbre, con unos pantalones vaqueros de color negro, una holgada camiseta negra que anunciaba un concierto que se había celebrado hacía veinticinco años y unas andrajosas botas de *cowboy*. En su muñeca izquierda se lograba entrever un reloj digital de ocasión y en la muñeca derecha, un pesado brazalete con enganche de plata acompañado por dos desgastadas pulseritas de la amistad de varios colores.

Justo delante de él, se alzaba un hombrecillo de tez grisácea vestido con un elegante traje.

Fue entonces cuando Josh se dio cuenta de que ninguno había musitado palabra... y sin embargo, algo estaba sucediendo entre ellos. Ambos permanecían inmóviles, con los brazos cerca del cuerpo, los codos metidos hacia dentro y las palmas de las manos abiertas y vueltas hacia arriba. Nick estaba en el centro de la tienda mientras que el misterioso hombrecillo permanecía cerca de la puerta principal, rodeado por tres caballeros engalanados con abrigos oscuros. Sorprendentemente, los dedos de ambos hombres se movían, bailaban, se meneaban con nerviosismo, como si estuvieran mecanografiando con saña: el pulgar rozaba con suavidad el dedo índice, el meñique acariciaba levemente el pulgar, el índice y el meñique volvían a estar completamente extendidos... En las palmas de las manos de Fleming se formaban zarcillos y espirales de vaho

verdoso que instantes después se solidificaban en vistosos bucles que se deslizaban hacia el suelo, donde se retorcian cual serpientes. Un humo amarillento y fétido se enroscaba y se escabullía entre los grisáceos guantes del enigmático hombre, salpicando así el suelo de madera cual líquido mugriento.

El humo desprendía una pestilencia a menta mezclada con azufre que sobrecargaba el ambiente hasta hacerlo irrespirable. Josh sintió un retortijón en el estómago y, tambaleándose, tragó saliva, pues el olor a huevo podrido realmente le provocaba arcadas.

La atmósfera que separaba a ambos hombres brillaba con una luz trémula porque cuando los zarcillos verdes y el humo amarillo rozaban algún objeto o superficie se producían unas chispas silbantes y chispeantes. Los dedos de Fleming continuaban en movimiento cuando de pronto una larga espiral de humo un tanto espeso y de color esmeralda apareció en la palma de su mano y adoptó la forma de un puño. Entonces, acercó sus labios y con un soplido siseante lo lanzó hacia el aire y éste serpenteó por entre los dos hombres, a la altura de sus cabezas. Los dedos del enclenque hombrecillo, un poco regordetes, comenzaron a tamborilear su propio ritmo y una pequeña bola de energía empezó a girar entre sus manos. Un segundo más tarde, despegó de la palma de sus manos hasta toparse con la espiral de humo verde, que inmediatamente abrazó la bola de energía. Acto seguido, un flamante chasquido inundó la librería... y en el mismo instante la invisible explosión empujó con fuerza a los dos adversarios hacia atrás, golpeándolos contra las mesas y estanterías repletas de libros. Bombillas y fluorescentes se descolgaron del techo y se hicieron añicos rociando con sus minúsculos vidrios todo el suelo, semejantes a gotas de lluvia. Dos de las ventanas exteriores explotaron mientras otra docena de cristales cuadrados se rompía en mil pedazos dejando el suelo como una tupida telaraña remendada a partir de hilos de cristal.

Nick Fleming se desplomó sobre el suelo, a unos pocos centímetros de la puerta del sótano. De hecho, por poco aterriza encima de Josh, quien estaba petrificado sobre los escalones, con los ojos abiertos como platos, como si hubiera sufrido una conmoción. Mientras Nick intentaba incorporarse y ponerse en pie, lo empujó hacia la escalera.

—Quédate abajo. Pase lo que pase, quédate abajo —susurró en un inglés con un acento difícil de definir.

Mientras desviaba la mirada hacia el lado contrario, Nick Fleming se enderezó y Josh contempló cómo volvía la palma de su mano derecha hacia arriba, se la acercaba al rostro y soplaba sobre ella. Al cabo de un instante, realizó un ademán de lanzamiento en dirección al centro de la librería, como si arrojara una pelota al aire formando un arco.

Josh estiró el cuello para seguir el movimiento. Pero no lograba vislumbrar nada... Y entonces fue como si todo el aire que se respiraba en el interior de la

librería hubiera sido absorbido por completo. Las estanterías más cercanas se derrumbaron, al igual que todos los libros colocados sobre ellas, formando así un desordenado montón de volúmenes en el centro del suelo. En ese momento, sobre las paredes podían distinguirse las huellas que las estanterías habían dejado con el paso de los años. A su vez, una enorme alfombra de lana se enrolló y también se abalanzó hacia el centro de la librería.

Entonces, la pila de libros que se habían amontonado explotó.

Dos de los hombres ataviados con abrigos negros recibieron de lleno el impacto de la explosión. Josh observó cómo los libros, algunos gruesos y pesados y otros delgados y livianos, volaban alrededor de los allí presentes como pájaros rabiosos. De repente, en su rostro se dibujó una mueca de dolor al ver cómo un diccionario se dirigía a toda velocidad hacia la cabeza de uno de los hombres de negro. Un segundo más tarde, el libro golpeó con tanta fuerza la cara del extraño, que las gafas de sol y el sombrero que llevaba salieron volando por los aires, dejando al descubierto un rostro de lodo grisáceo cuyos ojos se asemejaban a piedras pulidas de color gris. En ese mismo instante, un anaquelel dedicado a novelas románticas sacudió la cabeza de otro de los acompañantes a la vez que partía en dos las cochambrosas gafas de sol. Entonces Josh descubrió que este último también poseía unos ojos que parecían piedras.

Pero fue un poco más tarde cuando Josh se dio cuenta de que verdaderamente eran piedras.

Josh se volvió hacia Nick Fleming, intentando balbucir una pregunta, pero su jefe se dio la vuelta repentinamente y le clavó la mirada.

—Quédate abajo —ordenó—. Ha traído golems.

Cuando acabó de pronunciar la última palabra, Fleming se agachó para esquivar tres afiladas espadas, parecidas a una lanza, de energía amarilla que en ese instante atravesaban la librería y que provenían de las manos del hombrecillo de tez grisácea. A su paso, rajaron varios estantes rebosantes de libros y finalmente aterrizaron sobre el suelo de madera. De pronto, todo lo que las enigmáticas espadas habían rozado comenzaba a marchitarse hasta pudrirse. Las encuadernaciones de cuero se partían en dos y se resquebrajaban, las páginas de los libros se ennegrecían y las tablas de madera del suelo, al igual que las estanterías, se secaban hasta convertirse en polvo.

Fleming lanzó otra bola invisible hacia la esquina de la librería. Josh Newman siguió con los ojos el movimiento de su brazo. Mientras la imperceptible bola se deslizaba por el aire, un rayo de sol la iluminó, y durante un segundo Josh pudo contemplar cómo ésta resplandecía con una luz verdosa, como una esfera de cristal de color esmeralda. Un instante más tarde, cuando se apartó del rayo de sol, volvió a desaparecer en el aire. Esta vez, golpeó contra el suelo y el efecto fue aún más espectacular. No se escuchó ningún chasquido, pero todo el edificio sufrió una tremenda sacudida. Estantes de libros con encuadernaciones rústicas y

de módico precio se volvieron astillas y largas tiras de papel revolotearon por toda la habitación, como si lloviera confeti. Dos de los hombres vestidos de negro, los golems, se golpearon contra las estanterías, de forma que los libros colocados sobre ellas cayeron encima de sus cabezas. Mientras, el tercero, el más robusto, fue empujado con tal fuerza en dirección a la puerta de entrada que, en un abrir y cerrar de ojos, su cuerpo salió propulsado hacia la calle.

En ese instante se hizo el silencio. Un silencio que se rompió por el aplauso de unas manos abrigadas por unos guantes grises.

—Veo que has perfeccionado esa técnica, Nicolas —confesó el hombre de tez grisácea en un inglés con un acento un tanto curioso.

—He estado practicando, John —respondió Nick Fleming, deslizándose hacia la puerta entreabierta del sótano. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, empujó a Josh Newman escaleras abajo—. Sabía que un día u otro me encontrarías.

—Hemos estado siguiéndote la pista durante mucho tiempo, Nicolas. Tú posees algo que nos pertenece. Y queremos que vuelva a nuestras manos.

Un hilo de humo amarillento serpenteó por la librería hasta llegar al techo, justo sobre las cabezas de Fleming y Josh. Entonces, el yeso que cubría la bóveda comenzó a pudrirse y a formar burbujas que, al explotar, se convertían en una lluvia de copos de nieve.

—Lo quemé —afirmó Fleming—, lo quemé hace mucho tiempo.

Volvió a empujar a Josh hacia el interior del sótano y cerró la puerta corrediza tras él de forma que ambos quedaron resguardados en el sótano.

—No preguntes —advirtió a Josh mientras su pálida mirada resplandecía en la penumbra—. Ahora no es el momento.

Agarrándolo por el brazo, lo condujo hacia el rincón más oscuro del sótano de la librería. Después se dirigió hacia una sección de novelas donde cogió una estantería repleta de libros y la bamboleó hacia delante. Posteriormente se percibió un chasquido, la estantería se balanceó y dio un giro de noventa grados, dejando al descubierto una escalera secreta escondida tras ella. Fleming instó con urgencia a Josh para que se introdujera en la penumbra del pasadizo.

—Rápido, rápido y sin hacer ruido —le advirtió.

El librero siguió los pasos de Josh hacia la sombra entrada de la escalinata secreta y en el mismo momento en que volvió a colocar la estantería en su sitio original la puerta del sótano comenzó a fundirse hasta convertirse en un pestilente líquido oscuro que se derramaba por la escalera dejando tras de sí un horrible hedor a azufre.

—Vamos —susurró Nick Fleming con un tono de voz cálido al oído de Josh—. Esta escalera conduce a la tienda de al lado, la que está completamente vacía. Tenemos que darnos prisa, Dee no tardará mucho en darse cuenta de lo que ha sucedido.

Josh Newman asintió con la cabeza. Sabía a qué tienda se refería. La tintorería había estado deshabitada durante todo el verano. Obviamente, en su mente danzaban cientos de preguntas, pero todas las respuestas que se le ocurrían resultaban poco convincentes, pues cada una de ellas contenía en sí una terrible palabra: « magia » . Apenas unos segundos antes, había visto con sus propios ojos a dos hombres lanzándose entre sí bolas y espadas de algo, de energía. Había sido testigo del poder de destrucción que esas energías poseían.

Josh se dio cuenta de que todo lo que había presenciado se resumía precisamente en esa palabra: « magia » .

Pero como todo el mundo sabía, la magia sencillamente no existía ni podía existir.

Capítulo 3

De dónde provenía ese pestilente olor?

Sophie Newman se detuvo cuando se disponía a colocar los auriculares bluetooth en sus oídos. Respiró profundamente y abrió completamente las ventanas de la nariz. Había olfateado algo realmente nauseabundo. Después de apagar su teléfono y colocarse los auriculares del manos libres en el bolsillo, se inclinó hacia el bote abierto de hojas de té negro e inhaló.

Llevaba trabajando en La Taza de Café desde que finalizó las clases del instituto y comenzaron las vacaciones de verano. El trabajo estaba bien, nada fuera de lo normal. La mayoría de los clientes eran personas amables y cordiales, aunque también solían frecuentar el lugar otros clientes que resultaban ser unos maleducados, sin olvidar a uno o dos que eran francamente groseros. El horario era excelente, el sueldo no estaba mal, las propinas eran lo mejor de todo y además la tienda contaba con una ventaja, y es que estaba justo en frente del lugar de trabajo de su hermano mellizo. Aunque acababan de cumplir los quince, ya habían comenzado a ahorrar para comprarse su propio coche. Habían calculado que tardarían al menos dos años en reunir el dinero, siempre y cuando no compraran ningún CD, ni DVD, ni video juego, ni ropa ni zapatos, que eran la gran debilidad de Sophie.

Normalmente, junto con Sophie trabajaban dos personas más, pero una de ellas se había ido a casa porque estaba indispuesta y Bernice, la encargada de la cafetería, se había ido a toda prisa después del almuerzo a ver al mayorista para conseguir provisiones frescas de tés y cafés. Había prometido estar de vuelta en una hora, pero Sophie sabía que al menos tardaría dos.

Durante el verano, Sophie había desarrollado la habilidad de distinguir los aromas de los diferentes tés y cafés exóticos que servían en la cafetería. Podía diferenciar con toda seguridad el té Earl Grey del té Darjeeling, y conocía perfectamente la diferencia entre el café de Java y el café de Kenia. Le fascinaba la esencia del café, a pesar de que no le agradaba su amargo sabor. Sin embargo, adoraba el té. Desde hacía un par de semanas, había estado probando todos los tés, sobre todo aquéllos poco comunes, como los tés de hierbas con sabor afrutado o como los que desprenden un perfume insólito.

Pero en ese preciso momento, un olor fétido y nauseabundo reinaba en la cafetería.

Algo parecido a huevos podridos.

Sophie cogió una de las latas de té a granel e inspiró profundamente. El vigorizante aroma del té negro de Assam le llegó hasta la garganta. Obviamente, la pestilencia no provenía de ahí.

—Se supone que es para beberlo, no para inhalarlo.

Sophie se dio la vuelta y comprobó que Perry Fleming había entrado a la cafetería. Perry Fleming era una mujer esbelta y elegante cuya edad podía estar comprendida entre los cuarenta y los sesenta años. Resultaba evidente que tiempo atrás había sido una mujer bellísima, pues a pesar de los años continuaba siendo una mujer cautivadora. Tenía los ojos más brillantes jamás vistos, de un verde tan claro y único que Sophie incluso llegó a preguntarse si esa mujer utilizaba lentillas de colores. Años atrás, Perry había lucido una cabellera de color negro azabache que ahora se veía eclipsada por unas mechas plateadas y que llevaba recogida en una cola de caballo que le recorría toda la columna vertebral. Presumía de una dentadura perfecta e impecable y su contorno de ojos se veía perfilado por las típicas líneas de expresión. Solía vestir de una forma más elegante y distinguida que su marido. De hecho, ese día llevaba un vestido de verano sin mangas de color verde menta, que hacía juego con el tono de sus ojos. Al verlo, Sophie supuso que el material del vestido era probablemente pura seda.

—Me ha dado la sensación de que despedía un aroma diferente —se justificó Sophie. Volvió a inhalar el té de la lata y añadió—: Ahora ya huele bien, pero durante un instante creí que olía a... a... a huevos podridos.

Sophie contemplaba a Perry Fleming mientras le confesaba sus impresiones. Entonces, sintió un leve sobresalto al ver cómo los fascinantes ojos de Perry se abrían de par en par y cómo ésta se volvía en dirección al lado opuesto de la calle... Justo entonces, los pequeños cristales cuadrados de la librería se hacían añicos repentinamente y dos de los ventanales sencillamente se convertían en polvo. Bucles de humo verdoso y amarillento ascendían en espirales hacia la calle y la atmósfera volvió a cargarse con el hediondo olor a huevos podridos. Sin embargo, esta vez, Sophie logró percibir otro olor, el aroma a menta.

Entonces los labios de la mujer hicieron el ademán de moverse y susurraron:

—Oh no... ahora no... aquí no...

—¿Señora Fleming... Perry?

La señora Fleming se volvió hacia Sophie. Su mirada dejaba entrever un pánico terrible y su impecable inglés se vio alterado por un acento extranjero.

—Quédate aquí. Pase lo que pase, quédate aquí y escóndete.

Sophie abrió la boca para articular una pregunta cuando, de pronto, sintió cómo se le taponaban los oídos. Tragó saliva... y en ese momento la puerta de la librería se desplomó y se rompió en mil pedazos a la vez que uno de los misteriosos hombres que Sophie había avistado antes salió impulsado hasta estrellarse contra el suelo. Sin embargo, ya no llevaba puesto ni el sombrero ni

las gafas de sol, de forma que Sophie logró vislumbrar el aspecto cadavérico de su piel y sus ojos de color mármol gris. El hombre intentó ponerse de cuclillas en mitad de la calle y alzó una de sus manos para protegerse de los rayos solares.

Entonces Sophie sintió algo sólido y frío atravesándole la boca de su estómago.

La piel que cubría la mano de aquel hombre parecía moverse. Daba la sensación de que la piel fluía muy lentamente, desplazándose de forma viscosa hacia la manga de su abrigo: a simple vista, parecía que todos los dedos se estuvieran derritiendo. Una especie de masa que se asemejaba a lodo grisáceo salpicó el asfalto de la calle.

—Golems —confesó Perry mientras respiraba con cierta dificultad—. Dios mío, ha creado golems.

—¿Gollums? —preguntó Sophie con los labios a punto de ajarse y la lengua tan reseca que incluso sintió que su tamaño se había agrandado de un modo increíble—. ¿Gollum, de *El Señor de los Anillos*?

Perry se dirigió hacia la puerta principal.

—No, golems —contestó Perry de forma distraída—. Hombres de arcilla.

Para Sophie el nombre no significaba nada, pero contemplaba entre confundida y aterrorizada cómo la criatura, o golem, gateaba por el asfalto intentando cobijarse bajo la marquesina de los rayos del sol. Como una gigantesca babosa, dejaba tras él un rastro de barro que inmediatamente se secaba por la ardiente luz solar. Sophie logró avistar de nuevo el rostro de esa criatura antes de que se tambaleara hacia la librería. Sus facciones se habían disuelto cual cera fundida y la piel que abrigaba su rostro parecía estar en esos momentos cubierta por una telaraña de grietas. A Sophie le recordó a la imagen del suelo reseco y agrietado del desierto.

Perry abandonó la cafetería precipitadamente. Sophie contempló cómo la mujer se deshacía la larga cola de caballo y se dejaba el cabello suelto. Sin embargo, su cabellera, en vez de extenderse sobre sus hombros y espalda por el peso del cabello, comenzó a flotar alrededor de su cabeza, como si una suave brisa soplara desde su espalda. Pero en realidad, no soplaban ninguna brisa.

Sophie vaciló durante un instante, y a continuación cogió una escoba y salió dispersada detrás de Perry. ¡Josh estaba en la librería!

La librería se había convertido en un caos.

Las estanterías, que hasta minutos antes habían permanecido perfectamente ordenadas y cuidadosamente colocadas, ahora estaban tiradas y esparcidas por toda la librería. Las baldas estaban destrozadas, los estantes partidos por la mitad y los cuadros y mapas, que adornaban las paredes, arrugados y rotos en mil pedazos sobre el suelo. La pestilencia a podredumbre y descomposición invadía

la estancia: el papel y la madera se secaban hasta pudrirse, e incluso el techo estaba completamente desgarrado y el yeso, desmenuzado y triturado, dejaba al descubierto las vigas de madera y la instalación eléctrica de la librería.

El elegante hombrecillo continuaba en el centro de la tienda. En ese preciso momento, con una expresión de fastidio, se estaba quitando las motas de polvo de su abrigo mientras dos de sus golems exploraban el sótano. El tercer golem, un tanto malherido y rígido por haberse expuesto al sol, se inclinó torpemente hacia la estantería hecha trizas. Gotas parecidas a lodo grisáceo giraban en espiral sobre sus manos.

El misterioso hombrecillo se volvió cuando Perry perseguida por Sophie, irrumpió en la librería. Se inclinó y realizó una reverencia.

—Ah, *madame* Perenelle. Me estaba preguntando dónde estarías.

—¿Dónde está Nicolas? —exigió Perry. Sin embargo, pronunció el nombre de su esposo como «Nicola». Sophie descubrió una ondulación enredada en el cabello de la mujer que, al parecer, estaba cargada de energía estática y destellaba chispas azules y blancas.

—Abajo, supongo. Mis criaturas lo están buscando.

Agarrando con fuerza la escoba, Sophie logró cruzar a hurtadillas la tienda y, sigilosamente, se acercó hacia el otro lado de la librería. Josh. ¿Dónde estaba Josh? No tenía ni la menor idea de lo que estaba sucediendo a sus espaldas, pero tampoco le importaba. Lo único que le importaba era encontrar a su hermano.

—Tienes un aspecto cautivador, como siempre —confesó el hombrecillo, clavando la mirada en Perry—. No has envejecido ni un solo día.

Entonces, volvió a inclinarse, y sin esfuerzo alguno, realizó un movimiento distinguido y cortés un tanto anticuado.

—Siempre es un placer volverte a ver —finalizó el hombrecillo.

—Me encantaría poder decir lo mismo de ti, Dee. —Acto seguido Perry dio unos pasos hacia delante, mientras examinaba de cabo a rabo la librería—. Enseguida he reconocido tu repugnante hedor.

Dee cerró los ojos e inhaló profundamente.

—Prefiero el olor a azufre. Es tan... —hizo una pausa y continuó— tan... teatral. —Entonces abrió los ojos de golpe y su sonrisa desapareció—. Hemos venido a por el libro, Perenelle. Y, por favor, no me digas que lo habéis destruido —añadió—. Vuestra notable buena salud es prueba suficiente de su existencia.

«¿Qué libro?», se preguntaba Sophie, mirando a su alrededor. La librería estaba repleta de libros.

—Nosotros somos los guardianes del libro —contestó Perry con un tono de voz que captó toda la atención de Sophie.

La jovencita se detuvo, boquiabierta y con los ojos como platos. Una neblina plateada, que nacía delicadamente de la piel de Perry Fleming, envolvía todo su cuerpo. Pálida y translúcida en algunas partes, la neblina parecía acumularse,

sobre todo, en sus manos. Así, daba la sensación de que Perry llevara guanteletes metálicos.

—Jamás nos lo arrebatrás —soltó bruscamente.

—Por supuesto que sí —contestó Dee—. A lo largo de los años hemos acumulado todos los demás tesoros. Durante este tiempo, sólo el libro se nos ha resistido. Ahora, no lo pongas más difícil y confíesame dónde está...

—¡Jamás!

—Sabía que dirías eso —admitió Dee. Entonces el gigantesco golem se abalanzó hacia Perry—. Los humanos sois demasiado predecibles.

Nick Fleming y Josh estaban abriendo la puerta de la tintorería cuando descubrieron a Perry, seguida por Sophie, corriendo apresuradamente por la calle en dirección a la librería.

—Abre esta puerta —ordenó con cierta brusquedad Nick mientras rebuscaba algo en el interior de su camiseta. De una bolsa rectangular de tela normal y corriente que llevaba colgada del cuello, Nick sacó lo que, a simple vista, parecía un diminuto libro encuadernado en bronce.

Josh rompió de golpe el cerrojo, tiró de la puerta y en ese preciso instante Nick cruzó el umbral y se dirigió hacia la calle, apresurándose en pasar las ásperas páginas del enigmático libro mientras corría, como si estuviera buscando algo. Josh alcanzó a ver la vistosa escritura y los diseños geométricos dibujados en las amarillentas páginas mientras seguía, sigilosamente, a Nick hacia el interior de la librería.

Nick y Josh llegaron a tiempo para ver cómo el golem rozaba a Perry.

Y cómo explotaba.

Menudas y arenosas motas de polvo vagaron por la atmósfera y el pesado abrigo de paño se desplomó sobre el suelo. Momentáneamente, un torbellino en miniatura comenzó a girar, agitando aún más el polvo y después desapareció dando vueltas en espiral por la atmósfera.

Sin embargo, la entrada de Nick y Josh desvió levemente la atención de Perry, de forma que dio media vuelta... y Dee aprovechó esa milésima de segundo para deslizar su mano hasta la altura de sus ojos y arrojar una diminuta bola de cristal al suelo.

Fue como si el mismísimo sol hubiera explotado en el interior de la librería.

El resplandor era impresionante. Cegadora y reluciente, la blanquecina luz cubrió toda la habitación. Pero no sólo el destello se apoderó de la librería, sino también un olor: la pestilencia a cabello chamuscado y comida quemada, a hojas en llamas y a metal derretido, mezclado con los humos acres del gasóleo.

Josh pudo divisar a su hermana en el instante mismo en que Dee arrojó la bola de cristal al suelo. Estaba parcialmente protegido por Nick y Perry, que se

desplomaron sobre el suelo por el efecto de la luz. La visión de Josh se convirtió en una especie de caleidoscopio de fotogramas en blanco y negro mientras el resplandor le reseca la parte interior de los ojos. Vislumbró cómo a Nick se le escapaba de las manos el libro encuadernado en bronce que caía al suelo..., vislumbró cómo dos figuras sombrías y oscuras rodeaban a Perry y vagamente escuchó sus gritos..., vislumbró a Dee recoger el libro con un ademán triunfante mientras Nick andaba a tientas por el suelo.

—Tú pierdes, Nicolas —siseó Dee—, como siempre. Ahora, te arrebataré lo que más amas y aprecias en esta vida: tu querida Perenelle y tu libro.

Josh consiguió moverse antes de que él mismo se diera cuenta de ello. Se abalanzó hacia Dee, cogiéndolo completamente desprevenido. A pesar de que sólo tenía quince años, Josh era bastante alto y corpulento, lo suficientemente robusto como para ser el defensa de un equipo de fútbol americano. El impacto provocó que Dee se derrumbara sobre el suelo, enviando el libro fuera de su alcance. Entonces, Josh sintió cómo la cubierta de metal rozaba las yemas de sus dedos y decidió agarrarlo con fuerza, pero en ese mismo instante sintió cómo algo lo levantaba del suelo y lo arrojaba hacia la esquina de la librería. Josh aterrizó sobre una pila de libros que amortiguaron su caída. Puntos negros y algo parecido a gotas de lluvia que brillaban con luz propia danzaban ante sus ojos cada vez que pestañeaba.

La grisácea silueta de Dee apareció sobre él, y una mano abrigada por un guante grisáceo alcanzó el libro.

—Creo que esto me pertenece.

Josh agarró con todas sus fuerzas el libro para que Dee no se lo arrancara de las manos, pero no sirvió de nada.

—Deja tranquilo a mi hermano —ordenó Sophie mientras golpeaba la espalda de Dee con la escoba. Le asestó cinco escobazos, uno por cada palabra que pronunció.

Dee apenas la miró. Con el libro en una de sus manos, cogió el palo de la escoba, murmuró una única palabra y un segundo más tarde la escoba se había marchitado y convertido en una papilla de astillas que reposaba entre las manos de Sophie.

—Tienes suerte de que hoy esté de buen humor —susurró—, o hubieras sufrido la misma suerte.

Entonces Dee y los dos golems que habían logrado sobrevivir salieron con cierto aire majestuoso de la devastada librería, llevándose con ellos a Perry Fleming. Al salir, cerraron la puerta de un portazo. Durante unos minutos, el silencio se apoderó del lugar. Instantes después, la única estantería de libros que quedaba en pie se derrumbó causando un tremendo estruendo.

Capítulo 4

Supongo que llamar a la policía es algo impensable. —Sophie Newman estaba apoyada sobre una estantería de aspecto precario mientras rodeaba su tembloroso cuerpo con los brazos. Realmente le sorprendía que su voz sonara tan calmada y razonable—. Tenemos que contarles que han secuestrado a Perry...

—Por el momento, Perry no se encuentra en peligro. —Nick Fleming estaba recostado sobre uno de los peldaños de una escalera de tijera. Se sostenía la cabeza entre las manos mientras respiraba profundamente, y tosía alguna que otra vez al intentar carraspear porque sentía como una especie de gravilla y polvo en sus pulmones—. Pero tienes razón, no llamaremos a la policía —añadió mientras intentaba esbozar una lánguida sonrisa—. De hecho, no creo que lo que les podamos explicar tenga ningún sentido para ellos.

—Ya que lo mencionas, no creo que tenga ningún sentido tampoco para nosotros —aclaró Josh, quien se hallaba sentado en la única silla que permanecía intacta en la librería. A pesar de que no se había fracturado ningún hueso, tenía moretones por todo el cuerpo que irían pasando por las diferentes tonalidades de color morado durante los días siguientes. La última vez que se había sentido así fue cuando tres tipos del equipo de fútbol americano se abalanzaron sobre él. En realidad, ahora se sentía mucho más entumecido y dolorido. Al menos, cuando le golpearon entonces, Josh sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—Creo que se ha producido un pequeño escape de gas en la librería —sugirió Nick cauteloso—, y todo lo que hemos vivido allí dentro no son más que una serie de alucinaciones.

A continuación hizo una pausa mientras contemplaba a Sophie y a Josh fijamente.

Los mellizos alzaron sus cabezas para mirarlo, ambos con la misma expresión de incredulidad reflejada en sus rostros, y abrieron los ojos de par en par revelando su asombro.

—No cuela —contestó finalmente Josh.

—No cuela ni de broma —añadió Sophie.

Nick se encogió de hombros.

—He llegado a pensar que sería una buena explicación, podrían justificarse los olores, la explosión en la librería y... y cualquiera de las cosas curiosas que creéis haber visto —finalizó un tanto apresuradamente.

Hacia tiempo que Sophie había llegado a la conclusión de que a los adultos se les daba realmente mal inventar excusas creíbles.

—Nosotros no nos hemos imaginado nada de lo que hemos visto —comentó con firmeza—. No nos hemos imaginado a los golems.

—¿Los qué? —preguntó Josh.

—Esos hombres tan corpulentos eran golems y están hechos de arcilla —le explicó su hermana—. Perry me lo contó.

—Ah, así que fue ella —murmuró Fleming.

Entonces, éste miró a su alrededor, a la tienda completamente devastada, y sacudió la cabeza. En menos de cuatro minutos la librería había quedado destruida.

—Debo confesar que me sorprendió que trajera golems. En temperaturas altas o climas cálidos resultan poco útiles. Pero al fin y al cabo ha logrado su propósito. Consiguió aquello que había venido a buscar.

—¿El libro? —preguntó Sophie.

Sophie logró vislumbrar el libro entre las manos de Josh antes de que el enclenque hombrecillo agarrara a su hermano y lo lanzara por los aires. A pesar de encontrarse en una tienda abarrotada de libros y de que su padre regentara una librería de libros antiguos, ese libro no se asemejaba a nada de lo que había visto hasta entonces. De hecho, daba la impresión de que su encuadernación estuviera fabricada con un metal deslustrado.

Fleming asintió con la cabeza.

—Ha estado en busca y captura de ese libro durante mucho tiempo —murmuró Nick con una mirada pálida y perdida en el horizonte—, realmente mucho tiempo.

Josh se incorporó y, al enderezarse, sintió un dolor terrible en la espalda y en los hombros. Se acercó hasta Nicky y le tendió dos páginas arrugadas.

—Bueno, no se lo ha llevado todo. Supongo que cuando me arrancó el libro de las manos estaba agarrando con fuerza estas dos páginas.

Fleming le arrebató de las manos las páginas con un llanto inexpresivo, se desplomó sobre el suelo, apartó los libros hechos trizas y las baldas convertidas en astillas y colocó las páginas sobre el despejado suelo. Sus manos, con unos dedos largos y delgados, como los de un pianista, temblaban ligeramente mientras extendía con sumo cuidado las páginas. Los mellizos se arrodillaron sobre el suelo junto a Nick, uno a cada lado, contemplando con atención las misteriosas páginas a la vez que intentaban darle algo de sentido a lo que estaba sucediendo.

—Y obviamente, tampoco nos estamos imaginando esto —susurró Sophie, repiqueteando el dedo índice contra una de las páginas.

Las páginas, de un grosor considerable, medían quince centímetros de ancho por veintidós de largo y estaban fabricadas con algo que se asemejaba a corteza de árbol prensada. Se podían distinguir con cierta claridad zarcillos de fibras y

hojas secas sobre la superficie de ambas páginas, donde se mostraba una escritura puntiaguda y angular. La primera letra que aparecía en la esquina izquierda de cada página parecía estar iluminada, pues las tintas rojas y doradas producían ese efecto en el lector. Las demás palabras estaban manuscritas con tinta negra con reflejos rojizos.

Y las palabras se movían.

Sophie y Josh contemplaban asombrados cómo las letras cambiaban de línea como diminutos escarabajos, moldeándose y adoptando una forma concreta, hasta que durante un segundo se convertían en palabras legibles escritas en lenguas arcaicas, como el latín o el inglés antiguo. Sin embargo, después de ese breve instante, volvían a difuminarse, a fundirse entre sí formando símbolos de tiempos remotos que no tenían nada que ver con los jeroglíficos egipcios o con la tabla Ogham de origen celta.

Fleming suspiró.

—No, esto no os lo estáis imaginando —pronunció finalmente.

Entonces, se inclinó levemente y por el cuello de la camiseta extrajo un par de quevedos con un cordón negro atado a uno de los laterales. Los quevedos eran unos anteojos antiguos, pasados de moda, sin patillas y diseñados para ajustárselos sobre el tabique nasal. Utilizando estas anticuadas lentes ópticas como magníficas gafas, Nick rastreaba las serpenteantes y movedizas palabras.

—¡Ajá!

—¿Buenas noticias? —preguntó Josh.

—Excelentes noticias. Se ha dejado la invocación final.

Agarró a Josh por el amoratado hombro y le apretó con fuerza provocándole así una mueca de dolor.

—Si querías arrancar dos páginas del libro con el fin de dejarlo inservible, no podías haber escogido mejor. —Entonces la sonrisa de oreja a oreja que un instante antes había dibujado en sus labios, se desvaneció—. Y cuando Dee lo descubra, volverá. Y os puedo asegurar que no sólo traerá golems la próxima vez.

—¿Quién era ese hombre gris? —preguntó Sophie—. Perry también se refirió a él como Dee.

Recogiendo las páginas del suelo, Nick se levantó. Sophie se volvió para observarlo y se dio cuenta de que, repentinamente, éste había cobrado un aspecto más envejecido y parecía agotado, increíblemente agotado.

—Ese hombre gris era el doctor John Dee, uno de los hombres más poderosos y peligrosos de este mundo.

—Jamás he oído hablar de él —confesó Josh.

—En el mundo moderno se mantiene en el anonimato. Y eso, efectivamente, es una muestra de su gran poder. Dee es un alquimista, un mago, un hechicero y un nigromante, y todas estas profesiones son artes bien diferentes entre sí.

—¿Magia?

—Pensé que no existía nada similar —comentó con cierto tono de sarcasmo Josh. Sin embargo, después de lo que había visto con sus propios ojos y vivido en sus propias carnes, el comentario le pareció un tanto estúpido.

—De hecho, las criaturas contra las que acabas de enfrentarte eran mágicas: los golems son hombres creados a partir de lodo y barro, basta una sola y poderosa palabra para que cobren vida. Apostaría a que a lo largo de este siglo pueden contarse con los dedos de la mano las personas que han visto un golem con sus propios ojos. Obviamente, ninguno de ellos logró sobrevivir al encuentro.

—¿El doctor Dee dio vida a esas criaturas? —preguntó Sophie—. ¿Cómo?

—Crear golems es algo sencillo. El hechizo es tan antiguo como la propia humanidad. Estimularlos resulta un poco más complicado y dominarlos es prácticamente imposible. —Entonces suspiró y continuó—: Pero no para el doctor John Dee.

—¿Quién es? —se afanó en averiguar Sophie.

—El doctor John Dee fue el mago de la Corte durante el reinado de Isabel I, en Inglaterra.

Sophie comenzó a carcajearse temblorosamente, sin estar segura de si debía creer las palabras de Nick Fleming o no.

—Pero eso debió ocurrir hace siglos y ese hombrecillo que vimos no podía tener más de cincuenta años.

Entonces Nick Fleming gateó por el suelo, apartando los libros que se iba encontrando a su paso hasta conseguir el que estaba buscando: *Inglaterra en la época de Isabel*. Le dio la vuelta y lo abrió por la mitad. Precisamente en esa página aparecía la imagen de un lienzo con el busto de Isabel I, y frente a él, grabado al aguafuerte, un caballero de rasgos bien marcados y una barba triangular. Los ropajes no eran los mismos, pero aun así no cabía la menor duda de que se trataba del mismo caballero que, minutos antes, había irrumpido en la librería.

Sophie tomó el libro de las manos de Nick.

—Aquí dice que Dee nació el año 1527 —informó en voz baja—, lo que significa que hoy en día debería tener casi quinientos años.

Josh se acercó a su hermana. Contempló con atención la imagen, y después miró a su alrededor. Si inspiraba con fuerza, aún podía percibir las curiosas fragancias que desprendía... la magia. Era precisamente la esencia a magia lo que había estado oliendo y no menta o huevos podridos.

—Dee te conocía —murmuró Josh al fin—, y, al parecer, te conocía muy bien —añadió.

Fleming, ya en pie, merodeaba de un lado al otro de la librería a la vez que recogía algunos extraños artículos y los volvía a arrojar al suelo.

—Oh, claro que me conoce —afirmó—, y también a Perry. De hecho, nos

conocemos desde hace muchísimo tiempo... casi una eternidad. —Se volvió hacia los mellizos y su mirada, antes sin un color definido, cobró un aspecto oscuro y agitado—. Ahora vosotros dos también estáis involucrados, lo que es una verdadera lástima. Ya no hay tiempo para mentiras ni tapujos. Si queréis sobrevivir, tenéis que conocer la verdad...

Josh y Sophie se miraron el uno al otro, perplejos. Ambos se habían quedado con la misma frase: « Si queréis sobrevivir... » .

—Mi verdadero nombre es Nicolas Flamel. Nací en Francia en el año 1330. Perry se llama en realidad Perenelle y tiene unos diez años más que yo. Pero no le confeséis que os lo he contado —añadió rápidamente.

Josh sintió cómo se le revolvió el estómago y cómo le sonaban las tripas. Estaba a punto de decir que aquello era completamente imposible entre carcajada y carcajada a la vez que se estaba empezando a enfadar con Nick por intentarles hacer creer esa estúpida historia. Pero estaba dolorido y magullado después de haber sido arrojado hacia el otro lado de la librería por un... ¿por un qué? Se acordó del golem que intentó abordar a Perry o Perenelle, y que se deshizo en miles de motas de polvo en cuanto la rozó.

—¿Qué... qué eres? —preguntó Sophie a la vez que su hermano mellizo articulaba la misma pregunta—. ¿Qué sois tú y Perenelle?

Nick esbozó una sonrisa, una sonrisa fría y algo forzada, tanto que durante un instante tuvo un aire a Dee.

—Nosotros somos leyenda —dijo con sencillez—. Una vez, hace mucho tiempo, fuimos personas normales y corrientes, pero entonces compré un libro, el Libro de Abraham el Mago^[1], más conocido como el Códex. Desde ese momento, las cosas comenzaron a cambiar. Perenelle cambió. Yo cambié. Me convertí en « el Alquimista » .

» Me convertí en el mejor alquimista de todos los tiempos, solicitado por reyes, príncipes, emperadores e incluso el mismísimo Papa requirió mis servicios. Descubrí el secreto de la Piedra Filosofal que permanecía escondido en ese libro de magia antigua. Aprendí cómo convertir metal común y corriente en oro y cómo transformar toscas piedras en magníficas joyas. Pero no sólo eso, con una mezcla de hierbas y de conjuros, hallé la fórmula para alejar las enfermedades y mantener aislada a la muerte, de forma que Perenelle y yo nos convertimos en seres prácticamente inmortales.

Entonces alzó las desgarradas páginas y continuó:

—Ahora, esto es todo lo que queda del Códex. Dee y sus secuaces han estado rastreando la tierra en busca del Libro de Abraham durante siglos. Hoy me lo han arrebatado. Y también a Perenelle —añadió amargamente.

—Pero tú has dicho que el libro resulta inútil sin estas páginas —le recordó Josh apresuradamente.

—Eso es verdad. El libro contiene suficiente información para mantener

ocupado a Dee durante varios siglos, pero estas páginas son esenciales —aseguró Nick—. Estoy convencido de que volverá a por ellas.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —preguntó enseguida Sophie—. Algo que aún no nos has contado.

Sophie sabía que Nick les escondía algo. Los adultos siempre hacían este tipo de cosas. Sus padres habían tardado meses en contarle a Josh que pasarían el verano en San Francisco.

Nick le echó una mirada penetrante que le recordó la mirada que Dee le había dedicado instantes antes de pudrir la escoba, pues había algo sombrío e inhumano en sus ojos.

—Sí, tienes razón, hay algo más —confesó vacilante—. Sin el libro, Perenelle y yo envejeceremos. El hechizo de la inmortalidad debe ser formulado cada mes. Si no es así, durante cada ciclo lunar, nuestro cuerpo se marchitará y, con el tiempo, ambos falleceremos. Y si perecemos, el Mal contra el que hemos combatido durante tanto tiempo triunfará y la Raza Inmemorial reclamará esta Tierra otra vez.

—¿La Raza Inmemorial? —preguntó Josh con la voz un poco entrecortada. Tragó saliva, consciente de que en ese momento el corazón le latía con toda su fuerza. Lo que había comenzado como una tarde de jueves cualquiera se había convertido en algo extraño y terrible. Josh era un verdadero experto en videojuegos. Además, solía leer novelas fantásticas, y en ellas, la palabra «inmemorial» siempre significaba algo remoto y peligroso—. ¿Inmemorial? ¿Se refiere a antiguo?

—Muy antiguo —afirmó Flamel.

—¿Quieres decir que hay más seres como Dee y como tú? —quiso saber Josh. Entonces dibujó una mueca de dolor al notar cómo Sophie le daba una patada en la espinilla.

Flamel se volvió y miró cara a cara a Josh. Una mirada que parecía estar nublada por la ira.

—Sí, hay más como Dee y también como yo. Pero Dee y yo no somos tan parecidos como vosotros creéis. De hecho, siempre hemos sido como el día y la noche —añadió Flamel áspicamente—. Decidimos seguir diferentes caminos, y el suyo lo ha conducido por senderos angostos y sombríos. Él también es inmortal, aunque realmente no sé cómo consigue mantener la juventud. Pero ambos somos humanos. —Entonces se dio la vuelta hacia la caja registradora, que minutos antes había sido violentamente arrojada al suelo, y de repente, mientras Flamel pronunciaba sus palabras, recogió el dinero en efectivo que contenía. Cuando dio media vuelta para contemplar a los mellizos, ambos sintieron un sobresalto al observar la lúgubre expresión de su rostro.

—Aquéllos a quienes Dee sirve no son, y jamás han sido, humanos.

Cogió todo el dinero que pudo y lo introdujo en uno de sus bolsillos a la vez

que recogía su chaqueta de cuero del suelo.

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Adónde irás? ¿Qué harás? —preguntó Sophie un tanto asustada.

—¿Y qué hay de nosotros? —finalizó Josh la frase que había comenzado su hermana, cosa que era más habitual en ella.

—Primero de todo, os conduciré a un lugar seguro antes de que Dee descubra que faltan dos páginas. Después, yo iré en busca de Perenelle.

Los mellizos se miraron.

—¿Por qué tienes que conducirnos a un lugar seguro...? —soltó Sophie.

—Nosotros no sabemos nada... —añadió Josh.

—Cuando Dee se dé cuenta de que el libro está incompleto, volverá a por las páginas que le faltan. Y os puedo asegurar que no dejará a ningún testigo con vida.

Josh no pudo evitar soltar una breve carcajada que se desvaneció en su garganta al advertir que su hermana tenía el rostro serio.

—¿Estás... —susurró mientras se humedecía los labios resecos—, estás insinuando que nos mataría?

Nicolas Flamel inclinó la cabeza hacia un lado, como si estuviera considerando la cuestión.

—No —contestó unos instantes más tarde—, no os mataría.

Josh suspiró a modo de alivio.

—Creedme —continuó Flamel—, Dee puede haceros cosas mucho más terribles. Mucho más terribles.

Capítulo 5

Los mellizos deambulaban por la acera de la librería, pisoteando los cristales rotos de los ventanales y haciéndolos crujir bajo las suelas de sus zapatos mientras veían a Nick sacarse una llave del bolsillo.

—Nosotros no podemos irnos así como así —comentó Sophie con un tono de voz estricto.

Josh asintió con la cabeza y añadió:

—Nosotros no iremos a ningún sitio.

Nick Fleming, o Flamel, como comenzaban a creer que realmente se llamaba, introdujo la llave en la cerradura de la puerta principal de la librería, la giró hacia la izquierda y después la movió con fuerza para comprobar si había quedado bien cerrada. En el interior de la tienda aún podían escucharse los libros resbalando hasta desplomarse sobre el suelo.

—Esta tienda me encantaba —murmuró Flamel—, me recordaba a mi primer trabajo. —Entonces desvió su mirada hacia Sophie y Josh—. No tenéis elección. Si queréis sobrevivir el resto del día, tenéis que huir ahora.

A continuación se volvió, dándoles la espalda, y se puso su cochambrosa chaqueta de cuero mientras cruzaba la calle a toda prisa en dirección a La Taza de Café. Los mellizos se miraron y siguieron los pasos de Flamel.

—¿Tienes las llaves para cerrar?

Sophie asintió con la cabeza mientras le entregaba a Flamel un juego de llaves cuyo llavero era la fiel reproducción del puente Golden Gate.

—Mira, si Bernice vuelve y se encuentra la tienda cerrada, seguramente llamará a la policía o algo así...

—Tienes razón —contestó Flamel—. Deja una nota —ordenó a Sophie—, algo breve... como por ejemplo que tenías que irte antes por algún tipo de urgencia... ya sabes, algo parecido a eso. Pon que yo te acompañé. De hecho, escríbelo con garabatos, como si te hubieras ido a toda prisa. Vuestros padres, ¿siguen en aquella excavación en Utah?

Los padres de los mellizos trabajaban como arqueólogos y hacía poco que la Universidad de San Francisco les había otorgado una beca.

Sophie asintió con la cabeza.

—Por lo menos estarán allí seis semanas más.

—Mientras ellos están fuera, nos estamos quedando en Pacific Heights —añadió Josh—, con nuestra tía Agnes, la tía Agonías.

—Pero no podemos desaparecer así como así. Ella nos espera en casa para cenar —informó Sophie—. Si llegamos sólo cinco minutos tarde, ya se pone de los nervios. La semana pasada, cuando los tranvías se averiaron, nos retrasamos una hora, y ella ya se había encargado de llamar a nuestros padres.

La tía Agnes tenía ochenta y cuatro años y, a pesar de que les sacaba de quicio a los dos con sus constantes preocupaciones, en realidad los dos hermanos se sentían muy unidos a ella.

—Entonces, deberéis encontrar una buena excusa —finalizó Flamel sin dar más rodeos, apresurándose en entrar a la cafetería seguido muy de cerca por Sophie.

Josh vaciló durante un instante antes de entrar en la dulce y aromática penumbra que acechaba La Taza de Café. Permaneció en pie sobre la acera, con la mochila colgada en un hombro, mirando arriba y abajo. Sin tener en cuenta los destellantes cristales que resplandecían sobre la acera de enfrente, todo lo demás tenía el mismo aspecto de siempre, como si ésa fuera una tarde cualquiera. La calle estaba poco transitada, la atmósfera estaba un poco cargada por el bochorno del verano y la brisa oceánica casi no se percibía. Al otro lado de la bahía, más allá de los muelles Fisherman, se escuchaba la bocina de una embarcación, un sonido que parecía perderse en el horizonte. De hecho, a simple vista, todo parecía más o menos igual que hacía media hora.

Y sin embargo...

Y sin embargo, ya nada era lo mismo. Jamás volvería a ser lo mismo. En los últimos treinta minutos, el ordenado y metódico mundo de Josh se había visto alterado de forma irrevocable. Él era un adolescente como otro cualquiera, que no destacaba mucho en clase pero que tampoco que daba en el ridículo más absoluto. Jugaba en el equipo de fútbol americano, cantaba, y bastante mal, en su grupo de música y le gustaba alguna que otra chica, pero aún no tenía novia. Era un verdadero aficionado a los videojuegos, pero sobre todo a aquéllos en los que el jugador era el único francotirador, como *Quake* y *Doom* o *Unreal Tournament*. Sin embargo, no podía soportar los videojuegos de coches y siempre acababa perdiéndose en *Myst*. Le fascinaban los *Simpsons* e incluso se sabía de memoria algunos de sus diálogos. Cabría decir que le maravilló la película de *Shrek*, aunque jamás lo quiso admitir en público; la nueva de *Batman* dejaba mucho que desear y la de *X-Men* era sencillamente fantástica. Incluso le gustó la nueva de *Superman* a pesar de todas las críticas negativas que se habían vertido sobre ella. Era un jovencito normal y corriente.

Pero los adolescentes de hoy en día no solían encontrarse en mitad de una batalla mágica cuyos contrincantes eran dos magos de una edad más que considerable.

La magia no existía. La magia eran los efectos especiales de las películas. La magia eran los espectáculos encima de un escenario con conejos y palomas

saliedo de una chistera y David Copperfield serrando a personas o levitando sobre el público. Pero no existía la verdadera magia.

Entonces, ¿cómo podía explicarse lo que acababa de suceder en el interior de la librería? Él había sido testigo de cómo las estanterías de madera se habían podrido y de cómo los libros se habían hecho papilla en un abrir y cerrar de ojos. Él había oído el hedor a huevos podridos que desprendían los hechizos y conjuros de Dee y el aroma a menta que los encantamientos de Fleming, o Flamel, producían.

Josh Newman se estremeció bajo la cálida luz del atardecer y finalmente decidió entrar en La Taza de Café. Una vez dentro, se apresuró en sacar su abollado ordenador portátil de su mochila. Tenía que conectarse a Internet a través de la red inalámbrica de la cafetería, pues había unos nombres que necesitaba buscar: doctor John Dee, Perenelle y, especialmente, Nicolas Flamel.

Sophie garabateó una breve nota sobre una servilleta y después, mientras la releía, remordió el extremo del lápiz con nerviosismo.

La señora Fleming no se encuentra bien. Hubo un escape de gas en la librería. Hemos ido al hospital. El señor Fleming está con nosotros. Todo lo demás está bien. Te llamaremos más tarde.

Sophie sabía que si Bernice volvía y se encontraba la cafetería cerrada a la hora en que más ajetreo y trabajo había, no le iba a hacer la menor gracia. Sophie comenzaba a hacerse a la idea de que iba a perder su trabajo. Con un suspiro, firmó la nota añadiendo una rúbrica que rasgó el papel de la servilleta y la colocó junto a la caja registradora.

Nicolas Flamel se inclinó apoyándose en el hombro de Sophie y la revisó.

—Muy bien, está muy bien. Además, a la vez explica por qué la librería también está cerrada.

Entonces Flamel miró por encima de su hombro a Josh, quien estaba mecanografiando a toda máquina en el teclado de su ordenador.

—¡Vayámonos!

—Estaba revisando mi correo —murmuró Josh mientras apagaba el portátil y cerraba la tapa del ordenador.

—¿A esta hora? —preguntó Sophie con un tono de voz incrédulo.

—La vida continúa. El correo electrónico no se detendrá por nadie.

Josh intentó esbozar una sonrisa, pero no lo consiguió.

Sophie agarró su bolso y su clásica chaqueta vaquera y observó con cierta nostalgia la cafetería. De pronto, sintió que quizá ésa fuera la última vez que vería ese lugar durante mucho tiempo. Pero por supuesto, ésa era una idea ridícula.

Apagó las luces, acompañó a su hermano y a Nick Fleming hacia la puerta principal y activó la alarma de seguridad. Después, cerró la puerta tras de sí, introdujo la llave en la cerradura y metió el juego de llaves en el buzón de la cafetería.

—¿Y ahora? —quiso saber Sophie.

—Ahora iremos en busca de ayuda y nos esconderemos hasta que se me ocurra qué hacer con vosotros dos. —Flamel sonrió y continuó—: Nosotros somos verdaderos expertos en el arte del escondite: Perry y yo lo hemos estado haciendo durante más de medio milenio.

—¿Y qué hay de Perry? —preguntó Sophie—. Dee le hará... daño.

Después de unas cuantas semanas trabajando en la cafetería, Sophie había llegado a apreciar, y mucho, a la esbelta y distinguida mujer que frecuentaba la tienda. Lo último que deseaba era que le ocurriera algo.

Flamel agitó la cabeza.

—No puede. Ella es demasiado poderosa. Yo jamás me especialicé en las artes de hechicería. Sin embargo, Perry era la mejor. Ahora, todo lo que Dee puede hacer es contenerla, impedir que utilice sus poderes. Pero en los próximos días, mi esposa, al igual que yo, comenzará a envejecer y a debilitarse. Probablemente en una semana, y sin duda en dos, Dee podrá utilizar sus poderes contra ella. Aun así, será precavido. La mantendrá atrapada tras Custodias y Sigil... —Flamel observó la expresión de desconcierto en el rostro de Sophie—. Fronteras mágicas —explicó—. Sólo atacará cuando esté seguro de su victoria. Pero antes, intentará descubrir hasta qué punto llegan sus conocimientos arcanos. La búsqueda de la sabiduría siempre ha sido el punto más fuerte de Dee... y a la vez, su talón de Aquiles.

Entonces, distraídamente, rebuscó entre sus bolsillos.

—Mi Perry puede cuidarse sola. Recordadme alguna vez que os relate la historia de cómo se enfrentó a un par de lamias griegas.

Sophie asintió con la cabeza, aunque no tenía ni la menor idea de qué eran las lamias griegas.

Mientras Flamel recorría a zancadas la avenida, éste encontró lo que estaba buscando: un par de diminutas gafas de sol redondas. Se las colocó y después introdujo las manos en los bolsillos de su chupa de cuero y comenzó a silbar una melodía con poco ritmo, como si no le preocupara nada. Entonces, se dio media vuelta y miró a los hermanos por encima de su hombro.

—Venga. Daos prisa.

Los mellizos se entrecruzaron unas miradas inexpresivas y siguieron los pasos de Nicolas.

—Lo he buscado por Internet —susurró Josh a su hermana.

—Así que eso es lo que estabas haciendo. La verdad, no me creí que el correo fuera tan imprescindible para ti.

—Todo lo que dice es verídico. Su personaje está documentado en Wikipedia; Google muestra más de doscientas mil entradas con su nombre y eso no es todo. Cuando introduje el nombre « John Dee », me aparecieron más de diez millones de resultados. También aparece el nombre de Perenelle y alguna que otra mención al libro y todo lo demás. Incluso he leído que cuando Flamel murió, algunas personas profanaron su sepultura en busca de algún tesoro y lo que encontraron fue una tumba vacía, sin cuerpo y sin tesoro. Al parecer, su casa sigue en pie, en París.

—No tiene pinta de ser un mago inmortal —murmuró Sophie.

—La verdad es que no sé qué pinta tiene un mago —susurró en voz baja Josh

—. Los únicos magos que conozco son Penn and Teller^[2].

—Yo no soy un mago —interrumpió Flamel sin dirigirles la mirada—. Soy un alquimista, un hombre de ciencia, aunque quizá no del tipo de ciencia a la que estáis acostumbrados.

Sophie se apresuró en alcanzar a Flamel. Alargó uno de sus brazos para detenerlo, pero repentinamente una chispa, parecida a electricidad estática, le chamuscó las yemas de los dedos.

—¡Aaah!

Sophie retiró su mano hacia atrás con brusquedad, mientras notaba una especie de hormigueo en las yemas. ¿Qué pasaba ahora?

—Lo siento —se disculpó Flamel—, es un efecto secundario de... de lo que vosotros denomináis magia. Mi aura, el campo eléctrico que rodea mi cuerpo, aún está cargada. Cuando la has rozado, simplemente ha reaccionado. —Acto seguido sonrió, mostrando, por primera vez, su impoluta dentadura—. Eso también significa que tú tienes un aura muy poderosa.

—¿Qué es un aura?

Flamel dio un par de pasos sin musitar palabra y después, dándose la vuelta, señaló a una ventana. Sobre una luz fluorescente se podía leer la palabra TATUAJES.

—Mira allí... ¿Ves como alrededor de las letras se distingue una especie de resplandor?

—Lo veo —afirmó Sophie, entornando los ojos. Cada letra parecía estar perfilada con una parpadeante luz amarilla.

—Cada persona posee un resplandor parecido alrededor de su cuerpo. En un pasado muy lejano, la gente podía percibir a la perfección lo que ellos llamaban aura, que etimológicamente, en griego, significa « aliento ». A medida que la raza humana evolucionaba, la mayoría de ellos perdieron la habilidad de vislumbrar el aura de sus semejantes. Sin embargo, aún existen algunos que pueden diferenciarla.

Josh resopló con sorna.

Flamel echó un vistazo a los mellizos.

—Es verdad. El aura ha sido retratada por una pareja rusa, unos tales Kirlians. El campo eléctrico envuelve a todo organismo vivo.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Sophie.

Flamel tamborileó los dedos sobre el cristal de la tienda.

—Precisamente, igual que eso: un resplandor que abraza todo el cuerpo. El aura es algo único en cada ser, y por ello puede adoptar todo tipo de colores e intensidades. Algunas brillan con vigor y otras parpadean; algunas aparecen alrededor de una parte concreta del cuerpo y otras lo cubren como si fuera un abrigo. A partir del aura, se puede saber mucho de la persona, si está enferma o triste, enfadada o asustada, por ejemplo.

—¿Y tú puedes vislumbrar el aura de la gente? —consultó Sophie.

Para su sorpresa, Flamel negó con la cabeza.

—No, yo no. Perry sin embargo, algunas veces puede distinguirlas, pero yo no. Pese a todo, sé cómo canalizar y dirigir la energía. Eso es lo que vosotros habéis visto hoy, energía áurica pura.

—Creo que me encantaría aprender cómo hacer eso —confesó Sophie.

Repentinamente, Flamel le clavó la mirada.

—Ten cuidado con lo que deseas, jovencita. Todo uso de poder tiene un precio.

Entonces, Flamel extendió la mano y los mellizos se agolparon alrededor de él, en la despejada y tranquila avenida. La mano de Flamel temblaba visiblemente. Y cuando Sophie desvió su mirada hacia el rostro de Nicolas, ésta percibió que sus ojos parecían estar inyectados en sangre.

—Cuando utilizas energía áurica, quemas las mismas calorías que si corrieras una maratón. Podéis compararlo con el consumo de una pila. Dudo mucho que hubiera resistido más tiempo combatiendo contra Dee.

—¿Dee es más poderoso que tú?

Flamel dibujó una sonrisa un tanto forzada.

—Infinitamente más poderoso.

Metiéndose una vez más las manos en los bolsillos de su chupa de cuero, Nicolas Flamel continuó caminando por la avenida acompañado por Josh y Sophie, que lo escoltaban por ambos lados. A lo lejos, el puente Golden Gate comenzaba a asomarse sobre los tejados.

—Dee, a lo largo de los últimos cinco siglos, se ha dedicado a desarrollar sus poderes. Yo, en cambio, durante ese mismo período de tiempo, me he dedicado a encubrirme, concentrándome en pequeños detalles para que Perenelle y yo siguiéramos con vida. Dee siempre ha poseído un gran poder e incluso me asusta pensar de lo que ahora es capaz.

Al llegar al pie de la colina, hizo una pausa y observó a ambos lados. Después, repentinamente, se volvió hacia la izquierda, dirigiéndose hacia la calle California.

—Ya habrá tiempo para preguntas. Pero ahora debemos darnos prisa.

—¿Hace cuánto que conoces a Dee? —insistió Josh decidido a obtener respuestas.

Nicolas Flamel volvió a sonreír forzosamente.

—John Dee ya era un adulto cuando lo acepté como mi aprendiz. En aquella época, aún solía hacer eso. Me gratificaba ver cómo mis aprendices continuaban con la profesión. Incluso tenía la ilusión de formar a la nueva generación de alquimistas, científicos, astrónomos, astrólogos y matemáticos: todos ellos serían hombres y mujeres que crearían un nuevo mundo. Dee era probablemente el alumno más brillante que tuve durante toda mi carrera. Así que podría decirse que nos conocemos desde hace casi quinientos años, a pesar de que nuestros encuentros siempre han sido un tanto esporádicos durante las últimas décadas.

—¿Qué le convirtió en tu enemigo? —se aventuró a preguntar Sophie.

—La avaricia, los celos... y el Códex, el Libro de Abraham el Mago —informó Flamel con un tono de voz deprimente—. Lo ha estado codiciando durante mucho tiempo, y ahora, al fin, lo ha conseguido.

—Pero no por completo —recordó Josh.

—No por completo —suspiró Flamel. Continuó caminando, con los mellizos a cada lado—. Cuando Dee aún era mi aprendiz, en París, descubrió todo lo relacionado con el Códex. De hecho, lo sorprendí una vez que intentó robármelo y en ese instante supe que se había aliado con los Oscuros Inmemoriales. Me negué en rotundo a compartir los secretos del libro con él, y tuvimos una discusión un tanto acalorada. Esa misma noche nos envió por primera vez a unos asesinos a sueldo. Eran humanos, así que los eliminamos con cierta facilidad. Al día siguiente, por la noche, nos volvió a enviar a otros asesinos, pero esta vez eran cualquier cosa menos humanos, así que Perry y yo cogimos el libro, algunas de nuestras pertenencias y huimos de París. Desde entonces, nos ha estado persiguiendo.

Se detuvieron frente a un semáforo. Un trío de turistas británicos esperaba a que el semáforo cambiara de color y Flamel, que desde que se habían detenido no había pronunciado palabra, les lanzó una mirada advirtiéndoles que permanecieran en silencio. Finalmente, el semáforo cambió de color y todos los transeúntes cruzaron la calle. Los turistas se dirigieron hacia la derecha y Nicolas Flamel y los mellizos hacia la izquierda.

—¿Adónde fuisteis cuando os fugasteis de París? —preguntó Josh.

—A Londres —contestó un poco cortante Flamel—, donde en 1666 casi nos atrapa —continuó—. Dejé suelto un elemental de fuego para que fuera en nuestra busca, una criatura salvaje y estúpida que devoró casi toda la ciudad. La historia lo denominó « el Gran Incendio » .

Sophie se quedó mirando a su hermano. Ambos habían oído hablar del Gran Incendio de Londres, de hecho estaba incluido en el temario de historia mundial.

Sin embargo, Sophie se sorprendía a sí misma al comprobar lo tranquila que se sentía. Ahí estaba, escuchando los relatos de un hombre que reivindicaba tener más de quinientos años a la vez que reconstruía los acontecimientos históricos como si los hubiera vivido en primera persona. ¡Y ella le creía!

—Dee estuvo muy cerca de capturarnos en París, en 1763 —prosiguió Flamel—, y también en 1835, cuando trabajábamos en Roma como libreros. Ésa ha sido, desde siempre, mi profesión favorita —añadió.

Volvió a detener su discurso al acercarse a un grupo de turistas japoneses que escuchaban atentamente a su guía, que estaba inmerso entre todos ellos y sujetaba un paraguas de color amarillo canario. Cuando se alejaron lo suficiente, Nick continuó relatando los acontecimientos que sucedieron más de un siglo y medio atrás pero que, al parecer, continuaban vivos en su memoria.

—Emigramos a Irlanda pensando que jamás nos encontraría en esa isla, en ese pequeño rincón de Europa. Pero nos persiguió. Se las ingenió para dominar a las criaturas y dos de ellas lo acompañaron: la Criatura de la Enfermedad y la Criatura de la Hambruna, sin duda con la intención de seguirnos la pista. En algún momento, Dee perdió el control de las criaturas, y la enfermedad y la hambruna se apoderaron de aquella tierra: un millón de personas murieron en la Gran Hambruna de Irlanda, en 1840. —En ese instante el rostro de Nicolas Flamel parecía haberse endurecido, como si llevara una máscara—. Dudo que Dee malgastara un solo minuto reflexionando sobre sus actos. Siempre despreció a la raza humana.

Sophie volvió a mirar a su hermano. Sólo con echarle una ojeada sabía perfectamente que éste estaba concentrado, intentando digerir la avalancha de información. Lo conocía muy bien y sabía que en ese preciso momento a Josh le encantaría poder conectarse para comprobar algunos de esos detalles.

—Pero jamás te atrapó —finalizó Sophie.

—No hasta hoy —susurró, encogiéndose de hombros y sonriendo de una manera un tanto triste—. Supongo que era inevitable. A lo largo del siglo XX, Dee fue acercándose cada vez más. Sus poderes se habían desarrollado de una forma extraordinaria y su organización combinaba la magia antigua con la tecnología moderna. Perry y yo nos escondimos durante una buena temporada en Newfoundland, Canadá, hasta que Dee dejó sueltos un par de lobos merodeadores. Así, fuimos de ciudad en ciudad, recorriéndonos el país desde Nueva York, en 1901, hasta la costa Oeste. Supongo que era cuestión de tiempo que nos encontrara —añadió—. Las cámaras de videovigilancia, los teléfonos e Internet dificultan las cosas para mantenerse oculto hoy en día.

—Este libro... el Códex que Dee buscaba... —se aventuró Josh.

—El Libro de Abraham el Mago —aclaró Flamel.

—¿Qué tiene de especial?

Nicolas Flamel se detuvo en mitad de la acera tan repentinamente que los

mellizos ni siquiera se dieron cuenta de que iban unos pasos más adelantados que él. Un instante más tarde, ambos se dieron la vuelta y miraron a sus espaldas. El hombre de aspecto común tenía sus brazos completamente extendidos, como si estuviera realizando una reverencia.

—Miradme. ¡Miradme! Soy el hombre más viejo de toda Norteamérica. Eso es lo que tiene de especial.

Entonces, bajando el tono de voz continuó:

—¿Queréis saber algo? El secreto de la vida eterna es quizá el secreto menos importante que contiene el Códex.

Enseguida, Sophie deslizó su mano para agarrar con fuerza la de su hermano mellizo. La apretó levemente y supo, sin musitar palabra, que él estaba tan asustado como ella.

—Con el Códex en su poder, Dee puede comenzar a cambiar el mundo.

—¿Cambiarlo?

La voz de Sophie se asemejaba más a un susurro de angustia y, de repente, el bochorno estival se convirtió en un soplo de aire fresco.

—¿Cambiarlo? ¿Cómo? —insistió Josh.

—Rehaciéndolo —contestó Flamel en voz baja—. Dee y los Oscuros Inmemoriales a los que sirve remodelarán este mundo, de forma que volveremos a los inimaginables tiempos remotos, donde la raza humana será condenada a la esclavitud. O servirá como comida.

Capítulo 6

A pesar de que existían otras maneras con las que el doctor John Dee podía comunicarse, prefirió el método moderno: el teléfono móvil. Poniéndose cómodo en el interior de cuero tapizado de la limusina, abrió la tapa del teléfono y, enfocándolo hacia donde Perenelle Flamel permanecía inconsciente entre los dos goteantes golems, tomó una fotografía.

Madame Perenelle Flamel. Su prisionera. Realmente, esta foto era para incluirla en el álbum familiar.

Dee marcó un número de teléfono y envió la imagen. Después, inclinó la cabeza para contemplar a la distinguida dama desplomada en la parte trasera del coche. Capturar a Perenelle había sido un golpe maestro y una señal de buena ventura. Sin embargo, era consciente de que lo había conseguido porque ella había consumido mucha de su energía cuando destruyó al golem. Se acarició la barba mientras consideraba seriamente la opción de crear más golems en poco tiempo. Entonces miró a los dos que tenía en frente: durante los breves instantes que se habían expuesto a la luz solar, teniendo en cuenta que su fuerza era menor porque estaba atardeciendo, comenzaron a agrietarse al tiempo que se derretían. El que escoltaba a Perenelle en el lado izquierdo comenzaba a gotear fango oscuro sobre el asiento de cuero.

Quizá debería escoger otro tipo de criaturas la próxima vez. Esas salvajes bestias resultaban una buena arma para climas húmedos, pero eran verdaderamente un engorro en climas cálidos como la temporada de estío en la costa Oeste. Se preguntaba si aún conservaría el hechizo para crear un gul.

Pero era precisamente Perenelle quien le suponía un problema, de hecho, un serio problema. Y es que Dee sencillamente no sabía hasta dónde llegaban los poderes de Perenelle.

Dee siempre se había sentido un tanto intimidado ante la presencia de la esbelta y elegante dama de origen francés. Cuando comenzó su etapa de aprendiz junto con Nicolas Flamel, el Alquimista, cometió el error de subestimarla. Enseguida se dio cuenta de que Perenelle Flamel era, al menos, tan poderosa como su esposo, y, de hecho, en algunos ámbitos era incluso más poderosa. Aquellas características que hacían de Flamel un alquimista excepcional, su fijación por los pequeños detalles, su conocimiento de lenguas antiguas y su infinita paciencia, hacían de él un pésimo hechicero y un nefasto nigromante. Sencillamente, le faltaba ese punto imaginativo de pura visualización

que se necesitaba para desempeñar esos oficios. Perenelle, en cambio, era una de las hechiceras más poderosas que jamás había conocido.

Dee se quitó uno de sus guantes de cuero gris y lo arrojó al asiento trasero. Se inclinó hacia Perenelle, hundió uno de sus dedos en el charco de lodo que uno de los golems había dejado sobre el asiento y dibujó un símbolo parecido a una espiral sobre la mano izquierda de Perenelle. Después, trazó la contraimagen del símbolo en su mano derecha. Entonces, volvió a untarse un dedo con el fango grisáceo para perfilar tres líneas onduladas en la frente de la cautiva cuando, de pronto, ésta abrió sus ojos verdes. Repentinamente, Dee volvió a acomodarse en su asiento.

—*Madame Perenelle*, no te imaginas cuánto me satisface volver a verte.

Perry abrió los labios para hablar, aunque no logró vocalizar una sola palabra. Intentó moverse, pero los golems se lo impedían y además incluso sus músculos parecían no obedecerla.

—Ah, deberás perdonarme, pero me he tomado la libertad de echarte un conjuro. Un hechizo sencillo, pero creo que será suficiente mientras recapacito y encuentro algo más duradero.

Dee esbozó una sonrisa, pero en ella no había nada de divertido. En ese instante, vibró su teléfono móvil y un segundo más tarde comenzó a oírse la banda sonora de *Expediente X*. Al fin, descolgó el teléfono.

—Perdona —se disculpó ante Perenelle.

Una voz muy débil se escuchaba al otro lado del teléfono.

—¿Recibiste la foto? —preguntó—. Sí, pensé que te divertiría: la legendaria Perenelle Flamel en tus brazos. Oh, estoy seguro de que Nicolas acudirá a su rescate. Pero estaremos preparados. Esta vez, no lo dejaré escapar.

Perenelle escuchó con perfecta claridad la carcajada que sonó al otro lado de la línea telefónica.

—Por supuesto.

Dee buscó en uno de sus bolsillos y extrajo el libro con encuadernación de cobre.

—Al fin tenemos en nuestras manos el Códex —dijo mientras abría el libro y lo hojeaba. De repente, su tono de voz se debilitó, y comenzó a susurrar, como si estuviera hablando para sí mismo—. Diez mil años de arcana sabiduría concentrada en un solo lugar...

Entonces, la voz se entrecortó y el teléfono resbaló de las manos de Dee hasta caer al suelo.

Faltaban las dos últimas páginas del libro, que habían sido claramente arrancadas.

Dee cerró los ojos y se humedeció los labios con un movimiento rápido de su diminuta lengua.

—El joven —comentó con voz áspera—, el joven que me arrebató el libro.

—Volvió a abrir los ojos y comenzó a examinar todas las páginas anteriores con sumo cuidado—. Quizá no sean cruciales... —susurró mientras movía los labios furiosamente y leía las oscilantes palabras.

Se concentró en las brillantes letras que aparecían en la parte superior de cada página, que daban una pista de los contenidos. Después, se detuvo repentinamente, apretando el libro con fuerza con los dedos temblorosos. Cuando alzó la cabeza, sus ojos ardían en llamas.

—¡He perdido las páginas de la invocación final! —gritó.

Destellos amarillos danzaban alrededor de su cabeza y la ventana trasera de la limusina se asemejaba a una telaraña de cristales blancos. Zarcillos de energía blanca y amarilla goteaban de sus dientes, como si fueran saliva.

—Da marcha atrás —rugió Dee al conductor—. Da marcha atrás ya. No, espera, olvida la orden. Flamel no es estúpido. Ya se habrán ido.

Entonces, recogió el teléfono móvil del suelo y, evitando la mirada de Perenelle, se concedió unos instantes para serenarse. Suspiró profundamente y, a primera vista, pareció haber recuperado la tranquilidad. Después, marcó de nuevo.

—Ha surgido un pequeño contratiempo —informó tajantemente a su oyente con un tono de voz sosegado e indiferente—. Al parecer, hemos perdido un par de páginas del libro. Nada importante, estoy seguro. Quizá puedas hacerme un favor —añadió de un modo un tanto informal—. Comunícale a Morrigan que necesito sus servicios.

Dee se dio cuenta de que los ojos de Perenelle se habían abierto de par en par por el impacto que le produjo la mención de ese nombre. Dee sonrió abiertamente, lleno de satisfacción.

—Infórmale de que voy a precisar de sus especiales artes y de su particular talento. Después, colgó el teléfono y desvió su mirada hacia Perenelle Flamel.

—Hubiera sido mucho más sencillo si me hubieran entregado el Códex completo. Ahora, Morrigan está en camino. Y ya sabes lo que eso significa.

Capítulo 7

Sophie fue la primera en avistar la rata.

Los mellizos habían crecido en la ciudad de Nueva York y la mayoría de los años veraneaban en la costa Oeste, en California, así que encontrarse con una rata no suponía para ellos ninguna novedad. Después de vivir en San Francisco, una ciudad de gran afluencia marítima, resultaba fácil acostumbrarse a ver ciertas criaturas correteando por la ciudad, sobre todo por la mañana, bien temprano, y por la noche, bien entrada la madrugada, cuando salían de las penumbras y las alcantarillas. A Sophie no le asustaban demasiado, aunque, como todo el mundo, había escuchado miles de historias de terror, leyendas urbanas y habladurías del amigo del amigo sobre esos animales carroñeros. Sabía que eran inofensivas a no ser que se sintieran acorraladas. De hecho, había leído en alguna revista que podían saltar a una altura espectacular. También leyó un artículo en el suplemento del domingo de *The New York Times* que aseguraba que en Estados Unidos había tantas ratas como personas.

Pero esta rata era diferente.

Con un pelaje lustroso y negro, muy distinto al marrón mugriento habitual, la rata estaba agazapada, tranquila e inmóvil, en la boca del callejón e incluso podía jurar que sus ojos eran de un rojo brillante. Y además, los estaba observando.

¿Sería una mascota que se había escapado?

—Ah, ya te has dado cuenta —murmuró Flamel agarrando a la chica del brazo y empujándola hacia delante—. Nos están observando.

—¿Quién? —preguntó Josh, confundido. Entonces se dio la vuelta con rapidez para ver el extravagante coche de Dee aparcando al otro lado de la acera. Pero allí no había ni rastro de ningún coche y nadie parecía estar especialmente atento a ellos—. ¿Dónde?

—La rata. En el callejón —contestó rápidamente Flamel—. No mires.

Pero ya era demasiado tarde. Josh se había dado la vuelta y había mirado a la extraña rata.

—¿Una rata? Una rata nos está observando, no puedes estar hablando en serio.

Contempló con atención la rata, esperando que ésta se diera la vuelta en cualquier momento y se escabullera por la callejuela. Sin embargo, la rata alzó su cabeza y lo miró dejando entrever sus afilados dientes. Josh sintió un escalofrío. Odiaba a partes iguales a las ratas y a las serpientes, aunque no tanto

como a las arañas y a los escorpiones.

—Las ratas no tienen los ojos rojos, ¿verdad? —consultó, mirando también a su hermana quien, por lo que él sabía, no le tenía miedo a nada.

—No es lo más normal —respondió Sophie.

Entonces volvió a mirar hacia atrás y descubrió que había dos ratas color negro azabache que permanecían inmóviles en el callejón. Una tercera salió de la oscuridad y se unió a las otras dos para vigilarlos detenidamente.

—De acuerdo —dijo Josh sin alterar su tono de voz—. Hoy he visto hombres de fango, así que puedo aceptar a las ratas espía. ¿Hablan? —preguntó.

—No seas ridículo —comentó bruscamente Flamel—. Son sólo ratas.

Sin embargo, después de todo lo que había presenciado, Josh no creía que esa sugerencia fuera tan ridícula.

—¿Las ha enviado Dee? —quiso saber Sophie.

—Nos está siguiendo la pista. Las ratas han rastreado nuestro olor desde la tienda. Un sencillo conjuro le permite ver lo que ellas ven. Son una herramienta muy primitiva, pero a la vez, muy efectiva. Además, desde que han percibido nuestro aroma, pueden seguirnos allá donde vayamos hasta que atravesemos un riachuelo de agua. Pero los que más me preocupan son aquellos de allí —sugirió, señalando con su barbilla hacia arriba.

Sophie y Josh alzaron sus miradas. Reunidos sobre los tejados de los edificios más cercanos, una gran bandada de pájaros de alas negruzcas los vigilaba.

—Cuervos —informó Flamel.

—Eso es malo —adivinó Sophie.

Desde el instante en que Dee había entrado en la tienda, no había habido ni una sola buena noticia.

—Podría ser muy malo, pero creo que lo vamos a lograr. Casi hemos llegado.

Torció a mano izquierda y condujo a los mellizos al corazón del exótico Barrio Chino de San Francisco. Después de pasar por delante del hotel Sam Wong, giraron hacia la derecha, adentrándose así por una angosta callejuela y unos segundos más tarde, hacia la izquierda, metiéndose en un callejón todavía más estrecho. En los callejones, claramente alejados de las calles principales del barrio, se apilaban gigantescas cajas de cartón y latas abiertas que desprendían un olor tan intenso que todo el barrio parecía haberse impregnado de ese hedor agri dulce a comida podrida. El callejón por el que se habían introducido realmente apestaba, de hecho, daba la sensación de que el aire que se respiraba era prácticamente sólido. Además, por allí pululaban enormes moscardones y en ambos lados de la callejuela se alzaban unos edificios tan altos que el pasadizo quedaba prácticamente en la más penumbrosa oscuridad.

—Creo que voy a vomitar —susurró Sophie.

El día anterior le había confesado a su hermano mellizo que se había dado cuenta de que su sentido del olfato se había agudizado desde que había empezado

a trabajar en la cafetería. Presumía de su capacidad para diferenciar aromas que jamás antes había percibido. Ahora, sin embargo, se lamentaba de ello, pues el rancio aire que respiraba desprendía un olor pestilente a fruta podrida y a pescado.

Josh simplemente asintió con la cabeza. Estaba concentrado en inspirar por la boca aunque no podía evitar la idea de que cada vez que respiraba ese repugnante aire pasaba por su lengua.

—Ya casi hemos llegado —repitió Flamel. A él parecía no afectarle la colección de pestilencias que lo rodeaban.

Los mellizos percibieron un sonido áspero y escurridizo, así que de inmediato ambos se dieron la vuelta al mismo tiempo y observaron cómo cinco enormes ratas negras gateaban por las latas abiertas. A su vez, un gigantesco cuervo negro se posó sobre uno de los cables eléctricos que cruzaban el callejón.

De repente, Nicolas Flamel se detuvo ante una puerta de madera lisa que contenía tanta mugre que resultaba prácticamente imposible distinguirla de las paredes que la rodeaban. No tenía ni manilla, ni pomo, ni cerradura. Extendiendo su mano derecha, Flamel colocó los dedos de una forma específica y presionó. Entonces, la puerta se abrió produciendo un chasquido. Agarró a Sophie y a Josh, y los empujó hacia la penumbra del interior a la vez que cerraba con mucho cuidado tras de sí.

Después de haber inhalado la amarga fetidez del callejón, el recibidor desprendía un perfume embriagador: una esencia de jazmín mezclada con sutiles aromas exóticos. Los hermanos respiraron profundamente.

—Bergamota —anunció Sophie al identificar el olor a naranja—, y lang-y lang y pachulí, creó.

—Me dejás impresionado —confesó Flamel.

—Me acostumbré al olor de las hierbas de té en la cafetería. Me fascinaban los aromas de los té exóticos.

Entonces Sophie detuvo su confidencia, pues de repente, se había dado cuenta de que ya hablaba de la tienda como si jamás volviera a verla y a describir los perfumes como si jamás volviera a olerlos. En ese preciso momento, a primera hora de la tarde, la clientela comenzaría a llenar la cafetería, pidiendo capuchinos y cafés con leche, té helados e infusiones de hierbas. Sophie se secó las lágrimas que le habían humedecido los ojos. No le cabía la menor duda de que añoraría todo aquello, pues era algo a lo que estaba acostumbrada y, sobre todo, era real.

—¿Dónde estamos? —preguntó Josh, mirando a su alrededor una vez que sus ojos se hubieron acostumbrado a la luz tenue.

Se hallaban en un recibidor alargado, un tanto estrecho y, a primera vista, impoluto. Las paredes estaban forradas por unas tablas de madera pulida de color claro y sobre el suelo había alfombras tupidas de cañas blancas. Una sencilla

puerta principal, al parecer cubierta por papel, aparecía al fondo del pasillo. Josh estaba a punto de dar un paso en dirección a la puerta cuando la mano de hierro de Flamel lo sujetó por el hombro.

—No te muevas —advirtió en voz baja—. Espera. Observa. Vigila. Si retienes esas tres palabras en tu mente, quizá sobrevivas los próximos días.

Rebuscando en su bolsillo, extrajo una moneda de veinticinco centavos. Se la colocó sobre el pulgar y la lanzó al aire. Ésta giró y giró hasta que comenzó a descender en medio del recibidor.

De pronto, se percibió un silbido... y, entonces, un afilado dardo, con la punta como una aguja, atravesó la moneda metálica, empalándola mientras ésta flotaba por el aire y clavándola en la pared del lado opuesto.

—Habéis abandonado el mundo seguro y mundano que hasta ahora conocíais —informó Flamel con un tono de voz serio, observando a los dos hermanos—. Nada es lo que parece. Debéis aprender a cuestionarlo todo, a esperar antes de realizar cualquier movimiento, a observar antes de dar un paso hacia delante y a vigilarlo todo. Yo aprendí todas estas lecciones en la alquimia, pero a vosotros os parecerán inestimables en este mundo, por donde habéis deambulado sin apreciar nada de él. —Entonces señaló hacia el fondo del pasillo y continuó—. Mirad y observad. Decidme: ¿qué veis?

Josh fue el primero en distinguir un diminuto agujero en la pared, aunque parecía una simple mancha en la madera. Cuando se aseguró de que aquello era un agujero, se dio cuenta de que había docenas de pequeños agujeros en las paredes. Se preguntaba si cada uno de ellos contenía en su interior un afilado dardo lo suficientemente fuerte como para atravesar el metal.

Sophie, en cambio, se fijó en el detalle del suelo, y es que éste no parecía estar unido en las junturas con las paredes. En tres lugares diferentes, situados tanto a su izquierda como a su derecha, cerca del rodapié, se distinguía claramente un agujero.

Flamel asintió con la cabeza a cada uno de los hermanos.

—Bien hecho. Ahora observad. Ya hemos comprobado lo que los dardos pueden hacer, pero existe otro peligro...

Entonces, extrajo un pañuelo de su bolsillo y lo arrojó al suelo, cerca de una de las angostas aperturas. Se escuchó un único tintineo metálico y, acto seguido, una espada afilada con la forma de media luna emergió de la pared, rasgó el pañuelo en mil pedazos y volvió a deslizarse hacia su guarida.

—De forma que si los dardos no consiguen su objetivo... —comenzó Josh.

—Las espadas terminarán el trabajo —atajó Sophie—. Bien, ¿cómo llegaremos hasta la puerta?

—No llegaremos —respondió Flamel mientras daba media vuelta y empujaba la pared de la izquierda. A continuación, se escuchó un breve chasquido y una parte de la pared, como si de una puerta se tratara, se retiró

hacia atrás, dejando entrever una amplia y ventilada habitación.

Los mellizos reconocieron de inmediato la estancia: se trataba de una *dojo*, un salón de entrenamiento de artes marciales. Desde pequeños, habían asistido a clases de taekwondo en academias repartidas por toda Norteamérica, ya que habían estado viajando junto con sus padres de universidad en universidad. Muchas de ellas contaban con clubes de artes marciales en la misma universidad, así que sus padres los apuntaban siempre al mejor *dojo* que encontraban. Tanto Sophie como su hermano eran cinturón rojo, un rango inferior al cinturón negro.

Sin embargo, a diferencia de los demás *dojos*, éste tenía una decoración sencilla, con persianas de color crema y blanco, paredes luminosas y esteras oscuras esparcidas por el suelo. Pero lo que de inmediato captó toda su atención fue la única figura que se alzaba en la habitación. Una silueta vestida con una camiseta blanca y vaqueros también blancos que estaba sentada dándoles la espalda justo en el centro de la sala. Lucía un cabello en punta de color rojizo, la única pizca de color que destacaba en todo el *dojo*.

—Tenemos un problema —informó Nicolas Flamel, dirigiéndose hacia la figura.

—Tú tienes un problema. Esto no tiene nada que ver conmigo. —La silueta no se molestó en darse la vuelta, pero los mellizos se dieron cuenta de que la voz provenía de una mujer joven con un leve acento céltico.

«Irlandesa o escocesa», pensó Sophie.

—Dee me ha encontrado.

—Era cuestión de tiempo.

—Ha traído golems consigo.

De repente, se hizo el silencio. La silueta continuaba sin moverse.

—Siempre fue un memo. Jamás se utilizan golems en un clima seco. Eso demuestra su arrogancia.

—Ha tomado a Perenelle como prisionera.

—Ah. Eso sí que es un verdadero problema, pero no le hará ningún daño.

—Y tiene el Códex.

Al pronunciar esta última frase, la figura comenzó a moverse. Se puso en pie y, después, se volvió hacia ellos. Los mellizos se quedaron estupefactos al contemplar que se trataba de una joven no mucho mayor que ellos. Tenía la tez pálida, manchada por miles de pecas, y su rostro ovalado se veía eclipsado por una mirada verde hierba. Llevaba el pelo corto, de un rojo vivo y peinado en punta, con una textura tan brillante que incluso Sophie se preguntaba si se lo habría teñido de ese color.

—¿El Códex?

No cabía la menor duda, su acento era irlandés.

—¿El Libro de Abraham el Mago?

Nicolas asintió con la cabeza.

—Entonces tienes razón, tenemos un problema.

Flamel buscó en su bolsillo y sacó las dos páginas que Josh había arrancado del famoso libro.

—Bueno, casi todo el libro. Se dejó la invocación final.

La jovencita siseó un sonido semejante al del agua hirviendo e instantes después dibujó en su cara una fugaz sonrisa que se desvaneció en un segundo.

—Y que, obviamente, querrá conseguir.

—Por supuesto.

Josh contemplaba a la joven pelirroja intensamente, fijándose en cómo mantenía la espalda perfectamente erguida, como la mayoría de profesores de artes marciales que había conocido. Entonces, miró de reojo a su hermana a la vez que arqueaba las cejas a modo de pregunta silenciosa e inclinaba su barbilla hacia la jovencita. Sophie sacudió la cabeza. Ambos sentían una cierta curiosidad por saber por qué Nicolas Flamel la trataba con un respeto tan evidente. Sophie también había llegado a la conclusión de que había algo extraño en la expresión de la muchacha, pero no sabía exactamente de qué se trataba. Tenía un rostro bastante común, quizá los pómulos un tanto prominentes y el mentón demasiado puntiagudo, pero era su mirada color esmeralda lo que captaba toda su atención... Fue entonces, cuando examinaba con cautela el rostro de la jovencita, cuando Sophie se dio cuenta de que ésta no pestañeaba.

La joven desconocida inclinó su cabeza hacia atrás e inspiró profundamente, abriendo por completo las aletas de la nariz.

—¿Por eso huele a Ojos?

Flamel asintió.

—Ratas y cuervos. Están por todas partes.

—¿Y los has traído aquí? —preguntó con un tono acusador—. He pasado años construyendo este lugar.

—Si Dee tiene el Códex en su poder, tú eres la única que sabe a ciencia cierta lo que es capaz de hacer.

La joven asintió y desvió su mirada verde hacia los mellizos.

—¿Y estos dos? —preguntó cuando al fin advirtió su presencia.

—Estaban conmigo cuando Dee me atacó. Lucharon por mí, y este jovencito fue quien arrancó las páginas del libro. Ella es Sophie y él, Josh, su hermano mellizo.

—¿Mellizos? —Entonces se acercó a ellos y los miró con atención—. No son idénticos, pero veo la semejanza. —Se volvió hacia Flamel y le susurró: ¿No estarás creyendo que...?

—Lo que creo es que se trata de una curiosa serie de acontecimientos —finalizó Flamel con un tono misterioso mientras contemplaba a los mellizos—. Me gustaría presentarlos a Scathach. Seguramente no os hablará mucho de sí misma, así que seré yo quien os informe un poco sobre ella. Pertenece a la Raza

Inmemorial y ha entrenado a los guerreros y héroes legendarios de los dos últimos milenios. En mitología, se la conoce como la Doncella Guerrera, la Sombra, la Asesina Demoníaca, la Guerrera, la...

—Oh, llámame Scatty —interrumpió la joven a la vez que sus mejillas se tornaban del mismo color que su pelo.

Capítulo 8

El doctor John Dee se acomodó en el asiento trasero de la limusina a la vez que intentaba, sin mucho éxito, disimular su furia. Se respiraba un ambiente pesado, cargado con el olor de azufre y con diminutos zarcillos de fuego de una tonalidad amarillo pálido que crepitaban alrededor de las yemas de los dedos de Dee y se deslizaban hacia el suelo. Había fracasado y pese a que sus maestros tenían una paciencia infinita, pues siempre instigaban planes que tardaban siglos en llevarse a cabo, esa misma paciencia estaba a punto de agotarse. Y no cabía la menor duda de que no eran conocidos precisamente por su compasión.

Calmada e inmovilizada, contenida por el hechizo de Dee, Perenelle Flamel lo observaba con una mirada que parecía arder en llamas. Sin embargo, en ella se podía leer una mezcla de sentimientos diversos: odio y lo que parecía ser miedo.

—Esto se está complicando —susurró Dee—, y odio las complicaciones.

Dee estaba sujetando un plato llano argentado sobre su regazo. Sobre él había vertido todo el contenido de una lata de soda, el único líquido que tenía a su alcance. Siempre prefería trabajar con agua pura, pero técnicamente cualquier fluido serviría. Inclinado hacia el plato, contemplaba con atención el líquido y entonces permitió que un poco de su propia energía áurica se escurriera sobre la superficie a la vez que murmuraba las primeras palabras del conjuro espía.

Durante un breve instante, apareció su propio reflejo en la superficie del líquido que se había vuelto oscuro, pero después tembló y la gaseosa comenzó a burbujear, como si estuviera hirviendo. Unos segundos más tarde, el líquido volvió a estabilizarse, y sobre él se dibujó una imagen que no tenía nada que ver con el rostro de Dee. En ella se mostraba unas figuras de un gris púrpura y de un negro verdoso. La perspectiva desde donde se captaban las siluetas parecía estar muy cerca del suelo y se movía con una rapidez extrema.

—Ratas —murmuró Dee mientras torcía sus finísimos labios con repugnancia. Odiaba utilizar ratas como Ojos.

—No me puedo creer que los hayas conducido hasta aquí —comentó Scatty mientras embutía puñados y puñados de ropa en una mochila.

Nicolas Flamel permanecía en la puerta de la diminuta habitación de Scatty, con los brazos plegados sobre el pecho.

—Todo sucedió muy deprisa. Ya era una mala noticia que Dee hubiera conseguido arrebatarme el Códex, pero cuando me di cuenta de que faltaban dos páginas, supe que los mellizos estaban en peligro.

Cuando Scatty escuchó la palabra «mellizos» alzó con brusquedad la mirada de su mochila.

—Ellos son la verdadera razón por la que has venido aquí, ¿no es así?

De repente, Flamel se percató de algo que debió de ser muy interesante, pues desvió su mirada de Scatty y se quedó contemplando fijamente la pared.

Scatty cruzó a zancadas la diminuta estancia, echó un vistazo al recibidor para asegurarse de que Sophie y Josh continuaban en la cocina, y después empujó a Flamel hacia el interior de la habitación, cerrando de golpe la puerta tras ella.

—Tú estás tramando algo, ¿verdad? —preguntó—. Aquí pasa algo más aparte del robo del Códex. Podías haberte encargado de Dee y de sus subordinados tú solito.

—No estés tan segura. Hace mucho tiempo que no lucho, Scathach —contestó con amabilidad Flamel—. La única alquimia que hoy en día practico es la elaboración de una pequeña pócima de la Piedra Filosofal para que Perenelle y yo nos mantengamos jóvenes. De vez en cuando, si necesitamos dinero, convierto metales viejos en oro y piedras en joyas.

Scatty dejó escapar una breve carcajada que no tenía nada de humorístico y continuó concentrada en su mochila. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba unos pantalones negros de combate, unas botas Magnum con puntera de acero y una camiseta de algodón negra cubierta por un chaleco también negro lleno de bolsillos de diferentes tamaños y cremalleras. Metió casi a presión otro par de pantalones en su mochila y encontró un calcetín, así que miró debajo de la cama buscando la pareja.

—Nicolas Flamel —comentó con una voz un tanto apagada por estar bajo unas mantas—, eres el alquimista más poderoso jamás conocido. Recuerda que permanecí a tu lado cuando combatimos al demonio Fomor, y tú fuiste quien me rescató de los calabozos de An Chaor-Tanach y no al revés. —Entonces salió de debajo de la cama con el calcetín en la mano—. Cuando los Rusalka aterrorizaron la ciudad de San Petersburgo, fuiste tú, tú solo, quien los hiciste retroceder y cuando la Annis Negra rugía en Manítoaba, yo misma contemplé cómo la derrotabas. Fuiste tú y sólo tú quien se enfrentó cara a cara con la Bruja de Noche y a su ejército de muertos vivientes. Has pasado más de medio milenio leyendo y estudiando el Códex, así que nadie puede estar más familiarizado con las historias y leyendas que éste relata...

Entonces, repentinamente, Scatty se detuvo a la vez que abría de par en par sus ojos verdes.

—Es por eso —comentó boquiabierta—. Todo tiene que ver con la leyenda...

Flamel se acercó a ella y colocó su dedo índice sobre los labios de la chica,

de modo que le previno de pronunciar otra palabra. La sonrisa que se esbozaba en el rostro de Flamel era enigmática.

—¿Confías en mí? —le preguntó Nicolas finalmente.

La respuesta fue inmediata.

—Sin duda.

—Entonces confía en mí. Quiero que protejas a los mellizos. Y que los entrenes —añadió.

—¡Entrenarlos! ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

Flamel asintió con la cabeza.

—Quiero que los prepares para lo que se avecina.

—¿Y qué es?

—No lo sé —confesó mientras sonreía—, pero seguro que será algo malo.

—Estamos bien, mamá, de verdad, estamos bien —explicaba Sophie mientras inclinaba levemente el teléfono móvil para que su hermano pudiera escuchar la conversación—. Sí, Perry Fleming tenía ardor de estómago, probablemente por algo que comió. Pero ya está bien.

Sophie podía sentir cómo las gotas de sudor le resbalaban por la espalda desde la parte trasera del cuello. Le resultaba muy incómodo mentir a su madre, aunque ésta siempre andaba tan concentrada en su trabajo que jamás se le ocurriría comprobar si lo que su hija le contaba era cierto o no.

Los padres de Josh y Sophie se dedicaban a la arqueología. Eran conocidos por sus descubrimientos y sus aportaciones habían ayudado a reorganizar la arqueología moderna. Fueron de los primeros arqueólogos en descubrir la existencia de nuevas especies de pequeños homínidos que eran vulgarmente denominados *hobbits* en Indonesia. Josh siempre decía que sus padres vivían en un mundo de hace cinco millones de años y que sólo eran felices cuando estaban arrodillados en el fango. Los mellizos sabían que sus padres los adoraban incondicionalmente, pero también sabían que ellos, sencillamente, no comprendían a sus hijos ni nada que tuviera relación con la vida moderna.

—El señor Fleming va a llevar a su esposa a una casa que tienen en una zona alejada y nos han pedido que los acompañemos para tomarnos un breve descanso en el trabajo. Les hemos dicho que primero de todo os pediríamos permiso. Sí, también he hablado con la tía Agnes, y está de acuerdo si vosotros también lo estáis. Di que sí, mamá, por favor.

Se volvió hacia su hermano y cruzó los dedos. Su hermano también los cruzó. Habían estado discutiendo durante un tiempo qué les dirían a su tía y a su madre antes de llamarles, pero no estaban del todo seguros sobre lo que harían si su madre decidía no permitirles ir.

Sophie descruzó los dedos y alzó su dedo pulgar hacia arriba, indicando con

ese gesto que su madre había aceptado la proposición.

—Sí, me dan unos días libres en la cafetería. No, no seremos ningún estorbo. Sí, mamá. Sí. Te queremos y dile a papá que también le queremos.

Sophie continuó escuchando y después apartó el teléfono.

—Papá ha encontrado una docena de *Sharpis Pseudoarctolepis* en unas condiciones casi perfectas —informó a su hermano, que permanecía inexpressivo —, un crustáceo del período cámbrico —explicó.

Josh asintió.

—Dile a papá que es una gran noticia y que estaremos en contacto —le pidió.

—Os queremos —dijo Sophie antes de colgar el teléfono—. Odio mentir a mamá —confesó a su hermano de inmediato.

—Lo sé. Pero no podías contarle la verdad, ¿no crees?

Sophie se encogió de hombros.

—Supongo que no.

Josh volvió a girarse hacia el fregadero. El portátil estaba apoyado de forma poco segura sobre el escurridor, junto al teléfono móvil. Estaba utilizando el teléfono para poder conectarse porque, curiosamente, no había ninguna línea telefónica o conexión a Internet en el *dojo*.

Scatty vivía sobre el *dojo*, en un apartamento de dos espacios: una cocina, situada a un extremo del recibidor, y una habitación con baño, ubicada en el otro. Un diminuto balcón conectaba los dos espacios del pequeño apartamento y la vista que se vislumbraba desde allí era el *dojo*. Los mellizos permanecían en la cocina mientras Flamel, en la habitación situada al lado opuesto de la cocina, ponía al día a Scatty sobre los acontecimientos sucedidos durante las horas previas.

—¿Qué piensas de ella? —preguntó Josh con cierto tono de indiferencia a la vez que se concentraba en su portátil. Había intentado conectarse, pero la velocidad de la conexión se iba ralentizando. Había abierto la página de Altavista y había introducido una docena de versiones de la palabra «Scathach» hasta que al fin lo consiguió con el deletreo adecuado—. Aquí está, veintisiete mil resultados de Scathach, la Sombra o la Ensombrecida —comunicó. Instantes después, añadió de un modo informal—: A mí me cae bien.

Enseguida, Sophie entendió el tono demasiado indiferente de su hermano. Dibujó una sonrisa de oreja a oreja y abrió los ojos de par en par.

—¿Quién? Oh, te refieres a la Guerrera que tiene más de dos mil años de edad. ¿No crees que es un poco mayor para ti?

De repente, del cuello de la camiseta de Josh ascendió una oleada de color rojo que coloreó sus mejillas.

—Déjame probar en Google —murmuró mientras mecanografiaba a toda prisa sobre el teclado—. Cuarenta y seis mil resultados de «Scathach» —informó—. Al parecer, también es real. Veamos qué dice Wikipedia de ella. —

Josh continuó con su búsqueda, e instantes después se dio cuenta de que su hermana ni siquiera lo estaba mirando. Se volvió hacia ella y descubrió que ésta estaba observando fijamente a través de la ventana.

Allí, sobre el tejado del edificio que se alzaba al otro lado del callejón, apareció una rata que los vigilaba. Un segundo después de que los mellizos advirtieran su presencia, una segunda y una tercera rata se unieron a ésta.

—Están aquí —susurró Sophie.

Dee intentaba concentrarse para no vomitar.

Observar a través de ojos de ratas resultaba una experiencia nauseabunda. Como estos animales poseían un cerebro diminuto, se requería un esfuerzo gigantesco para mantener a la criatura centrada y enfocada, lo que, en un callejón a rebosar de comida podrida, no era una tarea fácil. Durante un breve instante, Dee se alegró de no haber utilizado toda la fuerza del hechizo espía, pues tal acción le hubiera permitido escuchar, saborear y, lo más repugnante de todo, oler todo lo que rodeaba a la rata.

Era como mirar un televisor en blanco y negro mal sintonizado. La imagen cambiaba, temblaba y se tambaleaba con cada movimiento del animal. Una rata podía correr horizontalmente por el suelo, trepar por una pared, escabullirse por una delgada cuerda y todo ello en cuestión de segundos.

Entonces, la imagen se detuvo y se estabilizó.

Justo en frente de Dee, trazados por una línea gris púrpura que brillaba con un resplandor verde negruzco, se alzaban los dos humanos que había visto en la librería. Un chico y una chica, quizá adolescentes, y lo suficientemente parecidos en cuanto a apariencia como para tener algún tipo de parentesco. Un repentino pensamiento apareció en su mente, de forma que perdió toda su concentración. Quizá fueran hermanos... ¿podrían ser algo más? ¡Seguro que no!

Volvió a observar el plato espía y se abstraigo de todo lo demás, forzando así a la rata a la cual controlaba a permanecer completamente quieta. Dee se centró en el par de jóvenes, intentando averiguar si uno era mayor que el otro, aunque la visión de la rata estaba demasiado nublada y distorsionada como para poder percibir estas diferencias.

Pero si tenían exactamente la misma edad... eso significaría que eran mellizos. Y eso le resultaba algo extraño. Volvió a mirarlos y después sacudió la cabeza: eran humanos. Descartando la idea, con una única orden convocó a todas las ratas que se encontraban a medio kilómetro a la redonda de la posición de los mellizos.

—Aniquíladlos. Aniquíladlos por completo.

Los cuervos vigilantes alzaron el vuelo, graznando estridentemente, como si estuvieran aplaudiendo.

Josh contemplaba boquiabierto cómo la rata cruzaba de un gigantesco salto el espacio entre el techo del edificio de enfrente y el apartamento de Scathach. Josh logró vislumbrar los afilados, perversos y puntiagudos dientes del roedor.

—¡Oye! —vocalizó con dificultad Josh.

Después, se alejó bruscamente de la ventana, pues la peluda y mojada rata se había golpeado contra el cristal. Un instante más tarde, se deslizó hacia el callejón, donde se tambaleaba un tanto desconcertada.

Josh agarró a su hermana por el brazo y la condujo hacia el balcón que conectaba los dos espacios de la casa.

—Tenemos un problema —gritó. Y entonces se detuvo.

Afuera, tres gigantesco golems, que iban dejando un rastro de lodo seco y desconchado, se dirigían hacia el callejón. Formando una sinuosa fila, decenas de ratas los seguían.

Capítulo 9

Los tres golems se adentraron sigilosamente por el pasillo hasta llegar a la puerta principal que, abierta de par en par, los condujo directamente hacia el recibidor. Los diminutos dardos de metal, de un tamaño inferior a un dedo, salieron disparados de las paredes produciendo unos agudos silbidos y se clavaron sobre su agrietada piel de barro. Pese a todo, los afilados dardos no los detuvieron.

Sin embargo, las espadas de media luna a ras de suelo eran otro cantar. Las espadas se precipitaron de sus ocultas vainas escondidas entre las paredes y rasgaron los tobillos de los hombres de arcilla. La primera de las criaturas se desplomó sobre el suelo, golpeándolo con su masa de fango húmedo. La segunda se tambaleó sobre un pie antes de que se volcara hacia delante en cámara lenta. Después, chocó contra la pared y resbaló hacia abajo, dejando una mancha de barro en la pared. Las espadas en forma de semicírculo volvieron a desenvainarse produciendo un chasquido y partieron a las criaturas en dos. Instantes más tarde, las criaturas se deshicieron en fango, su verdadero origen. Glóbulos gruesos de lodo salpicaron todas las paredes.

El tercer golem, el más corpulento de los tres, se detuvo. Sus ojos, como piedras negras, examinaban de modo aburrido los restos de barro de sus dos compañeros, y después, de repente, dio media vuelta y propinó un fuerte puñetazo a la pared, primero en el lado derecho y después en el izquierdo. Una parte de la pared de la izquierda se retiró, mostrando así el espacio que se ocultaba tras ella. El golem se adentró en el *dojo* y miró a su alrededor, con sus diminutos ojos fijos en un único punto.

Al mismo tiempo, las ratas se apresuraban en cruzar la puerta entreabierta que aparecía al final del pasillo. La mayoría de ellas sobrevivieron a las guadañas.

En la veloz limusina, el doctor John Dee decidió perder el control de las ratas para poder concentrarse de lleno en el único golem que seguía con vida, pues controlar a una única criatura, que además era artificial, resultaba una tarea mucho más sencilla. Los golems eran seres absurdos, creados a partir de barro mezclado con piedras o gravilla, que les otorgaba cierta consistencia, y nacían gracias a un sencillo conjuro que se escribía en un trozo de pergamino y se

introducía en el interior de sus bocas. A lo largo de los años los hechiceros habían creado golems de diferentes tamaños y formas, y de ellos habían surgido las leyendas sobre zombis y muertos vivientes. El mismísimo Dee relató la historia del golem más importante de todos los tiempos, el Golem Rojo de Praga, a Mary Shelley durante una fría tarde de invierno cuando Lord Byron, la poetisa Shelley y el misterioso doctor Polidori le hicieron una visita en su castillo suizo, en 1816. Casi seis meses más tarde, Mary Shelley escribió la historia de *El Moderno Prometeo*, más conocida como *Frankenstein*. El monstruo que protagonizaba su novela era exactamente igual que un golem: creado a partir de piezas de repuesto y traído a este mundo gracias a una ciencia mágica. Los golems eran insensibles a la mayoría de las armas, aunque un tropezón estúpido o un golpe podían agrietar su piel de lodo y si estaba reseca, romperla en mil pedazos. En un clima húmedo difícilmente alcanzaban a secarse y a agrietarse, de modo que podían amortiguar de una manera casi increíble todo tipo de golpes. Sin embargo, este clima cálido los hacía más frágiles, y por ello se habían desplomado con tal facilidad cuando las afiladas guadañas alcanzaron sus cuerpos. Algunos hechiceros utilizaban cristales o espejos como ojos para las criaturas, pero Dee prefería piedras negras bien pulidas, pues le permitían observar los acontecimientos con una claridad insuperable, aunque en blanco y negro.

Dee ordenó al golem que inclinara la cabeza ligeramente hacia arriba. Justo sobre él, en un estrecho balcón con vistas al *dojo*, aparecieron los pálidos y aterrorizados rostros de los mellizos. Dee esbozó una maliciosa sonrisa, y el golem imitó el gesto con sus labios. Primero acabaría con Flamel y después se encargaría de los testigos.

De repente, apareció la cabeza de Nicolas Flamel seguida muy de cerca por el indiscutible pelo de punta de la Doncella Guerrera, Scathach.

Su malvada sonrisa se desvaneció y Dee sintió cómo su corazón paraba de latir. ¿Por qué Scathach? No tenía ni la menor idea de que la guerrera de cabellera rojiza viviera en esta ciudad, de hecho, ni siquiera sabía que se encontraba en este continente. La última vez que oyó hablar de ella, ésta era la cantante de una banda de chicas en Berlín.

A través de los ojos del golem, Dee contemplaba cómo Flamel y Scathach saltaban desde la barandilla del balcón y aterrizaban justo delante de las narices del hombre de arcilla. Scathach le hablaba directamente a Dee, pero este golem en particular no tenía orejas, de forma que no podía oír, así que Dee no sabía qué es lo que la joven le había dicho. Una amenaza, quizá. Una promesa, sin duda.

Flamel se deslizó hacia la puerta, que en ese instante se encontraba a oscuras y repleta de ratas, dejando así que Scatty se enfrentara al golem sola.

«Quizá no sea tan buena como lo fue antaño —pensó en un momento de desesperación—. Quizá el tiempo haya debilitado sus poderes».

—Deberíamos ayudarla —sugirió Josh.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Sophie, con un tono muy poco sarcástico.

Ambos estaban en el rellano, con sus miradas fijas en la planta inferior, en el *dojo*. Los mellizos habían observado boquiabiertos cómo Flamel y Scatty habían saltado desde la barandilla del angosto balcón y habían aterrizado sobre el suelo con una delicadeza asombrosa. La joven pelirroja se enfrentó cara a cara con el descomunal golem mientras Flamel se apresuraba en dirigirse hacia la puerta, donde las ratas comenzaban a acumularse.

Sin previo aviso, el golem formó un gigantesco puño de arcilla y después atacó con una sólida patada.

Josh abrió la boca para intentar vocalizar una advertencia a la joven Scathach, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, Scatty ya había reaccionado. En ese mismo instante, la Guerrera ya se había posicionado justo delante de la criatura. Después se fue acercando poco a poco, esquivando los golpes que el golem intentaba asestarle hasta que consiguió rodearlo. Entonces, Scathach hizo un movimiento con la mano con tal agilidad y rapidez que Josh no alcanzó a definir su trayectoria. De pronto, ésta le atizó una bofetada, con la palma de la mano completamente extendida, en un punto de la mandíbula al golem. En ese instante, un extraño líquido comenzó a verterse de la boca de la criatura que, con la mandíbula resquebrajada, permanecía completamente abierta. Entre la penumbra de la garganta de lodo, incluso los mellizos lograron entrever con cierta claridad un rectángulo amarillo de papel.

La criatura arremetió con furia contra Scatty, pero ésta retrocedió unos pasos para poder colocarse fuera de su alcance. El golem volvió a atacar a Scathach con una terrible patada que ésta logró esquivar con cierta facilidad de forma que la pierna se espetó contra las brillantes tablas del suelo convirtiéndolas en astillas.

—¡Tenemos que ayudarlos! —exclamó Sophie.

—¿Cómo? —respondió Josh. Pero ya era demasiado tarde, pues su hermana ya se había dirigido a toda prisa hacia la cocina y ahora estaba buscando desesperadamente algo que pudiera servirle como arma. Un instante más tarde, emergió de la cocina con un microondas bajo el brazo.

—Sophie... —susurró Josh—. ¿Qué vas a hacer con...?

Entonces, Sophie levantó el microondas y lo arrojó por la barandilla del angosto balcón. Éste aterrizó directamente sobre el pecho del golem y momentos más tarde glóbulos de lodo decoraban las paredes y el suelo. El golem se detuvo, confundido y desorientado. Scatty aprovechó la ventaja que se le presentaba y comenzó a realizar movimientos rápidos y ágiles, patadas y puñetazos desde todos los ángulos, lo que confundía aún más a la criatura. De repente, el golem le propinó un golpe que logró despeinarle el rojizo cabello de punta, pero entonces ésta lo agarró fuertemente del brazo y lo utilizó de palanca para arrojarlo contra

el suelo. Las baldosas del suelo se rompieron en mil pedazos cuando el cuerpo se desplomó contra ellas. A continuación, Scatty alargó la mano y con mucha delicadeza extrajo el trozo de papel escondido en la garganta del golem.

En ese mismo instante, la criatura, sobre el pristino suelo del *dojo*, se convirtió en puro lodo que se esparció por el suelo y comenzó a apestar a alcantarillado. Junto a él, el microondas también yacía entre el fango.

—Supongo que nadie cocinará nada ahí dentro —murmuró Josh.

Scatty ondeó el trozo de pergamino, mostrándoselo así a los mellizos.

—Toda criatura mágica se mantiene animada gracias a un conjuro que se encuentra en su cuerpo. Todo lo que tenéis que hacer es extirpárselo y entonces se romperá el hechizo. Recordadlo.

Josh echó una mirada rápida a su hermana. Sabía que ella estaba pensando lo mismo que él: si alguna vez volvían a encontrarse con un golem, ninguno de ellos se atrevería a acercársele tanto como para introducir sus manos en la boca del monstruo.

Nicolas Flamel se aproximaba a las ratas con cierto recelo. Sabía que si las subestimaba, lo pagaría, y muy caro, y aunque no le supusiera ningún tipo de problema combatir y aniquilar a criaturas mágicas, que ante todo no siempre estaban vivas, solía ser reacio a destruirlas. Aunque fueran ratas. Conocía a Perry y sabía que ella no tenía ningún reparo en hacerlo, pero él había ejercido como alquimista durante mucho tiempo, de forma que se dedicaba a conservar la vida, no a acabar con ella. Las ratas estaban bajo el control de Dee. Seguramente las pobres criaturas estarían asustadas... sin embargo, sabía que eso no las detendría para comérselo vivo.

Flamel se colocó de cuclillas sobre el suelo, volvió la mano de forma que la palma quedó mirando hacia arriba y dobló los dedos hacia dentro. Entonces, sopló con cuidado sobre su mano y de inmediato se formó una diminuta bola de neblina verde. De repente, Flamel volvió a girar su mano y la clavó justo en las brillantadas tablas de madera del suelo. En ese instante, sus dedos penetraron en la madera. La diminuta bola de energía verde salpicó la madera y la cubrió con una especie de tinte. El Alquimista cerró los ojos y su aura comenzó a resplandecer alrededor de todo su cuerpo. Concentrándose, dirigió su energía áurica para que ésta se acumulara en los dedos introducidos en las tablas de madera.

En ese momento la madera comenzó a resplandecer.

Los mellizos continuaban inmóviles en el rellano, contemplando lo que hacía Flamel, a pesar de que no estaban seguros de qué sentido tenían sus movimientos.

Lograron contemplar el tenue resplandor verdoso que cubría su cuerpo y que se formaba alrededor de su piel como si fuera neblina, pero no conseguían entender por qué la peluda masa de ratas reunidas en la puerta principal no había irrumpido en la habitación.

—Quizá les ha echado algún tipo de hechizo que no les permite entrar —sugirió Sophie a sabiendas de que su hermano, instintivamente, estaba pensando lo mismo.

Scatty escuchó el comentario. Scathach estaba haciendo trizas concienzudamente el trozo de papel amarillento que había sacado de la mismísima garganta del golem.

—Sólo es un conjuro de protección —explicó— diseñado para mantener a los insectos y a las alimañas alejados del suelo. Cada mañana vengo aquí y me encuentro con restos de insectos y polillas por toda la habitación. Para mantenerlo impoluto de bichos tienes que pasarte años barriendo a fondo. El conjuro de protección consiste en mantener a las ratas acorraladas, pero si una rata osa cruzar la frontera que se les marca, el conjuro se romperá y todas la cruzarán.

Nicolas Flamel era plenamente consciente de que lo más probable era que Dee observara y analizara sus movimientos a través de los ojos de las ratas. Por eso, escogió a la de mayor envergadura, una criatura enorme, del tamaño de un gato, que permanecía inmóvil mientras el resto de roedores se escabullía y correteaba a su alrededor. Con su mano derecha aún enterrada en el suelo, Flamel señaló con la mano izquierda directamente hacia la gigantesca rata. Entonces, el animal comenzó a moverse de una forma un tanto nerviosa y, durante un único instante, sus ojos brillaron con una luz amarillenta.

—Doctor John Dee, has cometido el mayor error de tu vida. Iré a por ti —prometió en voz alta Nicolas.

Dee alzó su mirada del plato espía y contempló cómo Perenelle Flamel estaba consciente y lo observaba intensamente.

—Ah, *madame*, llegas justo a tiempo para ver cómo mis criaturas vencen a tu marido. Además, al fin tendré la oportunidad de enfrentarme con la pesada de Scathach y, cómo no, de recuperar las páginas del libro. —Dee no percibió que los ojos de Perenelle se habían abierto de par en par cuando éste mencionó el nombre de Scathach—. Y todo de un plumazo. Será un día muy productivo, creo. —Acto seguido centró toda su atención en la rata más grande y le dio dos órdenes—. Ataca. Mata.

Dee cerró los ojos a la vez que el descomunal roedor se armó de valor y saltó

hacia la habitación.

La luz verde emergía de los dedos de Flamel y fluía hasta el suelo, perfilando así las tablas de madera con una luz verdusca. De pronto, en la madera que cubría el suelo comenzaron a brotar ramillas, ramas y hojas, y más tarde el tronco de un árbol, instantes después emergió otro tronco y luego un tercero. En menos que canta un gallo, un matorral de arbustos había brotado del suelo y estaba trepando por las paredes. Algunos de los troncos no eran más gruesos que un dedo, otros eran un poco más anchos y uno en concreto, que se encontraba muy cerca de la puerta principal, era tan grueso que casi taponaba la entrada.

Las ratas comenzaron a dar vueltas y a dispersarse, chillando mientras retrocedían por el pasillo desesperadas e intentando esquivar las guadañas escondidas en las junturas de las paredes.

Flamel gateó unos pasos hacia atrás y después se puso en pie mientras se sacudía las manos.

—Uno de los secretos más antiguos de la alquimia —anunció a los boquiabiertos mellizos y a Scatty— es que cada ser vivo, desde las criaturas más complejas hasta la más sencilla hoja de un árbol, lleva consigo las semillas de la creación.

—ADN —murmuró Josh mientras contemplaba fijamente el bosque que había brotado y florecido detrás de Flamel.

Sophie miró a su alrededor, al que, una vez, había sido un *dojo* prístino. Ahora tenía un aspecto mugriento, salpicado por fango y lodo y con el abrillantado suelo roto en mil pedazos por las raíces de los árboles, sin contar con el hedor a lodo fangoso que desprendía el recibidor.

—¿Estás sugiriendo que los alquimistas sabían de la existencia del ADN?

El Alquimista asintió con satisfacción.

—Exactamente. Cuando Watson y Crick anunciaron que habían hallado lo que ellos denominaban el secreto de la vida en 1953, tan sólo descubrieron algo que los alquimistas siempre supieron.

—¿Me estás diciendo que tú, de alguna manera, despertaste el ADN de las tablas de madera del suelo y las forzaste a desarrollarse? —preguntó Josh, intentando escoger las palabras más apropiadas—. ¿Cómo?

Flamel se volvió para mirar el bosque que se había apropiado de todo el *dojo*.

—Se llama magia —comentó con una sonrisa en los labios—. Os tengo que confesar que no pensé que podía hacerlo... hasta que Scatty me lo recordó —añadió.

Capítulo 10

Aver si nos entendemos —dijo Josh Newman, intentando mantener su tono de voz inalterado—, ¿no sabéis conducir? ¿Ninguno de los dos?

Josh y Sophie se habían sentado en los asientos delanteros del todoterreno que Scatty había tomado prestado de uno de sus alumnos de artes marciales. Josh estaba conduciendo y su hermana tenía en su regazo un mapa. Nicolas Flamel y Scathach se habían acomodado en los asientos traseros.

—Jamás aprendí —contestó Nicolas Flamel mientras se encogía de hombros.

—Nunca he tenido tiempo —confesó Scatty brevemente.

—Pero Nicolas, tú nos has dicho que tenéis más de dos mil años —añadió Sophie, mirando a la jovencita.

—Dos mil quinientos diecisiete según las medidas del tiempo humano en vuestro calendario actual —farfulló Scatty. Entonces, desvió su mirada hacia Flamel—. ¿Y cuántos años aparento?

—No pasas de los diecisiete —contestó Josh con rapidez.

—¿Y no has encontrado el tiempo para aprender a conducir? —persistió Sophie.

Ella había querido aprender a conducir desde que tenía diez años. Una de las razones de por qué los mellizos habían preferido trabajar en verano en vez de acompañar a sus padres a la excavación era poder ahorrar dinero para comprarse entre los dos un coche.

Scathach volvió a encogerse de hombros, como si tuviera un irritante tic.

—Tenía la intención, pero he estado ocupada —protestó.

—Supongo que sois conscientes —advirtió a Josh sin mirar a nadie en particular— de que no puedo conducir si no me acompaña un adulto que tenga el carné.

—Acabamos de cumplir los quince, y sabemos cómo conducir —dijo Sophie—. Bueno, más o menos —añadió.

—¿Alguno de vosotros sabe cabalgar? —preguntó Flamel—. ¿O conducir un carruaje o un autobús o...?

—Bueno, no... —admitió Sophie.

—¿O controlar un carro de guerra a la vez que incendias la proa de un barco o lanzas afilados arpones? —añadió Scatty—. ¿O tirar un lagarto-serpiente con un tirachinas?

—No tengo la menor idea de qué es un lagarto-serpiente... y la verdad,

preferiría no saberlo.

—Como veis, vosotros sois expertos en ciertas habilidades —añadió Flamel— y nosotros, en otras mucho más antiguas pero igualmente útiles. —Entonces lanzó una mirada a Scathach y añadió—: Sin embargo, yo tampoco estoy muy seguro de qué es un lagarto-serpiente.

Después de una señal de *stop*, Josh aceleró el coche y giró hacia la derecha, en dirección al Golden Gate.

—Sencillamente, no logro comprender cómo habéis sobrevivido durante el siglo XX sin poder conducir. Me refiero a cómo os podíais desplazar de un sitio a otro.

—Con transporte público —respondió Flamel con una severa sonrisa en sus labios—. La mayoría de las veces en tren y en autobús. Son medios de transporte completamente anónimos, a diferencia de los aviones y los barcos. Además, para tener un coche hace falta mucho papeleo y burocracia que puede ayudar a nuestros enemigos a encontrar nuestro paradero en un abrir y cerrar de ojos sin importar los nombres falsos y alias que utilicemos. —Hizo una pausa y añadió—: Por otra parte, también existen otros medios de transporte.

Josh tenía un centenar de preguntas que formular, pero debía concentrar toda su atención en el pesado coche. Aunque sabía cómo conducir, los únicos vehículos que realmente había conducido eran *jeeps* abollados cuando acompañaba a sus padres a una excavación. Jamás había conducido en medio del tráfico de la ciudad y en esos momentos estaba aterrorizado. Sophie le había sugerido que se lo tomara como un juego de ordenador. Eso lo ayudaba, pero sólo un poco. En un juego, cuando te estrellabas, sencillamente volvías a empezar. Sin embargo, aquí, si tenías un accidente, no había vuelta atrás.

El tráfico por el célebre puente era lento. Una alargada y plateada limusina se había averiado justo en el carril interior, causando así un terrible embotellamiento. Mientras se acercaban, Sophie avistó dos hombres ataviados con trajes negros agachados en el lado de los pasajeros. Sophie se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración a medida que se iban acercando, preguntándose si serían golems. Finalmente, suspiró de alivio al comprobar que se trataba de hombres con aspecto de acreedores, o cobradores del frac. Josh miró a su hermana e intentó esbozar una sonrisa. En ese preciso instante, Sophie supo que su hermano también había pensado lo mismo.

Sophie se retorció en el asiento y se giró para contemplar a Flamel y a Scatty. En el interior del todoterreno, oscuro y con aire acondicionado, parecían personas de a pie. Flamel parecía uno de los últimos *hippies* y Scatty a pesar de su vestimenta al más puro estilo militar, podría pasar desapercibida tras el mostrador de La Taza de Café. La joven pelirroja había apoyado la barbilla sobre su puño y ahora estaba mirando a través de la ventanilla negra del coche hacia la bahía, donde se alzaba Alcatraz.

Nicolas Flamel agachó la cabeza para poder mirar hacia la misma dirección.

—Hace tiempo que no voy allí —murmuró.

—Nosotros hicimos el *tour* turístico —explicó Sophie.

—A mí me gustó —interrumpió Josh de inmediato—, pero a Sophie no.

—Era espeluznante.

—Y así debe ser —comentó Flamel en voz baja—, pues es el hogar de un extraordinario surtido de fantasmas y espíritus inquietos. La última vez que estuve allí, fue para eliminar a un horripilante hombre serpiente.

—No sé si quiero saber qué es un hombre serpiente —susurró Sophie. Después hizo una pausa y añadió—: De hecho, hace un par de horas jamás me hubiera imaginado diciendo algo así.

Nicolas Flamel, recostado sobre el cómodo asiento trasero, se cruzó de brazos y explicó:

—Vuestras vidas, la tuya y la de tu hermano, han sido alteradas para siempre. Lo sabéis, ¿verdad?

Sophie asintió.

—Ahora empiezo a hacerme a la idea. Lo que pasa es que todo ha sucedido tan rápido que resulta difícil asimilarlo. Hombres de arcilla, magia, libros de hechizos, ratas —miró a Scathach y añadió—, antiguas guerreras...

Scathach agachó la cabeza a modo de asentimiento.

—Y cómo no, un anciano alquimista de seiscientos años...

Entonces Sophie se detuvo, pues una repentina idea se le había pasado por la cabeza. Volvió a mirar a Flamel y a Scatty. Se tomó unos momentos para formular su pregunta. Al fin, contemplando fijamente al hombre, le preguntó:

—Tú eres humano, ¿verdad?

Nicolas Flamel sonrió.

—Sí. Quizá algo más que humano, pero sí, nací humano y siempre perteneceré a la raza humana.

Sophie desvió su mirada hacia Scathach.

—Pero tú eres...

Scathach abrió de par en par sus verdes ojos y, durante un breve instante, algo muy antiguo se percibió en todos los ángulos de su rostro.

—No —contestó en voz baja—, yo no pertenezco a la raza humana. Mi gente es de otro linaje, una Raza Inmemorial. Nosotros gobernábamos este mundo antes de que las criaturas que más tarde se convertirían en humanas bajaran de los árboles. Hoy en día, los mitos mantienen vivo nuestro recuerdo. Somos criaturas de leyenda, los denominados clanes: el Clan del Vampiro, el Clan de los Gigantes, el Clan de los Dragones, el Clan de los Monstruos. En las leyendas, se nos recuerda como los Antiguos o la Raza Inmemorial. Algunas otras, nos recuerdan como Dioses.

—¿Fuiste un dios? —susurró Sophie.

A Scatty le entró la risa tonta.

—No, jamás fui un dios. Sin embargo, algunos de mis compañeros permitieron que los veneraran como dioses. Otros, en cambio, sencillamente se convirtieron en dioses porque los humanos relataban sus aventuras. —Entonces Scathach se encogió de hombros y continuó—: Tan sólo éramos otra raza, una raza más antigua que la humana, con diferentes dones y diferentes habilidades.

—¿Qué sucedió? —preguntó Sophie.

—El Diluvio Universal —respondió Scatty en voz baja—, entre otras cosas.

—La gente no imagina lo anciana que es la Tierra —añadió Flamel—. Las criaturas y razas que ahora se conocen gracias a los mitos, antaño caminaron por este mundo.

Sophie asintió con la cabeza.

—Nuestros padres son arqueólogos y nos han contado muchas de las inexplicables cosas que algunas veces revela la arqueología.

—¿Recuerdas aquel sitio que visitamos en Texas, algo como Taylor...? —interrumpió Josh mientras ponía el intermitente para trasladar con cuidado el pesado todoterreno al carril izquierdo. Nunca antes había conducido un vehículo tan grande y le asustaba terriblemente colisionar con algo. Había cometido un par de imprudencias y estaba convencido de que le había arrancado el retrovisor a algún que otro coche, pero continuó conduciendo sin informar de lo sucedido.

—Taylor Trail —explicó Sophie—, cerca del río Palauxy en Texas. En una misma piedra fosilizada aparecen las huellas de lo que aparentemente es un dragón y las huellas de un ser humano. Y esa piedra, al parecer, tiene más de cien millones de años.

—Yo las he visto —replicó Flamel— y hay muchas huellas parecidas a éstas por todo el mundo. Una vez, examiné la huella de un pie sobre una roca que tenía más de quinientos millones de años en Antelope Springs, Utah.

—Mi padre dice que cosas como ésa pueden fácilmente descartarse, ya sea porque son falsas o porque son una mala interpretación de los hechos —replicó Josh rápidamente, quien se preguntaba qué diría su padre sobre todo lo que había visto ese día.

Flamel se encogió de hombros.

—Sí, es verdad. Todo lo que la ciencia no puede explicar, simplemente lo descarta. Y no todo se puede desestimar con tanta facilidad. ¿Podrías clasificar todo lo que has visto y experimentado hoy como una mala interpretación de los hechos?

Sophie sacudió la cabeza.

Junto a ella, Josh intentaba acomodarse en el asiento. No le gustaba en absoluto la dirección que estaba tomando la conversación. El hecho de que los dinosaurios y los humanos convivieran en la misma época era algo que sencillamente no podía concebir. La idea contradecía todo lo que sus padres les

habían enseñado, todo lo que ellos creían. Sin embargo, había algo escondido en un rincón de su mente, una vocecita que le recordaba que cada año célebres arqueólogos, incluidos sus padres, realizaban unos descubrimientos extraordinarios. Un par de años atrás hallaron los *Homo floresiensis*, esos diminutos hombrecillos que habitaban en algún recóndito lugar de Indonesia, denominados vulgarmente como *hobbits*; después, apareció una especie de dinosaurios enanos que descubrieron en Alemania; meses más tarde, encontraron las huellas de un dinosaurio de más de sesenta y cinco millones de años en Wyoming y, recientemente, descubrieron ocho nuevas especies prehistóricas en una cueva, en Israel. Pero lo que Flamel estaba insinuando hacía tambalear sus suposiciones.

—¿Estás sugiriendo que los humanos y los dinosaurios cohabitaron este mundo al mismo tiempo? —indicó Josh sorprendido de su tono de voz, un tanto enfadado.

—Estoy diciendo que la raza humana ha vivido en este mundo junto con criaturas mucho más extrañas y más ancianas que los mismísimos dinosaurios —contestó Flamel con un tono serio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sophie. Flamel presumía de haber nacido en 1330, de forma que no podía haber visto a tales animales, ¿no era así?

—Todo está escrito sobre las líneas del Códex y, durante el transcurso de mi larga vida, he visto con mis propios ojos bestias que se consideran mitos, he combatido contra seres legendarios y me he enfrentado a criaturas que parecían haber salido de una pesadilla.

—Estudiamos a Shakespeare en el instituto el último trimestre, y hay un verso en *Hamlet*... —Sophie frunció el ceño, intentando recordar el verso—. «Hay más cosas en el cielo y en la tierra...».

Nicolas Flamel asintió satisfecho.

—«... que las que tu filosofía piensa» —finalizó Flamel la cita—. *Hamlet*, primer acto, quinta escena. Por supuesto, tuve el placer de conocer a Will Shakespeare. Hoy en día, Will podría ser un alquimista con un talento extraordinario. Desgraciadamente, cayó en las garras de Dee. Pobre Will. ¿Sabíais que basó su personaje de Próspero de *La tempestad* en el mismísimo doctor John Dee?

—Siempre me dio mala espina ese Shakespeare —susurró Scatty—. Apestaba.

—¿Conociste a Shakespeare? —preguntó Josh con un tono de voz que delataba su incredulidad.

—Durante un breve tiempo fue mi estudiante —informó Flamel—. He vivido en muchas épocas y por esa razón he tenido bajo mi tutela a muchos estudiantes. Algunos son célebres en la historia, pero, desgraciadamente, la mayoría han caído en el olvido. He conocido a mucha gente, humana e inhumana, mortal e

inmortal. Gente como Scathach —concluyó Flamel.

—Entonces ¿existe más gente como tú, que pertenece a la Raza Inmemorial? —preguntó Sophie, mirando a la joven pelirroja.

—Más de la que te imaginas, aunque no suelo relacionarme con ellos —respondió Scatty algo inquieta—. Entre los Inmemoriales, hay algunos que no aceptan que nuestro tiempo haya transcurrido y haya quedado en el pasado y que ésta era pertenezca a la raza humana. Quieren ver el retorno del viejo orden y creen que el títere de Dee y otros de su misma calaña están en la posición adecuada para conseguirlo. Los denominamos los Oscuros Inmemoriales.

—No sé si alguien se ha dado cuenta —interrumpió Josh repentinamente—, pero ¿no creéis que hay demasiados pájaros a nuestro alrededor?

Sophie se dio la vuelta para mirar a través del parabrisas mientras Flamel y Scatty intentaban avistar los pájaros a través de la ventanilla trasera.

Los postes, las torres de alta tensión, las abrazaderas, las cuerdas y los cables que ornamentaban el puente Golden Gate, de pronto, parecían estar teñidos de color negro: miles de pájaros ocupaban el puente. Sobre todo mirlos y cuervos. Cubrían todas las superficies disponibles y cada vez llegaban más y más.

—Vienen de Alcatraz —comentó Josh mientras agachaba la cabeza intentando vislumbrar el mar picado que solía rodear la pequeña isla.

Una nube negra se había formado sobre Alcatraz. Se alzaba desde la cárcel abandonada en una espiral oscura hasta subir al cielo formando así un nubarrón que parecía hecho de humo, con la diferencia de que este humo no parecía disiparse, pues se movía y daba vueltas como si fuera una masa sólida.

—Pájaros —vocalizó Josh mientras tragaba saliva—, debe de haber miles.

—Decenas de miles —corrigió Sophie. Después se volvió para mirar a Flamel—. ¿Qué son?

—Los hijos de Morrigan —explicó enigmáticamente.

—Un problema —añadió Scatty—, son un gran problema.

Unos instantes más tarde, como si todos cumplieran una misma orden, la descomunal bandada de pájaros abandonó la isla y cruzó la bahía rumbo al famoso puente.

Josh presionó el botón para bajar su oscura ventanilla. En esos momentos, el estruendo de los pájaros se percibía perfectamente, unos graznidos estridentes, casi como el sonido de una carcajada en un tono de voz agudo. El tráfico cada vez era más lento, pues muchos conductores, incrédulos, detenían sus coches para apearse y tomar fotos del espectáculo con sus cámaras digitales o teléfonos móviles.

Nicolas Flamel se inclinó hacia delante y colocó su mano sobre el hombro derecho de Josh.

—Tienes que conducir —ordenó con una voz seria—. No te detengas. Pase lo que pase, aunque algo golpee el coche, no te detengas. Sólo conduce. Tan rápido

como puedas y sácanos de este puente.

Había algo en la voz de Flamel, una voz que éste forzaba para que sonara natural, que asustó a Sophie mucho más que si le hubiera gritado. Miró hacia Scatty, pero la joven guerrera estaba hurgando en su mochila. Scathach extrajo un pequeño arco y un puñado de flechas y las colocó en el asiento trasero, junto a ella.

—Sube la ventanilla, Josh —ordenó calmada—. No queremos que nada se introduzca en el coche.

—Estamos metidos en un lío, ¿verdad? —susurró Sophie, mirando al Alquimista.

—Sólo si los cuervos nos alcanzan —confirmó Flamel con una sonrisa un tanto forzada—. ¿Me dejarías tu teléfono móvil?

Sophie sacó el teléfono de su bolsillo y abrió la tapa.

—¿No piensas utilizar tu magia? —preguntó la chica con ciertas esperanzas.

—No, voy a hacer una llamada. Esperemos que no salte el contestador.

Capítulo 11

Las puertas de seguridad se abrieron de par en par y la oscura limusina de Dee viró bruscamente hacia el camino de entrada, mientras el golem, un experto conductor, realizaba varias maniobras con el coche para pasar por en medio de las puertas con barrotes que conducían hacia el aparcamiento subterráneo. Perenelle Flamel se tambaleaba de un lado al otro hasta que finalmente se desplomó sobre el empapado golem que estaba sentado a su derecha. La masa de su cuerpo chapoteó con el golpe y a su alrededor salpicó con barro y fango maloliente.

El doctor John Dee, acomodado justo en el asiento de delante, dibujó una mueca de desagrado y enseguida se apartó lo más que pudo de la criatura. Éste hablaba por su teléfono móvil, entonando una lengua que ya no se utilizaba en la faz de la tierra desde hacía más de tres mil años.

Una gota de lodo líquido del golem salpicó la mano derecha de Perenelle. La gota se deslizó por su piel hasta borrar el símbolo en espiral que Dee le había trazado anteriormente en el mismo lugar.

El hechizo que Dee había vertido sobre ella comenzaba a desvanecerse. Perenelle Flamel agachó levemente la cabeza. Ésa era su oportunidad. Para poder canalizar sus poderes áuricos necesitaba ambas manos, y desgraciadamente el símbolo que Dee le había dibujado sobre la frente no le permitía hablar.

Sin embargo...

A Perenelle Delamere siempre le había fascinado la magia, incluso antes de conocer al pobre librero que, años más tarde, se convertiría en su esposo. Era la séptima hija de una séptima hija y en la diminuta aldea de Quimper, en el noroeste de Francia, donde había crecido, se la consideraba especial. Con el simple roce de su piel, Perenelle podía curar, y no sólo a seres humanos, sino también a animales. También podía comunicarse con los espíritus de los fallecidos e incluso a veces podía pronosticar el futuro. Sin embargo, tras criarse en una era donde tales habilidades provocaban profundas sospechas, Perenelle aprendió a guardarse tales dones para sí misma. La primera vez que se trasladó a París, en 1334, había visto cómo los adivinos trabajaban en los mercados traseros de la esplendorosa catedral de Notre Dame y cómo se ganaban un buen dinero fácilmente.

Fue entonces cuando adoptó el seudónimo de *Chat Noir*, Gato Negro, por su

cabellera azabache, y se estableció en una diminuta caseta con vistas a la catedral. En cuestión de semanas, su reputación había subido por las nubes y se decía que su talento era algo excepcional. Su clientela cambió repentinamente: ya no sólo la visitaban negociantes y vendedores del mercado, sino también comerciantes e incluso gente perteneciente a la nobleza.

Cerca de donde ella tenía su diminuta caseta, se sentaban los escribanos y transcriptores, hombres que se ganaban la vida escribiendo cartas a aquellos que no sabían leer o escribir. Algunos de ellos, como el esbelto caballero de melena negra y de mirada pálida y asombrosa, muy de vez en cuando lograban vender alguno de los libros colocados sobre su mesa. Desde el primer momento en que lo vio, Perenelle Delamere supo que se casaría con ese hombre y que juntos tendrían una vida plena y larga. Pero jamás se imaginó cuán larga sería.

Se casaron casi seis meses después de haberse conocido. Eso quería decir que llevaban juntos más de seiscientos años.

Como a la mayoría de hombres cultos de su época, a Nicolas Flamel le apasionaba la alquimia, una combinación de ciencia y magia. Fueron los libros de alquimia que de vez en cuando le ofrecían transcribir o las cartas de navegación en venta o la petición de transcribir obras extrañas lo que despertó el interés por la alquimia en Flamel. A diferencia de la mayoría de muchachas de su época, Perenelle sabía leer, incluso su conocimiento del griego superaba al de su marido, y éste siempre le pedía que le leyera ciertos manuscritos. Enseguida a Perenelle le fascinaron los ancestrales sistemas mágicos y comenzó a practicar en ámbitos pequeños, desarrollando así sus habilidades y aprendiendo a canalizar y concentrar la energía de su aura.

Cuando el Códex llegó a sus manos, Perenelle ya se había convertido en una hechicera, aunque perdía la paciencia para las matemáticas y cálculos propios de la alquimia. Sin embargo, fue precisamente Perenelle quien reconoció que el libro, escrito en una lengua cambiante y extraña, no sólo relataba la historia de un mundo que aparentemente jamás había existido, sino también la colección de tradiciones populares, de ciencia, de conjuros y de encantamientos de ese tiempo. Había estado estudiando con detenimiento el contenido de sus páginas durante una noche fría de invierno, contemplando cómo las palabras se movían en una misma página, cuando, de pronto, unas letras se agruparon y durante un breve instante, ésta vislumbró la fórmula inicial de la Piedra Filosofal. Fue entonces cuando se percató de que había descubierto el secreto de la vida eterna.

La pareja pasó los veinte años siguientes viajando de un lado a otro de Europa, rumbo hacia la oriental Rusia, recorrieron de sur a norte el continente africano e incluso se dirigieron hacia Arabia. Mientras tanto, ambos intentaban descifrar y traducir el curioso manuscrito. Después, se pusieron en contacto con magos y hechiceros de distintos orígenes que habían estudiado diferentes tipos de magia. El interés de Nicolas por la magia era vago, pues lo que realmente le

apasionaba era la alquimia. El Códex, junto con otros libros parecidos, insinuaba que existían fórmulas muy precisas para crear oro a partir de piedras o diamantes a partir de carbón. Perenelle, en cambio, aprendió todo lo que pudo sobre las artes mágicas. Sin embargo, hacía mucho tiempo que no se dedicaba plenamente a ellas.

En ese momento, atrapada en el interior de la limusina, Perenelle recordó un truco que aprendió de Strega, una bruja proveniente de las montañas de Sicilia. El conjuro estaba diseñado para combatir a caballeros con armadura, pero quizá con alguna modificación...

Perenelle cerró los ojos y se concentró. Con el dedo meñique dibujó una especie de círculo sobre el cuero que tapizaba el asiento trasero. Dee estaba tan absorto hablando por el teléfono móvil que no se percató del diminuto destello plateado que se produjo cuando la dama chasqueó sus dedos. El destello se deslizó por el cuero de color crema y se enroscó por los muelles del interior. Entonces comenzó a moverse rápidamente, burbujeante y siseante, por los muelles hasta llegar a la chapa del coche. Después, serpenteó hasta llegar al motor, zumbó por los cilindros, rodeó las ruedas, chispeando y produciendo ruidos secos. En ese instante, una llanta se soltó del neumático y salió disparada. De repente, el sistema eléctrico del coche se estropeó: las ventanillas comenzaron a subir y a bajar desenfrenadamente, el techo corredizo se abrió para un instante más tarde cerrarse, los limpiaparabrisas chirriaron de un lado a otro del parabrisas seco y empezaron a funcionar a tanta velocidad que se rompieron, y la bocina comenzó a producir un ruido estruendoso e irregular. Las luces del interior se encendían y se apagaban. La diminuta pantalla de televisión situada a mano izquierda repentinamente se encendió y comenzó a emitir todos los canales.

De pronto, el ambiente tomó un aroma metálico. Zarcillos de energía estática danzaban a su aire en el interior del coche. Entonces, Dee arrojó su teléfono móvil mientras se acariciaba los dedos que, sin darse cuenta, se le habían entumecido. El teléfono se desplomó sobre la moqueta que cubría el suelo y explotó en mil pedazos convirtiéndose en una pasta de plástico ardiente y metal derretido.

—Tú... —comenzó a decir Dee mientras se daba la vuelta hacia Perenelle. El coche, que hasta ese momento no había cesado de dar bandazos, se detuvo. Ahora, estaba completamente averiado, inservible. Inmensas llamaradas salían del motor y desde la parte trasera del coche se podían apreciar vapores nocivos. Dee intentó empujar la puerta, pero los cierres centralizados se habían bloqueado. Con un aullido salvaje, cerró su mano formando un puño y dejó que toda su furia e ira hirvieran en su interior. El hedor a humo, plástico quemado y goma derretida se vio eclipsado por la pestilencia a azufre que desprendía la mano de Dee, que en aquel instante, a simple vista, había cobrado el aspecto de

un guante metálico de color dorado. Dee atizó un puñetazo a la puerta, prácticamente arrancándola de sus bisagras, y se arrojó hacia el suelo de cemento.

Dee se hallaba en el aparcamiento subterráneo de Empresas Enoch, una monstruosa compañía de espectáculos de la cual era dueño y cuya sede estaba ubicada en San Francisco. John Dee gateaba por el suelo a la vez que su limusina, de unos ciento cincuenta mil dólares y hecha a su medida, se consumía entre las llamas. Un calor insoportable fundía la parte delantera del coche convirtiéndola en metal líquido mientras que el parabrisas se derretía como la cera de las velas. El golem que conducía el coche continuaba sentado en el volante, inmóvil, pues el calor cocía su piel de forma que se endurecía como el hierro.

El sistema aspersor del garaje se puso en marcha, y unos chorros de agua fría comenzaron a rociar el coche, extinguiendo poco a poco el fuego.

¡Perenelle!

Empapado, retorcido sobre el suelo y tosiendo, Dee se secó las lágrimas que le humedecían los ojos, se incorporó y utilizó las dos manos para apagar las llamas en un único movimiento. Evocó a una suave brisa para que se llevara consigo el humo y después agachó la cabeza para intentar ver el abrasado interior de la limusina con una expresión asustada, pues no sabía qué se encontraría allí dentro.

Los dos golems que acompañaban a Perenelle ya no eran más que cenizas. Sin embargo, no había ni rastro de la mujer, excepto por un agujero abierto en la puerta opuesta que parecía obra de un hacha.

Dee se inclinó hacia el suelo, dando la espalda a su limusina destrozada y con las dos manos comenzó a golpear la mezcla de lodo, gasolina, plástico derretido y goma quemada. Unas horas antes no había sabido proteger el Códex como era debido y ahora Perenelle había logrado escapar. ¿Podía complicarse aún más el día?

Unos pasos se acercaban.

Por el rabillo de los ojos, el doctor John Dee avistó cómo unas botas de tacón de aguja acabadas en punta se acercaban a él. Entonces, supo la respuesta a su pregunta: sí, el día podía complicarse aún más, mucho más. Intentando dibujar una sonrisa en sus labios, se levantó rígidamente y se dio la vuelta, de forma que se colocó en frente de uno de los pocos Oscuros Inmemoriales que realmente le aterraban.

—Morrigan.

Los antiguos irlandeses la denominaban la Diosa Cuervo. Sin embargo, era venerada y temida por los reinos celtas como la Diosa de la Guerra y la Destrucción. Antaño, habían existido tres hermanas: Badb, Macha y Morrigan. Las dos primeras habían desaparecido en el tiempo, aunque Dee tenía sus sospechas de qué les había ocurrido, y ahora Morrigan reinaba de forma

suprema.

Era más alta que Dee, de hecho la mayoría de gente era más alta que el doctor, e iba ataviada desde los pies hasta la cabeza con vestimenta y adornos de cuero negro. Llevaba un chaleco con tornillos plateados incrustados que le otorgaban el aspecto de una coraza medieval. También lucía unos guantes de piel con tachones rectangulares plateados remendados en el interior de los guantes. Sin embargo, los guantes no cubrían las puntas de los dedos de forma que dejaban entrever las alargadas y puntiagudas uñas de Morrigan pintadas de negro. Alrededor de su cintura, se distinguía un pesado cinturón de piel con diminutos escudos engastados en forma circular. Sobre sus hombros llevaba atada una capa, fabricada a partir de oscuras plumas de cuervo, que se deslizaba hasta el suelo y con una gigantesca capucha que Morrigan llevaba puesta sobre su cabeza.

Escondido entre las sombras que producía la capucha de la capa, el rostro de Morrigan cobraba un aspecto aún más pálido de lo habitual. Tenía unos ojos negros azabache, sin ningún punto de luz e incluso sus labios estaban maquillados de negro. El labio inferior dejaba al descubierto las puntas de sus extremadamente largos incisivos.

—Creo que esto te pertenece.

La desgarrada voz de Morrigan parecía un susurro áspero, muy parecido al graznido de un cuervo.

Entonces apareció Perenelle Flamel caminando con dificultad. Dos gigantescos cuervos se hallaban posados en cada uno de sus hombros y las dos aves contaban con unos picos afilados y puntiagudos que le señalaban directamente a los ojos. Perenelle apenas había logrado gatear unos metros del coche en llamas ya que después del truco de magia se había debilitado mucho. Fue precisamente en ese momento cuando dos enormes pájaros la atacaron.

—Déjame verlo —ordenó Morrigan con impaciencia.

Dee rebuscó entre su abrigo hasta encontrar la famosa encuadernación de cobre, el Códex. Sorprendentemente, la Diosa Cuervo no intentó arrebatárselo.

—Ábrelo.

Un tanto desconcertado, Dee inclinó levemente el libro de forma que Morrigan pudiera contemplarlo y comenzó a pasar las páginas. Obviamente, el doctor John Dee sostenía el ancestral objeto con una delicadeza extraordinaria.

—El Libro de Abraham el Mago —susurró a la vez que se inclinaba pero sin acercarse demasiado al libro—. Déjame ver la parte de atrás.

A regañadientes, Dee le dio la vuelta al libro. Fue en ese momento cuando Morrigan se percató de que las últimas páginas habían sido arrancadas.

—Sacrilegio. Ha sobrevivido más de cien mil años sin sufrir un solo percance —siseó con un tono de disgusto.

—El joven me lo quitó de las manos —se justificó Dee mientras cerraba el

libro con sumo cuidado.

—Me aseguraré de que sufra por lo que ha hecho.

La Diosa Cuervo cerró los ojos y ladeó la cabeza hacia un lado, como si estuviera escuchando una conversación ajena. De pronto, su mirada sombría comenzó a brillar y sus labios esbozaron una extraña sonrisa, dejando entrever sus puntiagudos dientes.

—Sufrirá y pronto. Mis criaturas están muy cerca de ellos. Todos sufrirán —amenazó.

Capítulo 12

Josh consiguió avistar un espacio entre dos coches, concretamente entre un Volkswagen Beetle y un Lexus. Así que apretó el acelerador cuanto pudo y el coche comenzó a coger velocidad. Desgraciadamente, el espacio entre éstos no era lo suficientemente ancho, de forma que la parte delantera del coche se llevó por delante los espejos retrovisores de ambos coches, dejándolos en el asfalto.

—Huy... —lamentó Josh de inmediato a la vez que apartaba el pie del acelerador.

—Continúa —ordenó Flamel con gesto serio.

Nicolas tenía el teléfono de Sophie en su mano y estaba balbuceando una lengua gutural y áspera que no se asemejaba a ninguna otra que los mellizos hubieran escuchado antes.

Deliberadamente, sin mirar por el espejo retrovisor, Josh atravesó el puente, desatendiendo el estruendo que producían las bocinas de los coches y los gritos de las personas que los conducían. Condujo sin detenerse ni un segundo por el carril exterior, después puso el intermitente de forma que se trasladó al carril del medio pero finalmente volvió al carril exterior.

Sophie estaba apoyada sobre el salpicadero, inclinada y con los ojos a medio cerrar. Sin embargo, logró ver cómo su hermano rompía otro retrovisor. Éste se acercó a ellos dando vueltas, como en cámara lenta y finalmente, antes de perderse sobre el asfalto, rozó el capó del coche dejando así un rasguño en la pintura negra del coche.

—No te molestes ni en pensarlo —susurró Sophie mientras un descapotable deportivo de marca italiana, a lo lejos, intentaba inmischirse entre los mismos dos coches. El conductor, un vejestorio con decenas de cadenas de oro colgándole del cuello, apretó el acelerador en dirección hacia el hueco. Pero no lo consiguió.

El gigantesco todoterreno recibió el impacto de la esquina derecha del diminuto descapotable, pero los daños sólo repercutieron en el parachoques. Sin embargo, el impacto en el coche deportivo fue mucho mayor, pues éste salió despedido del asfalto, dio una vuelta de campana sobre el abarrotado puente y destruyó cuatro coches. Josh se dirigió a toda prisa hacia la gigantesca apertura que ahora aparecía entre los dos vehículos.

Flamel se retorció en su asiento, volviéndose hacia atrás y contemplando el caos que habían provocado segundos antes.

—Pensé que habías dicho que sabías conducir —murmuró.

—Y sé conducir —contestó Josh sorprendido de que su voz tuviera un tono calmado y firme—, pero eso no significa que sea todo un experto. Me pregunto si la policía puede conseguir el número de placa de este coche —añadió.

¡Aquello no se parecía en lo más mínimo a los videojuegos de coches! Tenía las palmas de las manos resbaladizas y empapadas y enormes gotas de sudor se deslizaban por su rostro. De repente, sintió un calambrazo en la pierna derecha por el esfuerzo que realizaba para mantener el acelerador apretado hasta el fondo.

—Creo que deben de tener otras cosas de qué preocuparse —susurró Sophie.

Los cuervos aterrizaban sobre el Golden Gate. Había cientos de ellos. La bandada de pájaros parecía una enorme y peligrosa ola negra. Se escuchaba una mezcla de sonidos horripilantes: el restallido de sus alas y los estruendosos graznidos típicos de los cuervos. Planeaban por encima de los coches a una altura mínima, y alguna que otra vez incluso aterrizaban sobre el techo y el capó de los coches y picoteaban el metal y el cristal que los cubrían. Mientras tanto, a lo largo y ancho del puente, se percibía el sonido de decenas de coches colisionando los unos con los otros.

—Han perdido la orientación —informó Scathach al vislumbrar el comportamiento de las aves—. Nos están buscando, pero han olvidado nuestra descripción. Tienen un cerebro demasiado pequeño —comentó con menosprecio.

—Algo ha distraído a su oscura dueña —interrumpió Nicolas Flamel—. Perenelle —susurró satisfecho—. Me pregunto qué habrá hecho. Sin duda, algo teatral. Siempre ha poseído el sentido de lo teatral.

Sin embargo, mientras éste hablaba de su esposa, los pájaros volvieron a alzar el vuelo y después, como si fueran uno solo, todas sus miradas se desviaron hacia la misma dirección: el escurridizo todoterreno negro. Entonces emitieron un graznido diferente a los anteriores, como si fuera un grito de triunfo.

—Vuelven hacia nosotros —informó Sophie apresuradamente y jadeante. Estaba casi sin aliento y además notaba los latidos de su corazón bombeando en su caja torácica. Se volvió hacia Flamel y la Guerrera en busca de una mirada de apoyo, pero sus lúgubres expresiones no desprendían ni un ápice de consuelo.

Scathach la miró y dijo:

—Ahora sí que tenemos problemas.

De pronto, una masa de plumas negras despegó en dirección al coche.

La mayor parte del tráfico del puente se hallaba paralizada. La gente permanecía en el interior de sus coches aterrorizada mientras los pájaros revoloteaban furiosos sobre sus cabezas. El todoterreno era el único vehículo en marcha. Josh había apretado el acelerador y ahora el indicador de velocidad marcaba los ochenta kilómetros por hora. Josh comenzaba a sentirse más cómodo con los mandos del coche, de hecho le daba la sensación de que aquello

se parecía bastante a uno de sus videojuegos, y durante el último minuto había logrado conducir sin tener ningún altercado. Ahora, podía avistar el final del puente en el horizonte, así que esbozó una enorme sonrisa. Lo iban a conseguir.

Fue en ese preciso instante cuando un gigantesco cuervo aterrizó sobre el capó del todoterreno.

Sophie dejó escapar un grito y Josh giró bruscamente el volante, intentando así golpear a la maliciosa criatura, pero el maldito pájaro había clavado sus garras en la carrocería. Ladeó la cabeza hacia un lado, contemplando primero a Josh y después a Sophie. Acto seguido, dio un par de saltitos y se colocó justo enfrente del parabrisas esforzándose por contemplar el interior del coche con una mirada brillante.

De pronto, comenzó a picotear el cristal y una diminuta marca en forma de estrella apareció en el parabrisas.

—No es posible que haga eso —comentó Josh incrédulo.

El cuervo volvió a picotear en el cristal y apareció otro diminuto agujero. Entonces, se escuchó un ruido seco, seguido por un segundo ruido y por un tercero. Tres cuervos más acababan de posarse sobre el techo del coche. De repente, el techo metálico comenzó a abollarse debido a los picotazos de los pájaros.

—Odio a los cuervos —soltó Scathach.

A continuación rebuscó en su mochila y extrajo un juego de *nunchaku*, dos palos de madera tallada de una largura de unos treinta centímetros que se unen por una cadena de casi doce centímetros. Agarró el juego de *nunchaku* y dio unos suaves golpecitos sobre la palma de su mano.

—Qué pena que no tengamos un techo corredizo —lamentó—. Podría salir por ahí y darles un poco de esto.

Flamel señaló hacia un diminuto agujero del techo por donde se filtraba la luz del sol.

—Puede que pronto tengamos uno. Además —añadió—, éstos no son cuervos normales. Los tres que están sobre el techo y el del capó son Cuervos Temibles, las mascotas favoritas de Morrigan.

El descomunal pájaro del capó picoteó de nuevo el parabrisas y esta vez atravesó el cristal por completo.

—No estoy segura de lo que puedo provocar —comenzó Scathach.

Pero Sophie se inclinó hacia delante y giró el mando que activaba el limpiaparabrisas del coche. Inmediatamente, las gigantescas cuchillas comenzaron su recorrido y sencillamente arrancaron la masa de plumas negras del capó y ésta dejó escapar un graznido de sorpresa. La guerrera pelirroja sonrió.

—Supongo que siempre podemos recurrir a eso.

En esos momentos los demás pájaros habían alcanzado el todoterreno. Se

habían posado sobre el vehículo, formando así una manta oscura. Al principio eran docenas de ellos, después cientos posados sobre el techo, el capó, las puertas, picoteando en todo rincón habido y por haber. Si uno de ellos se caía o perdía el equilibrio, docenas de cuervos se peleaban por conseguir ese lugar. El ruido que se percibía desde el interior del coche era increíble, pues cientos de pájaros picoteaban y golpeaban el metal, el vidrio, las puertas, todo lo que encontraban por delante. Incluso lograron inmисcuir su afilado pico entre la goma que rodea las ventanillas y no sólo eso, de una forma casi imposible lograron llegar hasta la rueda de repuesto y la rasgaron hasta convertirla en simples tiras de neumático. Había tantos cuervos sobre el capó, empujando con fuerza el parabrisas, que Josh no podía ver hacia dónde se estaba dirigiendo, así que levantó el pie del acelerador y de inmediato el coche comenzó a disminuir su velocidad.

—¡Continúa! —gritó Flamel—. Si te detienes, estamos perdidos.

—¡Pero no veo nada!

Flamel se inclinó hacia delante y estiró su mano derecha. En ese preciso instante, Sophie percibió el pequeño tatuaje de forma circular que Nicolas lucía en el interior de la muñeca. En el centro del círculo aparecía una cruz cuyos ejes se extendían más allá del perfil de la circunferencia. Sophie sintió que durante un solo segundo el tatuaje resplandecía. Pero antes de que pudiera asimilar lo ocurrido, Nicolas Flamel chasqueó los dedos y una diminuta bola de fuego chispeante y sibilante surgió de entre sus manos.

—Cerrad los ojos —ordenó.

Sin esperar a comprobar si los mellizos le habían obedecido, Flamel lanzó la diminuta bola de llamas hacia el cristal.

Aunque habían cerrado los párpados, los mellizos lograron ver cómo la ardiente luz había iluminado repentinamente el interior del coche.

—Ahora, conduce —volvió a ordenar Nicolas Flamel.

Cuando los hermanos abrieron los ojos, la mayoría de los cuervos ya habían desaparecido del parabrisas y aquellos que habían logrado sobrevivir al ataque de Flamel parecían abrumados y aturdidos.

—Eso no los detendrá por mucho tiempo —apuntó Scatty.

De pronto Scathach desvió la mirada, pues un afilado pico de cuervo se había clavado en el techo del coche. Enseguida agarró el juego de *nunchaku*. Scatty sujetó con su mano uno de los palos, mientras que el otro permanecía atado a la corta cadena. Entonces realizó un movimiento ágil y veloz y golpeó con fuerza el pico incrustado en el techo. Se percibió un graznido sobresaltado y entonces el pico, un tanto torcido, se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos.

Sophie ladeó la cabeza para intentar ver a través del espejo retrovisor, que estaba colgando apenas sujetado por un trozo de metal y un poco de cable. Sin embargo, Sophie contemplaba como más pájaros, miles de ellos, se apresuraban

en tomar el legado de aquéllos a quienes Flamel había alejado. En ese instante, Sophie sintió que no lo conseguirían. Sencillamente, había demasiados pájaros.

—Escuchad —interrumpió repentinamente Flamel.

—No oigo nada —contestó Josh con un tono grave.

Sophie estuvo a punto de pronunciar las mismas palabras cuando, de pronto, percibió el sonido. Un segundo más tarde sintió cómo el vello que le cubría el antebrazo se erizaba. Suave y aislado, el ruido parecía merodear por su alrededor, e incluso a Sophie le daba la sensación de que el sonido le rozaba el oído. Era algo semejante a una brisa: a veces parecía suave y tierna y otras, en cambio, era estridente, incluso airada. Entonces, un aroma muy peculiar se apoderó del interior del coche.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Josh.

—Huele como a naranjas sazonadas —sugirió Sophie mientras respiraba profundamente.

—Granadas —concluyó Nicolas Flamel.

Y en ese preciso instante comenzó a soplar el viento.

El viento aullaba desde el otro lado de la bahía, cálido y exótico, cargando consigo la esencia de cardamomo y agua de rosas, lima y estragón. La brisa se deslizaba a lo largo del Golden Gate a la vez que arrancaba a los pájaros de los puntales, los extirpaba de los coches y los ahuyentaba del lugar.

Al fin, el aroma a granada llegó al todoterreno. Los cuervos, que hasta un segundo antes habían rodeado y acaparado el coche por completo, se habían desvanecido en cuestión de fracciones de segundo y ahora el vehículo cargaba con las esencias del desierto: a aire seco y a cálida arena.

Sophie pulsó un botón y una ventanilla delantera, a punto de hacerse añicos, se deslizó hacia abajo. Entonces, sacó la cabeza por la ventanilla del todoterreno e inspiró el aromático aire que cubría la zona. La gigantesca bandada de pájaros parecía elevarse forzosamente hacia el cielo alejándose así de la balsámica brisa. Cuando uno de ellos, perteneciente a los Cuervos Temibles, pensó Sophie, trató de escapar adentrándose en la brisa, un zarcillo de ese cálido viento suave lo agarró y lo arrastró otra vez hacia la bandada de cuervos. Por debajo de la oscura masa de pájaros se formó una especie de nube sucia, e, instantes más tarde, la nube se dispersó y los pájaros desaparecieron en el horizonte. El cielo había quedado despejado y lucía su color original, el azul celeste.

Sophie volvió a mirar hacia el puente. El Golden Gate estaba completamente intransitable, pues todos los coches apuntaban hacia una dirección diferente y el asfalto estaba cubierto por miles de cristales que se habían roto al producirse pequeños accidentes, lo que hacía que los carriles fueran verdaderamente infranqueables. Y lo que provocaba, por supuesto, que resultara completamente imposible que alguien intentara perseguirlos. Cada vehículo situado sobre el puente estaba salpicado de las blancas deposiciones de los pájaros. En ese

instante, Sophie se volvió para mirar a su hermano y se dio cuenta de que Josh tenía una mancha de sangre justo en el labio inferior. Sin embargo, todos sus miedos desaparecieron en el mismo instante en que sacó un pañuelo de su bolsillo.

—¡Te has cortado! —exclamó mientras humedecía la punta del pañuelo con la lengua y le limpiaba la herida a su hermano.

Instantáneamente, Josh le apartó la mano.

—Para. Es asqueroso.

Entonces, Josh se rozó suavemente con la yema de los dedos la herida del labio inferior.

—Me habré mordido. Ni lo he notado.

A continuación, Josh arrebató el pañuelo de las manos de Sophie y se frotó la barbilla.

—No es nada —comentó mientras sonreía—. ¿Has visto todos los excrementos de pájaro? —preguntó con un gesto de repugnancia a su hermana mientras ésta asentía con la cabeza—. ¡Ahora esto comenzará a apestar!

Sophie se recostó sobre su asiento, aliviada al comprobar que su hermano se encontraba perfectamente. Al ver la mancha de sangre de la barbilla de su hermano mellizo realmente se había asustado. De repente, un pensamiento le vino a la cabeza y se dio la vuelta para mirar a Flamel.

—¿Has llamado al viento?

Nicolas sonrió y sacudió la cabeza.

—No, no tengo ningún control sobre los elementos. Esa habilidad pertenece únicamente a los Inmemoriales y rara vez a algunos humanos.

Sophie miró a Scatty, pero la Guerrera sacudió la cabeza.

—Mis capacidades no llegan tan lejos.

—Pero ¿lo habéis invocado? —persistió Sophie.

En ese instante, Flamel le entregó el teléfono a Sophie.

—Sencillamente, solicité ayuda —respondió con una sonrisa en los labios.

Capítulo 13

Gira aquí —ordenó Nicolas Flamel.

Josh disminuyó la velocidad y torció el abollado y deformado todoterreno hacia un callejón tan angosto que apenas el coche podía adentrarse por él. Habían pasado la última media hora conduciendo hacia el norte de San Francisco, escuchando, en silencio, las dramáticas noticias de la radio y los debates generados entre expertos que daban su opinión acerca del ataque de los pájaros sobre el puente. El calentamiento global del planeta era la teoría que más se citaba: la radiación del sol interfería en el sistema de navegación natural de las aves.

Flamel los dirigió hacia el norte, en dirección a Mill Valley y al monte Tamalpais, pero enseguida abandonaron las carreteras principales para seguir por aquéllas más inhóspitas en las que sólo existía un carril para cada dirección. Evidentemente, el tráfico era mucho menos denso que en la gran ciudad e incluso alguna que otra vez advirtieron que, en realidad, ellos eran los únicos que circulaban por allí. Al fin, consiguieron llegar a una estrechísima y serpenteante carretera que obligó a Josh a avanzar muy lentamente, pues resultaba extremadamente complicado poder girar el coche de forma continuada. Entonces, Nicolas Flamel bajó la ventanilla y sacó la cabeza, introduciéndola así en el denso bosque que asomaba por la carretera. Nicolas avistó un angosto sendero que no estaba señalizado por ningún sitio y que instantes antes habían atravesado.

—Detente. Da marcha atrás y gira aquí.

Josh echó una mirada a su hermana a la vez que daba marcha atrás y avanzaba por el sendero sin pavimentar y que estaba en un estado lamentable. Sophie tenía los brazos sobre su regazo, pero Josh había conseguido ver cómo los nudillos de su hermana se habían vuelto blancos por la tensión que estaba sufriendo. Las uñas, que pocas horas antes habían lucido un aspecto pulcro y perfecto, ahora estaban mordidas, lo cual era una clara muestra de nerviosismo. Entonces, Josh se acercó ligeramente a su hermana y le estrechó la mano. Inmediatamente, Sophie respondió con el mismo gesto. Como de costumbre, esta vez para comunicarse tampoco precisaban de las palabras. Con sus padres tan lejos la mayoría del tiempo, ambos dependían verdaderamente el uno del otro. A veces, el hecho de mudarse de escuela a escuela y de barrio a barrio con tanta facilidad dificultaba a los mellizos poder hacer amigos y, a la vez, conservarlos.

Sin embargo, ambos sabían que pasara lo que pasase siempre estarían ahí el uno para el otro.

Al otro lado del frondoso sendero, los árboles crecían hasta donde alcanzaba la vista y la maleza era sorprendentemente densa. Por un lado, zarzamoras silvestres y arbustos espinosos rasguñaban uno de los costados del coche mientras que por el otro, ortigas, aulagas y tojos envueltos por zumaques venenosos completaban el impenetrable seto.

—Jamás había visto algo parecido —susurró Sophie—, sencillamente esto no puede ser algo natural.

Al darse cuenta de cuáles fueron sus palabras, Sophie se detuvo, dio media vuelta y miró a Flamel.

—No es natural, ¿verdad?

Nicolas sacudió la cabeza. De repente, había cobrado un aspecto más anciano y cansado. Ahora, bajo sus ojos se veían unas enormes bolsas negras y las arrugas de expresión de su frente y de alrededor de su boca parecían ser mucho más profundas.

—Bienvenida a nuestro mundo —murmuró.

—Hay algo que se mueve entre la maleza —dijo Josh en voz alta—. Algo grande... me refiero a algo muy grande.

Después de todo lo que había visto y vivido durante las últimas horas del día, su imaginación comenzó a elucubrar en un abrir y cerrar de ojos.

—Está abriendo el paso para el coche.

—De forma que mientras nos quedemos en el sendero estaremos a salvo —informó Flamel sin alterar su voz.

Sophie alargó el cuello para contemplar la oscura maleza que crecía a su alrededor. Durante un segundo, Sophie no vio nada, pero después, a medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra del bosque, advirtió que lo que había creído que era una simple sombra en realidad era una criatura. Entonces esa criatura se movió y los rayos de sol iluminaron su piel peluda. Sophie logró captar la imagen de un rostro plano, con una nariz respingona y unos enormes colmillos acabados en espiral.

—Es un cerdo... un jabalí —se corrigió a sí misma.

En ese mismo instante, Sophie avistó a tres criaturas más que flanqueaban el costado derecho del coche.

—También están a mi lado —comentó Josh.

Cuatro de esos armatostes se hallaban entre los arbustos. Entonces, Josh miró por el espejo retrovisor y añadió:

—Y detrás de nosotros.

Sophie, Scatty y Nicolas se volvieron para contemplar por la ventanilla trasera a los dos gigantescos jabalíes que se habían deslizado por la maleza y que ahora trotaban por el sendero que se había tras ellos. De repente, Sophie se dio

cuenta de cuán grandes eran esos animales. Concretamente, cada uno de ellos debía de tener el mismo tamaño que un poni. Las criaturas estaban excesivamente musculadas en la zona de los hombros y mostraban unos colmillos gigantes que les sobresalían de la mandíbula inferior. De hecho, en las encías, los colmillos eran tan gruesos como la muñeca de Sophie pero en los extremos su grosor iba disminuyendo gradualmente hasta acabar siendo una aguja afilada y erizada.

—No sabía que había jabalíes en Norteamérica —apuntó Josh—, y menos aún en Mill Valley, en California.

—Hay cerdos y jabalíes esparcidos por todo Norteamérica —corrigió Flamel distraídamente—. La primera vez que pisaron estas tierras fue cuando los españoles los trajeron en el siglo XVI.

Entonces Josh cambió de marcha, disminuyó la velocidad y dejó que el propio movimiento del coche los hiciera avanzar lentamente. De repente, el sendero se convirtió en un camino sin salida, pues justo enfrente de todos ellos se había formado una barrera de arbustos. Así que detuvieron el todoterreno y pusieron el freno de mano. Josh miró hacia su izquierda y después hacia su derecha. Los jabalíes también se habían detenido y ahora los podía contemplar fácilmente. A cada lado del coche había cuatro de ellos, que permanecían inmóviles mientras vigilaban. Por el espejo retrovisor, Josh lograba ver que los dos jabalíes colosales que los habían seguido a la carrera también se habían detenido. Se hallaban completamente rodeados.

«¿Y ahora qué?», se preguntaba Josh. Entonces miró a su hermana y supo que ella también se estaba haciendo la misma pregunta. En ese momento Nicolas Flamel se inclinó hacia delante, se apoyó sobre los asientos de los mellizos y contempló la barrera.

—Supongo que está aquí para desmoralizar a aquellos temerarios que han viajado hasta tan lejos. Y, si uno es excepcionalmente imprudente, puede sentirse tentado a apearse del vehículo.

—Pero nosotros no somos ni temerarios ni imprudentes —interrumpió Scatty—. Así que, ¿qué hacemos? —Acto seguido desvió su mirada hacia los jabalíes—. Hacía siglos que no veía a esta raza. Se asemejan bastante a los jabalíes de guerras galas y, si realmente lo son, entonces son prácticamente invencibles. Por cada uno de los jabalíes que vemos, habrá tres más escondidos entre las sombras, y eso sin contar a sus cuidadores.

—Éstos no son galos. Además, esta raza en concreto no necesita cuidadores —informó amablemente Flamel con un acento francés—. Mirad sus colmillos.

Sophie, Josh y Scatty se dieron la vuelta para contemplar los colmillos de las gigantescas criaturas que permanecían quietas a sus espaldas, en medio del sendero.

—Parece que tengan unas formas esculpidas en los colmillos —sugirió

Sophie, entornando los ojos bajo una luz de atardecer—. Rizos.

—Espirales —confirmó Scatty con un tono de voz un tanto enigmático. Entonces se volvió hacia Flamel y preguntó—: ¿Son Torc Alta?

—De hecho, así es —afirmó Flamel—, son hombres-jabalí.

—Por hombres-jabalí —dijo Josh—, ¿te refieres a hombres-lobo?

Scatty sacudió la cabeza con cierta impaciencia.

—No, no como hombres-lobo...

—Qué alivio —suspiró Josh—, porque durante un segundo he pensado que estabais refiriéndoos a hombres que se habían convertido en lobos...

—Los hombres-lobo son denominados Torc Madra —continuó Scatty, haciendo oídos sordos a lo que Josh acababa de comentar—. Son un clan totalmente diferente.

Sophie contemplaba atentamente el jabalí más cercano. Entre todos sus rasgos puramente de jabalí, Sophie pensó que comenzaba a divisar las formas típicas de un rostro humano. Mientras tanto, el hombre-jabalí la miraba, con unos ojos brillantes y azules.

Josh volvió a darse la vuelta y agarró el volante con fuerza.

—Hombres-jabalí... Por supuesto que son diferentes a los hombres-lobo. Un clan completamente diferente —murmuró—, qué pregunta más ridícula.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sophie.

—Continuamos adelante —contestó Nicolas Flamel.

Entonces Josh señaló la barrera.

—¿Y qué pasa con eso?

—Sólo continúa —ordenó el Alquimista.

—Pero... —comenzó Josh.

—¿Confiáis en mí? —preguntó Nicolas Flamel por segunda vez en el mismo día. Los mellizos se miraron el uno al otro, después se volvieron hacia Flamel y ambos asintieron a la vez con la cabeza—. Entonces continúa —finalizó con cierta amabilidad.

Josh arrancó el coche con mucho cuidado y sacó el freno de mano. Acto seguido el vehículo comenzó a avanzar y el parachoques rozó suavemente la aparente e impenetrable barrera de hojas y arbustos. De repente, la barrera se desvaneció. Un segundo antes estaba físicamente ahí, y un segundo más tarde, parecía que los arbustos se habían tragado la parte delantera del coche.

El pesado todoterreno se adentró en el muro de arbustos y árboles y durante un instante todo se volvió frío y oscuro. El aire se impregnó de una fragancia dulce a la vez que amarga, como la esencia del azúcar quemado. Sin embargo, antes de que nadie pudiera musitar palabra, el sendero reapareció ante ellos, describiendo una curva hacia la izquierda.

—¿Cómo...? —empezó Josh.

—Era una ilusión —explicó Flamel—. Sencillamente eso. La luz distorsionaba

la realidad, de forma que reflejaba las imágenes de los árboles y los arbustos en una especie de cortina de vapor de agua y cada una de las gotas de humedad actuaba a modo de espejo. Eso y un toque de magia —añadió. Entonces señaló hacia arriba y continuó—: Aún estamos en Norteamérica, pero nos hemos adentrado en el dominio de uno de los miembros más ancianos y más poderosos de la Raza Inmemorial. Aquí estaremos a salvo durante un tiempo.

De inmediato, Scatty dejó escapar un sonido un tanto grosero.

—Está bien, es anciana, pero no estoy tan segura de lo poderosa que dices que es.

—Scathach, sólo te pido que te comportes —comentó Flamel a la vez que se daba la vuelta para mirar a la vieja guerrera de aspecto jovial que estaba sentada junto a él.

—No me cae bien. No confío en ella.

—Debes dejar a un lado todos tus prejuicios.

—Nicolas, intentó matarme —protestó Scatty—. Me abandonó en el Infierno. Tardé siglos en encontrar la salida.

—Eso fue hace más de quince siglos, si la mitología no me falla —recordó Flamel a Scathach.

—Tengo muy buena memoria —murmuró Scatty. Durante ese momento, Scathach parecía una niña enfurruñada.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Sophie. En ese preciso instante, Josh frenó de golpe.

—No os referiréis a una mujer con tez oscura, ¿verdad? —inquirió Josh.

Entonces Sophie se volvió y miró a través del agrietado parabrisas mientras Flamel y Scatty se inclinaban hacia delante.

—Sí, es ella —afirmó Scatty con cierto desánimo.

La silueta se hallaba en el sendero, justo enfrente del coche. Esbelta y fornida, la mujer parecía estar esculpida en una sólida losa de piedra de color negro azabache. Una pelusilla de cabello blanco le cubría la cabeza y tenía unos rasgos muy marcados y angulosos: pómulos respingones, nariz puntiaguda, barbilla muy definida y labios tan finos que casi resultaban inapreciables. Las pupilas de sus ojos lucían el color de la mantequilla. Llevaba un largo vestido de talle sencillo realizado con una tela brillante que ondeaba con el soplo del viento. Un viento que, por cierto, no rozaba a nadie más. Cuando el viento agitaba la falda del vestido se podían apreciar los colores del arco iris. De hecho, producía el mismo efecto que una gota de aceite sobre el agua marina. No lucía ninguna joya, aunque Sophie advirtió que llevaba las uñas pintadas de diferentes colores.

—No parece que tenga más de diez mil años —susurró Scatty.

—Compórtate —le recordó Flamel.

—¿Quién es? —preguntó Sophie una vez más mientras miraba fijamente a la mujer.

A pesar de que tenía un aspecto puramente humano, había algo diferente en ella, algo que parecía provenir de otro mundo. Quizá fuera la forma en que permanecía de pie, inmóvil, o quizá la inclinación de su cabeza, que le otorgaba un aspecto verdaderamente arrogante.

—Ella —comenzó Nicolas Flamel, acercándose a los dos asientos delanteros y con un tono de voz que mostraba un cierto sobrecogimiento— es la Inmemorial conocida como Hécate.

Sin embargo, pronunció el nombre muy despacio: Hé-ca-te.

—La Diosa de las Tres Caras —añadió Scatty un tanto cortante.

Capítulo 14

Quedaos en el coche —ordenó Nicolas Flamel mientras abría la puerta, se apeaba del coche y hundía sus pies en la húmeda hierba que cubría el suelo. Scatty cruzó los brazos sobre su pecho y miró a través del resquebrajado parabrisas.

—Por mí, ningún problema —murmuró.

Flamel hizo caso omiso del comentario de Scathach y después cerró la puerta con fuerza antes de que ésta pudiera vocalizar otra palabra más. Inspirando profundamente, Nicolas intentó serenarse y comenzó a caminar hacia la esbelta y elegante mujer que permanecía inmóvil, rodeada por los troncos altos y sin hojas de las secuoyas.

De pronto, se escuchó el crujir de la maleza, como si alguien estuviera pisándola, y entonces un gigantesco jabalí Torc Allta apareció justo en frente del Alquimista. La colosal criatura le llegaba a la altura del pecho. Flamel se detuvo y se inclinó ante semejante bestia, saludándola en una lengua que jamás había sido diseñada para las cavidades bucales de la raza humana. Repentinamente, los jabalíes aparecieron por todas partes, decenas de ellos, con sus miradas brillantes e inteligentes, con el áspero pelaje rojizo que cubría sus espaldas y sus hombros erizándose y con largos hilos de saliva colgando de sus colmillos tan laboriosamente tallados.

Flamel se ocupó de saludar a cada uno de ellos.

—No creía que hubiera miembros del clan Torc Allta por Norteamérica —comentó, dirigiéndose a ellos en un inglés perfecto.

Hécate esbozó una sonrisa, estirando ligeramente los labios.

—Ah, Nicolas, tú mejor que nadie deberías saber que cuando nosotros pasemos a mejor vida, cuando la Raza Inmemorial deje de existir, incluso cuando los humanos hayan desaparecido de la faz de la tierra, los clanes Torc Allta reclamarán este mundo para sí mismos. Debéis recordar que este mundo perteneció en primer lugar a los clanes.

Hécate pronunciaba sus palabras en un tono de voz profundo y masculino y con un acento que poseía todas las sibilantes típicas de Grecia y las consonantes líquidas de Persia.

Nicolas Flamel volvió a inclinarse.

—Tengo entendido que los clanes han cobrado mucha fuerza en Europa, en especial el Clan Torc Mandra. También me han llegado noticias de que el Clan

Torc Tiogar vuelve a habitar en India y que dos nuevos clanes de Torc Leon se han mudado a África. Y todo ello gracias a ti.

Hécate sonrió, mostrando así sus diminutos pero perfectos dientes.

—Los clanes aún me veneran como si fuera una diosa. Hago todo lo que está en mis manos por ellos. —Entonces la invisible e imperceptible brisa rozó su bata, de hilo verde y dorado, y envolvió todo su cuerpo—. Pero dudo que hayas recorrido todo este camino para hablarme sobre mis criaturas.

—Tienes razón.

Acto seguido Nicolas Flamel se volvió hacia el abollado todoterreno. Josh y Sophie le contemplaban fijamente, con miradas de asombro. En cambio, el rostro de Scathach, sentada en el asiento trasero del coche, era verdaderamente sorprendente, pues había cerrado los ojos y fingía estar dormida. Sin embargo, Flamel sabía que la Guerrera no necesitaba dormir.

—Quería agradecerte que nos enviaras el Viento Fantasma.

Ahora, era el turno de Hécate para inclinarse. Entonces realizó un movimiento con su mano derecha y al abrir la palma de la mano, dejó al descubierto un diminuto teléfono móvil.

—Son aparatos muy útiles. Aún recuerdo la época en la que confiábamos nuestros mensajes a los vientos o a las aves adiestradas. Parece que fuera ayer —añadió—. Me alegro de que la estratagema os ayudara. Desgraciadamente, lo más probable es que hayáis revelado vuestro destino a Morrigan y a Dee. En estos momentos, sabrán quién envió el Viento Fantasma y sin duda imaginarán que tengo un enclave aquí.

—Lo sé. Y por ello te pido disculpas, por facilitarles el camino hasta ti.

Hécate se encogió de hombros, un leve movimiento de los hombros que provocó un arco iris de luces en la cola de su toga.

—Dee me teme. Se hará el fanfarrón y asumirá una pose, me amenazará, incluso quizá intente conjurar algún hechizo de poca monta o algún encantamiento, pero no osará enfrentarse a mí. Ni solo ni con la ayuda de Morrigan. Necesitará, al menos, dos miembros más de los Oscuros Inmemoriales para luchar contra mí, e incluso así, no estaría seguro de su victoria.

—Pero Dee es arrogante. Y ahora posee el Códex.

—Por teléfono me dijiste que no todo.

—Así es, no todo.

Nicolas Flamel extrajo las dos páginas del interior de su camiseta y se acercó a Hécate para entregárselas. Sin embargo, la esbelta dama se dio la vuelta y alzó la mano, como si quisiera protegerse los ojos, y comenzó a soltar una especie de vapor por sus labios. De pronto, los jabalíes rodearon a Flamel, con el hocico abierto y con los afilados y puntiagudos colmillos apuntándole directamente.

Entonces Sophie cogió aire para chillar. En ese mismo instante, su hermano

mellizo ya estaba dejando escapar toda su fuerza contenida en un solo grito y Scathach se había apeado del todoterreno y con una de sus flechas apuntaba directamente hacia Hécate.

—¡Detenlos! —exclamó.

Sin embargo, los Torc Allta hicieron caso omiso a las palabras de Scathach.

Pausadamente, Hécate se volvió hacia Nicolas Flamel y se cruzó de brazos. Después, miró por encima del hombro a Scathach, quien de inmediato tensó la cuerda del arco.

—¿Crees que eso puede hacerme daño? —preguntaba la diosa a la vez que se carcajeaba.

—La punta de la flecha fue sumergida en sangre del mismísimo Titán —respondió Scathach en voz baja mientras el viento absorbía sus palabras y las transmitía al resto—. Si no recuerdo mal, perteneció a tu familia, ¿verdad? Y, corrígeme si me equivoco, su sangre es una de las pocas maneras que quedan para eliminarte de la faz de la Tierra.

Los mellizos se limitaban únicamente a contemplar el espectáculo. Entonces los ojos de la Inmemorial se tornaron fríos y, durante un breve instante, se convirtieron en espejos dorados que reflejaban la escena que estaban presenciando.

—Esconde las páginas —ordenó Hécate al Alquimista.

Inmediatamente, Flamel introdujo de nuevo las dos páginas bajo su camiseta negra. Después, la anciana dama murmuró una sola palabra y los Torc Allta se alejaron del Alquimista y se adentraron en la densidad de la maleza, donde desaparecieron, aunque los recién llegados sabían que aún estaban cerca. En ese instante, Hécate dio media vuelta y se dirigió a Flamel.

—No te hubieran atacado a menos que yo se lo hubiera ordenado.

—Y no lo dudo —exclamó Nicolas con una voz entrecortada.

Entonces bajó la mirada y advirtió que las botas y los bajos de sus pantalones estaban cubiertos de babas e hilos blancos de saliva de los Torc Allta que evidentemente dejarían una mancha de por vida.

—Jamás muestres el Códex, o algún trozo de él, en mi presencia. Ni tampoco en la presencia de ningún miembro de la Raza Inmemorial, pues sentimos una aversión hacia él —finalizó, intentando escoger la mejor palabra para definir la sensación que le provocaba el libro.

—A mí no me afecta —interrumpió Scathach, aflojando la cuerda del arco.

—Porque tú no perteneces a la primera generación de la Raza Inmemorial —recordó Hécate a la Guerrera—. Al igual que Morrigan, tú perteneces a la última generación. Sin embargo, yo caminaba por estas tierras cuando Abraham el Mago escribió las primeras palabras de poder en el libro. Fui testigo de cómo atrapó la Magia de Trabajo, la magia ancestral, en las páginas del libro.

—Mil perdones —se disculpó rápidamente Flamel—. No lo sabía.

—No tenías por qué saberlo —continuó Hécate mientras esbozaba una sonrisa que no contenía nada de humorístico—. Esa extraña magia es tan poderosa que la mayoría de los míos no pueden ni siquiera mirar las letras del libro. Sin embargo, aquellos que nacieron después de la Raza Inmemorial original, a pesar de que llevan nuestra misma sangre —añadió a la vez que realizaba un gesto hacia Scathach—, pueden soportar la presencia del Códex, aunque no pueden rozarlo. Los descendientes de los simios, los humanos, sí que pueden. Ésta fue la última triquiñuela de Abraham. Se casó con una de las primeras humanas y, en mi opinión, quiso asegurarse de que sólo sus hijos podrían manejar el libro.

—Nosotros somos los descendientes de los simios —comentó Josh con un tono de voz que superaba al susurro.

—Los humanos... la raza humana —sugirió Sophie. Después, se quedó en silencio y Flamel continuó con sus palabras.

—¿Es ésa la razón por la que me entregaron el libro?

—Nicolas, tú no eres el primer humano al que se le encarga el cuidado del Códex —confesó con cuidado Hécate—. En primer lugar, ese libro jamás debió crearse —continuó con cierta brusquedad mientras hilos bermejos y verdosos de su vestido se iluminaban como el aceite sobre el agua—. Desde siempre, abagué para que cada página fuera despojada del libro y arrojada al volcán más cercano, y Abraham con él.

—¿Por qué jamás fue destruido? —preguntó Nicolas.

—Porque Abraham tenía el don de la clarividencia. De hecho, era capaz de ver el paso del tiempo y predijo que llegaría un día en que se necesitaría el Códex y toda la sabiduría que contenían sus páginas.

Scatty se alejó del todoterreno para acercarse, un poco, a Nicolas Flamel. Continuaba sujetando el arco, pero ya no lo tensaba. Sin embargo, advirtió cómo los ojos de mantequilla de Hécate la miraban muy de cerca.

—El Libro de Abraham siempre tuvo un guardián asignado —explicó Scathach a Flamel—. Algunos de ellos son recordados por la historia como grandes héroes mitológicos. Sin embargo, existen otros, como tú, menos conocidos, y otros que siempre permanecieron en el anonimato.

—Y si yo, un simple humano, fui escogido para proteger el preciado legado del Códex, porque vosotros no podéis ni siquiera mirarlo y menos aún tocarlo, entonces resulta más que evidente que otro humano fuera el elegido para encontrarlo —concluyó Flamel—. Dee.

Hécate asintió con la cabeza.

—El doctor John Dee, un enemigo muy peligroso.

Flamel también asintió con la cabeza. Podía notar las páginas resacas y frías en el pecho, bajo su camiseta negra. Aunque había tenido bajo su posesión el Códex durante más de medio milenio, sabía que apenas había comenzado a arañar la superficie de los secretos que contenía. No tenía la menor idea de la

edad del libro, pues cada vez que lo investigaba, la fecha era más y más lejana a la actualidad. La primera vez que llegó a sus manos, en el siglo XIV, creyó que tenía unos quinientos años de antigüedad. Más tarde, cuando comenzó a examinarlo, pensó que quizá tendría ochocientos años, después, mil años y, luego, más de dos mil años. Un siglo atrás, en medio del auge por los nuevos descubrimientos que se llevaban a cabo en las tumbas egipcias, indagó y descubrió que el libro tenía más de cinco mil años. Sin embargo, ahora se encontraba junto a Hécate, que tenía más de diez mil años y confesaba haber estado presente cuando el misterioso Abraham el Mago escribió el libro. Pero si la Raza Inmemorial, los dioses de la mitología y las leyendas, no podía rozar ni mirar hacia el libro, ¿qué era Abraham, su creador? ¿Habría sido un miembro de la Raza Inmemorial, un humano, o algo más, como por ejemplo un miembro de las muchas razas míticas que aún habitaban la Tierra en los primeros días de sus orígenes?

—¿Por qué has venido hasta aquí? —preguntó Hécate—. Supe que te arrebataron el Códex tan pronto como éste abandonó tu protección, pero no puedo ayudarte a recuperarlo.

—He venido hasta aquí por otra razón —continuó Flamel, alejándose del coche y bajando el volumen de su voz, de forma que obligaba a Hécate a permanecer cerca para poder escuchar sus palabras—. Cuando Dee me atacó, me robó el libro y secuestró a Perry, dos humanos acudieron en nuestra ayuda. Un joven y su hermana. —Entonces hizo una pausa y añadió—: Mellizos.

—¿Mellizos? —repitió Hécate con un tono de voz tan inexpresivo como su rostro.

—Mellizos. Míralos y dime qué ves.

Entonces los ojos de Hécate parpadearon y se concentraron en el interior del todoterreno.

—Un chico y una chica vestidos con camisetas y pantalones tejanos, que es el atuendo desarrapado de ésta era. Eso es todo lo que veo.

—Fíjate más —sugirió Flamel—, y recuerda la profecía —añadió.

—Conozco perfectamente la profecía. ¡No intentes darme una lección de historia!

La mirada de Hécate ardía en llamas y durante un instante incluso cambió de color, se oscureció de tal forma que cobró un aspecto un tanto desagradable.

—¿Humanos? Imposible.

Entonces, Hécate caminó hacia el coche y entornó los ojos para mirar en su interior, fijándose primero en Sophie y después en Josh.

Los mellizos se dieron cuenta de forma simultánea de que las pupilas de sus ojos eran alargadas y estrechas, como las de un felino, y que, escondidos tras los finos labios, sus dientes eran afilados y puntiagudos, como diminutas agujas.

—Plata y oro —susurró Hécate de repente mientras contemplaba al

Alquimista a la vez que su acento se marcaba más y más. En ese instante, al vocalizar las últimas palabras, los hermanos se fijaron en que la lengua de Hécate era viperina.

—Bajad del vehículo.

Ambos desviaron sus miradas hacia Flamel, y éste, de inmediato, contestó asintiendo con la cabeza de forma que ambos se apearon del coche.

Sophie dio la vuelta al coche para colocarse junto a su hermano.

Hécate se concentró en primer lugar en Sophie, que momentáneamente dudó en alargarle la mano y estrechársela. La diosa cogió la palma de la mano izquierda de Sophie y la apoyó sobre su mano derecha. Un instante más tarde, tomó la mano de Josh. Sin vacilar ni un solo segundo, Josh colocó su mano sobre la de Hécate, intentando actuar de una forma indiferente, como si estrecharle la mano a una diosa de considerable edad, en concreto de más de diez mil años, fuera algo habitual en él. Josh tuvo la sensación de que la piel de la diosa tenía un tacto rugoso y áspero.

Hécate sencillamente pronunció una palabra en una lengua previa a la llegada de las primeras civilizaciones humanas.

—Naranjas —susurró Josh al sentir repentinamente el aroma y el sabor de la fruta.

—No, es helado —continuó Sophie—, helado recién hecho.

En ese momento, Sophie se volvió para mirar a su hermano, quien la contemplaba atónito y estupefacto.

De repente, un resplandor plateado cubrió el cuerpo de Sophie. La extraña capa de energía la envolvía por completo, como si fuera una segunda piel, y centelleaba de forma que a veces incluso se podía dudar de su existencia. Además, cada vez que Sophie pestañeaba, sus ojos se convertían en espejos reflectantes.

El resplandor que cubría el cuerpo de Josh tenía un matiz dorado y se concentraba, especialmente, alrededor de su cabeza y sus manos. La capa que envolvía a Josh vibraba a ritmo de los latidos de su corazón. A diferencia de su hermana, el iris de los ojos de Josh parecía una moneda de oro.

Pero a pesar de que los mellizos podían vislumbrar el resplandor que envolvía los cuerpos de cada uno de ellos, no sentían diferencia alguna. Sencillamente, el aire había cobrado un aroma distinto, el perfume de las naranjas mezclado con la esencia del helado.

Sin musitar palabra, Hécate se alejó de los mellizos e inmediatamente el resplandor de éstos se desvaneció. Entonces se dirigió hacia Nicolas Flamel, le cogió del hombro y lo condujo por el camino, alejándolo así de los mellizos y de Scathach.

—¿Sabes el porqué de todo esto? —preguntó Sophie a la Guerrera. Pero la voz de Scathach había cobrado un tono diferente. Además, ésta todavía sentía el

sabor del helado en sus labios y su olor en el ambiente.

—La diosa estaba comprobando vuestras auras —explicó finalmente Scathach.

—¿Te refieres al resplandor dorado que cubría a Josh? —preguntó Sophie mientras miraba a su hermano.

—El tuyo era plateado —añadió Josh de inmediato.

Entonces Scathach cogió un guijarro y lo lanzó hacia los arbustos. El guijarro golpeó algo sólido que enseguida se perdió entre la maleza.

—La mayoría de las auras son una mezcla de diversos colores. Muy poca, pero que muy poca gente posee auras de colores puros.

—¿Cómo las nuestras? —preguntó Sophie.

—Como las vuestras —respondió Scatty un tanto abatida—. La última persona que conocí que poseía un aura plateada era la mujer que vosotros conocéis como Juana de Arco.

—¿Y qué hay del aura dorada? —preguntó Josh.

—Resulta aún más insólita —contestó Scatty—. La última persona que recuerdo que tuviera ese color era... —Entonces frunció el ceño, intentando hacer memoria—. El joven rey Tutankhamon.

—¿Ésa es la razón por la que lo enterraron con grandes cantidades de oro?

—Fue una de las razones —respondió Scathach.

—No me digas que conociste al rey Tut —comentó Josh en un tono bromista.

—Jamás lo conocí —continuó Scathach—, aunque confieso que entrené a la querida Juana y luché junto a ella en Orleans. Le dije que no fuera a París —añadió en voz baja y con unos ojos que reflejaban dolor.

—Mi aura es más peculiar que la tuya —se mofó Josh de su hermana para romper un poco el hielo. Entonces miró a la joven guerrera—. Pero ¿qué significa exactamente poseer auras de colores puros?

Cuando Scathach dio la vuelta para mirarlo, su rostro se había tornado completamente inexpresivo.

—Significa que tenéis unos poderes extraordinarios. Todos los célebres magos y grandes hechiceros del pasado, los famosos líderes heroicos, los más inspirados artistas, todos ellos poseían auras de colores puros o de un único color.

Los mellizos se miraron el uno al otro, pues de pronto se sentían completamente desconcertados. Incluso después de todo lo que habían visto y vivido ese día, esto resultaba demasiado extraño. Además, había algo en la mirada de Scathach, aparte de su inexpresivo rostro, que resultaba realmente espantoso.

De pronto, los ojos de Sophie se abrieron de par en par.

—Acabo de acordarme de que ambos personajes, tanto Juana de Arco como Tutankhamon, murieron jóvenes.

—Muy jóvenes —añadió Josh, rememorando sus clases de historia—, de

hecho ambos murieron cuando tenían diecinueve años.

—Así es —concluyó Scathach, dándose la vuelta para avistar a Nicolas Flamel y a la Diosa de las Tres Caras.

—Humanos —siseó Hécate—. Humanos con auras plateadas y doradas.

Su voz desprendía ira y a la vez desconcierto.

—Ya ha ocurrido otras veces en el pasado —inquirió Flamel en voz baja.

—¿Crees que no lo sé?

Ambos estaban de pie a orillas de un burbujeante y diminuto arroyo que serpenteaba por entre los árboles y que se deslizaba hacia un estanque de forma octagonal cubierto por nenúfares. Una gigantesca carpa que lucía los colores rojo y blanco nadaba por el agua clara y transparente.

—Jamás había encontrado las dos auras juntas, ni tampoco había dado con ellas en hermanos mellizos pertenecientes al mismo siglo. Ambos poseen un poder sin explotar de una magnitud inimaginable. ¿Tengo que recordarte las frases del Códex? La primerísima profecía de Abraham habla de «dos que son uno y uno que lo es todo».

—Conozco la profecía —interrumpió Hécate con brusquedad mientras los hilos de color de su vestido brillaban como venas rojas y negras—. Yo estuve allí cuando el viejo loco la escribió.

Flamel estuvo a punto de formular una pregunta, pero prefirió mantener la boca cerrada.

—Pero jamás se equivocó —murmuró Hécate—. Sabía que Danu Talis se sumergiría entre las olas y que nuestro mundo, un día u otro, llegaría a su fin.

—También predijo que algún día volvería —recordó Flamel—. Y eso sucederá cuando los «dos que son uno y uno que lo es todo» lleguen, cuando el Sol y la Luna se unan.

Hécate ladeó la cabeza y sus rasgados ojos parpadearon mientras contemplaba a los mellizos, Josh y Sophie.

—Oro y plata, Sol y Luna —musitó mientras se volvía hacia Flamel—, ¿crees que son la base de la profecía?

—Sí —respondió—. Lo creo. Tengo que creerlo.

—¿Por qué?

—Porque con el Códex en manos de Dee, éste puede empezar a traer a los Oscuros Inmemoriales. Si los mellizos son los que se mencionan en la profecía, entonces, con un entrenamiento apropiado, quizá pueda utilizarlos para prevenir que eso ocurra y también para que me ayuden a rescatar a Perry.

—¿Y si estás equivocado? —preguntó Hécate.

—Entonces habré perdido al amor de mi vida, y este mundo y todos los humanos que habitan en él fallecerán. Pero si verdaderamente tenemos alguna

posibilidad para salvar todo esto, te pido ayuda.

Hécate suspiró.

—Ha pasado mucho tiempo, sinceramente mucho tiempo, desde que admití a un aprendiz —mientras pronunciaba estas palabras echó una mirada a Scathach —, y tengo que confesar que el resultado no fue el esperado.

—Aquello fue diferente. Ahora trabajarás con talentos y poderes puros. Sin embargo, no tenemos mucho tiempo.

Entonces Flamel tomó aire y pronunció un discurso formal en la ancestral lengua de la sumergida isla de Danu Talis.

—Hija de Perses y Asteria, diosa de la magia y los conjuros, te ruego que Despiertes los poderes mágicos de los mellizos.

—Y si lo hago, ¿qué pasará después? —preguntó Hécate.

—Después yo me encargaré de enseñarles las cinco magias. Juntos, recuperaremos el Códex y salvaremos a Perenelle.

La Diosa de las Tres Caras no pudo contener una carcajada que sonó un tanto irónica.

—Ten cuidado, Nicolas Flamel, Alquimista, no vaya a ser que crees algo que nos destruya a todos.

—¿Lo harás?

—Tengo que pensármelo. Te daré mi respuesta más tarde.

Apoyados sobre el coche, Sophie y Josh se dieron cuenta de que, repentinamente, tanto Flamel como Hécate se habían vuelto para contemplarlos. A la vez, los mellizos sintieron un escalofrío que les recorrió todo el cuerpo.

Capítulo 15

Hay algo raro en esta casa —confesó Sophie mientras entraba en la habitación de su hermano sujetando su costoso teléfono móvil—. No tengo cobertura en ningún rincón de la casa.

Sophie daba vueltas por toda la habitación a la vez que se concentraba en la pantalla del teléfono, pero el icono que mostraba la cobertura permanecía completamente vacío.

De pronto, Josh miró a su hermana con una extraña expresión.

—¿Algo raro en esta casa? —repitió incrédulo. Después cambió el tono y pronunció sus palabras a un ritmo muy lento—. Sophie, ¿estamos en el interior de un árbol! Yo creo que eso ya es algo muy raro, ¿no crees?

Cuando Hécate finalizó su conversación con Flamel, ésta se había dado la vuelta y había desaparecido entre la densidad del bosque sin dirigirles una sola palabra. Sólo le había encargado a Flamel que llevara a los mellizos al interior de su hogar. Por este motivo, Nicolas les pidió que abandonaran el coche y los condujo por un sendero angosto y serpenteante que se adentraba por los gigantescos árboles y arbustos. Todos se habían quedado absortos al observar la extraña flora y fauna que los rodeaba: enormes flores púrpuras que se volvían a su paso y les seguían el rastro, parras que se deslizaban y retorcían cual serpientes cuando pasaban junto a ellas y hierbajos que no crecían desde el Oligoceno. Esta fascinación por lo que estaban contemplando les impedía advertir que mientras avanzaban por el diminuto sendero, cada vez se acercaban más a la figura de Hécate. De hecho, hasta unos minutos después de mirarla, no asimilaron lo que verdaderamente estaban viendo.

Justo delante de ellos, en el centro de un amplísimo claro inclinado ligeramente y rociado con vastas franjas de flores multicolor, se alzaba un árbol. Tenía el mismo tamaño que el de un colosal rascacielos. Las ramas y las hojas más altas estaban envueltas en espirales de neblina blanca, mientras que las raíces del árbol sobresalían del suelo como garras afiladas con una altura semejante a la de un coche. El propio árbol parecía retorcerse y anudarse y su corteza estaba marcada y grabada con líneas y grietas. Largas vides, como pipas de un tamaño espectacular, envolvían el árbol balanceándose desde sus ramas.

—El hogar de Hécate —explicó Nicolas Flamel—. Sois los únicos humanos con vida que en los dos últimos milenios lo han contemplado. De hecho, yo sólo había leído sobre él.

Scatty esbozó una sonrisa al ver la expresión de los rostros de los mellizos y le dio un suave codazo a Josh.

—¿Dónde exactamente esperabas que viviría? ¿En una caravana?

—Yo... bueno, no sé... no pensaba que... —comenzó Josh.

El paisaje era verdaderamente increíble y por los pocos conocimientos que tenía sobre biología sabía que ningún ser viviente podía adquirir tal tamaño. Mejor dicho, que ningún ser natural podía adquirir tal tamaño.

A Sophie le daba la impresión de que el árbol tenía un extraordinario parecido con la anciana dama, quien se encorvaba a causa de su edad. Le parecía bien que Flamel hablara sobre un pasado ancestral, sobre una guerrera de dos mil años o sobre una diosa de diez mil años de edad. Los números, al fin y al cabo, no significaban nada. Sin embargo, vislumbrar el árbol era diferente. Tanto ella como su hermano, Josh, habían contemplado árboles ancestrales antes. Sus padres los habían llevado a visitar una gigantesca secuoya roja de miles de años. Acamparon durante una semana con su padre en las Montañas Blancas de California mientras él investigaba y examinaba el árbol de la edad de Matusalén, que tenía unos cinco mil años y se suponía que era el ser vivo más anciano de todo el planeta. Cuando Sophie contempló el ancestral árbol de California, un pino erizo retorcido, le resultó bastante sencillo adivinar su tremenda edad. Y ahora, al contemplar el hogar de Hécate, Sophie no tenía la menor duda de que era increíblemente ancestral, al menos un milenio más antiguo que la secuoya roja.

Mientras se iban acercando, ambos se daban cuenta de que la comparación con un rascacielos no era casual, pues había cientos de ventanas talladas en la corteza del árbol por donde penetraba la luz que resplandecía en el interior de las estancias. Pero fue precisamente cuando llegaron a la entrada principal cuando de verdad se dieron cuenta de la inmensidad del árbol. La puerta doble perfectamente pulida de la entrada, que tenía una altura de al menos seis metros, se abrió con el suave roce de los dedos de Flamel. Entonces, los mellizos se adentraron en un enorme vestíbulo de forma circular.

Después, se detuvieron.

El interior del árbol estaba hueco. Si alzaban la mirada desde su posición, justo en la entrada del árbol, podían avistar las volutas de nubes que se acumulaban en su interior. Una bonita escalera de caracol ascendía en espiral por el tronco y después de cada tres o cuatro peldaños aparecía una gigantesca puerta que conducía a una habitación alumbrada. Docenas de cataratas en miniatura brotaban de las paredes y rociaban el suelo de la planta baja del árbol, donde las gotas de agua se acumulaban en un estanque también circular que ocupaba la mayor parte del suelo. Las paredes interiores del árbol tenían un tacto suave y no lucían adorno alguno, excepto por los nudos y espirales de las vides que rasgaban la superficie como venas.

Y estaba completamente desierto.

Nadie se atrevía a realizar ningún movimiento, nada, humano o inhumano, ascendía por los infinitos peldaños de la escalera de caracol y ninguna criatura alada sobrevolaba el aire húmedo.

—Bienvenidos al Yggdrasil —explicó Nicolas Flamel mientras les cedía el paso a los demás—. Bienvenidos al Árbol del Mundo.

Josh alzó su teléfono móvil. La pantalla estaba en blanco.

—¿Te has dado cuenta —preguntó— de que no hay tomas eléctricas?

—Tiene que haber —respondió con decisión Sophie mientras caminaba hacia la cama y se arrodillaba—, siempre hay enchufes detrás de las camas...

Pero no había ninguno.

Los mellizos permanecían en el centro de la habitación de Josh, ambos mirando a su alrededor. La habitación era idéntica a la de su hermana. Todo lo que los rodeaba estaba compuesto de madera de tonalidad miel, desde los pulidos suelos hasta las suaves paredes. Las ventanas no contenían ni un solo cristal, sino que eran simples aperturas en las paredes. En cambio, la puerta era un rectángulo de madera de un grosor semejante al de una galleta de barquillo y tenía el mismo tacto rugoso que el de la corteza del árbol. El único mueble que había en toda la habitación era la cama, que consistía en un somier bajo de madera cubierto con un nórdico de plumas. Una gruesa alfombra de piel yacía sobre el suelo, a los pies de la cama. La alfombra lucía un estampado de lunares que no se asemejaba al pelaje de ningún animal que los mellizos hubieran visto a lo largo de sus vidas.

También había un árbol que crecía justo en medio del suelo.

Alto, delgado y elegante, el árbol de corteza rojiza se alzaba desde el centro del suelo de madera. Curiosamente, en el tronco del árbol no sobresalía ni una sola rama, pero a medida que el tronco se alzaba, justo cuando éste rozaba el techo de la habitación, se formaba una extensa copa que cubría todo el techo. Las hojas eran verdaderamente exuberantes, de un verde vivo por una cara y de un color ceniza por el reverso. En varias ocasiones, las delgadas ramas rebosantes de hojas descendían en espiral hasta cubrir el suelo como una delgada pero tupida alfombra.

—¿Dónde estamos? —preguntó finalmente Sophie sin darse cuenta de que había pronunciado sus pensamientos en voz alta.

—¿En California? —sugirió Josh en un tono de voz bajo que daba a entender que no estaba muy seguro de lo que estaba diciendo.

—¿Después de todo lo que hemos visto hoy? —preguntó retóricamente Sophie—. No lo creo. Estamos en el interior de un árbol. Un árbol de tal tamaño que sería capaz de albergar a todo el campus universitario de San Francisco. Un árbol tan ancestral que, al compararlo con la secuoya roja de las Montañas Blancas,

aqué parece que haya sido recién plantado. Todo lo que nos rodea está hecho de materiales naturales. —Entonces cogió aire y miró a su alrededor—. ¿Crees que aún está vivo?

Josh sacudió la cabeza.

—Imposible. Le han vaciado todo el interior. Quizá, años atrás, estaba vivo, pero ahora es como una vulgar concha.

Sophie no estaba tan segura.

—Josh, en esta habitación no hay nada que pertenezca al mundo moderno, ni tampoco nada artificial, es decir, no hay metal, ni plástico, ni papel... todo parece haber sido tallado a mano. Ni siquiera hay velas o lámparas.

—Tardé unos instantes en darme cuenta de qué eran esos tarros llenos de aceite —comentó Josh.

Sin embargo, no le confesó a su hermana que había estado a punto de ingerir el líquido pues éste desprendía una esencia dulce de frutas. Afortunadamente, Josh adivinó de qué se trataba cuando al fin advirtió la mecha que flotaba en el líquido.

—Mi habitación es idéntica a la tuya —continuó Sophie mientras volvía a alzar su teléfono móvil—. Mira, no hay cobertura y además, fíjate, la batería se está agotando a una velocidad extraordinaria.

Entonces, Josh acercó su cabeza a la de su hermana melliza de forma que ambas cabelleras rubias se entrecizaron y observó atentamente la pantalla. El indicador de batería, situado en el lado derecho de la pantalla, estaba agotándose poco a poco.

—¿Crees que por eso mi iPod también se ha descargado? —preguntó Josh mientras extraía el aparato de su bolsillo trasero—. Esta mañana tenía la batería llena. Y mi ordenador también ha muerto.

Repentinamente, Josh miró su reloj y acto seguido alzó el brazo para enseñárselo a su hermana. La esfera de su reloj digital de estilo militar estaba como apagada.

Enseguida Sophie desvió su mirada hacia su propio reloj.

—El mío aún funciona —comentó sorprendida—. Porque es de cuerda —respondió a una pregunta que ninguno de los dos hermanos había formulado pero sí pensado.

—Entonces, algo está agotando la energía —murmuró Josh—. ¿Quizá haya energía en el aire? Nunca había oído de algo que pudiera absorber la energía de las baterías de los aparatos electrónicos.

—Es este lugar —interrumpió repentinamente Scathach, asomándose a la habitación.

La Guerrero se había cambiado sus ropajes de estilo militar y de color negro azabache y la camiseta por unos pantalones de camuflaje en tonalidades verdes y marrones, por unas botas de pierna alta de combate y por una camiseta de

tirantes también de camuflaje que dejaba al descubierto sus musculosos antebrazos. Ahora, llevaba una espada corta atada con una correa a su pierna y, apoyado sobre su hombro izquierdo, un enorme arco y un carcaj con flechas visibles por encima de su cabeza. Sophie observó que tenía un símbolo celta en espiral dibujado en el hombro derecho. Sophie siempre había ansiado tatuarse, pero su madre jamás se lo había permitido.

—Habéis abandonado vuestro mundo y os habréis adentrado en un Mundo de Sombras —añadió la Guerrera—. Los Mundos de Sombras existen parcialmente en vuestro mundo y parcialmente en otro tiempo y espacio.

La Guerrera permaneció en el umbral de la habitación.

—¿No vas a entrar? —preguntó Sophie.

—Tenéis que invitarme —respondió Scatty con una sonrisa un tanto tímida.

—¿Invitarte? —repitió Sophie mientras se volvía hacia su hermano y alzaba las cejas a modo de interrogación.

—Tenéis que invitarme a entrar —volvió a repetir Scatty—. De lo contrario, no podré cruzar el umbral.

—Igual que los vampiros —susurró Josh quien de pronto sentía que la boca se le había resecao.

Después de todo lo que habían visto ese día, Josh estaba preparado para creer en vampiros, aunque en verdad prefería no encontrarse con ninguno. Inmediatamente se volvió hacia su hermana.

—La única forma de que un vampiro entre en una morada es que lo inviten. Después ya pueden beberse tu sangre... —Josh se dio la vuelta con cierta brusquedad hacia Scatty y un tanto desconcertado continuó: Tú no eres...

—No me agrada esa palabra —cortó rápidamente Scatty.

—Scathach, por favor, entra —le rogó Sophie antes de que su hermano volviera a reprochar algo a la joven.

La Guerrera realizó un ligero salto, cruzó el umbral y entró a la habitación.

—Y sí —continuó—, soy lo que vosotros denomináis un vampiro.

—Oh —murmuró Sophie.

Josh hizo el intento de colocarse justo delante de su hermana para protegerla, pero inmediatamente ella lo empujó y se lo impidió. Aunque adoraba a su hermano, a veces éste se comportaba de una forma demasiado protectora con ella.

—No creas todo lo que has leído sobre mi raza —recomendó Scathach mientras se paseaba por la habitación y sacaba la cabeza por las aperturas de las paredes a modo de ventanas para contemplar los exuberantes jardines.

En ese instante, una enorme mariposa se sumergió en la habitación revoloteando con sus hermosas alas amarillas y blancas. Tenía el mismo tamaño de un plato hondo y, según las informaciones de los mellizos, se creía que esos animales se habían extinguido en la era jurásica.

—Hécate creó este lugar y lo mantiene gracias a un extraordinario uso de la magia —explicó Scathach—. Pero la magia, como todo lo demás, debe seguir ciertas leyes de la naturaleza. La magia necesita energía, de forma que absorbe esta energía de dondequiera que la encuentre, como por ejemplo de las baterías de vuestros juguetitos eléctricos. Si por algún motivo no encontrara otra fuente de energía disponible, tomaría la fuerza vital del mago que la creó. Ésa es la razón por la que toda utilización de magia debilita, en cierta manera, al mago que la originó.

—¿Estás diciendo que no hay nada eléctrico que funcione en este Mundo de Sombras? —inquirió Sophie. Un segundo más tarde sacudió la cabeza a modo de negación—. Pero Hécate utilizó un teléfono. Yo vi con mis propios ojos cómo se lo mostraba a Flamel antes. ¿Por qué su batería no se agota?

—Hécate es inmensamente poderosa y se puede decir que incluso es inmune a los efectos de la magia que genera. Me imagino que guarda su teléfono móvil consigo, de forma que no se descarga. Otra posibilidad es que encargue su recaudo a un sirviente que habita en el mundo real. Muchos miembros de la Raza Inmemorial tienen sirvientes humanos.

—¿Como Flamel y Dee? —preguntó Sophie.

—Flamel no sirve a ningún Inmemorial —respondió Scathach en voz baja—, el libro es su único dueño. En cambio, Dee... nadie sabe para quién o para qué trabaja.

Entonces Scatty inspeccionó la zona para comprobar si alguien estaba escuchando la conversación e instantes después les clavó la mirada.

—Seguramente, en cuestión de una hora comenzaréis a sentir os cansados, exhaustos, os comenzarán a doler los músculos e incluso quizá sintáis un leve dolor de cabeza. Eso se debe al campo mágico que nutre vuestras auras. Sin embargo, no debéis preocuparos, porque vuestras peculiares y únicas auras son excepcionalmente poderosas. Lo único que puede mitigar estas dolencias es la continua ingestión de líquidos —aconsejó Scatty mientras se dirigía de ventana en ventana y se inclinaba para examinar el exterior—. Sé que están ahí fuera, pero no logro verlos —comentó.

—¿A quién?

—A los Torc Allta.

—¿Son realmente hombres-jabalí? Me refiero a hombres que se transforman en jabalíes —preguntó Sophie.

Sophie sabía perfectamente que su hermano no había musitado palabra desde que Scathach había cruzado el umbral de la habitación. Él no cesaba de mirarla, con una expresión en los ojos que desprendía horror y con los labios apretados con fuerza. Conocía muy bien esa expresión. Josh estaba asustado y Sophie intuyó que estaba recordando todas las novelas y películas de vampiros que había leído y visto.

—No exactamente —respondió Scatty—. Sé que Nicolas os ha contado que antes de que la raza humana reivindicara este mundo, el planeta pertenecía a otras criaturas, a otras razas. Pero incluso entre la Raza Inmemorial, los clanes Torc siempre habían sido especiales. Podían cambiar su imagen de bestia y adoptar la forma de la figura humana y viceversa —explicó mientras se sentaba en el borde de la cama y estiraba las piernas delante de Sophie—. Cuando los primeros humanos comenzaron a poblar la Tierra, los clanes Torc les enseñaron a trabajar la madera y la piedra e incluso a crear fuego. Los humanos veneraban a los clanes Torc como si éstos fueran dioses. De lo contrario, ¿por qué creéis que muchos de los dioses más ancestrales tienen una forma animal? Pensad en las primitivas pinturas rupestres dibujadas en algunas cuevas de criaturas que son un híbrido de hombre y animal. Seguro que habéis visto las estatuas de las diosas egipcias, como Sobek, Bastet y Anubis, que poseen esbeltos cuerpos de mujer y cabezas de animales. Recordad las diversas danzas en las que los hombres y mujeres simulaban ser animales. Como veis, hay muchos vestigios de la época en la que los clanes Torc vivían en armonía con la raza humana.

—Teriantropía —murmuró una Sophie ausente.

Scatty la miró sorprendida.

—Una criatura que mezcla la forma de un animal y la figura de un humano —explicó Josh—. Ya te dije que nuestros padres son arqueólogos —añadió. Un instante después miró a la mujer de aspecto juvenil y continuó—. ¿Bebes sangre?

—¡Josh! —exclamó Sophie.

—No, no bebo sangre —respondió Scathach—. Jamás lo he hecho.

—Pero un vampiro...

En ese momento Scathach se incorporó, se levantó y dio dos pasos en dirección a Josh. En realidad no era tan alta como él, pero en ese preciso instante parecía enorme.

—Hay varios tipos de vampiros, diversos clanes de ellos, al igual que los clanes que engloban los hombres-jabalí o los hombres-lobo. Pero tienes razón, algunos de mi raza beben sangre.

—Pero tú no —interrumpió rápidamente Sophie antes de que a su hermano le diera tiempo a formular otra pregunta inoportuna.

—No, yo no. Los de mi clan nos alimentamos, bien, de otra forma —añadió Scatty con una sonrisa irónica—. Todo lo que os han inculcado, todos los mitos y leyendas de vuestro mundo tienen un origen verdadero. Hoy, vosotros habéis sido testigos de algunas maravillas. Y en los próximos días veréis aún más...

—¿A qué te refieres con «en los próximos días»? —cortó Josh alarmado—. Nos iremos a casa, ¿verdad?

Pero incluso cuando pronunciaba su pregunta sabía perfectamente la respuesta.

—Quizá —comentó la Guerrera—, pero no será hoy ni tampoco mañana, de

esto estoy segura.

Sophie posó cariñosamente su mano sobre el brazo de su hermano, dándole a entender que no formulara la pregunta que estaba pensando.

—¿Qué estabas diciendo sobre los mitos y las leyendas? —preguntó Sophie.

En ese instante, en algún escondido rincón de la casa-árbol repicó algo parecido a una campanilla. El sonido se escuchó alto y claro e incluso pareció persistir durante unos momentos en el aire. Sin embargo, Scathach hizo caso omiso y continuó su particular discurso.

—Quiero que recordéis que todo lo que sabéis, o creéis saber, sobre los mitos y las leyendas no es ni falso ni verdadero. En el fondo de cada leyenda hay un granito de verdad. Supongo que la mayoría de vuestra sabiduría proviene de las películas y de las series de televisión. Xena y Drácula pueden daros una gran cantidad de respuestas. No todos los minotauros son malvados, la gorgona Medusa no convertía a todo hombre en piedra y no todos los vampiros se nutren de sangre humana. Los clanes son una raza respetada y ancestral.

Josh intentó esbozar una sonrisa, pero aún estaba un poco sorprendido por la confesión de que Scathach era un vampiro.

—Lo próximo que nos dirás es que los fantasmas existen.

Sin embargo, el rostro de Scatty permaneció igual de serio.

—Josh, has entrado en un Mundo de Sombras, el mundo de los fantasmas. Quiero que a partir de ahora los dos confiéis en vuestros instintos. Olvidad todo lo que sabéis, o creéis saber, sobre las criaturas y las razas que, tarde o temprano, os encontraréis. Haced lo que os dicte vuestro corazón y no confiéis en nadie, excepto en vosotros mismos —añadió.

—Pero podemos confiar en ti y en Nicolas, ¿verdad? —vaciló Sophie.

Entonces la campanilla volvió a sonar penetrante y aguda.

—No confiéis en nadie —repitió Scathach.

Entonces los mellizos se dieron cuenta de que no tenía la menor intención de responder a su pregunta. Un instante más tarde, Scatty se dirigió hacia la puerta.

—Creo que es la campana de la cena.

—¿Podemos comer de esos alimentos? —preguntó Josh.

—Depende —respondió Scatty.

—¿De qué depende? —preguntó Josh preocupado.

—Depende de lo que sea, por supuesto. Yo, por ejemplo, no como carne.

—¿Por qué no? —inquirió Sophie preguntándose si había alguna ancestral criatura a la que debían evitar.

—Porque soy vegetariana —contestó Scatty.

Capítulo 16

Perenelle Flamel permanecía sentada en la esquina de un diminuto zulo sin ventilación. Su posición era verdaderamente escalofriante: los brazos alrededor de sus piernas, presionándole el pecho y con la barbilla apoyada. Incluso de vez en cuando escuchaba voces, voces de ira y enfado.

Perry intentaba concentrarse en el sonido. Permitió que su aura se expandiera mínimamente para murmurar un pequeño conjuro que había aprendido de un chamán inuit. El chamán lo utilizaba para escuchar el movimiento de los peces bajo las capas de hielo ártico y para percibir los pasos de los osos acercándose en la distancia helada. El sencillo hechizo se llevaba a cabo simplemente con ignorar todos los demás sentidos y concentrándose únicamente en el sentido del oído. Perry contemplaba cómo el color de su aura se disipaba y, de repente, sintió cómo se cegaba por completo. Gradualmente, Perenelle fue perdiendo su sentido del olfato y de pronto notó cómo diminutos alfileres y agujas se le clavaban en las yemas de los dedos de las manos y los pies. Un instante después, sintió cómo el dolor se aliviaba y después el sentido del tacto desapareció. Sabía que si tenía algo en la boca, no sería capaz de notarlo, pues sólo su sentido del oído permanecía intacto y no sólo eso, sino que se había agudizado y ahora poseía una sensibilidad increíble. Escuchaba a las cucarachas trepar por las paredes externas a esa habitación, a un ratón cómo arañaba y roía la madera en algún lugar por encima de su zulo y una colonia de termitas que estaba mascando poco a poco las lejanas tablas que cubrían el suelo. También podía percibir dos voces diferentes, a veces altas y claras y a veces un tanto distorsionadas, como si escuchara una radio mal sintonizada. Pero también sabía que las voces provenían de algún lugar bastante alejado de su ubicación. Perry ladeó la cabeza, intentando así afilar el sonido. En ese instante, logró escuchar el soplo del viento, el ondear de la ropa y el grazneo de los pájaros. Perenelle no dudaba que todo lo que escuchaba provenía del techo del edificio donde se encontraba. Entonces las voces cobraron más fuerza, trinaron, balbucearon y, repentinamente, se aclararon. A partir de ese momento, Perenelle ya percibía a la perfección el tono de las voces, que pertenecían a Dee y a Morrigan. Podía sentir perfectamente el miedo que desprendía la voz del hombre grisáceo y la rabia que arrastraban los gritos de la Diosa Cuervo.

—¡Debe pagar por eso! ¡No hay excusa que valga!

—Es una Inmemorial, una intocable entre seres como tú y como yo —

murmuró Dee, intentando calmar a Morrigan.

—Nadie es intocable. Interfirió en un asunto que no le correspondía. Mis criaturas estuvieron a punto de aplastarles el coche, pero entonces apareció el Viento Fantasma y echó por los suelos mi plan.

—Flamel, la guerrera Scathach y los dos humanos se han esfumado —comentaba Dee mientras Perry fruncía el ceño para concentrarse e intentar seguir cada palabra que se cruzaban. Perenelle sintió un alivio al descubrir que Nicolas había recurrido a Scathach, pues ésta era una aliada formidable—. Es como si hubieran desaparecido de la faz de la Tierra.

—Por supuesto que han desaparecido de la faz de la Tierra —interrumpió Morrigan—. Nicolas los ha conducido al Mundo de Sombras de Hécate.

Aunque inconsciente, Perenelle asintió con la cabeza. ¡Por supuesto! ¿Dónde más podría haberse escondido Nicolas? El Mundo de Sombras de Hécate en Mill Valley estaba relativamente cerca y aunque la Inmemorial Hécate no era una amiga de la familia Flamel, tampoco era una aliada de Dee y sus Oscuros Inmemoriales.

—Debemos seguirles el rastro —declaró rotundamente Morrigan.

—Imposible —respondió Dee intentando razonar—. No tengo ni las habilidades ni los poderes para penetrar en el mundo de Hécate —confesó a continuación. Después hizo una pausa y añadió—: Ni tú tampoco. Ella es una Inmemorial de la primera generación, y tú eres de la última.

—Pero no es la única Inmemorial establecida en la costa Oeste —finalizó Morrigan con un tono de voz triunfal.

—¿Qué sugieres? —preguntó Dee con una voz temerosa y con su acento inglés originario.

—Sé dónde descansa Bastet.

Perenelle Flamel se recostó sobre la gélida piedra y permitió que todos sus sentidos retornaran. De repente recuperó el sentido del tacto y notó un hormigueo, diminutas agujas se le clavaban por las yemas de los dedos de las manos y de los pies. Después, vino el sentido del olfato y, finalmente, el de la vista. Pestañeo varias veces, esperando que los diminutos puntos de colores se disiparan y las imágenes cobraran su forma original. Acto seguido, Perry intentó otorgarle un sentido a todo lo que acababa de descubrir.

Las consecuencias podían ser terribles. Morrigan era capaz de despertar a Bastet y así atacar el Mundo de Sombras de Hécate con tal de recuperar las páginas del Códex.

Perenelle sintió un escalofrío. Jamás había conocido a Bastet, de hecho no conocía a nadie que la hubiera visto durante los tres últimos siglos y hubiera sobrevivido para contarle, pero la conocía por su reputación. Era uno de los

miembros más poderosos de la Raza Inmemorial y en Egipto era venerada desde que los primeros humanos poblaron esas tierras. Tenía el cuerpo de una esbelta joven y la cabeza de un gato. Sin embargo, Perry desconocía por completo las fuerzas mágicas que ésta era capaz de controlar.

Los acontecimientos se estaban sucediendo con mucha rapidez. Algo muy grande, y grave, estaba ocurriendo. Años atrás, cuando Nicolas y Perry descubrieron por primera vez el secreto de la inmortalidad, se dieron cuenta de que unas vidas tan longevas permitían observar el mundo desde una perspectiva completamente diferente. Ya no planeaban algo con días o semanas de antelación, sino que organizaban sus planes con décadas de antelación. Había llegado a entender que los Inmemoriales, cuyas vidas eran infinitamente largas, podían meditar planes que abarcaban incluso siglos. Y eso, la mayoría de las veces, significaba que los acontecimientos se llevaban a cabo con una lentitud extremadamente deliberada.

Pero ahora Morrigan estaba aquí. La última vez que había caminado por el Mundo de los Humanos había sido reconocida en las implacables trincheras cubiertas de barro del Somme, antes había merodeado por los campos de batalla ensangrentados por la guerra civil norteamericana. Pero el destino de la Diosa Cuervo parecía no ser otro que la muerte, que vagaba por su alrededor como un maloliente hedor. También era una de los Inmemoriales que consideraba que el lugar que debían ocupar los humanos en este mundo era la servidumbre.

Nicolas y los mellizos estarían a salvo en el Mundo de Sombras de Hécate, pero ¿durante cuánto tiempo? Bastet era una Inmemorial de la primera generación y sus poderes debían igualar a los de Hécate. Y si la Diosa Gata y la Diosa Cuervo, con la ayuda de la magia alquímica de Dee, atacaban a Hécate, ¿podría ésta aguantar sus defensas? Perry no estaba muy segura de ello.

¿Y qué sucedería con Nicolas, Scathach y los mellizos?

Perenelle sintió cómo dos lagrimones se deslizaban por sus mejillas, pero enseguida se los secó. Nicolas cumpliría, en el plazo de tres meses, seiscientos setenta y siete años, concretamente el 28 de septiembre. Él sabía cuidarse de sí mismo, aunque su dominio de los conjuros prácticos era bastante limitado y era un tanto despistado. De hecho, el verano anterior había olvidado por completo el inglés, y había retomado su lengua originaria, un francés arcaico. Perenelle había tardado un mes en enseñarle otra vez a hablar inglés. Antes de eso, durante un tiempo, Nicolas firmaba los cheques en griego o en arameo antiguo. En ese momento, a Perenelle se le escapó una tierna sonrisa. Flamel hablaba dieciséis idiomas y conseguía defenderse en otros diez. Era capaz de leer y escribir en veintidós lenguas, aunque últimamente no se le presentaba la oportunidad de practicar los jeroglíficos, la escritura cuneiforme ni la escritura lineal B.

Perenelle se preguntaba qué estaría haciendo su marido en esos momentos. Seguramente estaría escudriñando la manera de encontrarla, pero también se

vería en la encrucijada de proteger a los mellizos y las páginas que Josh había logrado arrancar del Códex. Perenelle tenía que enviarle un mensaje, tenía que hacerle saber que se encontraba bien e informarle del peligro que se avecinaba.

Uno de los primeros dones que la joven dama conocida como Perenelle Flamel había descubierto mientras crecía era la habilidad de conversar con los muertos. Sin embargo, hasta que no cumplió diecisiete años no se dio cuenta de que no todo el mundo podía ver las imágenes parpadeantes en blanco y negro que ella observaba día a día. En vísperas de su diecisiete cumpleaños, su querida abuela, Mamom, falleció. Perenelle contempló con sus propios ojos cómo el diminuto y marchitado cuerpo de su abuela era trasladado de la cama donde había pasado los diez últimos años de su vida a un frío ataúd. La joven Perenelle había seguido la procesión funeraria por las calles de la aldea de Quimper hasta llegar al cementerio que tenía vistas al mar. Había sido testigo de cómo enterraban la caja de madera labrada y después volvió a su casa.

Allí estaba Mamom, recostada en la cama y con una mirada reluciente y maliciosa. La única diferencia era que Perenelle ya no podía ver a su abuela con claridad. Ya no había color en ella, sino que su imagen parecía estar proyectada únicamente en blanco y negro. Además, la figura de su abuela parpadeaba, como si no pudiera enfocar bien la imagen.

Fue en ese preciso instante cuando Perenelle se dio cuenta de que podía ver fantasmas. Y cuando Mamom se volvió hacia ella y sonrió, supo que ella también podía verla.

Sentada en la diminuta celda sin ventanas, Perenelle estiraba las piernas y presionaba el gélido suelo con ambas manos. A lo largo de los años, había desarrollado una variedad de defensas para protegerse de las intrusiones indeseadas de los muertos. Si había algo que había aprendido de los muertos, sobre todo de los más ancianos, es que eran extraordinariamente groseros y que, en general, aparecían en los momentos más inoportunos y más inapropiados. Al parecer, los muertos sentían una especial predilección por los lavabos, pues resultaban un lugar perfecto para ellos: tranquilos, sin alborotos y con una gran cantidad de superficies reflectantes. Perenelle recordó la vez que, mientras se cepillaba los dientes, el fantasma de un presidente estadounidense se le apareció reflejado en el espejo que tenía enfrente. Casi se traga el cepillo de dientes.

Perenelle había aprendido que los fantasmas no podían vislumbrar ciertos colores, como el azul y el verde, e incluso a veces tampoco el amarillo, así que de forma deliberada intentaba avivar estos matices en su aura. Con mucho cuidado creaba un campo a su alrededor que la convertía en invisible en el particular Mundo de Sombras donde las figuras de los fallecidos se reunían.

Abriendo los ojos de par en par, Perenelle se concentró en su aura. Su aura natural lucía un color blanco y pálido como el hielo que actuaba como un faro para los muertos, de forma que siempre los atraía. Pero sobre su aura, como

capas de pintura, Perenelle había creado auras azul zafiro, verde esmeralda y amarillo prímula. Uno por uno, Perenelle difuminó los colores, comenzando por el amarillo, después el verde y finalmente el azul, que resultaba el más protector.

Entonces, los fantasmas se acercaron a su aura blanca como mosquitos a la luz. La imagen de sus cuerpos centelleaba a su alrededor: hombres, mujeres y niños que portaban ropajes antiguos de décadas anteriores. Los ojos verdes e intensos de Perenelle observaban las brillantes imágenes, sin estar completamente segura de lo que estaba buscando. Enseguida descartó a las mujeres y a las jóvenes que llevaban las típicas faldas largas del siglo XVI y a los hombres que lucían botas y cinturones fabricados en el siglo XIX. Así, se centró únicamente en aquellos fantasmas que mostraban unos ropajes del siglo XX. Finalmente, escogió a un anciano que llevaba un uniforme de guardia de seguridad bastante moderno. Apartando con mucho cuidado a las demás formas misteriosas, se acercó al anciano.

Perenelle sabía que los fantasmas provocaban un terrible miedo en la gente, sobre todo en aquella que pertenecía a sociedades modernas y sofisticadas. Pero también sabía que no había razón para temerlos, pues un fantasma no era nada más que los vestigios del aura de una persona que permanecía ligada a un lugar en particular.

—¿Puedo ayudarla, señora?

La voz del fantasma era grave y tenía acento de la costa Este, quizá de Boston. Permanecía erguido, como un antiguo soldado y, aparentemente, rondaba los sesenta años, aunque podía ser mayor.

—¿Puede decirme dónde estoy? —preguntó Perenelle.

—Está en el sótano de la sede corporativa de Empresas Enoch, en el oeste de Telegraph Hill. Justo enfrente, se encuentra la torre Coit —añadió orgulloso.

—Parece que está muy seguro.

—Debería. Trabajé aquí durante treinta años. Obviamente, no siempre perteneció a Enoch, pero lugares como éste siempre necesitan quien los vigile. Mientras yo estuve de guardia, nadie entró por esa puerta.

—Es algo por lo que debe estar orgulloso, señor...

—Por supuesto —interrumpió el fantasma mientras su imagen titilaba con más fuerza—. Señor Miller. Así me llamaba, Jefferson Miller. Hace tiempo que nadie me pregunta cómo me llamo. ¿Cómo puedo ayudarla? —repitió.

—Bueno, en realidad ya me ha ayudado mucho. Al menos sé que me encuentro en la ciudad de San Francisco.

El fantasma no apartó su mirada de la dama.

—¿Esperaba estar en otro lugar?

—Creo que me he dormido durante un tiempo, por eso pensé que quizá me habían trasladado de ciudad —explicó.

—¿Está aquí en contra de su voluntad, señora?

—Así es.

Jefferson Miller se acercó.

—Bueno, eso no está bien.

Pasaron unos momentos hasta que su imagen volvió a centellear.

—Sin embargo me temo que no puedo ayudarla. Como ve, soy un fantasma.

Perenelle asintió con la cabeza.

—Lo sé —respondió, esbozando una sonrisa—. Pero no estaba del todo segura de que usted lo supiera.

Perenelle sabía que una de las razones de por qué los fantasmas permanecían ligados a ciertos lugares era porque sencillamente no sabían que habían fallecido.

El anciano guardia de seguridad soltó una carcajada.

—He intentado dejar esto... pero hay algo que me lo impide. Quizá pasé demasiado tiempo aquí cuando estaba vivo.

Perenelle volvió a asentir.

—Puedo ayudarlo a que abandone este lugar, si verdaderamente lo desea. Yo puedo hacer eso por usted.

Jefferson Miller asintió.

—Creo que me encantaría que hiciera eso por mí. Mi esposa, Ethel, falleció diez años antes que yo. A veces creo escuchar su voz, que me llama a través de los Mundos de Sombras.

Perenelle asintió, una vez más.

—Intenta que usted vuelva a casa. Puedo ayudarlo a cortar los lazos que lo mantienen atado a este lugar.

—¿Puedo hacer algo a cambio?

Perenelle sonrió.

—Bueno, hay algo... Quizá pueda enviarle un mensaje a mi marido.

Capítulo 17

Sophie y Josh siguieron a Scathach por los pasillos de la casa de Hécate. Por todas partes aparecían indicaciones que les recordaban que estaban en el interior de un árbol. Todo lo que los rodeaba, como el suelo, las paredes y los techos, era de madera y, en algunos lugares, diminutos brotes y retoños de hojas verdes adornaban los rincones de las paredes, como si el árbol aún continuara creciendo.

Con la mano apoyada levemente sobre el hombro de su hermano, Sophie miraba a su alrededor. La casa parecía estar compuesta de una sucesión de habitaciones en forma circular que conducían a habitaciones casi idénticas sin que uno pudiera darse cuenta. Sophie lograba vislumbrar el interior de ciertas estancias mientras, acompañada siempre por su hermano, caminaban cerca de éstas. Casi todas las habitaciones carecían de decoración y de muebles, pero en ninguna de ellas faltaba un árbol de corteza bermeja que crecía en medio del suelo. Una de ellas, un tanto apartada del resto y mucho más amplia, contaba con un estanque ovalado que adornaba casi todo el centro del suelo. Brillantes nenúfares de color perla cubrían el interior del estanque de tal forma que se producía un efecto extraño, el de un enorme ojo blanco nívico que no pestañeaba. Otra habitación estaba completamente repleta de campanas de viento de madera que se balanceaban desde las ramas del árbol bermejo que adornaba el centro de la estancia. Cada juego de campanas era diferente tanto en medida y forma como en adornos, pues algunos lucían símbolos tallados y otros permanecían lisos, sin ornamento alguno. Todos los juegos pendían de las ramas inmóviles y firmes hasta que Sophie echó un vistazo al interior de la habitación, y entonces, muy lentamente, las campanas empezaron a repicar al mismo tiempo de una forma melódica. El murmullo que producían sonaba igual que susurros lejanos. Sophie apretó con fuerza el hombro de Josh, intentando así llamar su atención, pero Josh no desvió la mirada y continuó observando hacia delante, concentrado, y con el ceño fruncido.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Josh al fin.

—Aquí sólo habita Hécate —respondió Scathach—. Aquellos que pertenecen a la Raza Inmemorial son criaturas solitarias.

—¿Aún quedan muchos con vida? —preguntó Sophie.

Scathach se detuvo ante una puerta abierta y se volvió mirando por encima de su hombro, comprobando así que no había nadie cerca que pudiera escuchar la conversación.

—Más de los que te puedes imaginar. La mayoría de ellos no quieren mantener ningún tipo de relación con los humanos y rara vez se aventuran a salir de su Mundo de Sombras particular. Otros, en cambio, como los Oscuros Inmemoriales, desean que retornen los viejos tiempos y para ello utilizan a agentes como Dee.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Josh—. ¿Tú también quieres que vuelvan esos viejos tiempos?

—Jamás consideré que fueran los mejores —respondió Scathach—, especialmente para los humanos —añadió.

Encontraron a Nicolas Flamel sentado fuera de la mansión, sobre una cubierta de madera colocada en una rama del colosal árbol. La rama, que se expandía horizontalmente desde el tronco del árbol, medía al menos tres metros y se encorbaba hasta tal punto que incluso unos pocos centímetros se sumergían en el estanque en forma de medialuna. Sophie, que ahora se deslizaba por la misma rama, miraba hacia abajo y se sorprendía al descubrir que bajo las malas hierbas que se retorcían sobre el agua del estanque, diminutos rostros casi humanos miraban hacia arriba, con la boca abierta y con los ojos como platos. Sobre la cubierta de madera se aposentaban cinco sillas de altos respaldos que rodeaban una mesa donde se habían colocado preciosos tazones tallados a mano, elegantes tazas de madera y copas. Sobre los platos reposaba pan recién sacado del horno y gruesas lonchas de queso curado. En el centro de la mesa había un par de enormes fruteros rebosantes de manzanas, naranjas y grandísimas cerezas. En ese instante, el Alquimista estaba pelando con sumo cuidado una manzana verde esmeralda con una placa triangular fabricada con piedra negra que se asemejaba a una punta de flecha. Sophie no tardó en darse cuenta de que Nicolas estaba cortando la piel verde de la manzana de tal forma que los pedazos parecían letras.

Scatty se acomodó justo al lado del Alquimista.

—¿Hécate no nos acompañará? —preguntó mientras cogía un trozo de piel de manzana y se la introducía en la boca.

—Creo que se está cambiando para la cena —respondió Flamel mientras colocaba otro trozo de piel verde en su lugar. Entonces alzó la mirada y se dirigió hacia los mellizos—. Sentaos, por favor. Nuestra anfitriona llegará en breves momentos y entonces cenaremos. Supongo que estaréis exhaustos —añadió.

—Estoy algo cansada —admitió Sophie.

Sophie había sentido el agotamiento físico minutos antes y ahora a duras penas lograba mantener los ojos abiertos. También le asustaba el hecho de saber que su cansancio estaba provocado por la magia del lugar, que se alimentaba de su propia energía.

—¿Cuándo podremos volver a casa? —preguntó Josh, poco dispuesto a aceptar que él también estaba extenuado, tanto que incluso le dolían los huesos. Josh sentía como si estuviera cogiendo el peor de los resfriados.

Nicolas Flamel cortó otro trozo de manzana y se lo metió en la boca.

—Lamento deciros que no podréis volver durante algún tiempo.

—¿Por qué no? —replicó Josh.

Flamel suspiró. Dejó a un lado la piedra negra y la manzana y colocó las manos completamente extendidas sobre la mesa.

—Ahora mismo, ni Dee ni Morrigan conocen vuestra identidad. La única razón es ésa, que vosotros y vuestra familia estéis a salvo.

—¿Nuestra familia? —interrumpió Sophie.

La idea de que su madre o su padre pudieran estar en peligro le revolvía el estómago. Josh reaccionó del mismo modo. Los dos se quedaron completamente abrumados y Josh apretó con fuerza los labios.

—Dee será minucioso —continuó Flamel—. Está protegiendo un secreto de miles de años, y no se detendrá, aunque tenga que mataros a los dos. Aquéllos a quienes conocéis o con los cuales hayáis tenido cierto contacto sufrirán un « accidente ». Incluso me atrevería a suponer que La Taza de Café, de Bernice, se incendiará en los próximos días, y todo eso sólo porque tú trabajaste allí unos meses. Puede que Bernice también perezca entre las llamas.

—Pero ella no tiene nada que ver con todo esto —protestó Sophie aterrorizada.

—Tienes razón, pero Dee no lo sabe. Y tampoco le importa. Ha estado mucho tiempo trabajando mano a mano con los Oscuros Inmemoriales y ahora ya contempla a los humanos de la misma forma que sus maestros, como criaturas un poco más adelantadas que las bestias, pero nada más.

—Pero nosotros no le confesaremos a nadie que hemos visto... —comenzó Josh—, e igualmente nadie nos creería si contáramos que... —finalizó mientras sus palabras iban perdiendo cada vez más fuerza.

—Pero si no se lo contamos a nadie, no habrá forma de que la gente lo sepa —continuó Sophie—. Jamás volveremos a hablar de todo esto y así Dee nunca logrará encontrarnos.

Sin embargo, a medida que pronunciaba sus propias palabras Sophie se daba cuenta de que no había esperanza. Ella y su hermano estaban atrapados porque sabían de la existencia del Códex, al igual que Nicolas y Perry lo habían estado durante siglos.

—Os encontraría —respondió Flamel, intentando razonar. Entonces desvió su mirada hacia la Guerrera—. ¿Cuánto tiempo crees que tardarían Dee o los espías de Morrigan en encontrarlos?

—No mucho —respondió mientras masticaba la manzana—. Un par de horas, quizá. Las ratas o los pájaros os rastrearían y entonces Dee os perseguiría

hasta encontrarlos.

—Una vez que la magia os ha tocado, ya nada vuelve a ser como antes.

Mientras hablaba, Flamel realizaba ciertos gestos con su mano derecha de forma que tras cada movimiento dejaba una estela de humo verdoso muy pálido que se esfumaba instantes más tarde.

—Pues la magia siempre deja rastro —finalizó mientras soplaba sobre el humo verde. En ese instante, el humo se enroscó y un segundo más tarde desapareció.

—¿Estás diciendo que olemos? —preguntó Josh.

Flamel asintió con la cabeza.

—Desprendéis un olor a magia salvaje. Ambos percibisteis ese aroma, cuando Hécate os tocó. ¿Qué os pareció oler?

—Naranjas —contestó Josh.

—Helado de vainilla —añadió Sophie.

—Y antes de eso, cuando Dee y yo estábamos luchando, ¿qué olor advertisteis?

—Menta y huevos podridos —respondió Josh de inmediato.

—Cada mago tiene su aroma distintivo. Es como una huella mágica. Debéis aprender a prestar más atención a vuestros sentidos. Los humanos sólo utilizan un porcentaje muy reducido de sus capacidades sensoriales. A duras penas pueden ver, raras veces escuchan, jamás huelen y tienen la convicción de que sólo pueden experimentar sensaciones con el tacto de la piel. Pero hablan, oh, hablan por los codos. Y eso sucede por la falta de uso de sus otros sentidos. Cuando volváis a vuestro mundo, seréis capaces de reconocer a gente que posee una energía mágica. —Hizo una pausa, cortó otro trozo de manzana y se lo metió en la boca—. Seguramente percibiréis algún olor peculiar, puede que vislumbréis algo que resplandece alrededor de sus cuerpos e incluso que sintáis el sabor de su aura.

—¿Cuánto tiempo durará esa sensación? —preguntó Sophie con curiosidad. Acto seguido alargó la mano y cogió una cereza del tamaño de un tomate pequeño—. ¿Se atenuará algún día?

Flamel negó con la cabeza.

—Nunca. Nunca se disipará, sino todo lo contrario, aumentará. Deberíais comenzar a haceros a la idea de que nada volverá a ser lo mismo de hoy en adelante.

En ese instante, Josh mordió una manzana con cierto aire de satisfacción y unas gotas de zumo se deslizaron por su barbilla.

—Lo dices como si fuera algo malo —confesó con una sonrisa dibujada en los labios. Después se limpió la boca con su servilleta.

Flamel estuvo a punto de responderle, pero de repente alzó la mirada y se puso en pie. Scathach también se levantó, en silencio y muy lentamente. De

inmediato Sophie también se incorporó. Sin embargo, Josh permaneció sentado hasta que Sophie lo cogió por el brazo y lo obligó a levantarse. Después, se volvió para contemplar a la Diosa de las Tres Caras.

Pero aquélla no era Hécate.

La dama que Sophie había conocido minutos atrás era esbelta y elegante y de mediana edad. La Hécate que había visto lucía un cabello blanco y liso y una tez negra y tersa, sin una sola arruga. La mujer que se alzaba ahora ante ella era mayor, mucho mayor. Evidentemente, tenía un cierto parecido a Hécate, lo que llevó a Sophie a pensar que quizá fuera su madre o incluso su abuela. A pesar de que seguía siendo esbelta, dio un paso hacia delante, y se deslizó por la grandiosa rama apoyándose sobre un bastón negro con ornamentos tallados que era al menos tan alto como Sophie. Su rostro era una masa de finas líneas de expresión y los ojos, que ahora estaban hundidos en sus propias cuencas, brillaban con un amarillo muy peculiar. Esa mujer estaba completamente calva de forma que Sophie lograba ver que tenía un tatuaje en forma de espiral en el cráneo. Llevaba un vestido muy parecido al que Hécate había lucido momentos antes y el tejido, que tenía un aspecto metálico, mostraba los colores negro y rojo cada vez que ésta realizaba un movimiento.

Sophie parpadeó, se frotó los ojos y después volvió a pestañear. Podía vislumbrar el rastro de su aura alrededor de la mujer, como si ésta estuviera emanando una fina bruma blanquecina. Cada vez que se movía, dejaba zarcillos de esa neblina tras de sí.

Sin agradecer la presencia de los comensales, la anciana decidió sentarse justo enfrente de Nicolas Flamel. Hasta que ésta no se acomodó en su silla, ni Nicolas ni Scathach ocuparon sus respectivos lugares. En ese instante, Sophie y Josh también se sentaron, mirando fijamente a Nicolas y a la anciana, preguntándose quién era ella y qué estaba sucediendo allí.

La mujer alzó una copa de madera, pero, sin embargo, no bebió nada. De pronto se escuchó una especie de movimiento en el tronco del árbol, justo detrás de ella, y aparecieron cuatro jóvenes esbeltos y musculosos cargando bandejas repletas de comida que colocaron delicadamente en el centro de la mesa. Instantes después, desaparecieron sin hacer el menor ruido. Los jóvenes se parecían tanto entre sí que de algún modo tenían que estar emparentados. Pero fueron sus rostros los que captaron la atención de los mellizos, pues había algo extraño en la forma de sus cabezas. Sus frentes parecían inclinarse hasta formar una especie de caballete a la altura de los ojos y sus narices eran pequeñas y chatas. Y no sólo eso, sino que tenían los pómulos pronunciados, la barbilla muy respingona y si uno se esforzaba, lograba ver los dientes amarillentos que se asomaban por sus labios. Además, tenían el torso descubierto e iban descalzos. De hecho, sólo llevaban una especie de falda escocesa de cuero sobre la que se posaba una placa rectangular de metal. El resto del cuerpo, pecho, piernas y

cabeza, estaba cubierto por una suerte de pelusilla pelirroja.

De repente, Sophie se dio cuenta de que estaba mirando fijamente hacia ellos, así que deliberadamente se dio la vuelta. Los hombres parecían pertenecer a alguna raza de primitivos homínidos, pero Sophie conocía las diferencias entre un neanderthal y un hombre de Cromagnon, y su padre tenía en su estudio los cráneos de plástico de un australopithecus, del hombre de Pekín y de los grandes simios. A Sophie no le cabía la menor duda de que esos jóvenes no eran ninguno de todos éstos. Fue entonces cuando Sophie se fijó en sus ojos, unos ojos azul brillante e increíblemente vivaces, lo que daba a entender que eran seres inteligentes.

—Son Torc Allta —irrumpió la anciana. En ese instante, todos los comensales se quedaron mirándola, sin ni siquiera pestañear. Sin embargo, la anciana no se percató de que había hablado en voz alta.

Josh, que había estado vigilando de una forma un tanto sospechosa lo que debía ser un trozo de pescado que había sacado de un enorme cuenco lleno de estofado, echó un vistazo a las espaldas de los cuatro jóvenes.

—Ya lo sabía —comentó con cierta indiferencia.

Sophie le dio una patada por debajo de la mesa.

—No lo sabías —susurró—. Además, estabas demasiado ocupado comprobando qué era la comida.

—Tengo hambre —replicó Josh. Después se inclinó hacia su hermana—, aunque ese pelo rojo y esas narices de cerdo me la han quitado —murmuró—. Pensé que te habrías dado cuenta.

—Cometerías un grave error si permitieras que te oyeran decir eso —interrumpió en voz baja Nicolas Flamel—. También cometerías un grave error si juzgaras por las apariencias o comentaras cosas sobre lo que tú ves. Ahora, en este lugar, se aplican criterios distintos. Aquí las palabras son capaces de matar, literalmente.

—O hacer que te maten —añadió Scathach. Ésta había llenado su plato hasta arriba de todo tipo de verduras, no todas conocidas por los mellizos. Entonces desvió la cabeza hacia el árbol y continuó—: Pero tienes razón, son Torc Allta en su forma más humana. Probablemente los mejores guerreros de todos los tiempos.

—Ellos son quienes os acompañarán cuando os marchéis —interrumpió repentinamente la anciana. Sorprendentemente, su voz sonaba muy vigorosa teniendo en cuenta que provenía de un cuerpo tan frágil.

Flamel se inclinó.

—Su presencia será un gran honor para nosotros.

—No hace falta que así sea —interrumpió bruscamente la mujer—. No sólo os acompañarán para protegeros, sino para asegurar que verdaderamente abandonáis mi reino.

Entonces extendió los dedos sobre la mesa, dejando así al descubierto sus uñas: cada una estaba pintada de un color diferente. Resultaba extraño pero el diseño era idéntico al que Sophie había advertido en las uñas de Hécate unas horas antes.

—No os podéis quedar aquí —anunció con cierta aspereza—. Debéis marcharos.

Los mellizos se miraron el uno al otro. ¿Por qué se estaba comportando de una forma tan grosera?

Scathach abrió la boca para pronunciar algo, pero Flamel no tardó en agarrarla del brazo y detenerla.

—Ésa ha sido nuestra intención desde que llegamos —respondió Flamel con tono suave. Los rayos de sol del atardecer se inmiscuían entre los árboles hasta alcanzar su rostro, de forma que convertía sus pálidos ojos en espejos—. Pero cuando Dee atacó mi tienda y me arrebató el Códex, me di cuenta de que no tenía otro sitio adonde ir.

—Deberías haberte dirigido hacia el sur —respondió la anciana cuyo vestido lucía casi completamente negro excepto por unas finas líneas rojas que parecían venas—. Seguramente allí os habrían recibido con los brazos abiertos. Quiero que os vayáis.

—Cuando comencé a sospechar que la profecía estaba a punto de cumplirse, supe que tenía que acudir a ti —continuó Flamel desoyendo las palabras de la anciana.

Los mellizos, atentos a la conversación que se estaba produciendo ante ellos, advirtieron cómo los ojos de Flamel se habían desviado levemente hacia ellos al pronunciar su última frase.

En ese instante, la anciana se volvió y miró a los mellizos con sus ojos color mantequilla. Su rostro marchito pareció partirse en una carcajada un tanto forzada, dejando entrever sus diminutos dientes amarillentos.

—He estado meditando sobre eso. Estoy convencida de que la profecía no se refiere a dos humanos, y menos aún a dos chiquillos humanos —añadió con un siseo.

El desprecio que se desprendía de la voz de la anciana provocó la ira de Sophie.

—Me gustaría que no hablaras sobre nosotros como si no estuviéramos presentes —informó.

—Además —añadió Josh—, tu hija comentó que nos ayudaría, así que por qué no la esperamos y vemos a ver qué dice.

Entonces la anciana pestañeó y sus casi invisibles cejas se alzaron, realizando así una pregunta en silencio.

—¿Mi hija?

Sophie vio cómo los ojos de Scathach se abrían de par en par, en forma de

sorpresa o de advertencia. Sin embargo, su hermano continuó presionando a la anciana.

—Sí, me refiero a la mujer que conocimos esta tarde. La chica, ¿tu hija? O quizá sea tu nieta. Bien, pues ella había decidido ayudarnos.

—¡No tengo ni una hija ni una nieta!

Entonces los colores del vestido de la anciana parecieron encenderse de repente y ésta esbozó unas palabras que nadie logró comprender. Entrecruzó las manos, como si fueran garras, y repentinamente el aire se llenó de la esencia cítrica de la lima. De pronto, docenas de diminutas bolas de luz verde se acumularon en las palmas de sus manos.

En ese preciso momento, Scathach arrojó violentamente una lanza de doble filo al centro de la mesa. La madera se partió en dos produciendo un sonido ensordecedor, decenas de astillas salieron volando y los cuencos de comida se hicieron añicos al golpear contra el suelo. La anciana se volvió a levantar y las diminutas bolas cargadas con luz verde comenzaron a derretirse hasta convertirse en líquido. El fluido se deslizó siseante en dirección a la rama hasta que finalmente se sumergió en la madera.

Los cuatro Torc Allta aparecieron de inmediato tras la anciana, encorvados y sujetando unas armas parecidas a las guadañas. Tres criaturas más, éstas con forma de jabalí, emergieron de la maleza y se apresuraron en llegar a la rama para tomar sus posiciones, justo detrás de Flamel y Scatty.

Los mellizos se quedaron helados, aterrorizados e inseguros por lo que acababa de suceder. Nicolas Flamel no se movió, sencillamente continuó cortando y comiendo la sabrosa manzana. En cambio, Scathach enfundó su daga con tranquilidad y se cruzó de brazos. Entonces pronunció unas palabras a toda prisa que iban dirigidas a la anciana. Sophie y Josh lograban ver cómo los labios de Scathach se movían, pero todo lo que escuchaban era algo parecido al zumbido de un diminuto mosquito.

Sin embargo, la anciana no musitó palabra. Su rostro parecía una máscara sin expresión alguna. Después, se levantó y se alejó de la mesa rodeada y protegida por sus guardianes Torc Allta. Esta vez, ni Flamel ni Scathach se levantaron.

Después se hizo un largo silencio. A continuación, Scathach se inclinó y recogió algunas de las frutas y verduras que se habían caído al suelo, las limpió y las colocó en el único cuenco de madera que no se había roto. Después, comenzó a comer.

Josh abrió la boca para hacer una pregunta, cuya respuesta ansiaba saber Sophie, pero ésta se adelantó y le apretó el brazo con fuerza, acallándolo. Su hermana era consciente de que algo terriblemente peligroso acababa de ocurrir y en cierta manera Josh estaba involucrado.

—Creo que ha ido bastante bien, ¿no crees? —confesó finalmente Scathach.

Flamel se terminó la manzana y limpió la piedra negra con una hoja.

—Depende de cómo definas la palabra « bien » —contestó Nicolas.

Scathach mascaba una zanahoria cruda.

—Continuamos con vida y aún estamos en su Mundo de Sombras —comentó—. Podría ser peor. Se está poniendo el sol. Nuestra anfitriona necesitará dormir y, por la mañana, será una persona diferente. Probablemente ni siquiera recuerde lo que ha ocurrido esta noche.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Flamel—. Jamás he llegado a dominar la lengua de los Inmemoriales.

—Sencillamente le recordé una antigua deuda de hospitalidad que existe entre los de su raza y le aseguré que el desaire cometido hacia ella no había sido intencionado, sino fruto de la ignorancia, lo cual no se consideraba como un crimen bajo la Ley Inmemorial.

—Es temerosa... —susurró Flamel mientras contemplaba el gigantesco tronco del árbol.

Nicolas podía avistar a los guardianes Torc Allta moviéndose por el interior mientras que el más grande de los jabalíes permanecía en el exterior, bloqueando así la puerta principal.

—Siempre se vuelve temerosa cuando se acerca el anochecer. Es cuando más vulnerable está —añadió Scathach.

—Os agradecería —interrumpió Sophie— que alguien nos contara exactamente lo que acaba de ocurrir.

Sophie detestaba cuando los adultos hablaban entre ellos e ignoraban a los niños que estaban presentes. Y eso era justamente lo que estaba sucediendo en ese momento.

Scathach esbozó una sonrisa. De pronto, sus colmillos de vampiro parecían mucho más largos.

—Tu hermano ha intentado insultar a un miembro de la Raza Inmemorial y ha estado muy cerca de convertirse en baba verde como condena a su crimen.

Enseguida Josh sacudió la cabeza.

—Pero yo no he dicho nada... —protestó.

Entonces miró a su hermana en busca de ayuda y apoyo a la vez que recordaba la conversación que mantuvo con la anciana.

—Todo lo que dije es que su hija o su nieta había prometido ayudarnos.

Entonces Scathach soltó un par de risitas.

—No existe ninguna hija ni nieta. La mujer madura que conocisteis esta tarde era Hécate. La anciana que habéis visto esta noche también es Hécate y por la mañana os encontraréis con una jovencita que también es Hécate.

—La Diosa de las Tres Caras —recordó Flamel.

—Hécate está condenada a envejecer durante el día. Doncella por la mañana, matrona por la tarde y vieja arpía por la noche. Es una persona increíblemente sensible en cuanto a su edad.

Josh tragó saliva.

—Yo no lo sabía...

—No hay razón por la que tuvieras que saberlo, pero tu ignorancia podía haberte causado la muerte, o incluso peor.

—Pero ¿qué le hiciste a la mesa? —preguntó Sophie mientras contemplaba las ruinas de la mesa circular. El centro de la mesa, justo donde Scathach había clavado su daga, estaba hecho astillas. La madera de alrededor del hueco parecía haberse secado.

—Hierro —contestó Scatty.

—Uno de los sorprendentes efectos secundarios del metal artificial —añadió Flamel— es la habilidad de anular incluso la magia más poderosa. El descubrimiento del hierro verdaderamente marcó el fin del poder de la Raza Inmemorial en este mundo —añadió mientras contemplaba la piedra negra de la flecha—. Por eso lo estaba utilizando, porque los Inmemoriales se ponen nerviosos ante la presencia del hierro.

—Pero tú llevas hierro encima —replicó Sophie a Scatty.

—Yo soy de la última generación, no soy una Inmemorial pura, como Hécate. Yo puedo tolerar el hierro a mi alrededor.

Josh se humedeció sus estropeados labios. Aún recordaba la luz verde que zumbaba en las palmas de Hécate.

—Cuando antes has dicho que casi me convierte en baba verde, no te referías a...

Scathach asintió con la cabeza.

—Viscosa baba verde. Bastante asqueroso. Y por lo que tengo entendido la víctima se mantiene consciente durante un tiempo.

Después echó un vistazo a Nicolas.

—No logro recordar la última persona que se cruzó con uno de los Inmemoriales y sobrevivió, ¿y tú?

Flamel se alzó.

—Esperemos que no se acuerde de lo ocurrido por la mañana. Ahora, vayamos a descansar —comentó, dirigiéndose a los mellizos—. Mañana será un día muy largo.

—¿Por qué? —preguntaron Josh y Sophie simultáneamente.

—Porque mañana espero vencer a Hécate para que despierte vuestro potencial mágico. Si tenéis alguna posibilidad de sobrevivir durante los próximos días, tendré que entrenaros para que os convirtáis en verdaderos magos.

Capítulo 18

Nicolas Flamel veía cómo Sophie y Josh seguían los pasos de Scathach hacia el interior del árbol. Cuando al fin se cerró la puerta tras ellos, los ojos de Flamel mostraron la preocupación que sentía. Había estado muy cerca: un latido o dos más y Hécate hubiera convertido a Josh en líquido burbujeante. No estaba muy seguro de si ésta hubiera podido reconstituirlo por la mañana, momento en el que su figura se asemejaba a la de una doncella. Tenía que distanciar a los mellizos de ella antes de que su propia ignorancia los condujera a problemas más serios.

Flamel se alejó de la mesa, completamente destruida, y caminó por la pequeña pendiente de la rama del árbol hacia el estanque. Al bajarse, se dirigió hacia un estrecho sendero sin pavimentar donde descubrió una cantidad de marcas en el fango, algunas de ellas huellas de jabalí, otras muy parecidas a huellas humanas y otras una peculiar mezcla entre ambas. Sabía que le estaban siguiendo el rastro, que cada movimiento que realizaba era rastreado por criaturas que no lograba avistar. Nicolas suponía que los Torc Allta eran probablemente los guardianes más enclenques de los que disponía Hécate.

Se agachó a orillas del agua, cogió aire y se permitió a sí mismo un momento de tranquilidad. No mentiría al confesar que éste había sido uno de los días más memorables de su longeva vida y, a decir verdad, estaba exhausto.

Desde el momento en que Dee le había arrebatado el Códex y a su querida esposa y habían aparecido los mellizos en escena, Flamel supo que una de las primeras profecías que había leído en el libro medio milenio atrás estaba a punto de hacerse realidad.

Dos que son uno y uno que lo es todo...

El Códex estaba lleno de frases crípticas y de proverbios incomprensibles. La mayoría de ellos se referían a la aniquilación de Danu Talis, la antigua patria de la Raza Inmemorial, pero también había una serie de profecías que insinuaban el retorno de los Oscuros Inmemoriales, la destrucción y la esclavitud de la raza humana.

Llegará un día en que el libro desaparezca...

Bien, eso era evidente que había ocurrido.

Y el sirviente de la Reina se aliará con el Cuervo...

Eso debía de referirse al doctor John Dee. Él había ejercido de mago personal de la reina Isabel. Y el Cuervo era obviamente la Diosa Cuervo.

Entonces, el Inmemorial saldrá de las sombras...

Flamel sabía que Dee había estado trabajando durante siglos con los Oscuros Inmemoriales para su retorno. Había escuchado noticias que no había logrado confirmar que informaban que cada vez más Oscuros Inmemoriales habían dejado su Mundo de Sombras y habían comenzado a explorar el mundo de los humanos otra vez.

Los inmortales deberán entrenar a los mortales. Y los dos que son uno se convertirán en el uno que será todo.

Nicolas Flamel era el inmortal que relataba la profecía. No le cabía la menor duda. Los mellizos, los dos que son uno, debían de ser los mortales que necesitaban entrenamiento. Pero no lograba resolver la última frase, la que se refería a « uno que lo es todo » .

Las circunstancias habían situado a los mellizos a su cuidado y estaba decidido a protegerlos de cualquier amenaza, especialmente ahora que creía que estaban destinados a tener un papel decisivo en la guerra contra los Oscuros Inmemoriales. Nicolas sabía perfectamente que al llevar a Josh y a Sophie a la Diosa de las Tres Caras estaba asumiendo un increíble riesgo y más aún si quien los acompañaba no era otra que Scathach. La enemistad entre la Guerrera y la diosa era más antigua que la mayoría de las civilizaciones. Hécate era una de las Inmemoriales más peligrosas. Era increíblemente poderosa, y una de las muchas habilidades que la hacían única era la de Despertar los poderes mágicos que existían en cada criatura sensible. Sin embargo, como muchos de los Inmemoriales, su metabolismo estaba vinculado íntimamente al ciclo solar o al ciclo lunar. Hécate envejecía durante el transcurso del día y de hecho fallecía cuando el sol se ponía, pero volvía a nacer con el cuerpo de una jovencita al alba. Este curioso rasgo nublaba y teñía sus pensamientos y a veces, como había ocurrido momentos antes, la Hécate más anciana olvidaba las promesas que la Hécate más joven había realizado. Flamel tenía la esperanza de poder razonar con ella por la mañana, cuando fuera una joven doncella, y así convencerla para despertar el extraordinario potencial con el que contaban los mellizos.

El Alquimista sabía que todo el mundo poseía algo de magia en su interior. Una vez se avivan estos poderes ocultos, éstos tienden a ser más poderosos gradualmente. En algunas ocasiones, muy de vez en cuando, ciertos niños exhibían repentinamente poderes extraordinarios, como la telepatía, la telequinesia o una combinación de los dos. Algunos de ellos se dan cuenta de lo que les está sucediendo e intentan controlar sus poderes, que no cesan de aumentar. Sin embargo, otros jamás llegan a entenderlo. Al no entrenar ni controlar sus poderes, su energía mágica irradia del niño en ondas expansivas, de forma que mueven los muebles de un lado a otro, lanzan a las personas de su alrededor hacia el suelo y agujerean las paredes y los techos. Generalmente, este comportamiento se clasificaba como una actividad *poltergeist*. Nicolas Flamel sabía que si Hécate despertaba los poderes mágicos de los mellizos, que

permanecían adormecidos en su interior, entonces podría hacer uso de todo lo que había aprendido durante más de seis siglos de estudio para así poder desarrollar las habilidades de los hermanos. No sólo les pondría a su alcance todos los medios para poder protegerse, sino que además podría prepararlos para lo que fuera que se les avecinara.

Aún agachado en el borde del estanque, Flamel contemplaba el agua verde. Carpas de río blancas y rojas nadaban por la superficie del estanque mientras en lo más profundo se asomaban rostros humanos con los ojos abiertos y completamente en blanco, y con las bocas también abiertas, dejando así al descubierto unos dientes afilados y puntiagudos. Nicolas no osó sumergir los dedos en el agua.

Los libros de magia más antiguos solían estipular que había cuatro elementos en cuanto al arte de la magia: Aire, Agua, Tierra y Fuego. Sin embargo, los siglos de dedicación y estudio le habían revelado a Nicolas que de hecho existían cinco fuerzas elementales que actúan en la magia. La quinta fuerza era la magia del Tiempo, la más increíble de todas ellas. Los Inmemoriales podían controlar los primeros cuatro elementos, pero el secreto del quinto sólo lo desvelaban las páginas del Códex, y ésa era una de las muchas razones de por qué Dee y los Oscuros Inmemoriales que lo apoyaban ansiaban el Códex. Con éste en su poder, podrían controlar el mismísimo tiempo.

Junto con Perenelle, Nicolas Flamel había pasado su larga vida estudiando las fuerzas elementales. Mientras Perry aprendía por sí sola diferentes estilos de magia, él se había concentrado en las fórmulas y teoremas contenidos en el Códex, pues conformaban la base del estudio de la alquimia, que era un tipo de ciencia. Gracias a las fórmulas, y con la ayuda de la magia, Nicolas había aprendido a convertir metal común en oro y carbón en lustrosos diamantes. Cabía reconocer que eran fórmulas verdaderamente complejas y requerían meses de preparación, pero, al final, el proceso por sí mismo era tan sencillo que rozaba lo ridículo. Un día amanecía pobre y al siguiente era el hombre más acaudalado del lugar. Siguiendo el consejo de Perry, Nicolas fundó hospitales, creó orfanatos y construyó varias escuelas en París, su ciudad natal. Aquéllos habían sido buenos tiempos... No, mucho más que eso, habían sido tiempos maravillosos. La vida era sencilla y no conocían nada acerca de la Raza Inmemorial. De hecho, ni siquiera sospechaban que en la sabiduría del Códex también se escondían partes oscuras.

Durante los últimos años, Nicolas se despertaba a menudo a altas horas de la madrugada con un único pensamiento rondándole la cabeza: si siglos atrás hubiera sabido lo que ahora sabía sobre el Códex, ¿hubiera continuado con sus investigaciones acerca de la Piedra Filosofal? Ese camino, a la larga, lo había llevado hasta la Raza Inmemorial, sobre todo hasta los Oscuros Inmemoriales. Y gracias a eso el doctor John Dee entró en su vida. El camino que escogió los

obligó a él y a Perry a fingir su propia muerte, a huir de París y durante los últimos siglos a estar escondiéndose continuamente. Pero el estudio del Códex también los había convertido en humanos inmortales. La mayoría de las noches volvía a acostarse respondiendo «sí» a esa pregunta. Incluso si hubiera conocido todo lo que conocía ahora, él hubiera continuado con sus estudios para convertirse en el Alquimista.

Sin embargo, en algunas ocasiones, como ese día, la respuesta era «no». Ahora, la vida de Perenelle corría peligro. Y también las vidas de dos mellizos inocentes y la de Scathach, no tan inocente ni tan fácil de vencer. Y no sólo eso, sino que posiblemente había condenado al mundo entero.

Nicolas sintió un escalofrío con sólo pensarlo. El Libro de Abraham estaba lleno de lo que él, en principio, había considerado como historias, leyendas, mitos y cuentos. A través de los siglos, su investigación le había revelado que todas esas historias eran verídicas, que todos los cuentos estaban basados en hechos reales y que lo que él creía que eran leyendas y mitos eran, sencillamente, informes de seres reales y acontecimientos verdaderos.

La Raza Inmemorial existía.

Existían criaturas que mostraban, a veces, un aspecto humano, pero que poseían poderes divinos. Habían gobernado este mundo durante decenas de miles de años, antes de que las criaturas a las que llamaban humanas aparecieran en la Tierra. Los primeros humanos veneraban a los miembros de la Raza Inmemorial como si fueran dioses y demonios y durante muchas generaciones construyeron una gran cantidad de mitologías y sistemas de creencias basados en un Inmemorial en particular o en un conjunto de ellos. Los dioses y diosas de Grecia y Egipto, de Sumeria y del valle del Indo, de la civilización tolteca y de la civilización celta, existieron. Sin embargo, no eran dioses diferentes, sino que, sencillamente, eran los mismos Inmemoriales a los que atribuían nombres distintos.

La Raza Inmemorial estaba dividida en dos grupos: aquellos que trabajaban mano a mano con los humanos y aquellos que los contemplaban como algo más que esclavos, en algunos casos, como comida. Los Inmemoriales se enfrentaban los unos a los otros en guerras que duraban siglos y siglos. Ocasionalmente, los humanos se posicionaban en algún bando y sus hazañas se recordaban en grandes leyendas como por ejemplo la de Gilgamesh y Cuchulain, Atlas e Hipólito, Beowulf e Ilya Muromets.

Al fin, cuando quedó claro que esas guerras destruirían el planeta, el misterioso Abraham, utilizando una colección de poderosos hechizos, forzó a todos los miembros de la Raza Inmemorial, incluso a aquéllos a quienes los humanos apoyaban, a abandonar la tierra. La mayoría, como Hécate, se retiraron sin rechistar, crearon un Mundo de Sombras particular y se asentaron allí. De esta forma perdieron el poco contacto que tenían con la raza humana. Sin

embargo, hubo algunos, como Morrigan, que a pesar de debilitarse y perder fuerzas, se aventuraron a continuar vagando por el mundo de los humanos e intentaron restaurar los antiguos valores. Y también hubo un tercer grupo, como Scathach, que continuó viviendo de forma anónima entre la raza humana. Al fin, Nicolas Flamel entendió que el Códex, que contenía los hechizos que habían alejado a la Raza Inmemorial de su mundo y los había obligado a vivir en sus Mundos de Sombras, también contenía los hechizos que les permitirían regresar.

Y si los Oscuros Inmemoriales regresaban, entonces la civilización del siglo XXI se erradicaría en cuestión de horas mientras las criaturas con aspecto de antiguos dioses y diosas combatían entre ellas. De hecho, ya había ocurrido antes. La mitología y la historia recordaban aquel acontecimiento como el Diluvio Universal.

Y ahora Dee tenía en su poder el libro. Todo lo que necesitaba eran las dos páginas que Flamel podía sentir cerca de su piel. Además, Nicolas sabía que no había nada que pudiera detener a Dee y a Morrigan para conseguir su objetivo.

Flamel agachó la cabeza y deseó saber qué hacer. Deseó que Perenelle estuviera junto a él. Además, seguro que ella ya habría organizado algún plan.

De pronto una burbuja se formó en la superficie del agua.

—La dama me pide que le diga...

Entonces apareció otra burbuja.

—Que está a salvo...

Flamel gateó hacia atrás. Zarcillos de neblina se formaban en la superficie del agua mientras diminutas burbujas se hinchaban y explotaban. De pronto, una figura comenzó a perfilarse en la nube de niebla. Era la figura de un anciano ataviado con uniforme de guardia. La forma pareció quedarse suspendida en el aire, pero después empezó a dar vueltas alrededor del pequeño estanque. La débil luz del sol del atardecer alumbró cada una de las gotas de agua, haciendo de ellas un arco iris de luz.

—¿Es un fantasma? —preguntó Nicolas.

—Sí, señor, lo soy. O lo era hasta que la señora Flamel me liberó.

—¿Me conoce? —preguntó Nicolas Flamel.

Por un momento se preguntó si quizá éste era uno de los sucios trucos de Dee, pero enseguida desechó la idea, pues Dee era un hechicero muy poderoso pero no existía la manera de que pudiera penetrar en las fortificaciones de Hécate.

De pronto la niebla cambió y cobró una textura mucho más densa.

—Sí, señor. Es Nicolas Flamel, el Alquimista. La señora Flamel me pidió que acudiera en su busca. Me sugirió que lo encontraría aquí, en este Mundo de Sombras en particular. Por casualidad, escuché a Dee mencionar que usted se encontraba aquí.

—¿Está a salvo? —preguntó Flamel con cierta impaciencia.

—Así es. El hombrecillo al que llaman John Dee está aterrorizado, pero la

otra mujer no.

—¿Qué mujer?

—Una mujer alta que lleva un abrigo de plumas negras.

—Morrigan —concluyó Flamel con tono grave.

—Sí, y éste es el mensaje...

Entonces, en ese instante un pez saltó en el estanque y la figura se disolvió en miles de gotas de agua que se quedaron petrificadas en el aire, formando cada una las piezas del complejo rompecabezas que mostraba al fantasma.

—La señora Flamel dice que tiene que irse... e irse lo antes posible. La Diosa Cuervo está reuniendo sus fuerzas para invadir el Mundo de Sombras.

—Pero no lo logrará. Es de la última generación. No tiene suficiente poder.

Entonces, el pez volvió a dar un brinco, las gotas se precipitaron al agua y la voz del fantasma se fue alejando lentamente hasta convertirse en un suave susurro que se esfumaba con cada burbuja que explotaba.

—La señora Flamel me ha ordenado que le informe de que la Diosa Cuervo planea despertar a Bastet.

Capítulo 19

Scathach permanecía en la entrada de la habitación de Sophie y contemplaba a los mellizos con sus ojos verde intenso.

—Descansad —aconsejó, repitiendo las palabras de Flamel—. Quedaos en vuestras habitaciones —añadió—. Seguramente escucharéis sonidos extraños que vienen de afuera, pero ignoradlos. Estáis a salvo siempre y cuando permanezcáis entre estas paredes.

—¿Qué tipo de sonidos? —preguntó Josh.

Su imaginación trabajaba a un ritmo frenético, y ahora comenzaba a arrepentirse de todas las horas que había malgastado jugando a *Doom and Quake* y asustándose tontamente.

Scathach consideró durante un instante la pregunta.

—Gritos, quizá. Aullidos de animales. Ah, y risas —añadió sonriendo—. Y creedme, no querréis saber qué es lo que se ríe. Que durmáis bien —finalizó sin ironía alguna.

Josh Newman esperó a que Scathach desapareciera por el final del pasillo para dirigirse a su hermana.

—Tenemos que salir de aquí.

Sophie se mordió el labio inferior con tal fuerza que al retirar los dientes le quedó la huella. Después, asintió con la cabeza.

—He estado pensando lo mismo.

—Creo que estamos en grave peligro —añadió Josh un tanto impaciente.

Sophie volvió a asentir. Los acontecimientos habían sucedido muy rápidamente y apenas había tenido tiempo de recuperar el aliento. La tarde había comenzado para ella trabajando en la cafetería y había acabado junto con su hermano recorriendo las calles de San Francisco a toda velocidad acompañados por un hombre que reivindicaba tener seiscientos años y ser un reconocido alquimista y por una joven que parecía tener su misma edad. Sin embargo, Nicolas aseguraba que esa jovencita era una guerrera de más de dos mil quinientos años. Y no sólo eso, además era un vampiro.

—Aún estoy buscando cámaras ocultas —susurró mientras miraba a su alrededor.

—¿Cámaras? —preguntó Josh sorprendido. De inmediato entendió lo que su hermana melliza estaba buscando—. ¿Te refieres a algo como *Candid*

Camera^[3]?

De pronto, Josh se sintió incómodo y sintió cómo se sonrojaba. ¿Y si hubiera quedado como un completo idiota delante de todo el país? Jamás volvería a poner un pie en la escuela. Entonces comenzó a comprobar todas las esquinas de la habitación en busca de cámaras. En general, solían estar detrás de los espejos. Sin embargo, no había ni un solo espejo en la habitación, pero Josh sabía que eso no significaba nada, pues la nueva generación de cámaras era de un tamaño tan diminuto que prácticamente resultaban casi invisibles. Entonces, un repentino pensamiento le pasó por la mente.

—¿Y los pájaros?

Sophie asintió una vez más.

—No he podido quitármelos de la cabeza. Todo lo demás podría tratarse de efectos especiales. Por ejemplo, los Torc Allta podrían ser animales domesticados u hombres con un maquillaje prostético; lo que ocurrió en el *dojo* de Scathach podría ser una especie de efecto especial y las ratas puede que también estén domesticadas. Pero lo de los pájaros no logro explicármelo. Había demasiados y dejaron el coche hecho trizas.

Fueron precisamente los pájaros lo que convenció definitivamente a Sophie y a Josh de que estaban en un verdadero peligro, pues si los pájaros eran reales, todo lo demás también lo era.

Josh introdujo las manos en los bolsillos traseros de sus tejanos y se colocó delante de la ventana abierta. El denso follaje llegaba hasta el alféizar y aunque la ventana no contaba con ningún cristal para protegerla del exterior, ningún insecto de los miles que habitaban afuera osaba entrar en la habitación. Repentinamente, Josh retrocedió unos pasos al ver cómo una serpiente de color azul eléctrico tan ancha como su propia muñeca se deslizaba por la manta de hojas y extraía una lengua que fácilmente mediría unos doce centímetros. Pero la serpiente se desvaneció cuando una masa de diminutas luces apareció zumbando y revoloteando entre los árboles. Cuando esta deslumbrante masa pasó volando por delante de la ventana, Josh hubiera jurado que estaba compuesta por una docena de diminutas mujercitas con alas, ninguna de ellas de mayor tamaño que su dedo índice. Y la luz que irradiaban provenía de sus minúsculos cuerpecitos.

Josh se humedeció los labios.

—De acuerdo, asumamos que todo es verdad, que todo esto es real; la magia, las antiguas razas... Todo esto me hace volver a mi idea original: tenemos que salir de aquí.

Sophie se dirigió hacia la ventana y se posicionó junto a su hermano. Después, le colocó el brazo sobre el hombro. Ella era mayor que él por veintiocho segundos (su hermano siempre le recordaba que era menos de medio minuto), pero con sus padres tan lejos, Sophie había asumido el papel de

hermana mayor, mucho mayor. Y a pesar de que él medía al menos cinco centímetros más que ella, Josh siempre sería el hermano pequeño.

—Estoy de acuerdo —comentó Sophie un tanto cansada—. Deberíamos intentar escapar de este lugar.

Sin embargo, había algo en la voz de Sophie que le hizo volverse hacia ella.

—No crees que lo consigamos, ¿verdad? —preguntó sin alterar su tono de voz.

—Intentémoslo —contestó sin responder la pregunta de su hermano—. Pero estoy segura de que nos seguirán.

—Flamel dijo que Dee nos rastrearía, así que no me cabe la menor duda de que Flamel o Scathach también pueden hacerlo.

—Pero Flamel no tiene por qué seguirnos —dijo Sophie.

—Pero Dee sí —replicó Josh—. ¿Qué pasaría si fuéramos a casa y Dee y todos sus secuaces nos siguieran hasta allí? —se preguntó en voz alta.

Sophie frunció el ceño.

—También he estado pensando en eso. Flamel dijo que seríamos capaces de ver el aura mágica que envuelve a la gente.

Josh asintió.

—Hécate no ha Despertado nuestros poderes mágicos.

Sophie volvió a fruncir el ceño, intentando recordar las palabras exactas que Nicolas Flamel había pronunciado.

—Flamel dijo que olíamos a magia salvaje.

Josh inspiró profundamente.

—Pero yo no huelo nada. Ni fruta, ni naranjas, ni helado de vainilla. Quizá no desprendamos olores hasta que Despierten nuestros poderes.

—Si nos las arregláramos para salir de aquí, podríamos dirigirnos a Utah, donde están mamá y papá. Podríamos quedarnos con ellos todo el verano, hasta que acaben su trabajo.

—No es mala idea —opinó Josh—. Nadie nos encontraría en el desierto. Y ahora mismo, el asfixiante y aburrido desierto me parece una idea verdaderamente tentadora.

Sophie se dio la vuelta y miró hacia la puerta.

—Sólo hay un problema. Este lugar es un laberinto. ¿Crees que podremos encontrar el camino hacia el coche?

—Creo que sí —afirmó Josh—. De hecho, estoy seguro de ello.

—Entonces, vamos —decidió Sophie mientras comprobaba que llevaba el móvil en el bolsillo—. Recojamos tus cosas.

Los mellizos se detuvieron ante la puerta de la habitación de Sophie y asomaron el cuello para asegurarse de que no había nadie en el pasillo. Estaba completamente desierto. En él reinaba la oscuridad excepto en algunos rincones donde cristales del tamaño de un brazo emitían una luz blanca muy brillante. En algún lugar a lo lejos, un sonido extraño, entre una carcajada y un grito, provocó

un eco en todos los pasillos de la casa-árbol. Con sus deportivas de suela de goma, los mellizos no producían ningún ruido de forma que se apresuraron hacia la habitación de Josh.

—¿Cómo nos hemos metido en este lío? —vaciló Josh.

—Supongo que estábamos en el lugar equivocado en el momento equivocado —respondió Sophie.

Sophie se había quedado inmóvil en la puerta, vigilando el pasillo. Sin embargo, mientras vocalizaba esas últimas palabras, empezó a sospechar que no se trataba únicamente de eso. Había algo más, algo referente a la profecía que Flamel había mencionado, algo referente a ellos. Y sólo la idea la aterrorizaba.

Los mellizos se escabulleron de puntillas hacia el pasillo y se pasearon por todas las habitaciones circulares, tomándose su tiempo e inspeccionándolas antes de entrar en ellas. Se detenían cada vez que percibían algunas conversaciones en lenguas casi reconocibles o cuando escuchaban una música tocada por instrumentos que no lograban identificar. Una vez, el agudo aullido de una risa maníaca los envió directamente a la habitación más próxima, pues alguien parecía acercarse a ellos. Pero de repente, la carcajada se desvaneció. Instantes después, salieron sigilosamente de la habitación y fue en ese momento cuando descubrieron que los deslumbrantes cristales que había en el pasillo minutos antes se habían difuminado y ahora desprendían un resplandor rojo vivo.

—Me alegro de no haber visto lo que acaba de pasar por aquí —comentó Josh tembloroso.

Sophie balbuceó una respuesta. Su hermano iba a la cabeza y ella lo seguía muy de cerca, con la mano apoyada sobre su hombro.

—¿Cómo sabes hacia dónde vamos? —susurró Sophie al oído de su hermano.

A Sophie todas las habitaciones le parecían idénticas.

—La primera vez que entramos aquí me di cuenta de que las paredes y el suelo eran muy oscuros. Pero a medida que íbamos avanzando por el pasillo, esas sombras se iban aclarando y empalideciendo. Fue entonces cuando me percaté de que estábamos caminando por maderas distintas, como si estuviéramos paseándonos por los diferentes anillos del tronco. Lo único que debemos hacer es seguir el pasillo que nos conduzca hacia la madera más oscura.

—Muy inteligente —respondió Sophie sorprendida.

Josh miró por encima de su hombro y esbozó una amplia y satisfecha sonrisa.

—Ya te decía yo que esos videojuegos no eran una pérdida de tiempo. La única forma de no extraviarse en los juegos de laberintos es intentar buscar pistas, como por ejemplo pautas en las paredes o techos y, sobre todo, contar el número de pasos de forma que puedas retroceder si es necesario —le explicó Josh mientras entraba en otro pasillo—. Y si no me equivoco, la puerta principal debería estar... ¡Aquí! —finalizó con un tono triunfante.

Los mellizos salieron despavoridos hacia el campo abierto que aparecía ante la espectacular casa árbol. Corrieron por el sendero que, supuestamente, conducía al coche. Aunque el manto de la noche ya cubría el cielo, los mellizos lograban ver perfectamente. Esa noche la luna estaba especialmente baja, brillaba con un resplandor muy peculiar y el cielo estaba cubierto por un extraordinario número de centellantes estrellas que, combinadas con una espiral de polvo plateado, le otorgaban a la noche una luminosidad grisácea muy especial.

Aunque la noche no era fría, Sophie no paraba de tirar. Era una noche muy extraña. Josh se quitó la sudadera con capucha y la colocó sobre los hombros de su hermana.

—Las estrellas son diferentes —murmuró Sophie—. Son muy brillantes.

Estirando el cuello, Sophie alzó su mirada hacia la bóveda celeste e intentó contemplar el cielo a través de las ramas del Yggdrasill.

—No logro ver la Osa Mayor, y la Estrella del Norte no está por ningún lado.

—Y ayer por la noche no había luna —añadió Josh mientras contemplaba la resplandeciente luna asomándose por las copas de los árboles—. En nuestro mundo no hay luna esta noche —añadió con solemnidad.

Sophie se quedó mirando fijamente a la luna, un tanto deslumbrada por la brillante luz que despedía. Fue entonces cuando Josh entendió de lo que hablaba su hermana.

—La superficie es... diferente, menos áspera —comentó en voz baja—. ¿Dónde están los cráteres? No veo ni el cráter Kepler, ni el Copérnico, ni siquiera el Tycho.

—Josh —interrumpió Sophie—, creo que estamos contemplando el cielo tal y como era miles de años atrás, quizá cientos de miles de años atrás.

Entonces, Sophie volvió a inclinar la cabeza y miró hacia arriba. Josh sintió un sobresalto al comprobar que la luz de la luna daba al rostro de su hermana un aspecto cadavérico, de forma que rápidamente desvió su mirada un tanto aturrido. Josh siempre había estado al lado de su hermana, pero las últimas horas le habían servido para recordarle lo importante que era para él.

—¿No fue Scathach quien dijo que Hécate había creado este Mundo de Sombras? —preguntó Josh—. Me apuesto lo que quieras a que lo moldeó según el mundo que recordaba.

—Entonces, así era el cielo nocturno y la luna hace miles de años —confirmó Sophie sobrecogida.

En ese instante, Sophie deseó tener la cámara digital en el bolsillo para capturar la extraordinaria imagen de esa luna lisa y sin cráteres.

Los mellizos estaban contemplando el cielo nocturno cuando de repente una sombra atravesó la luna, una figura que podría haber sido la de un pájaro... Pero

no podía ser un pájaro, pues las alas eran demasiado amplias. Además, ningún pájaro podía tener ese cuello de serpiente ni una cola.

Josh agarró con fuerza la mano de su hermana y la condujo hasta el coche.

—De verdad, estoy empezando a detestar este lugar —refunfuñó.

El todoterreno estaba en el mismo sitio donde lo habían dejado: aparcado en medio del sendero. El resplandor amarillento de la luna se reflejaba en el destrozado parabrisas y el interior del coche era una combinación de luz y sombras por los miles de cristales rotos que conformaban el vidrio. La luminosidad de la noche también ensalzaba las abolladuras, los rasguños y los agujeros de la chapa del coche. El techo estaba tachonado por los cientos de diminutos agujeros que los pájaros habían hecho horas antes, el limpiaparabrisas de la ventanilla trasera pendía de un hilo de goma y los espejos retrovisores, sencillamente, habían desaparecido.

Los mellizos contemplaban el todoterreno en silencio mientras empezaban a asimilar que el ataque de los pájaros había sido real. Sophie deslizó un dedo por los rasguños del cristal de los pasajeros. Esos pocos milímetros de cristal era toda la protección que había tenido contra las garras de los pájaros.

—Vayámonos —ordenó Josh mientras abría la puerta del conductor y se acomodaba en el asiento. Las llaves estaban donde las había dejado, en el contacto.

—La verdad es que me siento un poco culpable huyendo de aquí sin decirles nada a Nicolas ni a Scatty —confesó Sophie mientras abría la puerta y entraba en el coche. Pero algo en su interior le decía que el Alquimista inmortal y la Guerrera estarían mucho mejor sin ellos. Además, ambos eran capaces de defenderse por sí solos y lo último que necesitaban eran dos adolescentes que les entorpecieran su camino.

—Nos disculparemos si volvemos a verlos —dijo Josh. Sin embargo, en su interior deseaba no volver a verlos en lo que le quedaba de vida. Jugar a videojuegos era algo normal y no hacía daño a nadie. Cuando te mataban, sencillamente volvías a empezar. Pero en este Mundo de Sombras no existían las segundas oportunidades y además el abanico de posibilidades para morir era mucho más extenso.

—¿Tienes la menor idea de cómo salir de aquí? —preguntó Sophie.

—Claro —respondió su hermano mientras sonreía abiertamente y mostraba su perfecta dentadura—. Daremos marcha atrás y no frenaremos pase lo que pase.

Josh giró la llave para encender el motor. Se escuchó un chasquido metálico y un chirrido cuya intensidad fue descendiendo hasta silenciarse. Josh volvió a intentarlo, pero esta vez sólo se escuchó el chasquido.

—¿Josh...? —comenzó Sophie.

Josh enseguida se imaginó lo que había sucedido.

—Se ha acabado la batería. Probablemente se haya agotado por la misma razón por la que se agotaron nuestros móviles —murmuró Josh mientras se volvía en el asiento para mirar la ventanilla trasera, rota en cientos de pedazos—. Fíjate, vinimos directos por el camino, sin girar hacia ningún lado. Intentemos huir. ¿Qué te parece?

Entonces se dio la vuelta, esperando la respuesta de su hermana, pero ella ni siquiera lo estaba mirando, sino que estaba concentrada en el parabrisas que tenía ante ella.

—No me estás escuchando.

Sophie se acercó a su hermano, le acarició el rostro y le mostró el parabrisas delantero. Josh miró, pestañeó, tragó saliva y bajó todos los seguros de las puertas del coche.

—¿Y ahora qué? —se preguntó en voz alta.

Justo delante de ellos una criatura de silueta peculiar, entre pájaro y serpiente, y del tamaño de un niño, estaba agazapada. La luz de la luna alumbraba su cuerpo de serpiente y se reflejaba levemente en las abiertas alas de murciélago, formadas por diminutos huesos y venas negras. Sus garras estaban incrustadas en el suelo húmedo y una extensa cola parecía dar latigazos hacia todos los lados. Pero lo que más captó la atención de los mellizos fue su cabeza. El cráneo era alargado y estrecho, los ojos eran gigantescos y redondos y cada vez que abría la boca mostraba un centenar de diminutos dientes blancos bien afilados. Primeroladeó la cabeza hacia un lado, después hacia el otro y finalmente cerró la boca con brusquedad. De repente, la criatura dio un brinco y subió al coche.

Algo se movió entre los arbustos y una segunda criatura, más grande que la primera, apareció en acción desde las sombras de la noche. Dobló las alas, se incorporó y giró su espantosa cabeza hacia el coche.

—Quizá sean vegetarianos —sugirió Josh mientras rebuscaba en la parte trasera del todoterreno algo que pudiera utilizar como arma.

—Con esos dientes, no lo creo —añadió su hermana con tono serio—. Creo que son pterosaurios —comentó mientras recordaba el gigantesco esqueleto que colgaba del techo del Centro de Ciencia Natural, en Texas.

—¿Cómo pterodáctilos? —preguntó Josh, dándose la vuelta. Al fin había encontrado algo, un pequeño extintor.

—Los pterosaurios son anteriores —informó Sophie.

De repente, un tercer pterosauro salió de la oscuridad y, como si fueran tres hombres encorvados, comenzaron a avanzar.

—Deberíamos habernos quedado en el árbol —susurró Sophie. Les habían advertido. Les habían aconsejado no salir de las habitaciones. Y después de todo lo que habían visto, deberían haberse imaginado que el Mundo de Sombras de Hécate por la noche era un lugar verdaderamente peligroso. Por su

desobediencia, ahora se tendrían que enfrentar a criaturas salidas del período cretácico.

Josh abrió la boca para responder, pero no musitó palabra. Un segundo más tarde, arrancó la pequeña clavija que mantenía el extintor cerrado. En cierta manera, se sentía como si estuviera armado. Sin embargo, no tenía la menor idea de lo que ocurriría si arremetía contra ellos con el gas que escupía el extintor.

Las tres criaturas se separaron: una se acercó a la parte delantera del coche y las otras dos se dirigieron hacia la ventanilla del conductor y hacia la del copiloto, tras la que se encontraba Sophie.

—Cómo me gustaría saber algo de magia en este momento —confesó Sophie fervorosamente.

Sophie podía sentir cómo le latía el corazón a mil por hora y cómo la lengua se le secaba de tal forma que ya ni siquiera notaba la garganta. De repente, sintió que no podía respirar y comenzó a marearse.

El más grande de los tres pterosaurios se subió al capó del todoterreno, apoyando sus gigantescas alas en el metal descuartizado para aguantarse en pie. Alargó su cabeza de serpiente hacia delante para ver qué había en el interior del coche y cuidadosamente contempló a Sophie, después a Josh y luego otra vez a Sophie. Desde tan cerca, su boca parecía enorme y su dentadura parecía no tener fin.

Josh introdujo la boquilla del extintor en uno de los cientos de agujeros que se abrían en el parabrisas y lo colocó en dirección al pterosauro. Pero Josh no lograba concentrarse únicamente en la criatura más grande, ya que las otras dos criaturas se estaban acercando cada vez más al vehículo. Además, las manos no paraban de sudarle, de forma que le resultaba más que complicado sujetar el extintor con firmeza.

—Josh —susurró Sophie—, haz algo. ¡Haz algo ahora!

—Puede que el gas del extintor los asuste —replicó Josh sin darse cuenta de que también había bajado el tono de voz—. O quizá los envenene o algo así...

—¿Y por qué querías hacer eso? —preguntó el pterosauro mientrasladeaba la cabeza para mirar a Josh. La criatura movía la boca y sus dientes parecían repiquetear. Las palabras contenían sonidos metálicos y había pausas entre ellas, pero definitivamente hablaba el mismo idioma que los mellizos.

—No somos vuestros enemigos.

Capítulo 20

A pesar de tratarse de Bel Air, el barrio de Los Ángeles más famoso por las extravagantes mansiones que se construían allí, la casa era verdaderamente extraordinaria. La residencia, inmensamente extensa, estaba construida de cabo a rabo con mármol blanco travertino y sólo podía accederse a ella a través de una carretera privada. La finca ocupaba una extensión de más de veinticuatro hectáreas y estaba rodeada por un ejército de estatuas y por una valla eléctrica de casi cuatro metros de altura. El doctor John Dee tuvo que esperar durante diez minutos frente a las puertas de la entrada mientras un guardia de seguridad armado hasta los dientes comprobaba su identidad y otro examinaba cada centímetro del coche. De hecho, incluso escanearon los bajos del vehículo con una cámara diminuta. Dee se sentía orgulloso de haber escogido un servicio de limusinas comercial, ya que además contaban con un conductor humano. No estaba muy seguro de cómo habrían reaccionado los guardias de seguridad si en vez del conductor hubieran visto a un golem fangoso.

Dee había volado desde San Francisco en su jet privado esa misma tarde. La limusina, que reservó desde su oficina, lo había recogido en el aeropuerto Bob Hope de Burbank y lo había llevado hasta Sunset Boulevard. Hacía siglos, de hecho desde la Inglaterra victoriana, que Dee no se encontraba con un tráfico tan atroz.

Por primera vez en su larga vida, Dee sintió que no había sido capaz de controlar los últimos acontecimientos. Todo estaba sucediendo muy deprisa y, por experiencia propia, sabía que eso conducía únicamente a catastróficos finales. Mucha gente (bueno, no eran exactamente *gente*, más bien *seres*) le estaba presionando para que consiguiera unos resultados concretos. Ese día, habían dado un paso muy importante. Había atacado a Flamel, aunque él ya los había advertido que necesitaba unos días más de preparación. Y entonces todo hubiera salido a pedir de boca. Veinticuatro horas más de planificación y de vigilancia y hubiera podido acabar con Nicolas y Perenelle, y hubiera podido obtener el Códex completo. Dee había avisado a sus empleados de que Nicolas Flamel era astuto, pero no habían querido escucharlo. Dee conocía a Flamel mejor que nadie. A través de los siglos había estado cerca, pero muy cerca, de capturarlo, pero en cada ocasión Flamel y Perenelle se las habían arreglado para escapar de sus garras.

Dee permanecía en el interior del coche, aclimatado gracias al aire

acondicionado, mientras los guardias continuaban con sus inspecciones. Entonces, se acordó de la primera vez que había visto al famoso Alquimista, Nicolas Flamel.

John Dee nació en el año 1527, durante el reinado de Isabel I. Él había servido a su majestad en calidad de consejero y traductor, de matemático y astrónomo, y también como astrólogo personal. Le habían dejado a él la decisión de escoger el día de la coronación de la Reina, y él escogió el día 15 de enero de 1559, al mediodía. Había prometido a la joven princesa que su reinado sería largo y duradero, y, de hecho, duró cuarenta y cinco años.

Además, el doctor John Dee era el espía personal de la Reina.

Dee se dedicaba a espiar para la reina de Inglaterra por toda Europa y era su agente más influyente y poderoso que operaba en el continente. Como reconocido erudito, científico, mago y alquimista, Dee era acogido por todas las cortes reales y bien recibido en todos los palacios de la nobleza. Él afirmaba que sólo hablaba inglés, latín y griego, pero en la actualidad, hablaba más de doce idiomas, entendía, al menos, una docena más y tenía nociones de árabe y de la lengua de Catai. Había notado que a menudo la gente se comportaba de forma indiscreta cuando creían que él no entendía ni una sola palabra de lo que hablaban, así que Dee aprovechaba todo eso a su favor. Dee solía firmar sus informes más confidenciales con los números 007. Consideraba extraordinariamente irónico el hecho de que, cientos de años más tarde, Ian Fleming creara el personaje de James Bond y otorgara a Bond el mismo número en clave.

John Dee era uno de los magos más poderosos de su era. Dominaba los campos de la necromancia y la brujería, de la astrología y las matemáticas, de la adivinación y la hechicería. Sus viajes por Europa le habían ayudado a contactar con los hechiceros y magos más poderosos de aquella época, entre ellos el legendario Nicolas Flamel, el hombre conocido como « el Alquimista » .

Dee supo de la existencia de Nicolas Flamel, quien supuestamente había muerto en 1418, por pura casualidad. Aquel encuentro determinaría el resto de su vida y, en muchos aspectos, también la historia de este mundo.

Nicolas y Perennelle habían decidido regresar a París durante la primera década del siglo XVI. Una vez instalados allí, comenzaron a trabajar como médicos, atendiendo a los pobres y a los enfermos que poblaban los hospitales que la familia Flamel había fundado más de un siglo atrás. Así, vivían y trabajaban casi a las sombras de la increíble catedral de Notre Dame. En ese momento, Dee se encontraba en París por una misión secreta que le había encomendado la Reina, pero en el momento en que vio al esbelto hombre de cabello oscuro y a su esposa de mirada verde intenso trabajando en una de las

salas del hospital, los reconoció enseguida. Dee era una de las pocas personas del mundo que poseía una copia de la obra maestra de Flamel, *El compendio de la Filosofía*, que incluía un grabado del famoso Alquimista en la página opuesta a la que contenía el título. Cuando Dee se presentó ante el célebre médico y su esposa dirigiéndose a ellos por sus verdaderos nombres, ninguno de ellos negó ser quien era. Por supuesto, ellos también habían escuchado hablar del famoso doctor John Dee por la reputación que le precedía. Aunque Perenelle había tenido ciertas reservas, a Nicolas le había encantado la oportunidad de tomar al mago inglés como un nuevo aprendiz. De inmediato, Dee abandonó Inglaterra y pasó los siguientes cuatro años formándose con Nicolas y Perenelle en París.

Y fue precisamente en París, en el año 1575, cuando por primera vez les llegaron noticias de la existencia de la Raza Inmemorial.

Dee estaba estudiando a altas horas de la madrugada en un diminuto cuartucho situado en el ático de la casa de la familia Flamel cuando, de repente, una criatura sacada de una pesadilla se deslizó por la chimenea, desparramando así todo el carbón y la madera al salir reptando por la chamuscada alfombra. La criatura era, nada más y nada menos, que una gárgola, una de las generaciones de devoradores de muertos que infectaron las alcantarillas y cementerios de muchas ciudades europeas. Se asemejaba a las ordinarias figuras esculpidas en piedra que decoraban la famosa catedral que se alzaba justo enfrente de la casa de los Flamel con la diferencia de que ésta estaba viva. Tenía la piel del color del mármol y unos ojos color ceniza. La gárgola, que hablaba en griego arcaico, lo invitó a visitar el tejado de la catedral de Notre Dame. Rápidamente, el doctor John Dee reconoció que ésta no era una invitación que debía rechazar, así que siguió los pasos de la extraña criatura. Corriendo a paso largo, a veces de pie y a veces con sus cuatro patas, la gárgola lo condujo por angostos callejones, después lo llevó por sucias cloacas y, finalmente, llegaron a un pasadizo secreto que se adentraba por las entrañas de la catedral. Siguió los pasos de la gárgola por los mil y un escalones cincelados en el interior de la pared que finalmente los llevó al tejado de la catedral gótica.

—Espera —ordenó la gárgola. Y no volvió a pronunciar palabra.

Con su misión cumplida, la gárgola hizo caso omiso de Dee, se instaló en el parapeto, encorvada hacia delante, con las alas plegadas sobre sus hombros, la cola enroscada a su espalda y con los minúsculos cuernos que le sobresalían de la frente. De vez en cuando estiraba el cuello para vigilar los movimientos de aquellos rezagados o de aquellos que no tenían un techo bajo el cual cobijarse. Así, escogía a sus presas. Si por casualidad alguien alzaba la mirada, no hubiera sido capaz de distinguir la criatura de cualquiera de las gárgolas de piedra que decoraban el edificio.

Mientras, Dee se dedicó a caminar por el borde del tejado y a contemplar el paisaje nocturno de la ciudad. Durante todas las noches que había pasado en

París, el doctor John Dee jamás había visto las miles de luces centelleantes de los fuegos de cocina, de las lámparas de aceite y de las velas, ni el humo que ascendía hacia el cielo y los incontables puntos de luz que serpenteaban las curvas del Sena. Desde esa altura, Dee podía escuchar el zumbido de la ciudad, un silbido tenue, como si una colmena se hubiera instalado en la capital. También podía percibir el nocivo hedor que recorría las calles, una combinación de los olores de las alcantarillas, de la fruta podrida, de la carne putrefacta, del sudor humano y animal y de la peste del mismo río.

Sentado en la famosa ventana rosa de la catedral, Dee continuaba esperando. Estudiar magia le había enseñado muchas cosas, entre ellas el valor de la paciencia. El erudito que habitaba en él disfrutaba con el momento de estar sentado en el tejado del edificio más alto de París y en ese instante hubiera deseado haber traído su cuaderno de dibujo para retratar lo que estaba viendo. Dee se conformaba con mirar a su alrededor e intentar grabar todo lo que sus ojos alcanzaban a ver en su increíble memoria. En ese instante recordó la vez que viajó a Florencia. Se había desplazado hasta allí para examinar los diarios de Leonardo Da Vinci, pues estaban escritos en un código extraño que nadie había sido capaz de descifrar. Sin embargo, él había tardado menos de una hora en averiguar el código. Hasta el momento nadie se había percatado de que Leonardo no sólo escribía sus diarios en un código peculiar, sino también en contraimagen. Los diarios estaban repletos de espectaculares esbozos de inventos que Leonardo proponía, como por ejemplo pistolas que disparaban varias veces seguidas, carruajes blindados que se movían sin la necesidad de ser arrastrados por caballos y una embarcación que lograba navegar bajo el agua. Sin embargo, hubo uno en especial que captó toda la atención de John Dee: un arnés que Da Vinci afirmaba que permitiría a un hombre lanzarse al aire y volar como un libre pajarillo. A pesar de que volar siempre había sido el gran deseo y la gran ambición de Dee, éste no estaba del todo convencido de que ese diseño pudiera funcionar. Ahora que tenía París a sus pies, Dee comenzó a imaginarse cómo sería atarse las alas que Da Vinci había diseñado a los brazos y sobrevolar los tejados de las casas.

Sin embargo, estos pensamientos se interrumpieron cuando un centelleo captó su atención. Entonces se volvió hacia el norte, donde una figura se movía en la oscuridad de la noche, una sombra que dejaba una estela de diminutos puntos negros. Esos puntitos podían ser pájaros, pero había un problema y es que los pájaros no suelen volar por la noche. De inmediato, Dee supo, sin la menor duda, que había subido hasta esas alturas para conocer a esa sombra. A medida que la extraña silueta se iba acercando, éste se concentraba para intentar darle un sentido a lo que estaba viendo, pero sólo cuando la figura se posó en el tejado se dio cuenta de que estaba ante una mujer de rostro muy pálido que iba vestida totalmente de negro y ataviada con un largo abrigo fabricado con plumas de

cuervo.

Fue esa noche cuando el doctor John Dee conoció a Morrigan. Esa noche, conoció todos los secretos de la Raza Inmemorial y cómo se habían visto obligados a abandonar el mundo de los hombres por la magia que contenía el Libro de Abraham el Mago, un libro que, en ese entonces, se encontraba en manos de Nicolas Flamel. Esa noche, Dee aprendió que entre los Inmemoriales había algunos que querían volver al lugar que les pertenecía, como gobernantes de la humanidad. Y esa noche, la Diosa Cuervo prometió a Dee que un día él controlaría todo el mundo, que sería el soberano de un imperio que se extendería de polo a polo, desde el alba hasta el anochecer. Todo lo que tenía que hacer era robarle el libro a Flamel y entregárselo.

Esa noche, el doctor John Dee se convirtió en el defensor de los Oscuros Inmemoriales.

Esa misión le había obligado a recorrer el mundo entero y muchos de los Mundos de Sombras que lo rodeaban. Había luchado contra fantasmas y devoradores de muertos, criaturas que no tenían derecho a escaparse de las pesadillas, y había combatido contra otras que habitaban el planeta antes de la llegada de los primeros humanos a la tierra. Había tenido que dirigir un ejército de monstruos en varias batallas y había estado al menos una década perdido en el Otro Mundo de Hielo. Varias veces había temido por su seguridad, pero jamás se había acobardado ante nada... hasta ese momento. Hasta que había llegado el siglo XXI y se encontraba ante la entrada de una mansión de Bel Air, en Los Ángeles. En los últimos días, no había sido del todo consciente de los poderes que poseían las criaturas a las que servía, pero casi cuatro siglos y medio de servicio le habían enseñado muchas cosas, y entre ellas el hecho de que la muerte sería, probablemente, el castigo menos severo que podían infringirle.

El guardia de seguridad armado se alejó del coche y las gigantescas vallas de metal se abrieron, permitiéndole así el paso hacia el camino de piedra que conducía a la mansión de mármol que aparecía entre los árboles. Aunque la noche ya había caído, no había ni una sola luz que alumbrara el interior del edificio, así que durante un segundo Dee imaginó que no había nadie en casa. Pero entonces se acordó de que la persona, mejor dicho, la criatura, a la que había venido a ver prefería las horas de oscuridad y no tenía la necesidad de encender ninguna luz.

La limusina aparcó justo enfrente de la entrada principal, después de rodear la pequeña rotonda que se encontraba delante de la mansión. Desde el coche, Dee podía avistar a tres personas que permanecían inmóviles a los pies de la escalera. Cuando al fin la limusina se detuvo produciendo un ruido crujiente por la gravilla blanca que había en el suelo, una figura se acercó hasta él y le abrió la puerta. Le resultó imposible perfilar la silueta en la oscuridad, pero la voz que venía de las penumbras pertenecía, indiscutiblemente, a un hombre. Éste se

dirigió hacia él en inglés con un acento muy marcado.

—El doctor Dee, supongo. Soy Senuhet. Por favor, acompáñeme. Le hemos estado esperando.

Después, la figura dio media vuelta y subió la escalera a zancadas.

Un segundo después, Dee se apeó del coche, sacudió su costoso traje y, consciente de que el corazón le palpitaba con fuerza, siguió a Senuhet hacia el interior de la mansión. Las otras dos figuras también se volvieron y se posicionaron cada una a un lado de Dee. Aunque nadie dijo nada, Dee sabía perfectamente que eran guardias. De lo que no estaba tan seguro era de si eran humanos.

El mago reconoció enseguida el intenso y empalagoso aroma que reinaba en la mansión: la fragancia a incienso, la goma aromática e increíblemente costosa por su escasez proveniente de Oriente Medio que se utilizaba en tiempos remotos en Egipto, en Grecia y en el este de China. Dee sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y comenzó a mover nerviosamente la nariz. A todos los miembros de la Raza Inmemorial les apasionaba especialmente el incienso, pero a él le provocaba un dolor de cabeza terrible.

Mientras las tres sombrías figuras acompañaban a Dee por el pasillo, éste captó con un fugaz vistazo a Senuhet: un hombre delgado, calvo y de tez color oliva. Sus facciones revelaban su origen oriental, quizá provenía de Egipto o de Yemen. Senuhet cerró la puerta de golpe y vocalizó dos palabras.

—Quédese aquí.

Después desapareció entre las penumbras y dejó a Dee en compañía de los dos silenciosos guardias.

Dee miraba a su alrededor. A pesar de que la luz era muy tenue, Dee alcanzaba a ver el recibidor, que estaba completamente vacío. No había ningún mueble apoyado sobre las baldosas del suelo, ni cuadros ni espejos colgados en las paredes. Ni siquiera las ventanas estaban cubiertas por cortinas. Dee sabía de buena tinta que había más casas parecidas a ésta dispersas por todo el mundo, mansiones que servían como hogar a otros Oscuros Inmemoriales que adoraban merodear por el mundo de los humanos, como si fueran niños cometiendo alguna que otra travesura. Aunque todos ellos poseían habilidades asombrosas a la vez que peligrosas, sus poderes se veían limitados por la creciente proliferación del hierro en el mundo moderno, que ayudaba a disminuir su energía mágica. Mientras que para los humanos el hierro suponía un metal esencial, para los miembros de la Raza Inmemorial suponía uno de los mayores tormentos. Dee sabía, sin ni siquiera prestar atención, que en esa casa no había ni un pedazo de ese metal. Evidentemente, la Raza Inmemorial había encontrado sustitutos como el oro o la plata y con ellos fabricaban los pomos de las puertas o los grifos de los baños.

Los Oscuros Inmemoriales valoraban su intimidad como si fuera un bien

preciado. Sus preferencias eran lugares tranquilos y alejados de las urbes, como por ejemplo pequeñas islas, ciertos rincones del desierto, países como Suiza, recodos de la antigua Unión Soviética, zonas árticas alcanzables situadas en Canadá, templos del Himalaya e incluso la selva brasileña. Cuando se instalaban en ciudades como ésta, generalmente construían mansiones con todo tipo de seguridad: vallas eléctricas que rodeaban toda la finca y continua vigilancia de guardias y perros. Y si un afortunado, o estúpido, lograba llegar hasta la puerta principal, allí se toparía con guardias más oscuros y más letales.

—Por aquí.

En cierto sentido, Dee se sintió orgulloso de poder controlar el susto que sintió cuando, de repente, escuchó la voz de Senuhet. No había oído los pasos del hombrecillo caminando por el pasillo. «¿Subiremos?», se preguntaba. Después de sus experiencias al lado de la Raza Inmemorial, Dee había clasificado a sus miembros en dos categorías bien diferenciadas: aquellos que preferían dormir en los tejados y aquellos que preferían habitar en los sótanos. Morrigan era una criatura que adoraba los áticos y los tejados.

Senuhet dio un paso hacia delante y se colocó bajo un halo de luz. En ese instante, Dee se percató de que se había maquillado los ojos con kohl y que el párpado superior estaba completamente teñido de negro. Además, dos oscuras líneas horizontales le unían los rabillos de ambos ojos con las orejas. Su barbilla estaba coloreada con tres líneas blancas que le recorrían el mentón hasta los labios. Condujo a Dee hacia una puerta oculta que aparecía bajo una gigantesca escalera y éste pronunció una contraseña en una lengua que seguramente el joven rey Tutankhamon dominaba. Dee siguió a Senuhet por un pasillo oscuro como la boca de un lobo y sintió un sobresalto cuando escuchó cómo la puerta se cerraba tras de sí. Se detuvo mientras el hombre continuaba su camino sin esperarlo. De repente, el ritmo de los pasos de Senuhet cambió y éste pareció adentrarse en una escalera.

Una escalera que descendía. Dee debería haberse imaginado que la Oscura Inmemorial Morrigan lo enviaría a ver una criatura de sótanos y túneles.

—Necesitaré luz —informó en voz alta—. No quiero caerme por la escalera por no ver dónde piso y romperme el cuello.

Sus palabras resonaron en el reducido espacio.

—En esta casa no hay electricidad, doctor John Dee. Pero por lo que hemos escuchado usted es un mago de renombre. Si desea crear luz, tiene permiso para hacerlo.

Sin musitar palabra, Dee alargó su mano. Chasqueó los dedos y un destello de luz azul resplandeció en la palma de su mano. El diminuto punto de luz comenzó a dar vueltas produciendo un zumbido ensordecedor a medida que iba creciendo. Al principio, tenía el tamaño de un guisante y al cabo de unos instantes parecía una uva. Emitía una luz fría, una luz con matices blancos y azules. Con la mano

extendida, Dee se decidió a bajar la escalera.

Al principio, contaba cada peldaño que descendía, pero enseguida se rindió, pues se distraía contemplando los adornos que decoraban las paredes, el techo y el suelo. Era como adentrarse en las profundidades de una tumba egipcia, pero a diferencia de la infinidad de tumbas que había visitado, en las que las ilustraciones estaban descoloridas, las paredes desconchadas y los suelos cubiertos por una fina capa de arena, aquí la decoración se mantenía prístina, brillante y completa. Los colores de las pinturas, un tanto distorsionados por la luz azul que los alumbraba, se mantenían vivos y fogosos. Los pictogramas y jeroglíficos lucían colores intensos y vigorosos y los nombres de los dioses sobresalían de la placa de oro.

Entonces, una repentina corriente de aire ascendiente provocó que la diminuta bola de luz blanquiazul parpadeara y bamboleara sobre su mano e infinidad de sombras comenzaron a bailar a su alrededor. Dee sintió cómo se le abrasaban las ventanas de la nariz, pues la corriente llevaba consigo el aroma de algo muy antiguo... Algo muy antiguo que había perecido hacía mucho, mucho tiempo.

La escalera trasladó a Dee y a su acompañante a un amplio y abovedado sótano. Dee sintió cómo algo crujía bajo sus pies cuando éste pisó el suelo de la catacumba. Acercó su mano al suelo y la brillante luz alumbró el pavimento... El suelo estaba cubierto por innumerables huesos blancos de un tamaño tan diminuto que daba la impresión de estar tapizado por una alfombra de color blanco marfil. Dee tardó unos segundos en reconocer que los minúsculos huesos eran de ratas. Algunos de ellos eran tan ancestrales que cuando Dee se acercó a tocarlos para examinarlos se desmenuzaron y se convirtieron en polvo blanco. Pero otros eran mucho más recientes. Sin atreverse a vocalizar una pregunta por miedo a la respuesta, Dee siguió al silencioso guardia y avanzó por el manto de huesos. Cada vez que daba un paso, sentía bajo sus pies el crujir y el crepitar de los minúsculos esqueletos. Alzó la mano y dirigió la luz para poder alumbrar el resto del aposento. A diferencia del hueco de la escalera, esta habitación no tenía adorno alguno, las paredes estaban roídas y ennegrecidas por la humedad, las junturas estaban llenas de moho verde y Dee lograba avistar las típicas setas venenosas, con lunares blancos, que brotaban en el techo.

—Parece que tenéis un problema de humedad —comentó Dee para romper el hielo. Enseguida se dio cuenta de que había sido un comentario desafortunado.

—No tiene importancia —respondió Senuhet en voz baja.

—¿Lleva aquí mucho tiempo? —preguntó Dee mientras miraba a su alrededor.

—¿En este lugar? —replicó el otro hombre. Hizo una pausa, considerando la pregunta y continuó—: Menos de un siglo. La verdad, no es mucho tiempo.

Una sombra se movió en la penumbra.

—Y no estaremos aquí por mucho más. Por eso está usted aquí, ¿verdad, doctor Dee?

La voz era una mezcla entre un gruñido y un ronroneo y le resultaba un tanto difícil pronunciar las palabras en inglés. Casi contra su voluntad, Dee levantó la mano, donde permanecía viva la luz blanquiazul, e iluminó la esbelta figura que se movía en la oscuridad.

El resplandor alumbró unos pies descalzos, con uñas negras y afiladas como garras. Un poco más arriba, dejó al descubierto una pesada falda de estilo escocés en tonos blancos con piedras y joyas incrustadas. Aún más arriba, mostró un peto metálico donde aparecían caracteres egipcios grabados al aguafuerte. Finalmente, la luz alumbró la cabeza de la criatura.

Aunque el doctor John Dee sabía perfectamente lo que estaba a punto de ver, no pudo evitar sobresaltarse y dejó escapar un grito sofocado al ver ante él a Bastet. El cuerpo era inconfundiblemente el de una mujer, pero la cabeza que rozaba el techo arqueado pertenecía a un gato: tenía un aspecto elegante y su tacto parecía muy suave. Sus ojos eran de un amarillo casi temeroso y las pupilas eran alargadas, como las de un felino. Tenía las orejas largas y triangulares y el morro puntiagudo. De repente, Bastet abrió la boca y la brillante luz de Dee recorrió los relucientes y afilados dientes de la célebre diosa. Ante él se alzaba la criatura que había sido venerada durante generaciones en tierras egipcias.

Dee se humedeció los labios y se inclinó realizando así una reverencia.

—Su sobrina, Morrigan, le envía recuerdos. Me ha pedido que le transmita un mensaje: ha llegado el momento de que se venga de su eterna enemiga.

Bastet avanzó en tropel hacia el doctor Dee y clavó sus afiladas uñas en el elegante y costoso traje de seda.

—Exactamente... dígame exactamente qué ha dicho mi sobrina —ordenó.

—Ya se lo he dicho —respondió Dee mientras observaba el aterrador rostro de Bastet.

El aliento de la diosa olía a carne podrida. Dee lanzó la pequeña bola de luz al aire, donde se quedó colgada, suspendida y dando vueltas. Después, retiró suavemente las garras de Bastet de su chaqueta, que había quedado hecha trizas.

—Morrigan quiere que se una a ella para atacar el Mundo de Sombras de Hécate —comentó.

—Entonces, ha llegado el momento —anunció Bastet con aire triunfante.

El ancestral mago asintió con la cabeza mientras una multitud de sombras se formaban y se desvanecían en las paredes por el movimiento de la brillante luz.

—Ha llegado el momento —acordó Dee—, el momento para que la Raza Inmemorial regrese y reivindique su tierra.

Bastet aulló. El sonido era extremadamente agudo y provocó un efecto aterrador. En ese momento, la oscuridad que reinaba tras ella comenzó a hervir y

a cobrar color, pues gatos de todas las razas existentes, de todas las formas y colores, comenzaron a poblar el sótano y a merodear alrededor de la diosa.

—Ha llegado el momento de cazar —anunció—, el momento de devorar.

Los gatos ladeaban la cabeza, maullaban y aullaban. El estruendo era verdaderamente pavoroso, pues el sonido se asemejaba al llanto de miles de niños abandonados.

Capítulo 21

Cuando los mellizos regresaron despavoridos a la casa-árbol, Scathach ya los estaba esperando apoyada en la colosal puerta principal. Detrás de ellos, un pterosauro cogió impulso y realizó una acrobática pirueta mientras las otras dos criaturas pasaban sobre sus cabezas haciendo cabriolas. El movimiento de sus alas formaba pequeños remolinos de polvo que parecían danzar a su alrededor. Aunque nadie osó musitar palabra, los mellizos sabían que los estaban conduciendo con amabilidad, pero con firmeza, hacia la casa.

En la oscuridad, el rostro de Scathach cobraba una palidez que resultaba casi artificial y su cabello rojo parecía estar teñido de negro. A pesar de que la Guerrera apretaba los labios con fuerza, al hablar, su voz sonó completamente neutral.

—¿Realmente queréis que os diga lo estúpido y peligroso que ha sido eso?

Josh abrió la boca para responder, pero Sophie de inmediato le agarró el brazo y silenció sus palabras.

—Sólo queríamos volver a casa —replicó Sophie, cansada.

Pero mientras pronunciaba estas palabras, Sophie ya sabía cuál sería la réplica de la Guerrera.

—No podéis —gruñó Scathach. Después, se dio la vuelta y desapareció.

Los mellizos permanecieron en la puerta principal, meditabundos. Después, se volvieron y contemplaron el pterosauro que continuaba detrás de ellos. El animal ladeó su cabeza de serpiente y los rastreó con su mirada felina. De pronto, la voz de la criatura resonó con rotundidad en sus cabezas.

«No os inquietéis por Scathach. En realidad, su ladrido es mucho peor que su mordisco».

El animal entreabrió la boca y dejó al descubierto cientos de afilados dientes, intentando así mostrar la mejor de sus sonrisas.

«Estoy convencido de que estaba preocupada por vosotros», añadió. Después, se dio la vuelta, se alejó de la casa dando pequeños saltos y finalmente cogió impulso, abrió las alas y alzó el vuelo.

—Ni una palabra —advirtió Sophie a su hermano.

Las bromas y comentarios de Josh siempre la habían metido en problemas. Mientras Sophie tenía la habilidad de ver algo y mantener el pico cerrado, su hermano siempre tenía que hacer algún comentario u observación al respecto.

—Tú no eres mi jefa —respondió Josh con brusquedad. Sin embargo, tenía la

voz temblorosa.

Josh sentía una especial animadversión por las serpientes desde esa vez en que, años atrás, mientras pasaba unos días con su padre en la montaña, se cayó en un nido de serpientes de cascabel. Afortunadamente, las venenosas serpientes acababan de comer, así que decidieron ignorarlo y le dieron los segundos que necesitaba para salir de allí. Durante las semanas siguientes, tuvo pesadillas sobre serpientes y aún, muy de vez en cuando, soñaba con los escurridizos animales, sobre todo cuando se sentía bajo presión, que generalmente coincidía con la época de exámenes. Los gigantescos pterosauros con formas semejantes a las de un reptil parecían sacados de sus peores pesadillas y cuando los vio salir saltando de las penumbras, sintió cómo su corazón le martilleaba con tal fuerza que incluso vio, literalmente, cómo el pecho le vibraba. Cuando aquella gigantesca y puntiaguda mandíbula se había inclinado para contemplarle más de cerca, Josh sintió que estaba a punto de desmayarse. Incluso, minutos más tarde, podía sentir las gotas de sudor frío deslizándose a lo largo de su espalda.

Sophie y Josh siguieron a Scathach y se adentraron de nuevo en la casa. Una vez allí, los mellizos comenzaron a percatarse de que había movimientos entre las sombras, de que las tablas sobre las que pisaban crujían y de que las paredes de madera chirriaban, como si la casa hubiera cobrado vida. Les daba la impresión de que la casa se movía, cambiaba, como si creciera. También advirtieron que las voces, los gritos y los llantos que antes poblaban el ambiente, se habían desvanecido por completo.

Scathach los condujo hacia una habitación circular, donde Nicolas Flamel los estaba esperando. Nicolas estaba delante de una ventana, con las manos colocadas tras la espalda y con la mirada clavada en la oscuridad de la noche. La única luz que les permitía observar el interior de la habitación era la de la gigantesca luna que ahora comenzaba a esconderse por el horizonte. Un lado de la habitación estaba bañado por un manto plateado mientras que el otro estaba en la oscuridad más absoluta. Scatty cruzó la habitación y se colocó junto al Alquimista. Dobló los brazos sobre su pecho y se volvió hacia los mellizos. Su rostro parecía haberse convertido en una máscara sin expresión alguna.

—Podríais haber muerto en vuestro intento —empezó Flamel en voz baja y sin desviar su mirada de los mellizos—. Y eso hubiera sido lo mínimo.

—No puedes obligarnos a quedarnos aquí —respondió rápidamente Josh. Con el silencio que en esos momentos reinaba en la casa-árbol, la voz de Josh resonó en la habitación—. No somos vuestros prisioneros.

El Alquimista los miró por encima del hombro. Llevaba puestas sus diminutas gafas de montura redonda y, en la oscuridad, sus ojos se veían eclipsados por unos círculos plateados.

—No, no lo sois —respondió en voz baja. Sus palabras habían cobrado repentinamente un acento francés muy marcado—. Sois prisioneros de las

circunstancias, de las coincidencias, del destino... Si es que creéis en este tipo de cosas.

—Yo no —murmuró Scathach.

—Yo tampoco —convino Nicolas mientras se daba la vuelta.

Se quitó las gafas y se pellizcó suavemente el puente de la nariz. Unas oscuras bolsas se habían formado bajo sus ojos y apretaba los labios con tal fuerza que sólo podía percibirse una fina línea.

—En cierto modo, todos somos prisioneros... prisioneros de las circunstancias y de los acontecimientos. Hace casi siete siglos, compré un libro de segunda mano en un estado lamentable y escrito en un lenguaje incomprensible. Ese día, yo también me convertí en un prisionero. Desde entonces estoy atrapado, como si estuviera detrás de unos barrotes. Hace dos meses, Josh... jamás debiste venir a pedirme trabajo, y tú, Sophie, no debiste comenzar a trabajar en La Taza de Café. Sin embargo, lo hicisteis y vuestras decisiones han hecho que esta noche estéis aquí conmigo.

A continuación hizo una pausa, miró a Scathach y prosiguió.

—Por supuesto, existe una corriente que opina y sugiere que vuestros destinos ya estaban escritos, y por eso estabais determinados a aceptar vuestros trabajos, a conocerme a mí y a Perenelle y a vivir esta aventura.

Scathach asintió con la cabeza.

—El destino —confirmó la Guerrera.

—¿Estás diciendo que no tenemos libertad para decidir? —preguntó Sophie—. ¿Que todo esto iba a suceder pasara lo que pasase? —Sophie sacudió la cabeza—. Lo siento, pero no creo en esas cosas.

Esa idea contradecía todo en lo que ella creía. La idea de que el futuro pudiera predecirse le resultaba sencillamente absurda.

—Yo tampoco —dijo Josh con tono desafiante.

—Y por cierto —interrumpió Flamel en un tono de voz tenue y calmado—, ¿y si os dijera que el Libro de Abraham el Mago, un libro escrito hace más de mil años, habla sobre vosotros?

—Eso es imposible —soltó Josh un tanto asustado por las insinuaciones.

—¡Ajá! —exclamó Nicolas Flamel mientras extendía sus brazos—. ¿Es que acaso todo esto no es imposible? Esta noche, os habéis tropezado con los nathaires, los guardianes alados del reino de Hécate. Habéis escuchado sus voces retumbar en vuestras cabezas. ¿Acaso eso no es imposible? ¿Y qué me decis de los Torc Allta? ¿No son imposibles? Todas esas criaturas no tienen derecho a existir si no es en un mito o en una leyenda, ¿no es así?

—¿Y nosotros? —preguntó Scathach—. Nicolas tiene casi setecientos años y yo he visto levantar y demoler imperios. ¿Es que no os parecemos seres imposibles?

Ni Josh ni Sophie podían negarlo.

Nicolas se acercó a los mellizos y les colocó una mano sobre los hombros. No era mucho más alto que ellos.

—Tenéis que aceptar que estáis atrapados en este mundo imposible. Si lo abandonáis, sólo traeréis ruina y destrucción a vuestra familia y a vuestro entorno más cercano. Y, sin duda alguna, provocaréis vuestras propias muertes.

—Además —añadió Scathach con un tono de voz amargo—, si el libro os menciona, es porque debéis estar aquí.

Los mellizos miraban desconcertados a Scathach y a Nicolas. Al fin, Flamel asintió.

—Es verdad. El libro está lleno de profecías. Algunas de ellas ya se han cumplido. En cambio, hay otras que aún no han sucedido. Pero hay una mención especial a « dos que son uno » .

—Y tú crees... —susurró Sophie.

—Sí, creo que vosotros podéis ser los de la profecía. De hecho, estoy convencido de ello.

Scathach se adelantó y se colocó junto a Flamel.

—Lo que significa que ahora sois cruciales, y no sólo para nosotros, sino también para Dee y los Oscuros Inmemoriales.

Josh se humedeció los labios.

—¿Por qué? ¿Por qué somos tan decisivos?

El Alquimista echó un vistazo a Scatty, como si estuviera buscando algo de apoyo en ella. La Guerrera asintió con la cabeza.

—Explicaselo. Deben saberlo.

Los mellizos miraron a Scathach y después clavaron sus ojos en el Alquimista. Ambos tuvieron la sensación de que aquello que Nicolas estaba a punto de revelarles era de suma importancia. Sophie buscó la mano de su hermano y la apretó con fuerza.

—El Códex predice que los « dos que son uno » vendrán para salvar o para destruir el mundo.

—¿Qué quieres decir con salvar o destruir? —inquirió Josh—. Tiene que ser lo uno o lo otro, ¿no?

—La palabra que utiliza el Códex se asemeja bastante a un antiguo símbolo babilónico que significa que puede suceder cualquiera de las dos cosas —explicó Flamel—. De hecho, mis sospechas se centran en la explicación siguiente: uno de vosotros tiene el potencial de salvar el mundo mientras que el otro tiene el poder de destruirlo.

Sophie le dio un codazo a su hermano en las costillas.

—Ése serías tú.

Flamel dio un paso atrás.

—En un par de horas, cuando Hécate se levante, le pediré que Despierte vuestro potencial mágico. Creo que aceptará. Espero y rezo que lo haga —añadió

fervorosamente—. Después, nos iremos de aquí.

—Pero ¿adónde iremos? —preguntó Josh al mismo tiempo que Sophie—. ¿Hécate no quiere que nos quedemos?

—Tengo la esperanza de poder convencer a otros Inmemoriales o humanos inmortales para que acepten entrenarnos. Y no, no podemos quedarnos aquí. Dee y Morrigan se han puesto en contacto con uno de los Inmemoriales más temidos de todos los tiempos: Bastet.

—¿La diosa-gato egipcia? —preguntó Sophie.

Flamel pestañeó mostrando así su sorpresa.

—Estoy impresionado.

—Nuestros padres son arqueólogos, ¿recuerdas? Mientras a otros niños les leían cuentos para irse a dormir, nuestros padres nos relataban mitos y leyendas ancestrales.

El Alquimista asintió.

—Mientras hablamos, Bastet y Morrigan están uniendo sus fuerzas para atacar el Mundo de Sombras de Hécate. Sospecho que intentarán atacar durante las horas nocturnas, mientras Hécate duerme, pero de momento no hay señal alguna de ellos y está a punto de amanecer. Estoy seguro de que saben que sólo tienen una oportunidad, así que necesitarán dividir sus fuerzas antes de su ataque. De momento creen que ignoramos sus intenciones. Y lo más importante: no se imaginan que sabemos que Bastet está involucrada. Pero estaremos preparados para cuando lleguen.

—¿Cómo sabemos todo esto? —preguntó Sophie.

—Perenelle me lo dijo —respondió Flamel. Antes de que alguien pudiera formular la esperada pregunta, Nicolas continuó—: Es una hechicera muy ingeniosa así que reclutó a un espíritu incorpóreo para enviarme un mensaje.

—¿Un espíritu incorpóreo? —repitió Sophie—. ¿Te refieres a un fantasma?

Sophie se dio cuenta de que en esos momentos le resultaba mucho más sencillo creer en fantasmas.

—Eso mismo —respondió Flamel.

—¿Qué pasará si atacan este lugar? Quiero decir, ¿de qué tipo de ataque estamos hablando? —quiso saber Josh.

Flamel miró a Scatty.

—Aún no había nacido la última vez que seres de la Raza Inmemorial combatieron entre ellos.

—Yo sí —dijo Scatty con abatimiento—. La inmensa mayoría de los humanos jamás sabrá lo que verdaderamente ocurre —comenzó mientras se encogía de hombros—. Pero la liberación de energías mágicas en un Mundo de Sombras sin duda tendrá un efecto en el clima y en la geología local: terremotos, uno o dos tornados, huracanes y lluvia, mucha lluvia. Y yo odio la lluvia —añadió—. Es una de las razones por las que abandoné Hibernia.

—Pero tiene que haber algo que podamos hacer —se quejó Sophie—. Podríamos avisar a la gente.

—¿Y cómo piensas decírselo? —preguntó Flamel—. Eso que está pasando ahí sólo es una batalla mágica que quizá provoque algún que otro terremoto y alguna que otra inundación. No creo que ningún informativo considere válida tu noticia ni que ninguna estación meteorológica se la tome en serio.

—Pero tenemos que...

—No —interrumpió el Alquimista con brusquedad—. Tenemos que alejaros a vosotros y a las páginas del libro de este lugar.

—¿Y Hécate? —preguntó Josh—. ¿Podrá defenderse ella sola?

—Contra Dee y Morrigan, sí. Pero con Bastet como su aliada, no tengo la menor idea —respondió Scatty—. No sé hasta dónde llegan los poderes de la diosa.

—Más allá de lo que te puedas imaginar.

Todos se volvieron hacia la puerta, donde una jovencita que no debía de tener más de once años estaba bostezando y estirando los brazos. Se frotó con la palma de la mano sus ojos amarillos y clavó su mirada en todos ellos. Después, esbozó una sonrisa y mostró su deslumbrante dentadura que resultaba aún más blanca en contraste con su piel negro azabache. Llevaba una bata parecida a una toga del mismo material tornasolado que la bruja del día anterior había lucido. Sin embargo, esta vez el irisado vestido exhibía tonalidades doradas y verdes. Y a diferencia de la Hécate que conocieron, ésta mostraba una cabellera blanca nívea, larga y rizada.

El Alquimista se inclinó ante ella.

—Buenos días. No creí que te levantaras antes del amanecer.

—¿Cómo puedo conciliar el sueño con toda esta actividad? —se quejó Hécate—. La casa me ha despertado.

—La casa... —pronunció Josh.

—La casa —repitió Hécate con rotundidad— está viva.

Josh tenía una docena de comentarios que hubiera deseado hacer, pero acordándose de la baba verde de la noche anterior, decidió ser prudente y mantener su boca cerrada.

—Tengo entendido que Morrigan y mi hermana mayor, Bastet, están planeando asaltar mi Mundo de Sombras —continuó con cierta severidad la jovencita.

Nicolas miró rápidamente a Scathach quien, como respuesta, únicamente se encogió de hombros. No tenía la menor idea de cómo Hécate se había enterado de la noticia.

—Estoy segura de que entenderéis que todo lo que ocurre en el interior de esta casa, cada palabra, cada susurro e incluso cada pensamiento —añadió Hécate, mirando fijamente a Josh—, llega a mí.

La jovencita sonrió y, en ese instante, cobró el mismo aspecto que sus versiones más mayores. Entró en la habitación y Sophie se percató de que a medida que ella se movía, la casa parecía reaccionar a sus movimientos. En el umbral de la habitación, donde había sorprendido a todos, comenzaron a brotar retoños verdes y en el dintel y el alféizar comenzaron a florecer diminutas florecillas también verdes. La Diosa de las Tres Caras se detuvo antes de que Nicolas pudiera alzar la mirada, que únicamente expresaba preocupación.

—Hubiera preferido que no hubierais venido. Hubiera preferido que me hubierais evitado todos estos problemas. Hubiera preferido no tener que entrar en guerra con mi hermana y mi sobrina. Y evidentemente, hubiera preferido no tener que verme obligada a tomar partido por uno de los dos bandos.

Scathach se cruzó de brazos y observó a la diosa con una mirada feroz.

—Jamás te ha gustado tomar partido, Hécate. Supongo que eso responde al por qué tienes tres caras.

Sophie miraba atentamente a Hécate mientras Scathach hablaba, y durante un instante vislumbró algo oscuro e increíblemente ancestral en los ojos de la jovencita.

—He sobrevivido durante este milenio gracias a seguir mi propio consejo —respondió bruscamente Hécate—, pero he tomado partido siempre que el motivo de la lucha ha valido la pena.

—Y ahora —interrumpió Flamel en voz baja—, creo que ha llegado el momento de volver a elegir. Sólo tú tienes el poder de decidir. Pero piénsalo bien: ¿vale la pena esta lucha?

Hécate hizo caso omiso de la pregunta y se dio la vuelta para colocarse en frente de Sophie y Josh. Hizo un gesto con la mano e inmediatamente las auras de los mellizos aparecieron alrededor de sus cuerpos, una dorada y otra plateada. Hécate ladeó la cabeza hacia un lado, contemplándolos, observando las burbujas plateadas que se formaban en la capa que envolvía a Sophie y fijándose en las venas doradas que circulaban por el aura de Josh.

—Quizá tengas razón —comentó finalmente—. Quizá sean ellos los que aparecen en la profecía que relata el maldito Códex. Hace muchos siglos que no me encuentro con auras de tal pureza. Ambos poseen un increíble potencial sin explotar.

Flamel asintió.

—Si dispusiera de tiempo, intentaría proporcionarles una excelente formación y, poco a poco, despertaría sus poderes latentes. Pero los acontecimientos han conspirado contra mí y el tiempo es una preciada mercancía que no puedo retener. Así que dejo en tus manos su potencial oculto. Puede que tú, en un solo instante, puedas hacer algo que a mí me tomaría años.

Hécate miró al Alquimista por encima del hombro.

—Y hay muchas razones de por qué debería tomar tantos años —contestó

Hécate con menosprecio—. Los humanos apenas utilizan sus sentidos. Además, lo que tú propones es despertarles todo el potencial a los dos. Lo siento, pero no lo haré, pues la sobrecarga sensorial podría destruirlos, volverlos locos.

—Pero... —comenzó Flamel.

—He dicho que no lo haré. —Entonces la diosa se dirigió a los mellizos—. Lo que Nicolas me está pidiendo es extremadamente peligroso, podría mataros, y eso si tenemos suerte.

Después, dio media vuelta y salió de la habitación, dejando una estela de pequeñas pisadas cubiertas de hierba.

Capítulo 22

os mellizos se quedaron sin palabras. Después, fue Josh quien rompió el silencio.

—¿A qué se refería...?

Pero Nicolas pasó de largo delante de sus narices, siguiendo los pasos de Hécate hacia el vestíbulo.

—Está exagerando —murmuró Sophie—. Intenta asustarlos.

—Pues lo ha conseguido —susurró Josh. Después miró a Scathach, pero ésta se dio la vuelta y se dirigió hacia el jardín—. Oye —dijo intentando detenerla. Al ver que ésta no reaccionaba, salió corriendo tras ella—, vuelve. Tengo preguntas.

Estaba enfurecido, y también cansado de que todo el mundo lo tratara como si fuera un crío. Él y su hermana se merecían respuestas.

—Josh —le advirtió Sophie.

Pero su hermano no hizo caso y agarró a Scathach por el hombro. Jamás la había tocado hasta entonces. De pronto, sintió que alguien lo agarraba, lo alzaba, lo giraba y lo tiraba por los aires. El golpe contra el suelo fue tan fuerte que todo el aire que contenían sus pulmones salió expulsado. Cuando al fin logró abrir los ojos, se encontró entre ceja y ceja la afilada punta de la espada de Scathach.

—Anoche insultaste a una diosa de la Raza Inmemorial; hoy has intentado ofender a un miembro de la última generación, y ni siquiera ha amanecido —recordó Scathach casi susurrando.

La Guerrera enfundó su espada y se dirigió hacia Sophie, que se había quedado inmóvil y aturdida, pues no había sido capaz de vislumbrar ni un solo movimiento de Scathach.

—¿Es siempre así? —preguntó Scathach.

—¿Cómo? —replicó Sophie.

—Imprudente, atrevido, irreflexivo... ¿Quieres que continúe?

—No hace falta. Y sí, siempre es así. A veces incluso peor.

Desde pequeños, Sophie solía burlarse de su hermano diciéndole que él había heredado todos los genes del hacer y ella los genes del pensar. Su hermano era impulsivo e imprudente, pero para ser sinceros, ella consideraba que también era una persona leal y de plena confianza.

Scathach ayudó a Josh a ponerse en pie.

—Si continúas así, no durarás mucho en este mundo.

—Sólo quería hacerte unas cuantas preguntas.

—Tienes suerte. Un par de siglos atrás, probablemente hubiera acabado contigo. Solía tener mucho carácter —admitió—, pero últimamente he estado trabajando en el autocontrol.

Josh se frotó los riñones. Si Scathach lo hubiera arrojado sobre las piedras, ahora se sentiría, sin duda, mucho más entumecido. Sin embargo, reconocía que ésta había sido prudente y cuidadosa, pues lo había lanzado contra las zonas cubiertas de hierba y musgo que había en el suelo de la habitación.

—Eso se ha parecido a un derribo de judo —comentó Josh temblorosamente, esforzándose para que su voz sonara casual a la vez que intentaba cambiar de tema.

—Sí, parecido...

—Por cierto, ¿dónde aprendiste judo?

—Yo no aprendí judo, yo creé el arte antecesor de la mayoría de las artes marciales que se practican hoy en día —replicó la Guerrera de cabello pelirrojo, proyectando su mirada de forma perversa—. De hecho, no os vendría nada mal aprender un par de movimientos sencillos para que os podáis defender.

—Creo que estamos por encima de los movimientos sencillos —replicó Josh—. Estudiamos taekwondo durante dos años cuando nuestros padres estaban trabajando como profesores en Chicago. Después estuvimos un año practicando kárate en Nueva York... ¿O era en Boston?

—¿Tú creaste el judo? —preguntó Sophie, intentando sonar natural.

—No, fue Kano Jigoro quien creó el judo moderno y éste basó su sistema de combate en el *jujitsu*, que está relacionado con el *aikido*, que evolucionó durante el siglo XIV. Creo que por aquel entonces yo estaba instalada en Japón. Todas las artes marciales tienen una base común, y esa base soy yo —afirmó Scatty con cierta modestia—. Venid, si tenéis conocimientos de taekwondo y de kárate, esto os resultará útil. Dejad que os enseñe algunos movimientos básicos mientras esperamos a Nicolas.

—¿Dónde está? —preguntó Sophie mientras giraba la cabeza y miraba hacia atrás. ¿Qué estaba sucediendo?—. ¿Le está pidiendo a Hécate que Despierte nuestro potencial mágico?

—Así es —confirmó Scatty.

—¡Pero Hécate dijo que podíamos morir! —exclamó Josh alarmado. Comenzaba a sospechar que Flamel tenía otras intenciones además de protegerlos. El Alquimista estaba tramando algo.

—Sólo estaba pensando en voz alta —dijo Scatty—. Siempre ha sido un poco teatrera.

—Entonces ¿Nicolas está seguro de que no estamos en peligro? —preguntó Josh.

—No, no del todo —confesó Scathach mientras sonreía—. Pero escuchadme, ahora ya estáis en peligro. La única diferencia es que si Hécate despierta vuestro

potencial, entonces estaréis realmente en grave peligro.

Nicolas Flamel siguió a Hécate por los pasillos de la casa-árbol. La jovencita arrastraba sus delicados dedos por la superficie de las paredes, y allí donde había posado las yemas de sus dedos emergían diminutas hojas y florecillas.

—Necesito tu ayuda, Hécate. No puedo hacer esto solo —decía el Alquimista, intentando captar su atención.

Sin embargo, la diosa lo ignoraba por completo. De repente, cambió su rumbo y aceleró su paso hacia un largo y oscuro pasadizo. Sus pies dejaban tras de sí pequeñas pisadas verdes, que no eran más que trozos de hierba que brotaban del suelo. Mientras, Flamel se apresuraba en no perder de vista a la jovencita. A medida que Nicolas se adentraba en el pasillo, la hierba que la diosa iba provocando a su paso era cada vez más alta, más tajante y más impenetrable. Así, cuando Nicolas llegó a la mitad del pasillo, ésta le llegaba a las rodillas. Un poco más adelante, la hierba le alcanzaba la cintura. De repente, todo el pasillo estaba cubierto por tallos gigantescos y afilados como una cuchilla de afeitar. Las briznas parecían susurrar a la vez y producían un sonido que fácilmente podría confundirse con palabras.

Nicolas Flamel permitió que un poco de su creciente ira floreciera en su aura. Cerró su mano derecha, formando así un puño y, después, repentinamente, extendió los dedos y el aire que lo rodeaba quedó perfumado por el rico y ácido aroma de la menta. La hierba que crecía a su alrededor quedó completamente aplastada, como si un huracán hubiera azotado el pasillo, y el Alquimista logró ver cómo la jovencita se deslizaba hacia otra habitación que parecía un tanto alejada del resto de la casa. De hecho, si hubiera tardado un segundo más en realizar su truco, se hubiera confundido y no hubiera encontrado la habitación por donde se había introducido Hécate.

—Ya basta de juegos —gritó Flamel con brusquedad mientras entraba en la habitación.

Hécate se volvió y lo miró a la cara. Había envejecido durante los pocos instantes que había estado corriendo por el pasillo. Ahora, tenía el aspecto adolescente de una chica de quince años. Su rostro había perdido en cuanto a belleza y sus amarillos ojos mostraban una expresión mucho más implacable.

—¡Cómo te atreves a hablarme así! —exclamó mientras levantaba las manos de forma amenazadora—. Sabes perfectamente lo que soy capaz de hacer.

—No te atreverías —respondió Flamel con calma, aunque no sentía ni una gota de calma corriendo por sus venas.

—¿Y por qué no? —preguntó Hécate un tanto sorprendida. No estaba acostumbrada a que la gente la contradijera.

—Porque yo soy el Guardián del Libro.

—El libro que perdiste...

—También soy el Guardián que aparece en las profecías del libro —respondió Flamel con rudeza—. El penúltimo Guardián —añadió—. Los mellizos también aparecen en las páginas del libro. Presumes de conocer a Abraham, así que sabrás que sus profecías y predicciones eran precisas y certeras.

—Casi siempre estaba equivocado —murmuró Hécate.

—Como guardián, te estoy pidiendo que hagas algo que considero esencial para la supervivencia no sólo de la Raza Inmemorial, sino también de la raza humana. Quiero que Despiertes el potencial mágico de los mellizos.

—Podría matarlos —declaró rotundamente la diosa. En realidad, no le importaba mucho si el ganado humano vivía o perecía.

—Existe la posibilidad —admitió Flamel mientras sentía un frío pinchazo en el estómago—, pero si no nos prestas tu ayuda, definitivamente morirán.

Hécate se volvió, dándole la espalda, y se dirigió hacia la ventana. En el inclinado jardín, Scathach estaba haciendo una demostración de varios puñetazos a los mellizos. Sophie y Josh imitaban a cámara lenta sus movimientos. Flamel se deslizó hacia la ventana y se reunió con Hécate.

—¿En qué mundo vivimos —comentó suspirando—, cuando todo, y posiblemente también la continuación de la raza humana, está a merced de esos adolescentes?

—¿Sabes por qué los humanos triunfaron y la Raza Inmemorial desapareció de la faz de la tierra? —preguntó repentinamente Hécate.

—Por el hierro, ¿verdad?

—Sí, por el hierro. Sobrevivimos a la caída de Danu Talis, al Diluvio Universal y a la Edad de Hielo. Y hace tres mil años, un obrero metalúrgico cualquiera que hasta entonces se dedicaba a maniobrar con cobre, empezó a experimentar con el nuevo metal. Sólo era un hombre, uno solo. Él se encargó de erradicar una raza entera y un estilo de vida. Como ves, los cambios más bruscos vienen dados por las acciones de una única persona. —Hécate se quedó callada mientras contemplaba a los mellizos atestar puñetazos y patadas junto a Scathach—. Plata y oro. Las auras más poco comunes —murmuró. Entonces, durante un instante las auras de los mellizos florecieron a su alrededor—. Si hago lo que me pides y pierden la vida en el intento, ¿no tendrás cargo de conciencia?

—Soy mayor, muy mayor —respondió Flamel con voz tranquila y calmada—. ¿Sabes a cuántos amigos he enterrado a lo largo de los siglos?

—¿Y sentiste su pérdida? —preguntó Hécate. En su voz se percibía una nota de genuina curiosidad.

—La de cada uno de ellos.

—¿Todavía la sientes?

—Así es. Cada día que pasa.

La diosa alargó la mano y la colocó sobre el hombro de Nicolas Flamel.

—Entonces aún eres humano, Nicolas Flamel. El día en que todo eso te resulte indiferente serás como Dee y los de su calaña.

Se volvió otra vez hacia el jardín y echó un vistazo a los mellizos. Ambos intentaban asestarle golpes a Scathach, pero ésta los esquivaba todos sin mover los pies del suelo. Se agachaba e inclinaba el torso para evitar los puñetazos, pero ni siquiera lograron rozarla. De lejos, parecían tres adolescentes normales y corrientes practicando un nuevo baile, pero Hécate sabía perfectamente que no había nada de corriente en ninguno de ellos.

—Lo haré —aceptó finalmente—. Despertaré sus poderes. El resto te lo dejo a ti. Serás tú quien los forme y los entrene.

Flamel inclinó la cabeza para evitar que Hécate pudiera percatarse de las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Si los mellizos sobrevivían al Despertar, entonces habría una posibilidad, aunque sólo fuera una, de que pudiera volver a ver a Perenelle.

—Dime —empezó. Después se aclaró la garganta—. Al hombre que descubrió la elaboración del hierro, a ese herrero que has mencionado antes... ¿qué le pasó?

—Lo maté —respondió Hécate con su inmensa mirada amarilla e inocente—. Sus acciones nos destruyeron. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero ya era demasiado tarde. El secreto del hierro había sido revelado al mundo.

Flamel miró a los mellizos y vio que Josh tiraba a su hermana por los pies y que Sophie, inmediatamente, colocaba su pierna tras la de Josh y lo lanzaba directamente al suelo. Sus risas sonaban alegres y jubilosas en la madrugada. Nicolas rezaba para que, esta vez, no fuera demasiado tarde.

Capítulo 23

os gatos de San Francisco abandonaron la ciudad a altas horas de la madrugada.

Por separado y en parejas, domesticados y callejeros, regordetes y de pelaje suave, de todas las formas, de todos los tamaños, de pura raza y mestizos, de pelo largo y de pelo corto... Todos ellos se deslizaban por las penumbras en una silenciosa oleada felina. Correteaban por los puentes, hervían en los callejones, zascandileaban por los túneles subterráneos de la ciudad y saltaban de tejado en tejado.

Y todos se dirigían hacia el norte.

Pasaban por delante de aterrorizados jueguistas trasnochadores, transitaban ante decenas de ratas y ratones sin detenerse a devorarlos y ni siquiera se fijaban en los nidos de pájaros. Y a pesar de que se escabullían en un silencio absoluto, su paso estaba marcado por un sonido extraordinario.

Aquella noche, la ciudad de San Francisco resonó con ecos de aullidos primigenios de más de cien mil perros.

El doctor John Dee estaba descontento.

Y un poco asustado. Una cosa era planear y discutir un ataque al Mundo de Sombras de Hécate, y otra, muy diferente, era sentarse ante la entrada de su reino invisible y esperar la llegada de los gatos y los pájaros, a quienes sus dueñas, Bastet y Morrigan, habían convocado. ¿Qué podrían hacer esas pequeñas criaturas contra la magia ancestral de Hécate y de la Raza Inmemorial?

Dee se acomodó en el gigantesco todoterreno negro junto a Senuhet, el hombrecillo que, supuestamente, trabajaba como criado de Bastet. Ninguno de los dos había musitado palabra durante el breve vuelo en el jet privado de Dee que los había trasladado, minutos antes, desde Los Ángeles hasta San Francisco. Sin embargo, a Dee se le ocurrían miles de preguntas que hubiera deseado consultar a su acompañante. Con los años, Dee se había dado cuenta de que los criados de los Oscuros Inmemoriales, como Senuhet, no se sentían muy cómodos cuando los interrogaban.

Alrededor de las dos de la tarde, el doctor John Dee llegó a la entrada del Mundo de Sombras de Hécate. Llegó a tiempo para vislumbrar la llegada de las primeras criaturas de Morrigan. Los pájaros descendían en picado desde el norte

y el este en grandes y oscuras bandadas, batiendo con fuerza sus alas, y finalmente se posaban sobre los árboles de Mill Valley. Las aves se amontonaban en las ramas apiñándose de tal forma que algunas de ellas se resquebrajaron hasta partirse por el peso que sostenían.

En las horas siguientes llegarían los gatos, las criaturas de Bastet.

De repente, comenzó a manar un río de pelusa felina desde las sombras y, después, toda la masa de gatos se detuvo ante la entrada del Mundo de Sombras. Dee miró por la ventanilla del coche: no lograba ver el suelo. Hasta donde la vista le alcanzaba, todo estaba cubierto por un manto de gatos, mirara hacia donde mirase.

Por fin, cuando los primeros rayos de sol comenzaban a bañar el horizonte oriental, Senuhet extrajo una pequeña estatua negra de la bolsita que llevaba colgada al cuello y la colocó sobre el salpicadero del coche. Era la escultura egipcia de un felino maravillosamente tallado de la medida de su dedo meñique.

—Es la hora —comentó en voz baja.

De repente, los ojos de la estatua se encendieron y brillaron de un rojo intenso.

—Está en camino —dijo Senuhet.

—¿Por qué no hemos atacado antes, mientras Hécate dormía? —preguntó Dee.

Aunque se había pasado siglos y siglos centrado en el estudio de los Oscuros Inmemoriales, Dee se estaba dando cuenta de que, en realidad, sabía muy poco sobre ellos. Pero le consolaba el hecho de saber que la Raza Inmemorial a su vez sabía muy poco sobre los humanos.

Senuhet agitó la mano y comenzó a realizar gestos a las bandadas de pájaros y a los gatos.

—Necesitábamos a nuestros aliados —explicó con brevedad.

Dee asintió y supuso que Bastet estaría paseándose por los diversos Mundos de Sombras que rodeaban el mundo humano. La aversión al hierro que sentía la Raza Inmemorial significaba que ciertas comodidades modernas, como los coches o los aviones, estaban completamente fuera de su alcance. Por eso necesitaban a agentes como Dee y Senuhet. En ese instante, los estrechos labios de Senuhet esbozaron una sonrisa.

Pese a que no lograba avistarlos, sentía cómo los pájaros revoloteaban entre las copas de los árboles. Medio millón de cabezas, incluso puede que más, desviaron sus miradas hacia el oeste. Dee miró a occidente, donde todavía reinaba la noche. Al principio, Dee no distinguía nada entre las penumbras nocturnas, pero poco a poco comenzó a diferenciar una figura que se acercaba desde los altos cielos. Distinguía la figura sólo porque ocultaba las centelleantes estrellas. Morrigan estaba a punto de llegar.

Dee sabía que en el corazón de cada leyenda había un ápice de realidad. Al

mirar hacia arriba, observando la pálida criatura aparecer desde el oeste con su enorme abrigo negro de plumas de cuervo extendido tras ella como gigantescas alas, Dee supo que ése era el origen sobre el que se basaron las diversas leyendas vampírescas de Nosferatu. Durante el transcurso de su longeva vida, Dee había conocido a vampiros, pero ninguno de ellos resultaba tan aterrador como la Diosa Cuervo.

Morrigan aterrizó justo en frente del Hummer. Antes de que posara sus pies sobre el suelo y plegara su peculiar abrigo, los felinos comenzaron a dispersarse, dejando un claro para que ésta se aposentara. Su rostro blanquecino era lo único que podía distinguirse en la penumbra. La mirada de color azabache había cobrado la negrura de la noche y sus ojos se asemejaban a dos agujeros quemados en un papel.

Los gatos comenzaron a gruñir y a maullar, un rugido estremecedor recorrió el ambiente y, de pronto, Bastet salió de entre las sombras. La Diosa Gata lucía los típicos trajes blancos de algodón de una princesa egipcia y en su mano sujetaba una lanza de su misma altura. Avanzó entre el mar de felinos, que se apartaban a su paso. Dirigiéndose hacia Morrigan con un aire dominante, se inclinó ante la Diosa Cuervo.

—Sobrina, ¿es la hora? —ronroneó.

—Así es —respondió Morrigan, devolviéndole el saludo.

Deslizándose su capa hacia atrás, la diosa dejó al descubierto un espectacular arco que se utilizaba en el Medioevo y que pendía de sus hombros. Cogió el arco e hizo una muesca con una flecha que extrajo de la aljaba que llevaba en las caderas.

Después, las dos Oscuras Inmemoriales se volvieron a la vez, corrieron en dirección al aparentemente infranqueable arbusto y lo atravesaron con un enorme salto.

Los felinos y los pájaros siguieron sus movimientos.

—Ahora empieza —dijo Senuhet con un tono de voz alegre y, reuniendo sus armas, dos espadas egipcias en forma de medialuna, se apeó del coche.

«O acaba», pensó en sus adentros el doctor John Dee, pero prefirió guardar sus miedos para sí.

VIERNES,

1 de junio

Capítulo 24

Josh estaba en la esquina del ancestral jardín de Hécate junto a su hermana cuando de repente avistó un trío de diminutas criaturas aladas que tenían un asombroso parecido a los dragones. Los dragoncillos giraban y danzaban por los primeros claros que iluminaba el amanecer. Josh miró a su hermana, pero enseguida desvió su mirada.

—No quiero que lo hagas —refunfuñó.

Sophie posó su mano sobre el brazo de su hermano.

—¿Por qué? —preguntó.

Después, se colocó en frente de su hermano, obligándolo a que la mirara a los ojos. Por encima del hombro izquierdo de Josh, justo enfrente de la entrada principal del descomunal Yggdrasill, avistaba a Nicolas, Scatty y Hécate. Los tres tenían su mirada, y su atención, clavadas en ellos. Por el jardín, miles de Torc Allta, algunos con aspecto de jabalí y otros con aspecto humano, corrían a toda prisa mientras se preparaban para la batalla. Los jabalíes llevaban una especie de armadura fabricada con cuero que les recorría las ancas y las espaldas. Los Torc Allta que tenían una silueta más parecida a la de un ser humano iban armados con lanzas de bronce y espadas. Grandes bandadas de nathaires descendían en picado de las alturas y revoloteaban entre los arbustos. De repente, los altos hierbajos cobraron vida; reptaban, se deslizaban y se escabullían entre las criaturas que corrían sobre ellos. Los guardias estaban tomando sus posiciones alrededor del Yggdrasill, trepando por el gigantesco tronco y colocándose sobre las ramas. De este modo, vigilaban todas las ventanas de la casa, armados con lanzas y espadas.

Sophie miró los ojos azul zafiro de su hermano mellizo. Podía ver su propio reflejo en ellos. De pronto, se dio cuenta de que los ojos de Josh se veían magnificados tras unas lágrimas contenidas. Ella se abalanzó hacia él, pero Josh la cogió por la mano y la sujetó con cariño.

—No quiero que te ocurra nada —dijo.

Sophie asintió con la cabeza, poco dispuesta a pronunciarse, pues sentía la misma preocupación por su hermano mellizo. Tres nathaires, con aspecto de pterosaurios, pasaron volando sobre sus cabezas, formando pequeños remolinos de polvo cuando sobrevolaban a baja altura, cerca del suelo. Pero ni Sophie ni Josh alzaron sus cabezas.

—Nicolas advirtió que esto comportaba ciertos riesgos —continuó Josh—.

Pero Hécate dijo que era peligroso y que incluso podía matarnos. No quiero que pases por esto, Sophie, y menos si existe la posibilidad de que no salga bien — finalizó.

—Tenemos que hacerlo. Nicolas dijo...

—No sé si deberíamos confiar en él —interrumpió Josh—. Tengo la sensación de que trama algo. Ansía demasiado que Hécate Despierte nuestros poderes, sin importarle los riesgos que eso comporte.

—Dijo que ésta era nuestra única posibilidad... —persistió Sophie.

—Ayer nos aseguró que tenía que alejarnos de la librería para ponernos a salvo... Ahora, de repente, tenemos que recibir una formación para protegernos de Dee y esos Oscuros Inmemoriales. Créeme, Sophie, Nicolas Flamel está jugando su propio juego.

Sophie se volvió para mirar al Alquimista, a quien conocía desde hacía apenas un par de meses. Recordaba haber escrito en su bloc que creía que el librero era agradable. Evidentemente, se estaba dando cuenta de que, en realidad, no tenía la menor idea de quién era él. El hombre que conoció como Nick Fleming era un verdadero impostor. Una mentira. Mientras, Flamel la miraba fijamente. Durante un segundo, Sophie sintió que Flamel había oído toda la conversación.

—No tenemos por qué pasar los dos por esto, Sophie —continuó Josh—. Deja que lo haga sólo yo.

Sophie lo miró de nuevo a los ojos.

—¿Y cómo crees que me sentiría si te ocurriera algo malo?

Por una vez, a Josh no le salían las palabras. La idea de que algo atroz pudiera ocurrirle a su hermana ya se le había pasado antes por la mente. Cada vez que lo pensaba, sentía un tremendo escalofrío.

Sophie cogió de las manos a su hermano.

—Desde el momento en que nacimos, lo hemos hecho todo juntos —empezó con un tono de voz serio—. Y con mamá y papá siempre tan lejos, siempre hemos estado solos. Hemos cuidado el uno del otro, de modo que no permitiré que pases por esto... tú solo. Así que lo haremos, como siempre lo hemos hecho, juntos.

Josh miró a su hermana durante unos instantes.

—¿Estás segura? —preguntó.

Comenzaba a ver a una nueva Sophie ante él.

—Jamás he estado tan segura de algo.

Aunque ni Josh ni Sophie lo dijeron, ambos sabían que ninguno de los dos quería quedarse atrás respecto a lo que pudiera ocurrir durante el Despertar de su potencial mágico.

Al fin, Josh aceptó y asintió. Después estrechó con fuerza las manos de Sophie y se acercaron al Alquimista, a Hécate y a Scatty.

—Estamos preparados —afirmaron los mellizos a la vez.

—Morrigan está aquí —informó Scatty mientras seguían a Nicolas y a Hécate por una gigantesca puerta que conducía al corazón del árbol.

Se había cambiado de ropa y ahora llevaba unos pantalones negros, una camiseta sin mangas de cuello alto también negra y unas botas de combate de suela gruesa. Scathach tenía dos espadas cortas sujetas por una delgada cuerda sobre su espalda cuyas empuñaduras sobresalían en los hombros. Además, se había maquillado los ojos y los pómulos con una pintura negra que le otorgaba un aspecto aún más cadavérico.

—Ha traído a Bastet y están avanzando por el reino.

—Hécate puede detenerlos, ¿verdad? —dijo Sophie.

Sophie podía hacerse una ligera idea de los poderes que la diosa poseía y por eso le resultaba escalofriante pensar que podía existir algún ser más poderoso que ella.

Scatty se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Han venido con todas sus fuerzas. Han traído a sus ejércitos.

—¿Ejércitos? —repitió Josh—. ¿Qué tipo de ejércitos? ¿Más seres de fango?

—No, esta vez no han traído golems. Los acompañan los pájaros del aire y los gatos de la tierra.

Sophie dejó escapar una risa temblorosa.

—Pájaros y gatos... ¿Qué pueden hacer?

Scatty miró a la joven. Con los párpados pintados con ese maquillaje oscuro y bélico, el blanco de sus ojos resplandecía de una forma especial.

—Ya visteis lo que los pájaros le hicieron al coche cuando nos dirigíamos hacia aquí.

Sophie asintió. Notó un pinchazo en el estómago y empezó a sentir náuseas. La imagen de los asquerosos cuervos picoteando el limpiaparabrisas y agujerando el capó metálico la atormentaría hasta el último día de su vida.

—Bien, imaginaos qué pasaría si decenas de miles de pájaros se adentraran aquí.

—Decenas de miles —susurró Sophie.

—Más que eso —replicó Scatty mientras daba media vuelta y se adentraba por un estrecho pasillo—. Los exploradores nathaires estiman que quizá lleguen al medio millón.

—¿Y no has dicho algo sobre gatos? —dijo Sophie.

—Así es. Vendrán más de los que podemos contar.

De inmediato Josh miró a su hermana, pues ahora empezaba a ser consciente del terrible peligro al que estaban a punto de enfrentarse. Podrían morir en este

extraño Mundo de Sombras y nadie se enteraría de lo sucedido. Entonces se le humedecieron los ojos, pero enseguida se secó las lágrimas. Sus padres se pasarían el resto de sus vidas preguntándose qué les habría ocurrido.

El pasillo por el que avanzaban condujo a otro diferente, más angosto todavía. El techo era tan bajo que los mellizos tenían que caminar con las cabezas agachadas. No había ni peldaños, ni escalera, pero el pasillo descendía y descendía en forma de espiral. Los mellizos advirtieron que se estaban dirigiendo hacia lo más profundo del árbol. Las paredes cada vez cobraban un color más oscuro y la madera tenía un tacto más rugoso, pues docenas de raíces poblaban las paredes y brotaban por el techo, de manera que daba la sensación de que dedos invisibles los agarraban del pelo. El aire era húmedo y la atmósfera desprendía aroma a tierra fresca y a arcilla, a hojas descompuestas y a las que empezaban a crecer.

—La casa está viva —murmuró Sophie maravillada mientras se adentraban por otro pasillo en forma de espiral, que estaba enteramente compuesto de las retorcidas y bulbosas raíces del ancestral árbol—. Aunque nos paseemos por su interior, aunque hayan talado ventanas y aunque hayan construido un estanque en él... ¡el árbol aún está vivo!

Sophie consideraba que el hecho era tan sorprendente como espantoso.

—Este árbol creció a partir de una semilla de Yggdrasil, el Árbol del Mundo —añadió Scatty en voz baja mientras rozaba las prominentes raíces con la palma de sus manos. Después, se acercó la mano al rostro e inspiró profundamente, contagiándose de su aroma—. Un milenio atrás, cuando Danu Talis se sumergió entre las olas, algunos Inmemoriales lograron rescatar parte de la flora y fauna que poblaba la Tierra por aquel entonces y la trasladaron a otras tierras. Pero sólo dos de los Inmemoriales, Hécate y Odín, se las arreglaron para cultivar las semillas de Yggdrasil para que éste pudiera crecer. Odín, como Hécate, tenía un poder que iba más allá de la magia.

Josh frunció el ceño, intentando recordar lo poco que sabía acerca de Odín. ¿No era el Dios nórdico que sólo tenía un ojo? Pero antes de que éste pudiera preguntárselo, Scatty se escabulló por una apertura enmarcada por gigantescos nudos de raíces sinuosas. Nicolas Flamel se detuvo y esperó a que Scathach y los mellizos llegaran. Ahora, sus pálidos ojos se veían ensombrecidos y una delgada arruga vertical había aparecido, de repente, en el entrecejo. Cuando habló, éste intentó escoger, con sumo cuidado, las palabras, pero los nervios lo traicionaron y dejaron al descubierto su origen francés.

—Ojalá no tuvierais que hacer esto —empezó—, pero creedme cuando os digo que no hay otra solución.

Nicolas se acercó a los mellizos y colocó una mano sobre el hombro derecho de Sophie y la otra sobre el hombro izquierdo de Josh. De inmediato, sus auras, plateada y dorada respectivamente, resplandecieron durante un instante y el aire

que los rodeó se perfumó con las esencias del helado de vainilla y de naranjas frescas.

—Me temo que cuando nos ayudasteis a Perenelle y a mí, cruzasteis una línea muy peligrosa, y por ello, ahora estáis en peligro. Si... Cuando Hécate Despierte vuestro potencial mágico, os enseñaré algunos hechizos protectores. También os presentaré a otros amigos, especialistas en las antiguas cinco formas de la magia. Espero que ellos sean quienes completen vuestra formación.

—¿Nos formarán para convertirnos en magos? —preguntó Sophie.

La joven se hubiera entusiasmado, y mucho, a no ser porque recordó las sabias palabras de Scathach, que los advertían de que una vez Hécate hubiera Despertado sus poderes, ambos estarían en grave peligro.

—En magos y hechiceros, en nigromantes y brujos. Incluso en encantadores —respondió Flamel con una amplia sonrisa. Miró por encima de su hombro y luego volvió a dirigirse a los mellizos—. Ahora, entrad y haced caso a todo lo que os diga. Sé que estáis asustados, pero intentad controlar vuestro miedo. Permitidme que os diga que el miedo no es nada de lo que debáis avergonzaros. —Volió a sonreír, pero su mirada seguía turbada—. Cuando salgáis de esa habitación, seréis personas completamente diferentes.

—Yo no quiero ser una persona diferente —susurró Sophie.

Quería que todo se mantuviera igual que unas horas antes, cuando todo le resultaba normal y aburrido. Ahora, daría todo lo que fuera por volver a ese mundo tan aburrido.

Flamel se apartó de la puerta y acompañó a los mellizos hacia el interior.

—Desde el instante en que mirasteis a Dee empezasteis a cambiar. Y una vez comienza el cambio, ya no hay vuelta atrás.

El aposento estaba casi a oscuras, y las paredes estaban recubiertas de raíces enredadas entre sí. Sophie sintió cómo Josh la cogía de la mano y ésta le apretó con fuerza. Su hermano, en respuesta, también le estrechó la mano.

A medida que los mellizos penetraban en el sombrío hueco, que obviamente era más espacioso de lo que parecía desde fuera, sus ojos se acostumbraban a la oscuridad hasta que al fin la habitación adquirió un resplandor verde. Las raíces estaban abrigadas por una densa capa de musgo e irradiaban una luz verde jade. Así, parecía que todo estuviera sumergido en un extraño océano. La atmósfera estaba cargada de humedad y gotas líquidas rociaban la cabeza y la piel de los mellizos, como si fueran diminutas perlas de sudor. Aunque no hacía frío, Josh y Sophie no paraban de temblar.

—Deberíais consideraros afortunados.

La voz de Hécate provenía de la oscuridad de color aceituna.

—Hace generaciones que no Despierto a un humano —añadió.

—¿Quién...? —comenzó Josh. Pero la voz se le entrecortó. Carraspeó y volvió a intentarlo—. ¿Quién fue el último humano al que Despertaste? —Josh estaba decidido a no dejar mostrar el miedo que sentía.

—Fue hace bastante tiempo... Concretamente en el siglo XII, según vuestro calendario. Era un hombre escocés, pero no recuerdo su nombre.

Sin embargo, Sophie y Josh sabían, por instinto, que Hécate les estaba mintiendo.

—¿Qué le pasó? —preguntó Sophie.

—Murió. —Entonces se le escapó una risa tonta bastante aguda—. Un granizo lo mató.

—Debieron ser varios granizos —susurró Josh.

—Oh, sí —murmuró Hécate.

En ese instante, ambos supieron que ella había tenido algo que ver con la misteriosa muerte del hombre de origen escocés. Al parecer de Josh, ahora la diosa tenía el aspecto de una niña vengativa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Josh—. ¿Nos quedamos de pie, nos sentamos o nos recostamos?

—No hagáis nada —respondió Hécate con rudeza—. Esto no es algo que se pueda hacer a la ligera. Durante miles de generaciones, vosotros, los humanos, os habéis distanciado deliberadamente de lo que llamáis entre carcajadas magia. Pero la magia se basa únicamente en el uso del espectro de los sentidos en su totalidad. Sin embargo, la raza humana ha querido aislar sus sentidos y por ello ahora sólo ven por una diminuta parte de su espectro visible, sólo perciben los sonidos más altos, su sentido del olfato deja mucho que desear y sólo distinguen los sabores más dulces y los más ácidos.

Los mellizos sabían que ahora Hécate estaba mucho más cerca. No lograban escuchar sus movimientos pero sabían que estaba a su alrededor por la intensidad de su voz. Ambos se sobresaltaron al escucharla tras ellos.

—Tiempo atrás, la raza humana necesitaba todos sus sentidos para sobrevivir. —Hizo una pausa, y cuando volvió a hablar ésta estaba tan cerca que incluso Sophie sintió su respiración en el cuello—. Pero el mundo cambió. Danu Talis se hundió entre las olas, la Era del Lagarto finalizó y llegó la Edad de Hielo. Entonces los humanos se convirtieron en seres... «sofisticados». —El tono de voz de Hécate revelaba su desprecio hacia esa palabra—. Los humanos crecieron indolentes y arrogantes. Creyeron que no necesitaban sus sentidos y, poco a poco, los fueron perdiendo.

—¿Estás diciendo que perdimos nuestros poderes mágicos por perezosos? —interrumpió Josh.

Sophie hizo un esfuerzo para contener su gruñido. Un día de éstos su hermano los iba a meter en verdaderos líos.

Sorprendentemente, cuando Hécate respondió, su tono de voz era suave y

amable.

—Lo que vosotros denomináis magia no es nada más que un acto de imaginación intensificado por los sentidos que cobra forma gracias al poder de vuestra aura. La intensidad de la magia viene definida por el poder del aura. Vosotros tenéis un gran potencial interior. El Alquimista tiene razón: podríais convertirlos en los magos más poderosos que el mundo jamás ha conocido. Pero hay un problema.

Hécate dio unos pasos hacia delante. En esos momentos, la habitación había cobrado un poco de luminosidad y los mellizos enseguida advirtieron la figura de Hécate, que estaba en el centro de la estancia, sobre una maraña de raíces que parecían imitar una mano extendida en el suelo.

—Los humanos han aprendido a vivir sin sus sentidos. Vuestros cerebros filtran los datos como si vivierais rodeados de una densa niebla. Lo que puedo hacer es Despertar vuestros poderes adormecidos, pero el peligro, el verdadero peligro, reside en que sobrecarguéis vuestros sentidos. —Se detuvo y les preguntó —: ¿Estáis preparados para afrontar ese riesgo?

—Yo sí —respondió Sophie inmediatamente, antes de que su hermano pudiera quejarse. Le asustaba que, si su hermano soltaba una de sus ocurrencias, la diosa arremetiera contra él y le hiciera algo desagradable y letal.

La diosa se volvió hacia Josh.

Éste buscó a su hermana entre la penumbra. La luz verde le daba un aspecto enfermizo al rostro de Sophie. El Despertar iba a ser peligroso, puede que incluso mortal, pero no podía permitir que Sophie lo hiciera sola.

—Estoy preparado —respondió finalmente con tono desafiante.

—Entonces empecemos.

Capítulo 25

Dee esperó hasta que cada pájaro y felino desapareciera entre las tinieblas del Mundo de Sombras de Hécate para salir del coche y dirigirse hacia la puerta secreta que conducía al reino de la diosa. Senuhet, el criado de Bastet, se había apeado del coche minutos antes y había acompañado a su ama hacia el Mundo de Hécate con ansiedad y frenesí. Sin embargo, Dee no sentía entusiasmo alguno. Sabía de sobra que estar en primera línea de la batalla era una mala idea. Los soldados ubicados en la retaguardia eran los únicos con esperanzas de sobrevivir. Dee suponía que los guardias de Hécate se habrían congregado justo detrás de la puerta invisible y él no tenía intención alguna de ser el primero en atravesar la brecha. El doctor John Dee consideraba que eso no lo convertía en un cobarde, sino en un ser prudente. Y esa cautela lo había mantenido vivo durante muchos siglos. No obstante, no podía quedarse ahí para siempre, como un pasmarote, ya que sus crueles superiores esperaban que combatiera en el campo de batalla. El hombrecillo se colocó su abrigo de cuero de dos mil dólares sobre los hombros y se dirigió hacia la puerta, abandonando así una atmósfera matinal y adentrándose en un...

En un campo de batalla.

El doctor John Dee veía esbeltas siluetas por todas partes y ninguna de esas figuras era completamente humana.

Los pájaros de Morrigan habían alterado su aspecto al adentrarse en el Mundo de Sombras de Hécate. Habían adoptado la figura de un ser humano, pero no del todo. Habían cobrado la delgadez y la altura de Morrigan e incluso sus alas habían sufrido una transformación. Se habían estirado de tal forma que ahora se asemejaban a las de un murciélago. Estaban unidas a sus cuerpos, casi humanos, por una piel translúcida y en el extremo de cada una de ellas se encontraba una afilada garra. Sin embargo, había algo que no había cambiado: sus cabezas de pájaro.

Aún quedaban unos cuantos gatos repartidos por una manta de plumas negras. Ellos también se habían convertido casi en humanos al penetrar en el Mundo de Sombras y, como Bastet, habían conservado sus cabezas felinas. Sus zarpas eran una mezcla de las manos humanas y las garras de un gato y lucían unas uñas curvadas y muy afiladas. Los cuerpos de las criaturas de Bastet estaban cubiertos por una suave y fina pelusa de vello.

Al mirar a su alrededor, Dee no avistó ninguna señal que indicara que alguno

de los guardias de Hécate se había lanzado a la batalla. En ese instante, sintió un repentino escalofrío: ¿qué estaba protegiendo la diosa en el interior de su reino? Entonces buscó bajo su abrigo, extrajo su espada, que antaño había sido denominada *Excalibur*, y se puso en camino hacia el sendero que conducía al gigantesco árbol, que se alzaba entre la niebla matutina. El amanecer se reflejó en la ancestral espada negra y la tiñó de rojo sangre.

—Hombres-pájaro —susurró Scathach. Después, añadió una maldición en una antigua lengua celta que utilizaba en su juventud. Odiaba a los hombres-pájaro. Además, éstos le provocaban una terrible urticaria.

Scathach permanecía en la entrada del Yggdrasill. Desde ahí, contemplaba cómo las criaturas emergían del bosque y se adentraban en el reino de Hécate. La mitología de cada raza incluía historias y leyendas sobre hombres que se convertían en pájaros o sobre pájaros que se transformaban en criaturas medio humanas. Durante su longeva vida, Scatty se había tropezado con muchas y variopintas criaturas y una vez, siglos atrás, estuvo al borde de la muerte cuando luchó contra un Sirin, un búho con la cabeza de una atractiva mujer. Desde ese encuentro, Scathach fue alérgica a las plumas de pájaro. De hecho, ya comenzaba a notar ciertos picores en la piel y un hormigueo recorriéndole la parte trasera de la nariz. Las criaturas de Morrigan se movían torpemente, como seres humanos encorvados que arrastraban los nudillos de los dedos por el suelo. Eran guerreros de una calidad pésima, pero generalmente triunfaban gracias a la invencible fuerza de la cantidad de combatientes.

En ese instante aparecieron los hombres-gato de Bastet. Se movían con lentitud, a hurtadillas. Algunos caminaban a dos patas, pero la gran mayoría se deslizaba a cuatro patas. Scatty sabía que se encontraba frente a la base de las grandes leyendas que recorrían África y la India. A diferencia de los pájaros, los hombres-gato eran luchadores mortales: eran ágiles, veloces y sus afiladas garras eran capaces de hacer un daño terrible.

Scathach estornudó. También era alérgica a los gatos.

El peculiar ejército, de repente, se detuvo quizá porque sus miembros se sobrecogieron al observar el gigantesco y ancestral árbol o quizá, sencillamente, porque se desconcertaron al descubrir que sólo una guerrera permanecía a las puertas del árbol. Entonces se arremolinaron y, de pronto, como si todos obedecieran a una única orden, avanzaron formando una fila india un tanto alborotada.

La Guerrera giró la cabeza hacia un lado, después hacia el otro y volteó los hombros. De repente, sus dos espadas cortas aparecieron entre sus manos. Scathach alzó los brazos sobre su cabeza y dibujó una cruz con sus espadas.

Era la señal que los Torc Allta y los nathaires estaban esperando.

Aparentemente desde la nada, cientos de lagartos aterradoros se precipitaron del cielo, con el sol a sus espaldas, y se abalaron sobre el curioso ejército. Mientras descendían realizaban sorprendentes círculos y sus enormes alas producían gigantescas columnas de polvo arenoso que cegaba y confundía a pájaros y felinos. En ese instante los Torc Allta, que hasta entonces habían permanecido ocultos entre las altas hierbas y tras las enredadas raíces del Yggdrasill, emergieron de sus escondites y aparecieron en el campo de batalla. Mientras Scatty se apresuraba en penetrar en las profundidades de la casa, ésta percibía los ruidos de la batalla, que cada vez estaban más cerca y que se asemejaban a los que se escuchaba a la hora de comer en el zoológico de San Francisco.

—Se nos acaba el tiempo —gritó Scathach a Flamel mientras corría por el mareante pasillo.

—¿Cuántos hay? —preguntó Flamel con gravedad.

—Muchos —respondió Scatty. Hizo una pausa y después continuó—: Los Torc Allta y los nathaires no podrán retenerlos por mucho más tiempo.

—¿Y Morrigan y Bastet?

—No las he visto. Pero puedes estar seguro de que están en camino y cuando lleguen...

Scathach dejó la frase incompleta, pues si Hécate estaba entretenida despertando a los mellizos, no contaban con nada que pudiera enfrentarse a las dos Oscuras Inmemoriales.

—Vendrán —respondió Nicolas severamente.

Scatty se acercó a Flamel. Se habían conocido hacía más de tres siglos y pese a que ella era dos milenios mayor que él, ésta siempre lo había considerado como el padre que ya no lograba recordar.

—Coge a los mellizos y huid. Yo los contendré todo lo que pueda. Intentaré que ganéis todo el tiempo posible.

El Alquimista alargó la mano, la posó con delicadeza sobre el hombro de la Guerrera y apretó. Una diminuta burbuja de energía estalló entre ellos y ambos resplandecieron durante un instante.

Cuando Flamel habló, inconscientemente volvió al francés con el que se había desenvuelto a lo largo de su adolescencia.

—No, no haremos eso. Cuando abandonemos este lugar, lo haremos juntos. Necesitamos a los mellizos, Scatty. Y no sólo los necesitamos nosotros, sino el mundo entero. Estoy seguro de que sólo ellos podrán enfrentarse a los Oscuros Inmemoriales y evitar que logren su objetivo final y reclamen esta tierra.

Scatty miró de reojo el interior de la sombría habitación.

—Les estás exigiendo demasiado. ¿Cuándo piensas contarles toda la verdad?

—preguntó Scathach.

—En su debido momento... —comenzó.

—Pero el tiempo es un lujo que no nos podemos permitir —interrumpió Scathach—. Ya has empezado a envejecer. Lo noto en tu rostro y alrededor de los ojos. Además, tienes el cabello más canoso.

Flamel asintió.

—Lo sé. El hechizo de la inmortalidad se está desvaneciendo. Perenelle y yo comenzaremos a envejecer un año por cada día que pase sin que formulemos el conjuro de la inmortalidad. Si todo sigue su rumbo, pereceremos a finales del mes que viene. Pero para entonces, eso será lo de menos, pues si los Oscuros Inmemoriales triunfan, el mundo de los humanos dejará de existir.

—Intentemos asegurarnos de que eso no suceda.

Scatty le dio la espalda a Flamel, se sentó sobre el suelo con la espalda erguida, las piernas dobladas y los pies sobre los muslos. Había adoptado la posición del loto. Tenía los brazos extendidos y las palmas de las manos abrigaban las empuñaduras de las espadas que tenía colocadas sobre el regazo. Si los gatos o los pájaros irrumpían en el interior de la casa-árbol y lograban encontrar el pasillo que conducía a las entrañas del hogar de Hécate, tendrían que pasar por encima de Scathach para encontrar a la diosa, y la Guerrera no se lo pondría nada fácil.

Hécate le había entregado a Flamel un pequeño bastón fabricado a partir de una rama del Yggdrasill y, en ese momento, mientras lo sujetaba con ambas manos, el Alquimista se posicionó justo ante la puerta que conducía al aposento donde la diosa estaba Despertando el potencial de los mellizos. Si por casualidad algún invasor lograba esquivar la presencia de Scathach, se encontraría cara a cara con él. Scatty lucharía con sus espadas, con sus manos y con sus piernas, pero las armas que poseía Flamel eran potencialmente más destructivas. Levantó la mano y el espacio que lo rodeaba se llenó de un aire pesado que olía a menta, a la vez que su aura verde parpadeaba y centelleaba alrededor de su cuerpo. Aunque aún era poderoso, todo uso de magia lo debilitaba y le consumía su fuerza vital. Scatty tenía razón, había comenzado a envejecer. Ahora le dolían vagamente zonas que antes jamás le habían molestado. Incluso notaba que había perdido vista desde el día anterior. El uso de sus poderes era un factor que agilizaba el proceso de envejecimiento, pero estaba decidido a concederle a Hécate todo el tiempo que necesitara para Despertar el potencial de los mellizos. Se dio la vuelta y miró de reojo intentando penetrar en las tinieblas de la habitación. ¿Qué estaría ocurriendo ahí dentro?

—Empezaremos con el mayor —anunció Hécate.

Sophie sintió cómo su hermano inhalaba profundamente para protestar, pero

rápidamente lo agarró de la mano y lo apretó con tanta fuerza que incluso pudo sentir los huesos restallando. Josh respondió con una patada en el tobillo.

—Es una tradición —continuó la diosa—. Sophie... —Hizo una pausa y después añadió—: ¿Cómo se apellida vuestra familia? ¿Cómo se llaman vuestros padres?

—Newman... Mi madre se llama Sara y mi padre Richard.

Le resultaba extraño llamar a sus padres por su verdadero nombre y no por mamá y papá.

La luz verde se inmiscuía entre las junturas de la puerta, de forma que los mellizos podían visualizar la sombra de Hécate que contrastaba con las resplandecientes paredes. Aunque su rostro permanecía oscuro entre las penumbras de la habitación, el resplandor verde se reflejaba en sus ojos, otorgando así un aspecto cristalino a su mirada. Alargó la mano y colocó la palma sobre la frente de Sophie.

—Sophie, hija de Sara y Richard, del Clan Newman, de la raza humana...

Al principio sus palabras eran comprensibles, pero después comenzó a vocalizar una lengua lírica y melódica anterior a la propia humanidad. Mientras hablaba, el aura de Sophie comenzó a brillar y una luz plateada y brumosa perfiló su cuerpo. Una bocanada de aire fresco rozó la piel de Sophie y en ese preciso instante ésta se dio cuenta de que ya no escuchaba a Hécate. Veía cómo la diosa movía los labios, pero no lograba entender las palabras que pronunciaba, pues sólo percibía los sonidos que ella misma producía, como el aire entrando y saliendo por la nariz, la sangre que le recorría las orejas y el latido sólido de su corazón en el pecho. Sentía una leve presión en las sienes, como si su cerebro estuviera ensanchándose dentro de su cabeza, además de un dolor que le recorrió toda la espina dorsal y se extendió por todos los huesos de su cuerpo.

En ese momento la habitación comenzó a iluminarse. Hécate, que ahora parecía mayor, seguía siendo invisible pero su contorno se perfilaba gracias a varios destellos de luz. De repente, Sophie se dio cuenta de que estaba contemplando el aura de la diosa. Sophie veía cómo las luces se distorsionaban y formaban espirales alrededor del brazo de Hécate y cómo fluían hacia sus dedos. Entonces, sintió un sobresalto hormigueante, notó cómo el aura le penetraba literalmente la cabeza. Durante un instante, Sophie se sintió mareada, desorientada y después, a pesar del zumbido de los oídos, escuchó las palabras de Hécate que, al parecer, tenían cierto sentido.

—Yo Despierto este terrible poder oculto en tu interior... —La diosa deslizó sus manos por el rostro de Sophie. Sophie sintió que el roce de Hécate era ardiente como el fuego y gélido como el hielo—. Éstos son los sentidos que los humanos abandonaron —continuó Hécate.

Entonces presionó levemente los ojos de Sophie con los pulgares.

—Ver con agudeza...

La visión de Sophie floreció y el tenebroso aposento se iluminó de forma que distinguía cada sombra con todo lujo de detalles. Podía apreciar cada hilo y cada puntada del vestido de Hécate, lograba diferenciar cada uno de los cabellos que conformaban la cabellera de la diosa e incluso podía percibir cada una de las arrugas que le aparecían en el rabillo de los ojos.

—Oír con claridad...

Fue como si le hubieran extraído un algodón del oído. De repente, Sophie podía *escuchar*. Era como la diferencia que sentía al escuchar música por los auriculares de su iPod y después escuchar la misma canción en la minicadena de su habitación. Ahora, en el aposento, sentía que cada sonido se había magnificado e intensificado: el resollar de la respiración de su hermano por las aletas de la nariz, los suaves chirridos que producía el árbol sobre sus cabezas y el arañar de las criaturas invisibles que se deslizaban por las raíces del árbol. Y si inclinaba un poco la cabeza alcanzaba a escuchar los lejanos ruidos de la batalla: los alaridos de los pájaros, los maullidos de los gatos y los bramidos de los jabalíes.

—Saborear con pureza...

Las yemas de los dedos de Hécate rozaron los labios de Sophie. Sophie sintió un cosquilleo en la lengua. Se humedeció los labios y encontró restos de fruta que había ingerido antes. También descubrió que verdaderamente podía saborear el aire, que tenía un sabor a tierra y a pureza, e incluso lograba distinguir las diminutas gotas de agua que circulaban por la atmósfera.

—Sentir con sensibilidad...

De repente la piel de Sophie cobró vida propia. Las diferentes texturas que le rozaban la piel, el algodón de su camiseta, la rígida tela vaquera de sus pantalones tejanos, la cadena de oro con su signo del zodiaco como colgante alrededor del cuello y sus cálidos calcetines de algodón le producían unas sensaciones diferentes.

—Oler con intensidad...

En efecto, Sophie casi se cae de bruces con la repentina explosión de aromas y esencias que la invadieron: el olor a especias del mundo de Hécate, los empalagosos y terrosos aromas que la rodeaban, el desodorante veinticuatro horas de su hermano, que claramente no funcionaba, la supuesta gomina sin perfume que se ponía Josh y la pasta de dientes con sabor a menta que había utilizado horas antes.

El aura de Sophie comenzó a resplandecer y una bruma plateada se elevó de la piel de Sophie como la niebla de la superficie de un lago. Rodeaba a Sophie dibujando un óvalo pálido. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás. Colores, olores y sonidos la estaban abrumando, pues eran los más brillantes, los más intensos y los más agudos que jamás había experimentado. El efecto de sus realzados sentidos rozaba el dolor. No, no rozaba el dolor, era el dolor mismo. La lastimaba. La cabeza le daba mil vueltas, los huesos le dolían e incluso le escocía

la piel. Todo rozaba su propio límite. Sophie volvió a inclinar la cabeza y entonces, como si se hubieran puesto de acuerdo, los brazos se expandieron de repente... Un segundo más tarde, el cuerpo de Sophie se elevó unos diez centímetros del suelo.

—¿Sophie? —susurró Josh incapaz de esconder el terror en su voz—. Sophie...

Su hermana, abrigada por un ondulado resplandor plateado, estaba flotando en el aire ante él. La luz de su cuerpo era tan intensa que, de hecho, el efecto que producía en la habitación circular era como si estuviera pintada en sombras plateadas y negras. En realidad, parecía una escena sacada de una película de terror.

—No la toques —ordenó Hécate bruscamente—. Su cuerpo está intentando asimilar la ola de sensaciones. Éste es el momento más crítico de todo el proceso.

A Josh se le secó la boca y de repente le pareció que la lengua era demasiado grande para el tamaño de su boca.

—Crítico... ¿A qué te refieres con crítico?

Una pequeña lucecita se le encendió en la mente y entonces sintió que todos sus miedos estaban a punto de hacerse realidad.

—En la mayoría de los casos, el cerebro no puede hacer frente a las nuevas sensaciones después del Despertar.

—¿En la mayoría de los casos? —murmuró horrorizado.

—En casi todos los casos —respondió Hécate. Josh logró percibir una nota de arrepentimiento en su voz—. Por eso yo no era muy entusiasta al respecto.

Entonces Josh pronunció la pregunta cuya respuesta no quería saber.

—¿Qué pasa?

—El cerebro se apaga, literalmente. La persona cae en un coma profundo del que jamás se despierta.

—¿Y Flamel sabe que esto puede ocurrir? —preguntó Josh mientras sentía cómo la ira le surgía desde la boca del estómago.

Josh sintió náuseas. El Alquimista sabía que el Despertar podía, con toda probabilidad, enviarlo a él y a su hermana a un coma profundo y aun así había decidido seguir adelante con todo el proceso. La rabia le ardía por dentro, impulsada en parte por el miedo y por una terrible sensación de traición. Él había creído que Flamel era su amigo, pero se había equivocado.

—Por supuesto —respondió Hécate—. Nicolas os dijo que corríais ciertos peligros, ¿no es cierto?

—Sí, pero no nos contó toda la verdad —respondió Josh.

—Nicolas Flamel jamás revela toda la verdad a nadie.

Un lado del rostro de Hécate estaba alumbrado por la luz plateada que irradiaba Sophie y el otro estaba cubierto por una sombra negra. De repente, las

ventanas de la nariz de la diosa se abrieron y abrió los ojos de par en par. Entonces alzó la mirada y observó el techo de raíces.

—No —vocalizó mientras jadeaba—. ¡No!

Sophie también abrió los ojos y en ese mismo instante gritó:

—¡Fuego!

—¡Están quemando el Árbol del Mundo! —aulló Hécate.

La cara de Hécate se retorció y se convirtió en una máscara feroz. Empujando a Josh hacia un lado, salió disparada hacia el pasillo, dejándolo a solas con la que una vez fuera su hermana melliza. Josh miraba a la jovencita que levitaba ante él y se sentía inseguro, incluso temeroso de tocarla. Todo lo que sabía era que por primera vez en sus vidas eran personas diferentes de un modo que aún no había comenzado a comprender.

Capítulo 26

Enemos que irnos —ordenó Nicolas Flamel mientras agarraba a Josh por el hombro, lo sacudía y lo devolvía a la realidad.

Josh se volvió hacia el Alquimista. Las lágrimas le recorrían las mejillas, pero Josh ni tan siquiera se daba cuenta.

—Sophie... —susurró.

—Se pondrá bien —contestó Nicolas con firmeza.

En el pasillo resonaban los ecos de gritos y del repiqueteo de las armas mezclados con los bramidos humanos y los ruidos de animales. Pero sobre todos los sonidos, el que se percibía con más claridad era la carcajada de satisfacción de Scathach. Flamel alcanzó a Sophie, quien continuaba levitando a unos diez centímetros del suelo. Cuando Nicolas la rozó con la mano, inmediatamente su propia aura comenzó a resplandecer con una luz verde.

Con cuidado, el Alquimista intentó volverla a colocar en el suelo. En cuanto los pies de la jovencita tocaron el suelo sucedió algo extraño, como si el cuerpo de Sophie hubiera perdido toda su fuerza. Afortunadamente, Nicolas pudo cogerla antes de que ésta cayera desplomada e inconsciente sobre el suelo.

De inmediato, Josh se abalanzó hacia su hermana. Empujó a Flamel, lo alejó de Sophie y la estrechó entre sus brazos. El aura de Sophie, que iba perdiendo intensidad de forma gradual, lanzaba una crepitante energía que se clavaba en la piel de Josh, pero éste ni siquiera se molestó en mirar los pequeños quemazones que le había causado la energía de su hermana. Cuando alzó la cabeza para mirar a Flamel, su rostro parecía una máscara que sólo reflejaba ira.

—Lo sabías —lo acusó—, sabías que esto era muy peligroso. Mi hermana podría haber caído en un coma profundo.

—Sabía que eso no ocurriría —respondió Nicolas con tranquilidad y agachándose junto a Josh—. Su aura, y la tuya, son muy poderosas. Sabía que los dos sobreviviríais. Jamás os habría expuesto a un peligro de forma deliberada, te lo prometo.

Entonces Nicolas alargó la mano para alcanzar la muñeca de Sophie y comprobarle el pulso, pero Josh enseguida le apartó la mano. Josh no le creía. Quería creerlo, pero por alguna razón las palabras de Flamel no sonaban a verdad.

Ambos se sobresaltaron al escuchar el maullido agonizante de un hombre-gato al otro lado de la puerta. Un segundo más tarde, la voz de Scatty

irrumpió.

—De verdad, deberíamos irnos. ¡Y éste sería un momento perfecto!

El olor a madera quemada cada vez era más intenso y diminutos zarcillos de humo grisáceo comenzaron a deslizarse por las raíces que conformaban el techo del aposento.

—Tenemos que irnos. Hablaremos sobre esto más tarde —indicó Flamel firmemente.

—Puedes estar seguro de que así será —prometió Josh.

—Te ayudaré a cargarla —se ofreció Nicolas.

—Puedo hacerlo solo, gracias —contestó Josh mientras recogía a su hermana del suelo con ambos brazos. No estaba dispuesto a confiar a su hermana a nadie más. Al alzarla, Josh se sorprendió de que su hermana fuera tan liviana. En esos momentos, agradecía los duros meses que pasó jugando a fútbol, pues habían hecho de él una persona más fuerte de lo que, a simple vista, parecía.

Flamel cogió el pequeño bastón que había dejado apoyado contra la pared y comenzó a describir círculos en el aire. La punta del bastón se iluminó de verde y mientras Flamel dibujaba las circunferencias éste iba dejando tras de sí una estela de humo verde esmeralda.

—¿Preparado? —preguntó Flamel.

Josh, que sujetaba a su hermana fuertemente contra el pecho, asintió con la cabeza.

—Pase lo que pase, veas lo que veas, no te detengas, no mires atrás. Todo lo que se encuentra tras esta puerta no dudará ni un instante en matarte.

Josh siguió a Flamel y cruzó la puerta... Inmediatamente se detuvo, sobrecogido. Scatty permanecía en medio del angosto pasillo moviendo sus dos espadas con tal agilidad y rapidez que a Josh le era imposible distinguirlas. Tras las espadas, un ejército de algunas de las criaturas más aterradoras que jamás había visto se agolpaba en el pasillo. Josh esperaba ver monstruos, pero jamás se había imaginado que existieran criaturas aún más estremecedoras que los propios monstruos. Esas criaturas no eran ni bestias ni seres humanos, sino una mezcla de ambos. Seres humanos con cabeza de gato gruñían y amenazaban a Scatty mientras las espadas de la Guerrera hacían saltar chispas de sus garras. Otras criaturas, con cuerpos humanos pero con picos alargados como los de los cuervos, se acercaban a Scathach para intentar apuñalarla con sus afilados aguijones.

—Scatty... ¡Agáchate! —gritó Flamel.

Sin esperar a comprobar que verdaderamente Scathach lo hubiera oído, Nicolas agarró por el brazo a Josh y apuntó hacia delante con el pequeño bastón. De repente, su aura verde resplandeció y el aire se perfumó con el amargo aroma de la menta. Una luz envuelta por una esfera de color esmeralda irradiaba desde la punta del bastón. De forma casi imperceptible, el bastón emitió un

disparo. Scatty apenas logró agacharse antes de que la bola chisporroteara por el aire y se deshiciera en mil pedazos al golpear contra el techo de raíces, justo encima de su cabeza. Dejó una marca brillante, una especie de mancha... Pero rápidamente ésta comenzó a gotear y a verter un líquido viscoso de color verde. Era una desgarrada cabeza de gato atigrado que se había empotrado contra la puerta. Tenía la boca abierta y a través de ella se podían ver unos deslumbrantes y afilados colmillos blancos. El felino había reconocido de inmediato la presencia de Scatty y la había intentado embestir. Lo que no sabía era que instantes más tarde su cabeza estaría rociando el suelo de espesas gotas verdes. La criatura, de cuerpo humano y cabeza felina, se volvió loca. Se abalanzó hacia el pasillo y comenzó a atacar a todo ser que se cruzara en su camino. Un hombre-pájaro se atrevió a asomarse por la puerta de la habitación y la luz verde lo consumió, literalmente. Sus alas negras se derritieron en cuestión de segundos convirtiéndose así en lágrimas negras y la criatura se desvaneció con un graznido espeluznante. Josh se percató de que pese a que la luz verde, que tenía la misma consistencia que la miel, hacía arder a las criaturas, ésta no tenía efecto alguno en la madera. Sabía que debería estar prestando más atención a lo que estaba sucediendo a su alrededor, pero inevitablemente centraba todo su interés en su hermana melliza, quien respiraba muy deprisa y tras cuyos párpados se podían intuir unos ojos que no cesaban de danzar.

Scatty se levantó y salió disparada hacia Flamel y Josh.

—Estoy impresionada, de veras —murmuró—. No sabía que podías hacer eso.

Flamel movía el bastón como si fuera una batuta.

—Concentra mi poder.

Scatty miró a su alrededor.

—Aparentemente, estamos atrapados.

—Hécate se fue por allí —informó Nicolas mientras se volvía hacia la derecha y señalaba hacia lo que parecía una impenetrable barrera de raíces enredadas—. Vi cómo salía corriendo de la habitación y atravesaba eso.

Entonces se acercó a ese pequeño bosque de raíces y alargó el brazo. Sorprendentemente, el antebrazo de Nicolas Flamel pareció desaparecer.

—Yo pasaré primero —declaró Scatty.

Josh se fijó en que aunque Scathach había estado luchando contra criaturas mortíferas, ésta no tenía ni un solo rasguño y ni siquiera se le había movido un cabello de su sitio. De hecho, ni siquiera había alterado su ritmo respiratorio. Pero si verdaderamente era un vampiro, quizá no necesitara respirar, pensó Josh. Scatty salió disparada y justo antes de atravesar la barrera de raíces colocó sus dos espadas cruzadas en el pecho.

Flamel y Josh se miraron mutuamente antes de que ésta desapareciera entre las raíces. Un instante más tarde, Scatty asomó la cabeza por la que aparentaba

ser una sólida maraña de raíces.

—Despejado.

—Yo iré a la retaguardia —informó Flamel mientras se apartaba y dejaba el camino libre a Josh—. Yo me encargaré de lo que intente seguirnos.

Josh asintió con la cabeza, poco dispuesto a hablar con Flamel. Aún estaba furioso con el Alquimista por haber puesto en peligro la vida de su hermana, pero a su vez, reconocía que éste estaba luchando a capa y espada por ellos, y que también se había puesto en peligro en más de una ocasión para protegerlos.

El joven se acercó a la pared cubierta de raíces retorcidas y tierra hacinada, cerró los ojos... y la atravesó. Durante una fracción de segundo sintió un frío húmedo y después, al abrir los ojos, se encontró con la figura de Scathach ante él. Se hallaba en una habitación de techo bajo y bastante estrecha recubierta, de cabo a rabo, por nudos de raíces enredadas.

Matas de musgo verde dejaban filtrar rayos de luz también verde que otorgaba a la estancia una iluminación tenue de forma que Josh veía perfectamente a Scathach, que se encontraba al fondo de la habitación, dando pasos un tanto vacilantes rumbo a la penumbra más tenebrosa. Scatty tenía inclinada la cabeza hacia un lado pero antes de que Josh le preguntara qué estaba escuchando, Flamel cruzó la pared secreta. Nicolas traía una amplia sonrisa dibujada en su rostro y la punta de su bastón desprendía un humo verdoso.

—Eso debería detenerlos durante un buen rato.

—Vamos —ordenó Scatty cuando vio aparecer al Alquimista.

La escalera era tan angosta que Josh se vio obligado a caminar de lado, como un cangrejo, con la cabeza agachada y manteniendo a Sophie cerca de su cuerpo para evitar que se golpeará la cabeza o las piernas contra las ásperas paredes de madera. Comprobaba el terreno antes de dar cada paso, pues no quería caerse y dejar ir a su hermana por los peldaños de la escalera. De pronto, Josh se percató de que esos peldaños estaban tallados entre la parte exterior e interior de la corteza del descomunal árbol. Josh no podía evitar preguntarse si un árbol del tamaño del Yggdrasil podría esconder pasadizos secretos, habitaciones ocultas, aposentos desconocidos y escaleras perdidas en el olvido. Finalmente se convenció de que el árbol contenía todo eso. ¿Sabía Hécate la posición exacta de cada una de esas cosas? Josh no podía parar de cuestionarse todo lo que veía a su alrededor. ¿Quién habría construido esa escalera? Por alguna razón, Josh no se imaginaba a la diosa tallando a mano cada peldaño de la escalera a partir de la corteza.

A medida que iban ascendiendo, el amargo olor a madera quemada y el aterrador sonido de la batalla se iban haciendo más intensos y evidentes. Los maullidos de los gatos se transformaban en alaridos humanos, los graznidos de los pájaros, que eran verdaderamente escalofriantes, se entremezclaban con los ruidos de los jabalíes y los siseos de los nathaires. Ahora que ya no estaban bajo

tierra, el calor y el humo se intensificaron y todos comenzaron a escuchar otro sonido... un gemido grave y profundo.

—Debemos darnos prisa. —La voz de Scathach salió de las penumbras—. De verdad, debemos darnos prisa... —En cierto modo, la tranquilidad forzada que se desprendía del tono de voz de la Guerrera asustó mucho más a Josh que si ésta hubiera gritado—. Cuidado, estamos a punto de llegar a una brecha. Ahora nos encontramos al final de una raíz, que está a unos treinta metros del tronco principal del árbol. Así que estamos bastante lejos de la batalla —añadió.

Josh dobló una esquina y se topó con la figura de Scatty bañada por los rayos matutinos del sol que iluminaban una cortina de vides a sus espaldas. La Guerrera se dio la vuelta. La luz solar iluminaba su cabello rojizo dotándolo de unos matices dorados a la vez que recorría los filos de sus espadas. En ese instante, Scathach parecía una ancestral y aterradora guerrera, y, en verdad, eso era. Los diversos ruidos de la batalla llenaban la atmósfera que los rodeaba, pero sobre todos éstos reinaba uno, un gemido que parecía vibrar desde lo más profundo de la tierra.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Josh.

—El llanto del Yggdrasil —respondió Scatty—. Los enemigos de Hécate han prendido fuego al Árbol del Mundo.

—Pero ¿por qué?

Josh consideraba la idea horripilante. Ese árbol ancestral, y aún con vida, no había hecho daño a nadie, pero ese acto lo ayudaba a hacerse una idea sobre el desprecio que sentían los Oscuros Inmemoriales contra el mayor de los valores: la vida.

—Los poderes de Hécate están unidos al árbol de manera inextricable. Su magia hizo que el árbol cobrara vida y la fuerza vital de la planta la mantiene con fuerza. Creen que si lo destruyen, acabarán también con ella.

Flamel, jadeante, subió unos peldaños para estar más cerca de Josh. El alargado rostro del Alquimista había cobrado un color rojizo y estaba empapado de sudor.

—Estoy envejeciendo —dijo con una sonrisa irónica. Después se volvió hacia Scatty—. ¿Qué plan tenemos?

—Sencillo —explicó ella—, tenemos que salir de aquí lo antes posible.

Entonces se detuvo e hizo girar una de sus espadas en la mano izquierda, de forma que la hoja quedaba apoyada sobre su antebrazo. Entonces señaló con el puño hacia el lado opuesto. Flamel y Josh la rodearon y asomaron sus cabezas por la cortina de vides. Al otro lado, el doctor John Dee se movía cautelosamente entre la maleza. Las hojas de sus espadas con empuñaduras de cuero negro que enarbolaba en ambas manos brillaban por el resplandor del sol y desprendían una luz azul cegadora.

—Dee —comenzó Flamel—. Jamás en mi vida me había imaginado que

algún día me alegraría de verlo. Son unas noticias excelentes.

Scatty y Josh lo miraron perplejos.

—Dee es humano, lo que significa que ha llegado hasta aquí con un medio de transporte también humano —explicó el Alquimista.

—En coche —continuó Scatty, mostrando su acuerdo con Nicolas—. Un coche que, seguramente, habrá dejado aparcado fuera del Mundo de Sombras.

Josh estaba a punto de preguntarle a Scathach cómo sabía si había dejado el coche aparcado fuera del reino de Hécate, pero él mismo encontró la respuesta.

—Porque sabía que si entraba aquí en coche, se le agotaría la batería.

—Mira —murmuró Scatty.

Entonces avistaron a uno de los gigantescos Torc Alltas en su forma de jabalí emerger de la maleza detrás de Dee. Aunque mantenía su figura de bestia, se alzó y se mantuvo erguido apoyándose únicamente en sus dos patas traseras. Cuando al fin estuvo en pie, la figura le sacaba, al menos, tres cabezas al doctor John Dee.

—Va a matarlo... —susurró Josh.

La espada de Dee comenzó a irradiar una luz azul brillante y el hombrecillo se dio la vuelta y se abalanzó sobre el Torc Allta a la vez que dibujaba arcos con su espada. El repentino movimiento debió de sorprender a la criatura, pero al parecer logró esquivar el filo de la espada. De pronto, la criatura se congeló. Allí donde la espada le había rozado se había formado una delgada vaina de hielo que crecía en el brazo de la bestia mientras centenares de diminutos cristales resplandecían por los rayos matutinos del sol. El hielo cubría el pecho del Torc Allta y fluía hacia abajo, congelando así sus gigantescas piernas, y hacia arriba, helando sus hombros y la cabeza. En cuestión de segundos la criatura estaba encajonada en un bloque de hielo azul. Dee se levantó del suelo, se sacudió el abrigo y después, sin previo aviso, golpeó con la empuñadura de su espada el cristal que él mismo había creado. El bloque de hielo se despedazó en millones de trocitos tintineantes que contenían los minúsculos fragmentos del Torc Allta.

—Es una de las espadas elementales —remarcó Scatty con severidad—. *Excalibur*, la Espada del Hielo. Se perdió siglos atrás, cuando Artorius falleció y la arrojaron al lugar de donde había salido: el lago.

—Al parecer el doctor la encontró —susurró Flamel.

En ese instante, Josh descubrió que ni siquiera se sorprendía al saber que Arturo había sido un personaje de carne y hueso. De hecho, sólo se preguntaba quién más había existido realmente.

Todos observaron con cautela cómo Dee se apresuraba en adentrarse otra vez en la maleza y se dirigía hacia el otro lado del gigantesco árbol, de donde provenían los sonidos de la batalla. En esos momentos el olor a humo se había intensificado. Entre acre y amargo, el aroma envolvía el árbol trayendo consigo el tufo de lugares lejanos y especias ya inexistentes. La madera crujía y

chirriaba, la savia hervía y burbujeaba y el grave sonido que nacía de su interior hacía que todo el árbol temblara.

—Despejaré el camino —anunció Scatty antes de salir disparada hacia las vides.

Una fracción de segundo más tarde, un trío de hombres-pájaro se acercó volando hacia ella, seguido de dos hombres-gato que se desplazaban a cuatro patas.

—¡Tenemos que ayudarla! —exclamó Josh desesperado. Sin embargo, no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo.

—Es Scathach. No necesita nuestra ayuda —interrumpió Flamel—. Ella los alejará de nosotros primero...

Scathach corrió hacia la maleza, deslizándose ágilmente y sin hacer ningún ruido, a pesar de que llevaba puestas sus pesadas botas. Los pájaros y los felinos siguieron sus pasos.

—Ahora se apoyará contra algo, de forma que sólo puedan atacarla de un único lado. Entonces se dará la vuelta y se enfrentará a todos ellos.

Josh contemplaba con atención cómo Scathach se daba la vuelta, apoyaba su espalda en un roble y se enfrentaba a los atacantes. Los felinos fueron los primeros en embestir, con sus afiladas garras apuntando directamente hacia ella. Pero las espadas de Scathach eran más rápidas, así que de un golpe magistral hizo añicos las flamantes garras. Un hombre-pájaro se acercó entonces sigilosamente a la Guerrera, sobrevolando casi a ras del suelo y agitando las alas con las zarpas al descubierto. Scatty lanzó al suelo la espada que sujetaba en su mano izquierda, agarró por la muñeca a la criatura y tiró de ella con todas sus fuerzas hasta arrancársela. Después, la arrojó a los dos felinos, que no paraban de maullar. Instintivamente, el pájaro se abalanzó en picado hacia los gatos de forma que, finalmente, las tres criaturas terminaron luchando entre sí. Los dos hombres-pájaro restantes se lanzaron hacia los gatos produciendo unos graznidos espeluznantes.

Scatty recogió la espada del suelo y la utilizó para hacer señas a Flamel y a Josh.

Flamel le dio un par de palmaditas en la espalda a Josh para animarlo.

—Vamos. Ve hacia Scathach.

Josh se volvió para mirar al Alquimista.

—¿Y tú?

—Yo esperaré un momento. Después continuaré y te protegeré.

Pese a que Josh sabía que Nicolas los había puesto en grave peligro antes, ya no le cabía la menor duda de que el Alquimista le cubriría las espaldas.

Josh asintió, se dio la vuelta, salió disparado por la cortina de vides y corrió hacia donde se encontraba Scathach sin dejar de sujetar a su hermana fuertemente contra el pecho. Lejos del cobijo que les había dado antes el árbol,

el ruido de la batalla era increíble: aullidos verdaderamente espantosos. Sin embargo, Josh decidió concentrarse en la tierra que pisaba, en las raíces que crecían bajo sus pies o en otras irregularidades del terreno que le podían hacer tropezar en cualquier momento. En sus brazos, Sophie comenzaba a despertarse, pues estaba parpadeando y se movía. Josh la estrechó contra su cuerpo.

—No te muevas —aconsejó Josh rápidamente, aunque no sabía si su hermana podía oírlo.

Josh cambió de dirección y torció a mano derecha, alejándose así de las criaturas que continuaban forcejeando entre ellas. En ese instante, Josh se percató de que cuando las criaturas se hallaban terriblemente heridas, recobraban su forma original y se convertían en pájaros y en gatos. De repente, dos felinos, que parecían perplejos, y tres desplumados cuervos levantaron sus cabezas de la maleza y lo vieron correr a toda prisa. Josh escuchaba los acelerados pasos de Flamel tras él e incluso lograba percibir el olor a menta en el aire matutino mientras el Alquimista ejercía su magia.

Le faltaban diez o quince pasos para llegar hasta donde estaba Scatty y Josh sentía que una vez llegara hasta ella ya estarían a salvo. Cuando al fin la alcanzó, tuvo tiempo de ver cómo sus ojos verdes se llenaban de horror. Pese a la advertencia de Flamel, Josh no pudo evitar volverse y mirar hacia atrás por encima de su hombro. Tras él una esbelta mujer con la cabeza y las garras de un majestuoso felino que lucía los trajes típicos del antiguo Egipto dio un salto de unos seis metros y aterrizó sobre la espalda de Nicolas Flamel, arrojándolo al suelo. La mujer extendió una garra curvada como una hoz y cortó el bastón del Alquimista en dos pedazos. Después, la criatura echó la cabeza hacia atrás, siseó y escupió con aire triunfante.

Capítulo 27

Cuatro guardias, de poca envergadura, vestidos de arriba abajo con ropajes de cuero negro y con el rostro escondido bajo un oscuro casco de bicicleta, sacaron a Perenelle Flamel de su diminuta celda subterránea. Perenelle no sabía a ciencia cierta si los guardias eran humanos, pues de hecho, no lograba detectar ni una pizca de su aura, ni un latido, ni siquiera la respiración de esas figuras. Cuando la rodearon, captó un leve indicio de que se trataba de algo viejo y muerto, como huevos podridos o fruta pasada. Así que pensó que podían ser simulacros, que eran unas criaturas artificiales que crecían en una especie de tinajas llenas de un líquido putrefacto que burbujeaba. Perenelle sabía que Dee siempre había sentido una cierta fascinación por la idea de crear sus propios adeptos, así que había pasado décadas experimentando con golems, simulacros y homúnculos.

Sin pronunciar palabra y realizando gestos incomprensibles, las cuatro figuras la acompañaron hasta la puerta de la celda y después la condujeron por un angosto pasillo, en el que alumbraba una luz muy tenue, que parecía no tener fin. Deliberadamente, Perenelle se deslizaba con lentitud para poder ganar tiempo, con el fin de reunir todas sus fuerzas y así captar todas sus impresiones del lugar. Jefferson Miller, el fantasma del guardia, le había dicho que se hallaba en el sótano de Empresas Enoch, al oeste de Telegraph Hill, muy cerca de la famosa torre Coit. Perenelle tenía la certeza de que se encontraba en un lugar bajo tierra, pues las paredes estaban cubiertas de humedades y el aire era tan frío que cada vez que ésta respiraba se formaba una columna de vaho blanco ante su rostro. Ahora que había logrado salir de la celda y estaba lejos de los hechizos y encantamientos que ésta contenía, Perenelle comenzaba a sentir cómo recuperaba su fuerza y energía. Desesperadamente, Perenelle intentaba pensar en un conjuro que pudiera utilizar contra los guardias, pero el contacto que tuvo con el fantasma del señor Miller la había dejado exhausta. Además, tenía un dolor de cabeza que le martilleaba detrás de los ojos y que le dificultaba la concentración.

De repente, una borrosa silueta apareció justo delante de ella. La respiración de Perenelle, que creaba diminutas nubes en el aire, había contribuido a que la fantasmagórica figura cobrara la forma de un rostro.

Perenelle miró a sus guardias, que la rodeaban por ambos lados, pero ninguno reaccionó. Así que inspiró hondo, mantuvo la respiración durante unos segundos

para que su cuerpo aclimatara el aire que acababa de inspirar y después lo expulsó con una larga y lenta exhalación. Un rostro conocido se formó en la neblina blanca: la cara de Jefferson Miller, el fantasma del guardia de seguridad.

Perenelle frunció el ceño, pues el espectro debería de haberse esfumado ya. Ano ser... Ano ser que él hubiera vuelto para decirle algo.

¡Nicolas!

Inmediatamente, Perenelle supo que su marido estaba en peligro. Volvió a llenar sus pulmones de oxígeno y aguantó el aire en ellos. Estaba concentrada en su marido, Nicolas, y lograba verlo gracias al ojo de su mente. Veía su rostro alargado con una expresión desesperada, sus ojos pálidos y su cabello corto, casi rapado. Perenelle esbozó una sonrisa al recordar que cuando éste era joven, su cabello, grueso y oscuro, era más largo que el suyo. En aquel entonces siempre lo llevaba recogido en una coleta que se deslizaba por la espalda y atado con un lazo de terciopelo púrpura. Entonces expulsó el aire y una nube blanca dibujó, otra vez, el rostro de Jefferson Miller. Perenelle miraba fijamente los ojos del fantasma, y ahí, reflejado en sus pupilas, podía ver a su marido atrapado entre las zarpas de una diosa de cabeza felina.

De repente, la rabia y el terror se apoderaron de Perenelle y repentinamente el dolor de cabeza y el agotamiento se desvanecieron. Su cabellera negra con mechas plateadas se elevó, alejándose así de su cabeza, como si estuviera soplando una ventisca, y destellos azules y blancos de energía estática chisporrotearon por sus cabellos. Entonces, su blanca aura nivea comenzó a resplandecer alrededor de su cuerpo como una segunda piel. Ya era demasiado tarde cuando los guardias se dieron cuenta de que algo estaba sucediendo. Intentaron alcanzarla, pero en cuanto sus manos rozaban el aura que abrigaba a la hechicera, sus cuerpos salían catapultados, como si hubieran recibido una descarga eléctrica. Incluso un guardia se atrevió a abalanzarse hacia Perenelle, pero antes de que éste pudiera poner un dedo sobre ella, el aura se encargó de atraerlo y propulsarlo hacia la pared con suficiente fuerza como para partir en dos pedazos el casco de motocicleta que le protegía la cabeza. La figura resbaló por la pared, con los brazos y las piernas completamente dislocados. Cuando Perenelle se fijó en su rostro se dio cuenta de que, tal y como había supuesto, las criaturas eran simulacros. Sin embargo, la que se deslizaba por la pared estaba inacabada, pues la cara y la cabeza eran sólo carne: no tenía ni cabello, ni ojos, ni nariz, ni boca, ni orejas.

La hechicera corrió por el pasillo y sólo se detuvo al llegar a la altura de un charco de lodo un tanto resbaladizo. Se puso de cuclillas ante el charco, se concentró y rozó el agua turbia con los dedos índice y meñique. El aura comenzó a echar chispas cuando Perenelle tocó el líquido. El mugriento líquido hirvió brevemente y después se convirtió en agua transparente. Perenelle se percató de que allí se reflejaba la escena que durante un instante había vislumbrado en los

ojos del fantasma. Su marido se hallaba desplomado bajo las garras de Bastet. Detrás de ella, Scatty intentaba esquivar los constantes ataques de gatos y pájaros, mientras Josh estaba apoyado contra un árbol sosteniendo en una mano una rama como si se tratase de un bate de béisbol, intentando golpear a cualquiera que intentara acercarse a él. Sophie permanecía recostada bajo sus pies, casi inmóvil, parpadeando confundida.

Perenelle miró hacia un lado y otro del pasillo. Podía escuchar ruidos en la distancia y pasos sobre piedras sólidas. Los guardias se estaban acercando. Podía echar a correr y esconderse o combatir contra los guardias, pues aún le quedaba algo de fuerza. Pero ninguna de las dos cosas ayudaría a su marido y a los mellizos.

Perenelle volvió a mirar en el charco. Un tanto lejos, lograba vislumbrar a Hécate resistiendo el ataque de Morrigan, el de sus pájaros y el de los gatos de Bastet. También había reconocido la silueta de Dee deslizándose tras Hécate. El doctor John Dee blandía su resplandeciente espada de color azul en la mano y tras todos ellos el Yggdrasill ardía en gigantescas llamas rojas y verdes.

Aún había algo que podía hacer. Algo un tanto desesperado y peligroso. Si salía bien, la dejaría completamente exhausta e indefensa. De hecho, después de aquello, las criaturas de Dee podrían recogerla del suelo sin problema alguno y llevársela.

Perenelle no se lo pensó dos veces.

Se colocó de cuclillas sobre el charco de agua y posó su mano derecha, con la palma hacia arriba, sobre su mano izquierda. El aura de Perenelle comenzó a cambiar y a moverse, fluyendo por sus brazos como un humo a la deriva hasta llegar a la palma de su mano y recorriendo todas las arrugas y líneas de su piel. Una diminuta mota de luz plateada y blanca, como una bolita de nieve, apareció en los pliegues de su mano. Se solidificó formando una esfera perfecta que después comenzó a girar y a crecer. En esos momentos, los hilos de color blanco gélido que recorrían su aura se empezaron a deslizar poco a poco hacia sus brazos. En cuestión de segundos, la esfera cobró el tamaño de un huevo. Entonces Perenelle giró la mano y lanzó la bola de energía áurica pura hacia el agua. Sólo pronunció dos palabras.

—¡Sophie! ¡Despierta!

Capítulo 28

S*ophie! ¡Despierta!*

Sophie Newman abrió los ojos de golpe. Después los cerró con fuerza mientras se tapaba los oídos con las manos. La luz era demasiado brillante, demasiado intensa, y el sonido de la batalla increíblemente diáfano e inconfundible.

¡Sophie! ¡Despierta!

El sobresalto de escuchar una vez más la voz la obligó a abrir los ojos y a mirar a su alrededor. Podía escuchar a Perenelle Flamel tan claramente que dudó si ésta estaba a su lado. Pero ahí no había nadie. Estaba recostada sobre la corteza áspera de un roble y su hermano, Josh, se hallaba de pie frente a ella, con una rama entre las manos intentando desesperadamente golpear a las aterradoras criaturas que se les acercaban.

Lentamente, Sophie se fue incorporando, apoyándose en el árbol para mantener un poco el equilibrio. Lo último que recordaba era el olor amargo de madera fresca ardiendo en llamas. Recordaba haber pronunciado la palabra «fuego», pero el resto era una colección de imágenes borrosas y confusas, como por ejemplo un túnel estrecho o criaturas con cabeza de pájaro y gato. Seguramente, todo había sido una pesadilla.

A medida que sus ojos se acostumbraban a la luz, Sophie comenzó a darse cuenta de que no se trataba de ninguna pesadilla.

Estaban completamente rodeados por centenares de pájaros y gatos. Algunos de los hombres-gato merodeaban por los hierbajos e intentaban arrastrarse hacia ellos a cuatro patas o incluso apoyándose en su barriga mientras enseñaban sus afilados colmillos. Por las ramas del árbol que se alzaba sobre su cabeza, Sophie lograba avistar algunos hombres-pájaro, que intentaban arreglárselas para acercarse lo suficiente como para descender en picado. Sin embargo, otros saltaban de rama en rama y golpeaban a Josh con sus picos diabólicos.

A lo lejos, al otro lado del claro, el Yggdrasill ardía en llamas. Su ancestral madera crujía y crepitaba formando gigantescas columnas de savia caliente que se alzaban al aire prístino como fuegos artificiales. Sin embargo, pese a que la madera que conformaba el árbol ardía y se convertía en ceniza, en su lugar renacían pequeños brotes de un verde intenso. En ese instante, Sophie se dio cuenta de que también percibía otro sonido: estaba escuchando el llanto del Yggdrasill. Y esta vez, con su increíble y agudizado oído, Sophie creía escuchar frases y palabras, fragmentos de canciones y versos de poemas que salían del

agonizante árbol en llamas. Más allá, Sophie avistó a Hécate, quien intentaba desesperadamente apagar las llamas de su hogar a la vez que combatía con Morrigan, con decenas de pájaros y con infinidad de gatos. Y todo al mismo tiempo. También se percató de que ya no había ningún nathair en el cielo ni tampoco ningún Torc Allta estaba guardando las espaldas de su ancestral ama.

Un poco más cerca, Sophie vislumbró la cabellera pelirroja de Scathach, quien también estaba rodeada por docenas de pájaros y gatos. La Guerrera realizaba una serie de movimientos que se asemejaban a un complicado baile a la vez que con sus dos espadas eliminaba a las criaturas, que salían despedidas produciendo unos aullidos aterradoros. Scathach intentaba deshacerse de aquellas bestias para así poderse acercar a Nicolas, que estaba tendido con la boca hacia el suelo bajo las zarpas de la criatura más aterradora que Sophie jamás había contemplado: Bastet, la Diosa Gata. Con la agudez visual que ahora poseía, Sophie incluso podía avistar los bigotes del rostro felino de Bastet. De hecho, la joven contempló cómo una gota de saliva se deslizaba de sus larguísimo colmillos y caía sobre el hombre que tenía atrapado bajo sus zarpas.

Flamel vio cómo la mirada de Sophie se dirigía hacia él. Intentó coger aire, pero resultaba un tanto difícil teniendo en cuenta que una gigantesca criatura estaba apoyada sobre él.

—Huye —susurró—, huye.

«Sophie, sólo tengo unos momentos». La voz de Perenelle resonaba en el interior de la cabeza de la jovencita, que se había quedado petrificada al escucharla.

«Esto es lo que debes hacer. Tienes que dejarme hablar a través de ti...».

Josh notó cómo su hermana se ponía en pie, balanceándose ligeramente, con las manos taponándole los oídos, como si los sonidos fueran demasiado intensos, y apretando los párpados con fuerza. Josh advirtió que Sophie movía los labios, como si estuviera hablando consigo misma. En ese instante, Josh arremetió contra un par de humanos con cabeza de pájaro que parecían burlarse de él, pero no logró acabar con ellos. Su gigantesca rama golpeó de lleno el pico de una de las criaturas y ésta se tambaleó, aturdida y confundida. El otro hombre-pájaro continuó rodeando a Josh, pero éste enseguida se dio cuenta de que no iba a por él, sino a por su hermana. Se volvió para embestir con fuerza a la criatura pero, justo en ese instante, un hombre esbelto y alto con la cabeza de un gato atigrado se le acercó dando unos brincos impresionantes. Josh intentó virar la rama, pero perdió el equilibrio y el hombre-gato se agazapó esquivando así el golpe. Entonces cogió impulso y saltó, con la boca abierta y las garras extendidas. Josh sintió un sabor amargo en su garganta y fue entonces cuando supo que él y Sophie se habían metido en un lío tremendo. Necesitaba acercarse a su hermana,

tenía que protegerla... Pero entonces supo que no lo conseguiría. Cerró los ojos un segundo antes de que la salvaje criatura de cabeza felina se precipitara sobre su pecho. Josh esperaba sentir esas garras clavándosele en el pecho y escuchar su pavoroso aullido al oído... Sorprendentemente, todo lo que notó fue un suave ronroneo en el cuello. Josh pestañeó y descubrió que estaba sujetando un suave y esponjoso minino.

¡Sophie! Se dio la vuelta y... se detuvo ante el sobrecogimiento que sintió.

El aura de Sophie resplandecía alrededor de su cuerpo irradiando una luz plateada. En algunos lugares era tan densa que cuando los rayos de sol la iluminaban, parecía que estuviera recubierta por una armadura medieval. Su cabello desprendía unas chispas plateadas que también se formaban en la punta de los dedos como gotas de agua.

—¿Sophie? —susurró Josh eufórico. Su hermana estaba a salvo.

Sophie giró lentamente su cabeza y miró a Josh. En ese preciso instante, Josh experimentó la sensación más espantosa y escalofriante que jamás antes había sentido: su hermana no lo reconocía.

De repente, el hombre-pájaro que había estado merodeando a su alrededor para atacarla se abalanzó hacia ella intentando apuñalarla con su despiadado pico. Sophie chasqueó los dedos. Diminutas gotas plateadas saltaron de sus dedos y cayeron sobre la criatura. De inmediato, la bestia se detuvo y se retorció convirtiéndose en un tordo pinto desorientado.

Sophie pasó por delante de su hermano y se acercó a Bastet.

—Ni un paso más, jovencita —ordenó Bastet mientras alzaba su mano de afiladas garras.

Sophie abrió los ojos de par en par y sonrió. En ese momento, Josh se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, estaba asustado de su propia hermana. Sabía que no era la Sophie que conocía. Esa criatura aterradora no podía ser, bajo ningún concepto, su hermana melliza.

Cuando la joven habló, su voz era como un graznido áspero.

—*No tienes la menor idea de lo que puedo hacer contra ti.*

Sorprendida, Bastet pestañeó sus enormes ojos felinos.

—No puedes hacer nada en mi contra, jovencita.

—*No soy ninguna jovencita. Puede que tu edad supere la de la humanidad, pero te aseguro que jamás te has enfrentado a algo parecido a mí. Poseo un poder en estado puro que es capaz de anular tu magia. Puedo utilizarlo para devolver a tus criaturas su forma original.*

Sophie ladeó la cabeza, un gesto que Josh conocía a las mil maravillas. Solía hacerlo cuando escuchaba atentamente a alguien. Después alargó las manos hacia la Oscura Inmemorial.

—*¿Qué crees que pasaría si me acercara y te tocara?*

Bastet siseó una orden y un trío de descomunales hombres-gato salieron

disparados hacia la jovencita. Sophie dejó caer un brazo y una larga espiral parecida a un látigo de energía plateada se deslizó de su mano. La espiral rozó a cada uno de los gatos, les acarició suavemente las ancas y los hombros e inmediatamente detuvieron su ataque y se convirtieron en adorables mininos que se retorcián en el suelo, dos de ellos con el pelo corto y otro más atigrado y con el pelo más largo. Los gatitos saltaban y correteaban mientras maullaban lastimosamente.

Sophie hizo girar el látigo por encima de su cabeza. Mientras daba vueltas, éste esparcía gotas de líquido plateado en todas direcciones.

—*Deja que te dé un adelanto de lo que soy capaz de hacer...*

El látigo plateado crujía por el aire a medida que se iba acercando...

De pronto, Scatty se dio cuenta de que tres de sus adversarios se habían convertido en un petirrojo, en un pinzón mexicano y en un gorrión cantor respectivamente. Y el hombre-gato con aire exótico que tenía enfrente se había transformado en un gato persa un tanto desconcertado.

Sophie volvió a azotar el látigo plateado una y otra vez, eliminando así a sus asaltantes, desparramando gotas plateadas por doquier y devolviendo su forma original, y natural, a todas las criaturas.

—*Aléjate de Nicolas* —ordenó. Sin embargo, el movimiento de sus labios no se correspondía a las palabras que vocalizaba—, *o descubriremos cuál es tu verdadera forma, Bastet. Descubriremos quiénes son Mafdet, Sekhmet y Menhit.*

Lentamente, Bastet se fue alejando de Flamel e incorporándose sobre sus dos patas, de forma que fue cobrando cada vez más altura.

Sus ojos felinos estaban abiertos de par en par y tenía la boca a medio abrir.

—Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba por esos nombres. ¿Quién eres...? Evidentemente, no eres una jovencita del siglo XXI.

Los labios de Sophie volvieron a moverse, pero la sincronía con las palabras que pronunciaba era inexistente.

—*Ten cuidado con esta jovencita, Bastet. Es tu perdición.*

Poco a poco, Bastet fue distanciándose del cuerpo del Alquimista. El pelo se le había erizado y sus brazos, desnudos, estaban llenos de moretones causados por las sacudidas que había recibido. Después, dio media vuelta y salió corriendo hacia el Yggdrasil. Por primera vez en este milenio, Bastet estaba asustada.

Nicolas se arrastró y se puso en pie. Se deslizó hasta Sophie, Josh y Scatty, pero dirigiéndose particularmente a Sophie.

—¿Perenelle? —susurró.

Sophie se volvió para mirarlo. Tenía los ojos en blanco, por lo tanto no podía ver nada. Entonces abrió la boca y dos segundos más tarde, como en una película mal doblada, se escucharon sus palabras.

—Estoy en San Francisco, atrapada en el sótano de Empresas Enoch. Estoy sana y salva. Lleva a los mellizos hacia el sur, Nicolás...

A continuación se hizo el silencio durante unos momentos. Luego, volvió a hablar, pero esta vez las palabras iban más rápido que los labios. De repente, el aura plateada de la jovencita comenzó a desvanecerse a la vez que se le cerraban los ojos.

—Llévalos a la Bruja.

Capítulo 29

El doctor John Dee se estaba desesperando. Todo a su alrededor se iba desmoronando y aquello indicaba que tendría que participar activamente en la batalla.

Flamel, Scatty y los mellizos se las habían arreglado para escapar del corazón del Yggdrasill y estaban combatiendo al otro lado del claro, a menos de doscientos metros de allí. Pero Dee no podía alcanzarlos, ya que eso significaba atravesar por completo el campo de batalla. Los últimos Torc Allta, algunos en su forma original y otros en su forma humana, tenían pequeñas escaramuzas con hombres-pájaro y hombres-gato. Los nathaires habían sido derrotados. Al principio, las serpientes aladas habían confundido y aturcido a los felinos y a los pájaros, y ahora se movían pesada y torpemente por el suelo, pues al aterrizar, se habían desplomado. El gigantesco ejército de los Torc Allta había disminuido considerablemente en número y Dee suponía que, en menos de una hora, los jabalíes se habrían extinguido por completo de Norteamérica.

Pero no podía permitirse esperar todo ese tiempo. Tenía que alcanzar a Flamel de inmediato. Tenía que recuperar las páginas del Códex lo antes posible.

Desde su pequeño escondite, tras una mata de arbustos, Dee contemplaba a los Inmemoriales. Hécate permanecía en la entrada de su casa-árbol, rodeada por el último guardia personal Torc Allta. Mientras los jabalíes combatían con los gatos y los pájaros, Hécate se enfrentaba sola a las fuerzas de Morrigan y Bastet.

Las tres desoían por completo a las criaturas medio humanas que luchaban entre sí a su alrededor. A ojos de un observador normal y corriente, las tres Inmemoriales sencillamente se miraban las unas a las otras. Dee se fijó en las nubes púrpuras y grises que se habían acumulado en la copa del Yggdrasill. También advirtió cómo las delicadas florecillas blancas y doradas esparcidas por el exterior del colosal árbol se marchitaban hasta morir, convirtiéndose en una pasta negruzca, y como unos antiestéticos hongos cubrían las piedras lisas y pulidas. Dee sonrió. No duraría mucho más. ¿Cuánto tiempo resistiría Hécate combatiendo contra las dos Inmemoriales, tía y sobrina?

Sin embargo, la diosa no mostraba ningún indicio de debilidad.

De repente, contraatacó.

Pese a que el aire cada vez era más denso por el humo que desprendían las llamas del árbol, el doctor John Dee había sido testigo de cómo una brisa invisible e imperceptible azotó el abrigo de Morrigan, lo elevó hasta los hombros y

abofeteó a la descomunal Bastet, provocando que ésta echara atrás la cabeza y luego se inclinara hacia delante. El estampado del vestido metálico de Hécate se retorció y se estiraba con una rapidez inapreciable y los colores cambiaban y se distorsionaban.

Cada vez más preocupado, Dee avistó una oscura sombra merodeando por la marchita hierba a la vez que observaba cómo un enjambre de diminutas moscas negras se dirigía hacia el suave pelaje de Bastet. Un segundo más tarde, esos minúsculos insectos se habían introducido por las orejas y la nariz de la diosa.

La Diosa Gata aullaba mientras se tambaleaba de un lado a otro frotándose con todas sus fuerzas la cara. Cayó al suelo y comenzó a rodar por la maleza, intentando así liberarse de los malditos insectos. Cada vez llegaban más moscas, pero ahora ya no lo hacían solas, sino acompañadas por hormigas rojas de fuego y por arañas pardas que habían salido de la maleza y ahora pululaban por todo su cuerpo. Agazapada, apoyada sobre sus cuatro patas, Bastet sacudía la cabeza y maullaba de agonía. Después, dio media vuelta y salió disparada hacia el claro, revolcándose y reptando por la maleza, echándose agua de un pequeño estanque en un intento de despojarse de los diminutos parásitos que le cubrían el cuerpo. Estaba a medio camino cuando la espesa nube negra se alejó de ella. Bastet se frotó con furia el rostro y los brazos, dejando así unos largos arañazos sobre la piel. Después, se incorporó, se apoyó en sus dos patas traseras y se dirigió a zancadas hacia el Yggdrasil. El variopinto enjambre de insectos, ahora aún más denso, se reagrupó en el aire y se abalanzó de nuevo hacia la Diosa.

En ese preciso instante, Dee contempló la posibilidad, la remota posibilidad, de que Hécate venciera esa batalla. Dividir a las dos enemigas, Bastet y Morrigan, había sido un golpe maestro y asegurarse de que Bastet no regresara había sido, sencillamente, de un gran ingenio.

Al darse cuenta de que ya no podía dar vuelta atrás, Bastet desató toda su rabia en un aterrador aullido. Después, se dirigió a toda prisa hacia donde Flamel, Scatty y los mellizos se encontraban defendiéndose de las criaturas. Dee vio cómo Bastet saltaba desde una distancia increíble y arrojaba al Alquimista al suelo. En cierto modo, Dee sintió un gran alivio y dibujó una sonrisa que enseguida se desvaneció, pues aún seguía atrapado en ese lado del claro. ¿Cómo lograría llegar hasta Hécate?

Aunque el Yggdrasil ardía rabiosamente, con todos sus miembros incendiados (hojas en llamas, humeantes ramas carbonizadas y serpentinas malolientes de savia emergiendo de las ramas quebradas), al parecer, los poderes de Hécate permanecían intactos.

A Dee, frustrado, le rechinaban los dientes. Todas sus investigaciones indicaban que Hécate había dado vida al árbol imbuyéndolo con una diminuta parte de su propia fuerza vital. Así, mientras el árbol crecía, éste renovaba y alimentaba los poderes de la diosa. Por eso se le había ocurrido la idea de

quemar el árbol. Dee imaginaba que si el Yggdrasill ardía, Hécate se debilitaría. Pero había ocurrido todo lo contrario: incendiar el árbol sólo había conseguido enfurecer a la diosa, y su ira la hacía una criatura aún más destructiva. En el momento en que Dee vio que Hécate estiraba los labios dibujando así una tímida sonrisa y que Morrigan se tambaleaba, comenzó a darse cuenta de que, en su propio Mundo de Sombras, la Diosa de las Tres Caras era, sencillamente, demasiado fuerte como para ser vencida. Dee sabía que había llegado el momento de entrar en acción.

Manteniéndose escondido entre las sombras de los árboles y arbustos, Dee se deslizó alrededor del tronco del gigantesco Yggdrasill. Tuvo que agacharse y refugiarse cuando un Torc Allta en su forma de jabalí cayó justo ante él con al menos una docena de hombres-gato y el doble de hombres-pájaro aferrados a su cuerpo.

Dee emergió de entre la maleza. Estaba justo al otro lado del árbol, donde Hécate y Morrigan continuaban su batalla. A su derecha, Dee veía que algo estaba sucediendo alrededor de Flamel: pájaros y gatos se dispersaban en todas direcciones. Fue entonces cuando Dee comprendió que no estaba observando a las criaturas medio humanas y medio animales, sino a pajarillos normales y gatos callejeros merodeando por allí. Los conjuros de transformación de Morrigan y Bastet no estaban funcionando. ¿Acaso Hécate era tan poderosa? Tenía que acabar con todo eso de inmediato.

El doctor John Dee empuñó su espada y alzó el brazo. Una luz de color azul un tanto mugrienta se enroscó por el filo del arma y durante un segundo la ancestral espada de piedra emitió un leve zumbido mientras una brisa invisible se formaba en el filo de la espada. Las enroscadas serpientes talladas en la empuñadura comenzaron a retorcerse y a sisear, como si hubieran cobrado vida.

Agarrando la empuñadura con fuerza, Dee clavó la punta de la espada en la nudosa corteza del ancestral árbol... y presionó.

Excalibur penetró suavemente la madera de la corteza y Dee la hundió, sin problema alguno, hasta la empuñadura. Durante unos instantes, no ocurrió nada, pero después el Yggdrasill comenzó a gemir. El sonido se asemejaba al de un animal herido: empezó con un profundo gruñido que rápidamente se transformó en un llanto agudo. Allí donde la empuñadura de la espada estaba clavada apareció una mancha azul. Como si fuera tinta líquida, manaba por la corteza del árbol hasta alcanzar el suelo y fluía por las venas y las junturas de madera. Los sollozos del Yggdrasill cada vez eran más agudos, tanto que incluso el oído humano era capaz de percibirlos. Los Torc Allta que habían logrado sobrevivir se arrojaron al suelo, retorciéndose de dolor y tapándose las orejas. Los hombres-pájaro se arremolinaban, confundidos, y los hombres-gato comenzaron a silbar y a maullar al mismo tiempo.

La mancha azul se apoderó del árbol, cubriéndolo con una delgada chapa de

hielo cristalino en el que se reflejaba la luz. De repente, la atmósfera que rodeaba el árbol se llenó de un arco iris azul negruzco y verde púrpura.

La mancha aceitosa se dispersó por el tronco y por las ramas del árbol, convirtiendo todo lo que tocaba en diminutos cristales de hielo. Ni siquiera el fuego era inmune a la mancha azul. Las llamas se congelaban y el fuego que continuaba vivo en el interior formaba unos complejos y recargados dibujos que después se partían en mil pedazos creando diminutas telarañas, como el hielo en la superficie de un estanque, hasta que finalmente se convertían en polvo brillante. Cuando la mancha azul alcanzaba las hojas, éstas se endurecían hasta caerse al suelo. Sin embargo, en vez de descender suavemente formando pequeñas espirales, los trozos de hielo sólido se desprendían de la rama del árbol y se desplomaban en el suelo. Dee se apartó hacia un lado para evitar que una gigantesca rama congelada del árbol lo atravesara. Asíó con fuerza la empuñadura de *Excalibur*, tiró de la antigua espada de piedra para sacarla de la corteza del árbol y echó a correr en busca de cobijo.

El Yggdrasill se estaba muriendo. Gigantescos trozos de corteza se desprendían del árbol, como si fueran icebergs separándose de un casquete glaciar, y se abatían violentamente sobre el suelo. De este modo, con los afilados y mortales fragmentos de hielo, el bello paisaje del Mundo de Sombras de Hécate se veía eclipsado.

Manteniendo la distancia y controlando las ramas que se derrumbaban del Yggdrasill, Dee dio media vuelta al árbol. Necesitaba ver a Hécate.

La Diosa de las Tres Caras se estaba muriendo.

Aunque aún lograba mantenerse en pie ante el desmoronado Yggdrasill, Hécate cambiaba su rostro, de joven a maduro, de maduro a adulto y de adulto a joven, en cuestión de segundos. El cambio se sucedía tan rápidamente que su piel no tenía suficiente tiempo para adaptarse a su nueva silueta, de forma que su rostro era una combinación de varias fases: unos ojos juveniles en una piel arrugada, una cabeza de adolescente sobre un cuerpo maduro, o un cuerpo maduro con brazos de niña. Su vestido había perdido todo el color y ostentaba el mismo negro azabache que lucía su piel.

Dee permaneció detrás de Morrigan, y ambos contemplaron a la diosa en el silencio más absoluto. Enseguida Bastet se unió a ellos, y los tres, unidos, observaron los últimos momentos de Hécate y de Yggdrasill.

El Árbol del Mundo estaba enteramente teñido de azul y cubierto por una capa de hielo. Raíces congeladas brotaban del suelo, agujereando la perfecta simetría de la tierra donde había vivido el árbol. El macizo tronco mostraba unos gigantescos agujeros que dejaban entrever las habitaciones circulares, combadas y teñidas por el hielo azul.

Las transformaciones de Hécate se ralentizaron. Ahora, los cambios tardaban más tiempo en materializarse, pues la tinta azul estaba apoderándose, poco a

poco, de su cuerpo, endureciendo así su piel y convirtiéndola en diminutos cristales de hielo.

Morrigan desvió su mirada hacia la espada que tenía Dee en la mano, y enseguida miró hacia otra parte.

—Después de todos estos años a nuestro servicio, doctor Dee, aún nos sorprende —comentó la diosa en voz baja—. No tenía la menor idea de que tuvieras en tu posesión la Espada de Hielo.

—Me alegro de haberla traído —respondió Dee sin contestar directamente a la pregunta de Morrigan—. Al parecer, los poderes de Hécate iban más allá de lo que habíamos sospechado. Al menos, mi idea de que su fuerza estaba unida al árbol era cierta.

Todo lo que quedaba del Yggdrasill era un gigantesco bloque de hielo macizo. Hécate también estaba completamente cubierta por un abrigo de hielo, aunque tras los cristales azules, sus ojos de color mantequilla seguían brillando con vida. La copa del árbol empezó a derretirse y un agua mugrienta comenzó a manar por el tronco, formando así profundas ranuras en la corteza.

—Cuando me di cuenta de que tenía el poder de anular vuestros conjuros, supe que debía hacer algo al respecto —continuó Dee—. Vi cómo los gatos y los pájaros tomaban sus formas originales.

—Eso no fue obra de Hécate —gruñó Bastet enseguida, con un acento muy marcado y con una voz más típica de un animal que de una persona.

Morrigan y Dee se volvieron para mirar a la Diosa Gata. Ésta alzó su garra peluda y señaló al otro lado del claro.

—Fue la chica. Alguien hablaba a través de ella, alguien que conocía mis tres verdaderos nombres, alguien que utilizó el aura de la chica para blandir un látigo de energía pura. Eso fue lo que invirtió nuestros conjuros.

Dee miró al otro lado del claro, donde había visto a Flamel, a Scatty y a los mellizos reunidos alrededor del roble. Pero ahora no había ni rastro de ellos. Dee estaba dando media vuelta para ordenar a los gatos y pájaros que habían logrado sobrevivir que fueran en su busca cuando, de pronto, vislumbró la figura de Senuhet tambaleándose. El anciano estaba cubierto de barro y sangre, aunque no parecía tratarse de su propia sangre. Había perdido una de sus dos espadas en forma de luna de bronce y la otra se había partido en dos.

—Flamel y los demás han escapado —jadeó Senuhet—. Los he seguido hasta el exterior del Mundo de Sombras. Están robándonos el coche —añadió un tanto indignado.

Dee emitió un aullido lleno de rabia e ira, comenzó a dar vueltas y finalmente lanzó la espada *Excalibur* al Yggdrasill. La espada de piedra se clavó en el ancestral Árbol del Mundo, que resonó como el sonido solemne de una gran campana. Sólo se oyó una sola nota, aguda y serena, que permaneció vibrando en el aire durante unos instantes... Después, el Yggdrasill empezó a

resquebrajarse y largas fisuras y rasgones se formaron en el tronco.

Al principio eran unas grietas pequeñas, pero a medida que iban avanzando se ensanchaban y formaban unos dibujos toscos y desiguales. En cuestión de segundos, todo el árbol estaba forrado por una colección de distintos y variopintos zigzags.

El Yggdrasill se desmoronó, se hizo añicos y se desplomó sobre la estatua de hielo de Hécate, convirtiéndola así en polvo.

Capítulo 30

Josh Newman abrió bruscamente la puerta del todoterreno negro y sintió una oleada de alivio en su interior. Las llaves estaban en el contacto. Abrió la puerta trasera y la sujetó mientras Nicolas se acercaba a toda prisa hacia el coche, con Sophie entre sus brazos. Cuando el Alquimista llegó al coche, colocó con sumo cuidado a Sophie en el asiento trasero. Scatty emergió de la pared de hojas y arbustos y empezó a correr hacia el coche con una amplia sonrisa en su rostro.

—Bueno, eso —dijo mientras se lanzaba hacia la parte de atrás del todoterreno— ha sido lo más divertido que he hecho en el último milenio.

Josh se acomodó en el asiento del conductor, lo ajustó a su medida y arrancó el coche. El gran motor V6 rugió hasta encenderse.

Flamel saltó al asiento del copiloto y cerró la puerta de golpe.

—¡Sácanos de aquí!

Josh empujó la palanca de cambio, agarró con fuerza el volante de cuero con dirección asistida y pisó el acelerador a fondo. El gigantesco Hummer se tambaleó hacia delante, levantando piedras y fango, mientras Josh intentaba dar media vuelta y dirigirse hacia el estrecho sendero. Por el camino, el coche se balanceaba y daba pequeños botes por los surcos en el suelo. Ramas y arbustos rasguñaban los costados del coche, trazando así líneas en la prístina pintura de la carrocería.

Aunque ya había amanecido, tanto en el Mundo de Sombras como en el mundo real, la senda estaba sumida en una completa oscuridad y Josh, por mucho que se esforzaba, no lograba encontrar los mandos de las luces. Sólo alcanzaba a ver algo a través de los espejos retrovisores. Además, esperaba que en cualquier momento Morrigan y Bastet brotaran de la pared cubierta por la vegetación. Cuando desembocaron al final del sendero, un halo de luz los iluminó y Josh giró el volante con dirección asistida hacia la derecha, conduciendo así el pesado todoterreno hacia una estrecha y sinuosa carretera de asfalto. En ese momento, Josh redujo la marcha y el coche, de inmediato, disminuyó la velocidad.

—¿Todo el mundo está bien? —preguntó el chico temblando.

Inclinó el espejo retrovisor levemente hacia abajo para poder contemplar la parte trasera del coche. Su hermana permanecía recostada en los amplios asientos de cuero con la cabeza apoyada en el regazo de Scatty. La Guerrera estaba utilizando un trozo de tela que había arrancado de su camiseta para

colocársela sobre la frente. Su piel había cobrado un aspecto cadavérico y, aunque tenía los ojos cerrados, los globos oculares se desplazaban erráticamente entre sus párpados. Además, la jovencita realizaba movimientos nerviosos, como si estuviera teniendo una pesadilla. Scatty se percató de que Josh las estaba observando por el espejo y sonrió a modo de ánimo y aliento.

—Se pondrá bien —susurró.

—¿Hay algo que puedas hacer? —preguntó Josh, dirigiéndose a Flamel, que estaba sentado junto a él. Josh no sabía qué pensar ni qué sentir hacia el Alquimista. Se hallaba completamente confundido. Por un lado, los había puesto en un peligro terrible, pero por el otro Josh había sido testigo de cómo Flamel había luchado a capa y espada para defenderlos.

—No puedo hacer nada —respondió Flamel, exhausto—. Sencillamente está agotada, nada más.

Flamel también parecía estar cansado. Tenía la ropa manchada de barro y de lo que parecía haber sido sangre. Su cabello estaba cubierto por plumas de pájaro y las manos estaban marcadas por los terribles arañazos que había recibido al enfrentarse a los gatos.

—Déjala dormir. Cuando se levante, en unas horas, estará bien. Te lo prometo.

Josh asintió y concentró toda su atención en la carretera que tenía ante él, muy poco dispuesto a continuar la conversación con el Alquimista, pues dudaba que su hermana pudiera estar bien. Él había visto cómo ella lo había contemplado con una mirada inexpresiva: no lo había reconocido. Había oído la voz que salía de su garganta: no era la misma voz de siempre. Su hermana, su melliza, había cambiado para siempre.

Finalmente llegaron hasta un letrero que señalizaba Mill Valley, y torció hacia la izquierda. No tenía la más remota idea de hacia dónde se estaban dirigiendo; Josh sólo quería alejarse del Mundo de Sombras. Más que eso: quería irse a casa, regresar a la vida normal. Deseaba olvidar el día en que vio el anuncio en el periódico de la universidad que su padre había traído a casa.

«Se busca asistente en librería. No queremos lectores, queremos trabajadores».

Josh envió su curriculum y unos días más tarde le llamaron para una entrevista. Sophie no tenía nada que hacer ese día, así que decidió acompañarlo. Mientras lo esperaba, Sophie había cruzado la calle y había entrado en una cafetería para tomar un café con leche. Cuando Josh salió de la pequeña librería, sonriendo abiertamente porque había conseguido el trabajo, descubrió que Sophie también había encontrado uno en La Taza de Café. Trabajarían justo en frente el uno del otro, ¡era perfecto! Y, la verdad, había sido perfecto hasta el día anterior, cuando esta locura empezó. Le costaba creer que sólo hubiera pasado un día desde entonces. Volvió a mirar a Sophie a través del espejo retrovisor. Ahora

parecía descansar, no se movía ni un ápice y sintió un leve alivio al ver que sus mejillas comenzaban a cobrar un poco de color.

¿Qué había hecho Hécate? No, ¿qué había hecho Flamel? Al final, todo volvía al Alquimista. Todo esto era culpa suya. La diosa no quería Despertar el potencial de los mellizos, pues sabía que acarrearía ciertos riesgos. Sin embargo, Flamel había insistido, y, por culpa suya, el paradisíaco Mundo de Sombras de Hécate había sido asaltado y su hermana se había convertido en una extraña para él.

Cuando Josh empezó a trabajar en la librería para un hombre al que conocía por el nombre de Nick Fleming, pensó que su jefe era un tanto peculiar, un excéntrico, incluso un poco extraño. Pero a medida que lo iba conociendo, Josh comenzó a sentir una profunda admiración por él, pues Fleming era todo lo que no era su padre. Era divertido y tenía las mismas aficiones que Josh. Además, su conocimiento sobre banalidades era increíble. Josh sabía que su padre, Richard, sólo era verdaderamente feliz cuando se colocaba ante una clase repleta de estudiantes o cuando se metía en el fango hasta las rodillas.

Fleming era diferente. Cuando Josh le citó a Bart Simpson, Fleming le rebató con Groucho Marx. Después, fue más allá y le enseñó las películas de los Hermanos Marx. Ambos compartían una pasión por la música, aunque los gustos de cada uno eran bien diferentes. Josh le dio a conocer a Green Day, a Lamb y a Dido. Fleming le recomendó a Peter Gabriel, Genesis y Pink Floyd. Cuando Josh le dejó un auricular para escuchar música ambiental que tenía almacenada en su iPod, Fleming le prestó CDs de Mike Oldfield y Brian Eno. Fue Josh quién le enseñó a Nick el mundo de los blogs y le mostró el de su hermana. Incluso habían comentado alguna que otra vez la idea de crear una página web con los productos que vendían en la librería.

Durante un tiempo, Josh llegó a pensar que Fleming era el hermano mayor que siempre había deseado tener. Y ahora, ese hombre le había traicionado.

De hecho, le había mentido desde el principio. No era Nick Fleming. De repente, una duda empezó a rondarle por la cabeza. En voz baja y sin desviar la mirada de la carretera, Josh preguntó:

—¿Sabías que todo esto ocurriría?

Flamel se acomodó en el hondo asiento de cuero y se volvió hacia Josh. Una sombra cubría parcialmente el rostro del Alquimista. Éste agarró con ambas manos el cinturón de seguridad y lo apretó contra su pecho.

—¿Qué exactamente? —preguntó con cautela.

—Mira, no soy un crío —respondió Josh mientras alzaba su tono de voz—, así que no me trates como tal.

En el asiento trasero se escuchaba murmurar a Sophie, fruto del sueño, así que Josh intentó bajar la voz para no despertarla.

—¿Tu preciado libro predijo todo esto? —En ese instante Josh vislumbró a Scatty, que se retorció en el asiento trasero. El joven se percató de que la

Guerrera se había deslizado un tanto hacia delante para escuchar la respuesta del Alquimista.

Flamel tardó unos instantes en contestar la pregunta. Finalmente, dijo:

—Antes que nada, deberías saber algunas cosas sobre el Libro de Abraham el Mago. —Flamel vio cómo Josh abría la boca para pronunciar su réplica, pero el Alquimista enseguida lo frenó—. Déjame acabar. Desde siempre supe que el Códex era un libro ancestral —comenzó—, pero jamás supe hasta qué punto. Ayer, Hécate me confesó que ella ya vivía cuando Abraham lo creó, y eso le otorga una edad de más de diez mil años. En ese entonces, el mundo era un lugar completamente diferente. La historia asegura que la raza humana apareció durante la Edad de Piedra. Pero la realidad es muy, muy distinta. La Raza Inmemorial gobernaba la Tierra. Tenemos algunas briznas de esa realidad en nuestra mitología y en ciertas leyendas. Si recordáis las historias —continuó—, estas criaturas poseían la capacidad de volar, tenían veleros que podían atravesar océanos, podían controlar el clima e incluso habían perfeccionado lo que hoy en día denominamos clonación. En otras palabras, tenían acceso a una ciencia muy avanzada, y eso es lo que nosotros, ahora, llamamos magia.

Josh comenzó a sacudir la cabeza. Era demasiada información la que tenía que asimilar.

—Y antes de que digas que todo esto es algo remotamente improbable, piensa en cuánto ha avanzado la raza humana en los últimos diez años. Por ejemplo, si alguien les hubiera contado a tus padres que podrían almacenar su colección de música en su bolsillo, ¿lo habrían creído? Hoy por hoy tenemos teléfonos que cuentan con más poder de cálculo y precisión que el que se utilizó para enviar los primeros cohetes al espacio; tenemos microscopios de electrones que pueden distinguir átomos individuales; día a día curamos enfermedades que hace tan sólo cincuenta años eran mortales. Y todo está cambiando de una manera vertiginosa. Hoy en día podemos hacer cosas que vuestros padres hubieran catalogado como imposibles y vuestros abuelos como algo totalmente mágico.

—No estás respondiendo a mi pregunta —replicó Josh mientras intentaba controlar el acelerador del coche. No podían permitirse que la policía los detuviera.

—Lo que estoy intentando decirte es que no sé lo que la Raza Inmemorial era capaz de hacer. ¿Abraham estaba realizando predicciones en el Códex o sencillamente relataba en su libro lo que de alguna manera había visto? ¿Era consciente del futuro? ¿Podía verlo?

Entonces Nicolas se volvió en el asiento para mirar a Scatty.

—¿Tú lo sabes?

Scathach se encogió de hombros mientras esbozaba una pequeña sonrisa.

—Yo pertenezco a la última generación. La mayor parte del Mundo Inmemorial se había desvanecido antes de que yo naciera, y Danu Talis se había

sumergido entre las olas mucho antes. No tengo ni idea de lo que eran capaces de hacer. ¿Podrían ver a través del tiempo? —Scatty hizo una pausa, pensativa—. He conocido a Inmemoriales que parecían poseer ese don: Sibila, sin duda, era una de ellos.

Y por supuesto, Temis y Melampo. Pero pocas veces estaban en lo cierto, al contrario, solían equivocarse. Si mis viajes me han enseñado algo, es que nosotros somos quienes creamos nuestro propio futuro. He visto cómo se sucedían acontecimientos que hacían temblar los cimientos del mundo y nadie los predijo. También he sido testigo de profecías, casi todas ellas relacionadas con el fin del mundo, que jamás han llegado a ocurrir.

Un coche los adelantó en la estrecha carretera. Era el primer vehículo que veían esa mañana.

—Voy a preguntártelo una vez más —interrumpió Josh, intentando mantener su tono de voz—. Y esta vez, quiero una respuesta directa, o un sí o un no. ¿Todo lo que ha ocurrido lo predijo el Códex?

—No —respondió enseguida Flamel.

—Creo escuchar un «pero» por ahí —añadió Scatty.

El Alquimista asintió.

—Existe un pequeño «pero». En el Códex no aparece nada sobre Hécate y su Mundo de Sombras, ni nada sobre Dee o Bastet o Morrigan. Pero... —suspiró — existen varias profecías sobre mellizos.

—Mellizos —repitió Josh—. ¿Te refieres a mellizos en general o específicamente a mí y a Sophie?

—El Códex habla de mellizos de plata y oro: «Dos que son uno y uno que lo es todo». No creo que sea una coincidencia que vuestras auras sean de color plata y oro puros. Así que sí, estoy convencido de que el libro se refiere a ti y a tu hermana. —Entonces se inclinó para mirar a Josh—. Y si me vas a preguntar que desde cuándo sé todo esto, la respuesta es la siguiente: comencé a sospecharlo justo ayer, cuando Sophie y tú acudisteis en mi ayuda a la librería. Hécate confirmó mis sospechas unas horas más tarde, cuando visibilizó vuestras auras. Te doy mi palabra de que todo lo que he hecho hasta ahora ha sido para protegeros.

Josh comenzó a sacudir la cabeza. No sabía si debía creer en las palabras de Flamel. Abrió la boca para preguntar algo más, pero Scatty le colocó la mano sobre el hombro antes de que éste pudiera hablar.

—Déjame decirte esto —comenzó con un tono de voz bajo y serio y con un pronunciado acento celta—. Conozco a Nicolas Flamel desde hace muchísimo tiempo. América ni siquiera estaba colonizada cuando nos vimos por primera vez. Nicolas puede ser muchas cosas, peligroso y retorcido, astuto y mortal, un buen amigo y un implacable enemigo, pero pertenece a una era en la que la palabra de las personas era algo muy preciado. Si él os da su palabra de que todo

lo que ha hecho ha sido para protegeros, te sugiero que lo creas.

Josh pisó levemente el pedal del freno y el coche fue disminuyendo la velocidad mientras giraba una curva. Finalmente, Josh asintió y dejó escapar un profundo suspiro.

—Te creo —confesó en voz alta. Pero en el fondo, Josh continuaba escuchando las últimas palabras de Hécate: « Nicolas Flamel jamás revela toda la verdad a nadie », y tenía la clara sensación de que el Alquimista no le estaba contando todo lo que sabía.

De repente, Nicolas le dio un golpecito en el brazo.

—Aquí, para aquí.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Scatty mientras cogía sus espadas.

Josh puso el intermitente y aparcó el Hummer en la cuneta, justo en frente de un letrero que parpadeaba una luz brillante y que indicaba que cerca había un restaurante de carretera.

—No pasa nada —dijo Flamel con una amplia sonrisa—. Es la hora del desayuno.

—Genial, me muero de hambre —respondió Scatty—. Podría comerme un caballo entero, si no fuera vegetariana... y me gustara el caballo, claro.

« Y no fueras un vampiro », pensó Josh sin atreverse a decirlo en voz alta.

Sophie se despertó mientras Scatty y Flamel entraban en el restaurante y pedían desayunos para llevar. En un abrir y cerrar de ojos, Sophie pasó de estar profundamente dormida en el asiento trasero a sentarse con la espalda erguida. Al verla, Josh saltó y no pudo controlar un pequeño grito temeroso que se le escapó de los labios.

Se volvió en el asiento del conductor y se puso de rodillas para poder inclinarse hacia la parte trasera.

—¿Sophie? —preguntó con cautela. Le aterraba la idea de que algo extraño y ancestral volviera a mirar a través de los ojos de su hermana.

—No quieras saber lo que acabo de soñar —dijo Sophie mientras se desperezaba, estirando los brazos, arqueando la espalda, y girando el cuello con unos chasquidos—. Ay, me duele todo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Josh más tranquilo al comprobar que Sophie volvía a ser la misma de siempre.

—Como si estuviera cogiendo la gripe —respondió mirando a su alrededor—. ¿Dónde estamos? ¿De quién es este coche?

Josh sonrió. Sus dientes, impecablemente blancos, resaltaban en la oscuridad.

—Se lo hemos robado a Dee. Estamos en algún lugar de la carretera que sale de Mill Valley. Creo que nos estamos dirigiendo a San Francisco.

—¿Qué ha pasado...? ¿Qué ha pasado ahí? —preguntó Sophie.

Josh dibujó una amplia sonrisa.

—Nos salvaste, Sophie, gracias a tus poderes recién despertados. Estuviste increíble: tenías algo parecido a un látigo de energía plateada, y cada vez que la fusta rozaba a los gatos o a los pájaros los convertía en animalillos indefensos. — Josh se detuvo al ver que su hermana sacudía la cabeza—. ¿No recuerdas nada de eso?

—Sólo un poco. Recuerdo que podía escuchar la voz de Perenelle, que me indicaba lo que debía hacer. De hecho sentía cómo su aura corría dentro de mí — confesó un tanto sobrecogida—. Podía escucharla. En cierta manera, incluso podía verla. —De repente, estremecida, respiró profundamente—. Después, alguien vino a por ella. Eso es todo lo que recuerdo.

—¿Quién?

—Los hombres sin rostro. Muchísimos hombres sin rostro. Vi cómo se la llevaban a rastras.

—¿A qué te refieres con hombres sin rostro?

La mirada de Sophie desprendía terror.

—No tenían rostro.

—¿Cómo máscaras?

—No, Josh, no eran máscaras. Tenían la cara completamente lisa: no tenían ojos, ni nariz, ni boca. Sólo piel.

La imagen que se formó Josh en su cabeza era verdaderamente inquietante, así que decidió cambiar radicalmente el tema de la conversación.

—¿Te sientes... diferente? —preguntó, escogiendo la palabra con sumo cuidado.

Sophie tardó unos minutos en contestar. ¿Qué le ocurría a Josh? ¿Por qué estaba tan preocupado?

—¿Diferente? ¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas que Hécate Despertó tus poderes?

—Sí.

—¿Qué sentiste? —preguntó vacilante.

Durante un instante, los ojos de Sophie parpadearon irradiando una luz plateada muy brillante.

—Fue como si alguien hubiera encendido un interruptor en mi cabeza, Josh. Me sentí viva. Por primera vez en mi vida me sentí viva.

Josh notó una repentina e inexplicable punzada en el estómago cargada de celos. Desde el raballo del ojo, avistó a Flamel y a Scatty saliendo del restaurante con los brazos cargados de bolsas de comida.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Hambrienta —respondió—. Extremadamente hambrienta.

Comieron en absoluto silencio: burritos mexicanos, huevos, salchichas, tortitas de maíz y panecillos, todo ello acompañado por refrescos. Scatty, en cambio, desayunó fruta y agua.

Josh finalmente se limpió la boca con una servilleta de papel y se sacudió los pantalones, que estaban llenos de migas de pan. Era la única comida decente que había tenido desde el almuerzo del día anterior.

—Vuelvo a sentirme humano —comentó. Después miró a Scatty—. Sin ofender.

—No te preocupes —lo tranquilizó Scatty—. Créeme, jamás he querido pertenecer a la raza humana, aunque debo reconocer que tiene ciertas ventajas —añadió de una forma bastante enigmática.

Nicolas recogió los restos de su desayuno y los introdujo en una bolsa de papel. Después, se inclinó levemente hacia delante y asestó un par de golpecitos a la pantalla de un sistema de navegación por satélite que había colocado en el salpicadero.

—¿Sabes cómo funciona?

Josh asintió con la cabeza.

—En teoría, debería saberlo. Primero tenemos que introducir un destino. Entonces, el aparato nos dice cuál es el camino más rápido para llegar. Pero la verdad, nunca he utilizado ninguno. El coche de mi padre no tiene —añadió. Richard Newman hacía cinco años que conducía el mismo Volvo familiar.

—Si le echas un vistazo, ¿sabrías como utilizarlo?

—Quizá —respondió poco convencido.

—Por supuesto que sí. Josh es un genio con los ordenadores —añadió Sophie orgullosa desde el asiento trasero.

—Pero esto no es un ordenador —susurró su mellizo, acercándose al aparato y apretando el botón en el que aparecían las letras ON. La pantalla, de un tamaño considerable y cuadrada, parpadeó hasta encenderse. Entonces, una voz increíblemente condescendiente los avisó que debían introducir la dirección en el sistema mientras conducían. Después, una vez se hubiera oído y entendido el aviso, el conductor debía pulsar el botón con las letras OK. La pantalla titiló y de inmediato situó el Hummer en una carretera secundaria sin nombre alguno. El monte Tamalpais aparecía como un pequeño triángulo en el borde de la pantalla y unas flechas señalaban que San Francisco se encontraba hacia el sur. El pequeño sendero que conducía al Mundo de Sombras de Hécate no estaba por ningún sitio.

—Tenemos que ir hacia el sur —advirtió Flamel.

Josh estuvo haciendo experimentos con los botones hasta que finalmente llegó al menú principal.

—De acuerdo. Necesito la dirección.

—Introduce la oficina de correos en la esquina de la calle Signal y la avenida Ojai, en Ojai.

En el asiento trasero, Scatty comenzó a moverse.

—Oh, no. Ojai no. Por favor, dime que no vamos allí.

Flamel se volvió en su asiento.

—Perenelle me dijo que fuera hacia el sur.

—Los Ángeles está hacia el sur, México está hacia el sur, incluso Chile está hacia el sur, si tomamos este lugar como punto de referencia. Hay un montón de bonitas ciudades que están hacia el sur...

—Perenelle me sugirió que llevara a los niños a la Bruja —dijo Flamel pacientemente—. Y la Bruja vive en Ojai.

De inmediato, Sophie y Josh se miraron el uno al otro, pero ninguno musitó palabra.

Scatty volvió a sentarse en su asiento y suspiró de una forma un tanto dramática.

—¿Serviría de algo si te dijera que no quiero ir allí?

—No.

Sophie se puso de cuclillas en el espacio restante entre los dos asientos delanteros para poder observar la pequeña pantalla.

—¿Cuánto tardaremos? ¿A qué distancia estamos? —preguntó en voz alta.

—Tardaremos casi todo el día —respondió Josh, inclinándose hacia la pantalla y entornando los ojos.

De repente, cuando su cabello rozó el de su hermana, saltó una chispa entre ellos.

—Tenemos que ir hasta la autopista uno. Cruzaremos el puente Richmond... —comentaba mientras seguía con los dedos las líneas de colores que aparecían en la pantalla—, después iremos hacia la I-580, que en algún punto se convierte en la 1-5... —Parpadeó un tanto sorprendido—. Y conduciremos por esa autopista durante más de 430 kilómetros. —Entonces pulsó otro botón, uno que en teoría calculaba los totales—. El viaje, entero, recorre más de 630 kilómetros, así que tardaremos al menos seis horas y media. ¡Hasta hoy, la distancia más larga que había conducido no pasaba el kilómetro y medio!

—Bueno, entonces será una práctica estupenda para ti —dijo el Alquimista con una sonrisa.

Sophie miró a Flamel y a Scatty.

—¿Quién es la Bruja a la que vamos a visitar?

Flamel se puso el cinturón de seguridad.

—Haremos una visita a la Bruja de Endor.

Josh giró la llave y encendió el motor del coche. Entonces miró por el espejo retrovisor a Scatty y le preguntó:

—¿Otra de las muchas criaturas a la que te has enfrentado?

Scathach hizo una mueca.

—Peor que eso —suspiró—. Es mi abuela.

Capítulo 31

El Mundo de Sombras estaba derribándose. En el oeste, las nubes se habían disipado y enormes trozos de cielo ya habían desaparecido, de forma que sobre el oscuro manto celeste restante sólo brillaban las titilantes estrellas y la gigantesca luna llena. Una por una, las estrellas parpadeaban hasta desvanecerse y el astro comenzaba a desgastarse por los bordes.

—No tenemos mucho tiempo —avisó Morrigan mientras observaba el cielo.

Dee, de cuclillas sobre el suelo, recogía todos los fragmentos helados de Hécate que lograba encontrar. Al escuchar a la diosa, el doctor John Dee notó, por su tono de voz, que ésta sentía miedo.

—Tenemos tiempo —dijo sin alterar la voz.

—No podemos permitirnos el lujo de estar aquí cuando el Mundo de Sombras desaparezca —continuó Morrigan mientras lo miraba con un rostro inexpresivo. Sin embargo, Dee sabía, por el movimiento en que ésta se colocaba el abrigo de plumas de cuervo sobre los hombros, que estaba nerviosa.

—¿Qué sucedería? —se preguntó Dee en voz alta. Jamás había visto a la Diosa Cuervo así y, a decir verdad, disfrutaba con la incomodidad de ésta.

Morrigan alzó la cabeza para contemplar la creciente oscuridad. En sus ojos se reflejaban las diminutas estrellas que quedaban en el cielo.

—¡Vaya! Pues que también desapareceríamos. Absorbidos en la nada —añadió en voz baja a la vez que contemplaba cómo las montañas, en la lejanía, se convertían en algo parecido al polvo. Después, ese polvo ascendió en forma de espiral hacia el cielo oscuro y se esfumó—. Muerte asegurada —murmuró Morrigan finalmente.

Dee continuaba agachado ante los restos casi derretidos del Yggdrasill, mientras a su alrededor, el elegante y maravilloso mundo de Hécate se convertía en polvo que invisibles e imperceptibles vientos se llevaban consigo. La diosa había creado su Mundo de Sombras de la nada y ahora, sin su presencia para mantenerlo unido, volvía a sus orígenes. Las montañas habían desaparecido, el viento se las había llevado como si fueran diminutos granos de arena; franjas enteras de bosque se marchitaban en cuestión de segundos hasta desvanecerse, como si se apagaran decenas de interruptores. Mientras, la gigantesca luna, que ya se escondía por poniente, comenzaba a perder su forma y definición. De hecho, el astro se parecía más a una pelota sin rasgos distintivos. Hacia el este, el sol naciente, un orbe de luz dorada, se asomaba bajo el manto del cielo azul.

La Diosa Cuervo se volvió hacia su tía.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que todo esto desaparezca? —preguntó.

Bastet gruñó y encogió sus anchos hombros.

—Quién sabe. Ni siquiera yo he atestiguado la muerte de todo un Mundo de Sombras. Quizá minutos...

—Eso es todo lo que necesito —interrumpió Dee mientras dejaba la espada *Excalibur* sobre el suelo.

La espada de piedra, brillante y afilada, reflejaba la oscuridad que reinaba en el oeste. Dee encontró tres de los trozos de hielo más grandes que, antaño, habían sido Hécate y los puso sobre la espada.

Morrigan y Bastet se inclinaron hasta colocar la barbilla en los hombros del doctor John Dee y contemplaron fijamente la espada. Sus reflejos se ondulaban y se distorsionaban.

—¿Por qué es tan importante que lo hagas aquí? —preguntó Bastet.

—Éste era el hogar de Hécate —respondió Dee—. Y aquí, justo aquí, en el lugar de su muerte, el contacto con ella será más fuerte.

—Contacto... —gruñó Bastet. Después, asintió, pues enseguida se percató de las intenciones de Dee y de lo que se disponía a hacer: la más tenebrosa y peligrosa de las artes oscuras.

—Necromancia —susurró Dee—. Me comunicaré con la fallecida diosa. Pasó tantos milenios aquí que todo esto se convirtió en parte de ella. Me apostaría lo que fuera a que su conciencia aún permanece activa y unida a este lugar.

Dee alargó la mano y rozó el puño de la espada. La piedra negra comenzó a despedir rayos de una luz amarilla y las serpientes que adornaban la empuñadura empezaron a cobrar vida: silbaban furiosas, movían nerviosamente sus lenguas y después volvían a solidificarse. A medida que el hielo se derretía, el líquido manaba por el filo de la espada, cubriéndola con un brillo un tanto empalagoso.

—Ahora veamos lo que tengamos que ver —murmuró Dee.

El agua que mojaba la espada comenzó a burbujear, a chisporrotear y a crepitar. Entonces, un rostro conocido apareció en cada una de las burbujas: era Hécate. Su cara continuaba siendo una mezcla de sus tres apariencias y sólo sus ojos, de color mantequilla y con expresión de odio, permanecían idénticos mientras ésta los observaba.

—Háblame —exclamó Dee—. Te lo ordeno. ¿Por qué Flamel vino hasta aquí?

La voz de Hécate se asemejaba a un chasquido burbujeante y desvaído.

—*Para escapar de ti.*

—Háblame sobre los niños humanos.

Las imágenes que aparecían en la espada de piedra, sorprendentemente, contaban con todo lujo de detalles, pues eran vistas desde la perspectiva de Hécate. Mostraban cómo Flamel había llegado con los mellizos y cómo los dos

adolescentes se sentaban, temerosos y pálidos, en el desvalijado y arañado coche.

—*Flamel cree que son los mellizos que el Códex menciona.*

Morrigan y Bastet se arremolinaron junto a Dee, desatendiendo por completo la « nada » que los invadía. En el oeste, ya no había ni una sola estrella adornando el cielo, la luna se había desvanecido y grandes parcelas de la bóveda celeste habían desaparecido totalmente, dejando una estela de oscuridad y penumbras.

—¿Y lo son? —preguntó Dee.

La siguiente imagen en el filo de la espada mostraba las auras de los mellizos resplandeciendo, una dorada y otra plateada.

—Luna y Sol —murmuró Dee. No sabía si aterrorizarse o regocijarse. Sus sospechas se habían confirmado. Desde el primer momento en que los vio juntos había comenzado a preguntarse si los adolescentes eran, de hecho, mellizos.

—¿Son los mellizos que predice la leyenda? —consultó de nuevo.

Bastet acercó su enorme cabeza a la de Dee. Sus bigotes, del tamaño de un pie humano, le hacían cosquillas, pero no se atrevió a apartarlos y menos aún con los colmillos de la diosa tan cerca, quien desprendía un olor a gato empapado y a incienso; Dee estaba a punto de estornudar. La Diosa Gata alargó su pezuña para empuñar la espada, pero Dee enseguida reaccionó y le agarró la mano. Era como apretarle la zarpa a un león y sus retraídas garras aparecieron repentinamente rozando sus dedos.

—Por favor, no toques la espada. Éste es un conjuro muy delicado. Creo que aún tenemos tiempo para hacer un par de preguntas más —dijo mientras asentía con la cabeza después de observar el horizonte oeste, donde los bordes de la tierra se estaban desmenuzando para convertirse en lo que parecía un polvo multicolor.

Bastet miraba enfurecida la espada negra, con sus pupilas felinas ardiendo de ira.

—Mi hermana tiene, o mejor dicho, tenía, un don muy especial. Podía Despertar los poderes de otros. Pregúntale si Despertó el potencial de esos mellizos humanos.

Dee asintió, pues ahora lo comprendía todo. Se había estado preguntando por qué Flamel había traído a los mellizos a este lugar. Ahora se lo explicaba: en tiempos remotos, se creía que Hécate tenía un poder más allá de la magia y los conjuros.

—¿Despertaste las habilidades mágicas de los mellizos? —preguntó.

Una única burbuja estalló.

—No.

Dee se mecía apoyándose en sus talones un tanto sorprendido, pues tenía la esperanza de que la respuesta fuera « Sí ». Entonces ¿habría fracasado el intento de Flamel?

Bastet gruñó.

—Está mintiendo.

—No puede —replicó Dee—. Responde a lo que le preguntamos.

—Yo vi a la jovencita con mis propios ojos —rugió la diosa egipcia—. Vi cómo blandía un látigo de energía áurica pura. Jamás he visto tal poder en mi vida, no desde tiempos inmemoriales.

El doctor John Dee le dedicó una mirada severa.

—Viste a la jovencita... Pero ¿qué hay del chico? ¿Qué estaba haciendo?

—No me fijé en él.

—¡Ajá! —exclamó Dee con aire triunfante. Después, se volvió hacia la espada.

Tras el abrigo, Morrigan susurró una advertencia.

—Que ésta sea tu última pregunta, doctor.

El trío alzó la mirada para comprobar que la penumbra estaba a punto de apoderarse de ellos. A menos de tres metros sobre sus cabezas, el mundo se terminaba. Dee se volvió dándole la espalda a ese mundo moribundo.

—¿Despertaste a la joven?

Una única burbuja estalló y la espada mostró las imágenes de Sophie levitando con su aura resplandeciendo con una luz plateada.

—Sí.

—¿Y al chico?

El filo de la espada mostró a Josh encogido en la esquina de una habitación oscura.

—No.

Las manos de Morrigan, más parecidas a garras, agarraron a Dee por el hombro y lo pusieron en pie. Dee cogió la espada y la zarandeó intentando sacudir las gotas de agua burbujeante.

El trío, que no pegaba en absoluto, pues Bastet era un ser colosal, Morrigan un ser oscuro y Dee un diminuto humano, salió corriendo mientras ese mundo se desmoronaba tras ellos. Los últimos vestigios de su ejército, hombres-pájaro y hombres-gato, se quedaron allí, deambulando sin rumbo. Cuando avistaron a sus líderes huyendo del Mundo de Sombras, comenzaron a seguirlos. En pocos instantes, todas las criaturas se estaban dirigiendo hacia el este, la última parte del Mundo de Hécate que se mantenía todavía en pie. Senuhet cojeaba detrás de Bastet, gritando su nombre y rogándole que se detuviera para ayudarlo.

Pero ese mundo se disolvía demasiado rápido. Absorbía todo lo que se encontraba a su paso, como pájaros y gatos, árboles ancestrales y orquídeas peculiares, criaturas mágicas y monstruos míticos. Consumió lo poco que quedaba de la magia de Hécate.

Entonces, el vacío reclamó el brillo del sol, el mundo se ensombreció, y dejó de existir.

Capítulo 32

Morrigan y Bastet emergieron de la maraña de setos con el doctor John Dee entre ellas. Un instante más tarde, la pared de follaje se esfumó y ante ellos apareció uno de los muchos serpenteantes senderos que conducían al monte Tamalpais. Los tres tropezaron y Dee se cayó de bruces sobre la polvareda.

—¿Y ahora, qué? —gruñó Bastet—. ¿Hemos perdido? ¿Han ganado? Hemos destruido a Hécate, pero logró Despertar el potencial de la chica.

John Dee se tambaleó hasta ponerse en pie y sacudió su costoso, y ahora arruinado, abrigo. Las mangas estaban rasgadas, hechas trizas, y algo punzante había dibujado un agujero de la medida de un puño en el forro. Limpió con sumo cuidado la espada *Excalibur*, y después la introdujo con delicadeza en su vaina oculta.

—Ahora, no debemos concentrarnos en la chica, sino en el chico. Él es la clave.

Morrigan sacudió la cabeza mientras se escuchaba el suave sonido de las plumas agitándose.

—Tus palabras siempre son acertijos —comentó mientras alzaba la mirada hacia el cielo azul que se veía un tanto eclipsado por una nube gris que se posaba justo sobre sus cabezas.

—Él ha visto los poderes mágicos tan extraordinarios que ahora posee su hermana. ¿Qué creéis que siente el chico? ¿Miedo, furia, celos? ¿Soledad? —preguntó retóricamente mientras miraba a Morrigan y a la Diosa Gata—. El chico es, al menos, tan poderoso como su hermana. ¿Existe alguien más en este continente a quien Flamel conozca y que pueda Despertar los talentos del chico?

—Black Annis reside en las montañas Catskills —sugirió Morrigan con un tono de voz que dejaba entrever su cautela.

—Demasiado improbable —respondió Dee—. Seguramente se lo comería.

—He oído que Perséfone habita en el norte de Canadá —comentó Bastet.

Dee sacudió la cabeza.

—Los años que pasó en el Mundo de Sombras de los bajos fondos la han vuelto loca. Nadie se alcanza a imaginar lo peligrosa que ahora puede llegar a ser.

Morrigan se ajustó un poco más el asombroso abrigo de plumas sobre sus hombros. La oscura nube, cada vez más cargada, se acercaba más y más a sus cabezas.

—Entonces no hay nadie en Norteamérica. Crucé Australia gracias a una luciérnaga y sé de buena tinta que Erichtho aún se esconde en Tesalia...

—Estás equivocada —interrumpió Dee—. Existe otro ser que podría Despertar el potencial del chico.

—¿Quién? —rugió Bastet, frunciendo el ceño y arrugando el morro.

El doctor John Dee se volvió hacia la Diosa Cuervo.

—Tú.

Morrigan se alejó de Dee, sorprendida, con los ojos abiertos de par en par y con sus afilados dientes presionando sus magullados y delgados labios. Una ola recorrió el abrigo negro de la diosa, erizando todas las plumas.

—Eres tú el que está equivocado —siseó Bastet—. Mi sobrina es de la última generación. No posee ese tipo de habilidades.

Dee se volvió hacia la Diosa Cuervo. Aunque sabía que estaba en un terreno de juego pantanoso y, sobre todo, peligroso, incluso mortal, el doctor John Dee no daba ni una sola muestra de ello.

—Antaño, quizá, hubieras tenido razón. Pero las habilidades de Morrigan son mucho más, pero que mucho más poderosas de lo que una vez fueron.

—Sobrina, ¿de qué está hablando? —preguntó Bastet.

—Ten mucho cuidado, humano —dijo la Diosa Cuervo.

—Mi lealtad no es lo que se está discutiendo aquí —respondió rápidamente Dee—. He estado al servicio de los Inmemoriales durante el último medio milenio. Sencillamente estoy intentando buscar un camino para conseguir nuestro objetivo. —Entonces se acercó a Morrigan—. Tiempo atrás, al igual que Hécate, tenías tres caras: eras Morrigan, Macha y Badb. Sin embargo, a diferencia de Hécate, tú y tus dos hermanas ocupasteis tres cuerpos diferentes y eran vuestras conciencias las que permanecían unidas. Individualmente, cada una de vosotras erais muy poderosas, pero unidas erais invencibles. —Dee hizo una pausa. Aparentemente, se estaba tomando unos instantes para ordenar sus pensamientos, pero en realidad estaba asegurándose de agarrar bien la espada *Excalibur* que tenía guardada debajo de su abrigo—. ¿Cuándo decidiste matar a tus hermanas? —preguntó con cierta indiferencia.

Con un alarido aterrador, Morrigan saltó y se abalanzó sobre Dee.

Y se detuvo.

En un abrir y cerrar de ojos, el filo de la espada estaba colocado sobre su garganta mientras una luz azul burbujeara y destellaba a lo largo del arma. Las serpientes que ornaban la empuñadura volvieron a cobrar vida y silbaron a modo de amenaza.

—Por favor —dijo Dee con una sonrisa y retorciendo los labios—. He sido el responsable de la muerte de una Inmemorial hoy. No es mi deseo añadir otra al saco.

Mientras hablaba, Dee observaba atentamente a Bastet, quien daba vueltas a

su alrededor acechándolo.

—Morrigan tiene el poder de Despertar al chico —informó rápidamente Dee—. Posee los conocimientos y el poder de sus dos hermanas. Si logramos Despertar al chico y convencerlo de que se una a nosotros, nos habremos ganado un poderoso y extraordinario aliado. Recordad la profecía: « Dos que son uno y uno que lo es todo. Uno que salvará el mundo y otro que lo destruirá ».

—¿Y cuál es el chico? —preguntó Bastet.

—El que se nos antoje —respondió Dee mientras miraba a Morrigan, después a Bastet y luego, una vez más, a la Diosa Cuervo.

De repente, Bastet se deslizó sigilosamente por detrás de Dee y le rodeó el cuello con su gigantesca garra. La diosa lo alzó ligeramente, obligándolo a ponerse de puntillas y a mirarle frente a frente sus escalofrantes ojos. Durante un instante, Dee consideró la idea de desvainar su espada, pero sabía que Bastet era más veloz, mucho más ágil que lo que él podría llegar a ser. Con un único movimiento de hombros, la diosa, sencillamente, le arrancaría la cabeza.

Bastet miró un tanto enfurecida a su sobrina.

—¿Es verdad? ¿Macha y Badb están muertas?

—Sí —respondió Morrigan mientras observaba rabiosa a Dee—. Pero yo no las maté. Fallecieron porque ellas así lo quisieron, aunque todavía habitan en mi interior.

Por un momento, sus ojos cobraron un resplandor amarillento, después se tornaron rojos y finalmente se tiñeron de negro azabache. No eran otros que los colores que representaban a las tres ancestrales diosas.

Dee tuvo la tentación de preguntar cómo las hermanas de Morrigan se habían introducido en su interior, pero prefirió no conocer la respuesta. Además, tampoco era la mejor ocasión para preguntar tal cosa.

—¿Podrías Despertar al chico? —preguntó Bastet.

—Sí.

—Entonces que así sea, sobrina —ordenó la Diosa Gata. A continuación, desvió toda su atención hacia Dee. Le colocó el pulgar bajo la barbilla y empujó, de forma que le impulsó la cabeza hacia atrás—. Y si por casualidad te atreves a alzarle tu espada a otro miembro de la Raza Inmemorial, yo misma me encargaré de que pases el próximo milenio en un Mundo de Sombras que yo crearé especialmente para ti. Y créeme, no te gustaría.

Bastet retiró su mano de Dee y lo arrojó al suelo, donde quedó extendido sobre un charco de lodo. Dee aún tenía agarrada con fuerza su espada.

—Dime —ordenó Bastet, que ahora a su lado parecía una criatura enorme—. ¿Dónde están Flamel y los mellizos? ¿Hacia dónde han huido?

Tendido en el suelo, Dee se incorporó tembloroso, se sacudió la suciedad que le había manchado su costoso abrigo y descubrió que tenía otro rasguño en la tela de cuero. Jamás volvería a comprar ropa de cuero.

—Necesitará empezar a formar a la chica. Hécate la Despertó, pero no tuvo la posibilidad de enseñarle ningún conjuro protector. Deberá enseñarla a protegerse por sí misma y a controlar sus poderes antes de que los estímulos del mundo físico la vuelvan loca.

—Entonces ¿adónde irán? —gruñó Bastet mientras se envolvía el cuerpo con los brazos para evitar el frío. A medida que el nubarrón que Morrigan había convocado se acercaba, éste crecía en tamaño y en densidad. Ahora, ya rozaba las copas de los árboles. La atmósfera se sentía húmeda y cargada con un suave aroma a especias jamás conocidas.

—Nicolas no se quedará en San Francisco —continuó Dee—, porque sabe que tenemos muchos agentes trabajando en la ciudad.

Morrigan cerró los ojos, dio media vuelta muy lentamente y después alzó el brazo.

—Se están dirigiendo hacia el sur. Puedo distinguir la estela del aura plateada de la chica. Es increíblemente poderosa.

—¿Quién es el Inmemorial más poderoso que habita en el sur? —preguntó Dee de inmediato—. ¿Alguien hábil en la magia elemental?

—Endor —respondió Bastet rápidamente—, en Ojai. La desafiante Bruja de Endor.

—La Señora del Aire —añadió Morrigan.

Bastet se agachó hacia el hombrecillo y le echó su nauseabundo aliento directamente a la cara.

—Ya sabes adónde tienes que ir. Ya sabes lo que tienes que hacer. Debemos conseguir las páginas del Códex.

—¿Y los mellizos? —preguntó Dee en voz baja, intentando aguantar la respiración.

—Captúralos si puedes. Si no, mátalos para evitar que Flamel utilice sus poderes.

Entonces, Morrigan y Bastet se montaron en la densa y espesa nube y desaparecieron. El matiz gris que reinaba en el paisaje se desvaneció, así como la humedad, y el doctor John Dee quedó en absoluta soledad en medio del aislado camino.

—¿Cómo llego hasta Ojai? —preguntó en voz alta.

Pero no obtuvo respuesta.

Dee metió las manos en los bolsillos de su estropeado abrigo de cuero y caminó por el estrecho camino. Odiaba cuando hacían eso, cuando lo abandonaban como si fuera un niño pequeño.

Pero las cosas iban a cambiar.

A los Inmemoriales les gustaba pensar que Dee era su marioneta, su herramienta. Él había sido testigo de cómo Bastet había abandonado a Senuhet, quien le había acompañado por lo menos durante un siglo y siempre le había sido

fiel, y eso no le había causado la menor pena a la diosa. Sabía que, si se daba la oportunidad, Bastet y Morrigan no dudarían dos veces en hacerle lo mismo a él.

Pero el doctor John Dee tenía planes para asegurarse de que jamás tuvieran esa oportunidad.

Capítulo 33

Comenzaba a anochecer cuando finalmente Josh dirigió el Hummer hacia la sinuosa y larga carretera que conducía a la pequeña ciudad de Ojai. La tensión de conducir alrededor de seiscientos cuarenta kilómetros en un solo viaje se le notaba en el rostro y aunque el ordenador había calculado que tardarían seis horas y media, en realidad, tardaron casi nueve.

Conducir el gigantesco todoterreno por la autopista le había resultado sorprendentemente sencillo, pues sólo tenía que activar el control de velocidad crucero y utilizar únicamente el volante. Era un poco aburrido, pero cuando salían de la autopista y conducían por cualquier otra carretera, el Hummer se convertía en su peor pesadilla. Esto no tenía nada que ver con sus juegos de ordenador. Era demasiado grande para él y le aterrorizaba chocar contra algo o atropellar a alguien. Además, el descomunal vehículo negro llamaba mucho la atención. De hecho, Josh jamás pensó que se sentiría tan cómodo con ventanillas polarizadas. Se preguntaba qué pensaría la gente al saber que el conductor tenía quince años.

La carretera torció hacia la derecha y ante él apareció la calle principal de Ojai, una avenida amplia y larga. Disminuyó la velocidad mientras pasaba por delante de una consulta de videntes y por el teatro de Ojai. Entonces, la pantalla del sistema por satélite cambió y señaló la calle Signal, así que Josh se detuvo, se inclinó hacia el volante con dirección asistida y alargó el cuello para mirar a través del parabrisas, que estaba cubierto de insectos aplastados. Su primera impresión mientras observaba la calle intransitada fue que Ojai era una ciudad asombrosamente verde. Estaban en junio, esa estación del año en que, en California, la mayor parte de la vegetación se teñía de marrón y se marchitaba, pero allí había árboles por todas partes que contrastaban con la piedra blanca que lucía los edificios. Justo delante de él, a su derecha, una torre bajita y de piedra blanquecina se alzaba encima de la oficina de correos y se perdía en el brillante cielo azul mientras a su derecha, una interminable fila de tiendas se agolpaba en la acera de una calle protegida por una sucesión de arcos de piedra también blanca.

Al mirar por el espejo retrovisor, Josh sintió un sobresalto al comprobar que la mirada de Scatty estaba clavada en él.

—Pensé que estabas dormida —dijo en voz baja.

Sophie, quien se había colocado en el asiento del copiloto, junto a su hermano,

después de unas cuantas horas de viaje, se había hecho un ovillo y dormía profundamente. Flamel, al lado de Scatty, roncaba suavemente.

—No necesito dormir —contestó la Guerrera.

Josh tenía decenas de preguntas para hacerle a Scathach, pero en vez de eso, prefirió preguntarle:

—¿Sabes adónde vamos?

Scathach se inclinó hacia delante, apoyó sus brazos en la parte trasera del asiento de Josh y posó su barbilla sobre ellos.

—Sigue recto. Pasa la oficina de correos, ese edificio con la torre, y después gira hacia la derecha cuando veas el parque Libbey, que está en la calle Fox. Intenta encontrar aparcamiento allí. —Scathach alzó la barbilla hacia la izquierda, señalando una hilera de tiendas que se acumulaban bajo los arcos blancos—. Allí vamos.

—¿Ahí vive tu abuela?

—Sí —respondió Scatty secamente.

—¿Y es una bruja de verdad?

—No sólo es una bruja. Es la Bruja original.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Sophie, quien ya se había apeado del coche y en ese momento se estaba desperezando, estirando la espalda y arqueándola. Entonces, al girar el cuello, se escucharon unos leves chasquidos—. Qué alivio —añadió mientras se colocaba cara al sol y cerraba los ojos. Ese día, el sol aún estaba a cierta altura, reinando en un cielo azul añil y completamente despejado.

—Debería ser yo quien te hiciera esa pregunta —dijo Josh, bajándose del coche. Después bostezó, estiró las extremidades y giró el cuello de un lado para el otro—. Creo que no querré volver a conducir en mi vida —añadió en voz baja, casi con un susurro—. Me alegro de que estés bien —confesó titubeante—. Porque estás bien, ¿verdad?

Sophie alargó la mano y apretó con fuerza el brazo de su hermano.

—Eso creo.

Flamel también se apeó del coche y cerró la puerta de golpe. Scatty ya se había alejado prudentemente del vehículo y estaba bajo la sombra de un árbol. Había buscado en su bolsillo hasta encontrar un par de gafas de sol con lentes de espejo y rápidamente se las puso. El Alquimista se acercó a ella mientras Josh activaba la alarma de seguridad desde el mando que iba unido a la llave del coche. El todoterreno emitió un pitido a la vez que las luces destellaron una sola vez.

—Tenemos que hablar —comenzó Flamel en voz baja pese a que la calle estaba completamente desierta.

Se pasó los dedos por la cabeza y una colección de delgados y cortos cabellos

se le quedaron entre los dedos. Nicolas observó los pelos que se le habían caído y después se los sacudió contra los pantalones vaqueros. Su rostro evidenciaba que, para él, había pasado un año más, pues las arrugas estaban sutilmente más marcadas alrededor de los ojos y las líneas de expresión semicirculares que le rodeaban la boca eran más profundas.

—La persona a la que visitaremos puede ser... —vaciló y continuó— difícil.

—Me lo vas a decir a mí —murmuró Scatty.

—¿A qué te refieres con «difícil»? —preguntó un tanto alarmado Josh. Después de todo lo que había visto, la palabra «difícil» podía significar cualquier cosa.

—Irritable, irascible, colérica... y eso si está de buen humor —respondió Scatty.

—¿Y cuando está de mal humor?

—¡Deseas no estar en la misma ciudad!

Josh estaba desconcertado. Se volvió hacia el Alquimista.

—Entonces ¿por qué vamos a verla?

—Porque Perenelle me dijo que lo hiciera —respondió pacientemente—, porque es la Señora del Aire y puede enseñarle a Sophie las nociones básicas de la magia aérea fundamental y porque puede darle ciertos consejos sobre cómo protegerse.

—¿Protegerse de qué? —preguntó Josh un tanto asustado.

—De sí misma —contestó Flamel de una forma casual. Después se volvió y se dirigió hacia la avenida Ojai. Scatty se escabulló de la sombra y siguió sus pasos—. Ojalá hubiera traído el protector solar. Me quemo con mucha facilidad con este sol —refunfuñaba mientras se alejaba—. Y esperad a ver las pecas que tendré mañana por la mañana.

Josh se dio la vuelta hacia su hermana; ahora comenzaba a hacerse a la idea del gigantesco abismo que le separaba de su melliza.

—¿Has entendido algo de lo que ha dicho? ¿Protegerse de ti misma? ¿Qué se supone que significa eso?

—Creo que lo sé —respondió Sophie, frunciendo el ceño—. Todo lo que me rodea es demasiado... ruidoso, demasiado brillante, demasiado ácido, demasiado intenso. Es como si alguien hubiera subido el volumen. Mis sentidos se han agudizado; no te imaginas lo que soy capaz de escuchar. —Entonces Sophie señaló con el dedo a un Toyota rojo que se deslizaba lentamente por la carretera—. La mujer que conduce ese coche está hablando por teléfono con su madre. Le está diciendo que no quiere pescado para cenar. —Después señaló un camión que estaba aparcado en la acera de enfrente—. En la parte de atrás hay una pegatina; ¿quieres que te diga lo que pone?

Josh entornó los ojos; no podía leer ni la matrícula.

—Cuando comimos hoy, el sabor de la comida era tan arrollador que casi

vomito. Podía notar los granos de sal en el bocadillo. —Después se detuvo y recogió una hoja de jacarandá del suelo—. Puedo distinguir cada vena que hay en el reverso de esta hoja con los ojos cerrados. Pero ¿sabes qué es lo peor de todo? Los olores —dijo, mirando de forma deliberada a su hermano.

—Hey...

Desde que había llegado a la pubertad había probado cada desodorante del mercado.

—No, no sólo eres tú —respondió sonriendo—, aunque te recomiendo que cambies de desodorante. Y creo que deberías quemar tus calcetines. Son todas las esencias y durante todo el tiempo. El hedor a gasolina en el aire es horroroso y el olor a goma quemada de la carretera, a comida grasienta, incluso el perfume de estas flores me resulta demasiado abrumador. —Entonces se detuvo en mitad de la calle y el tono de su voz cambió repentinamente. Miró a su hermano y unos lagrimones comenzaron a brotarle de los ojos—. Es demasiado, Josh. Sencillamente, es demasiado. Siento náuseas, la cabeza me da vueltas, me duelen los ojos, los oídos y tengo seca la garganta.

Con cierta torpeza, Josh intentó abrazarla, pero enseguida su hermana le apartó los brazos.

—Por favor, no me toques. No creo que lo aguante.

Josh intentó buscar las palabras apropiadas para responder, pero no había nada que decir ni hacer. Se sentía completamente inútil. Sophie siempre había sido una persona fuerte, siempre había tenido el control; ella era la persona a la que acudía cuando tenía problemas. Su hermana siempre tenía las respuestas.

Hasta ahora.

¡Flamel! Josh sintió como la ira le corría por las venas otra vez. Todo esto era por culpa de Flamel. Jamás perdonaría al Alquimista por lo que había hecho. Alzó la mirada y vio cómo Flamel y Scathach volvían hacia ellos.

La Guerrera vino a toda prisa.

—Sécate los ojos —ordenó con severidad—. No queremos llamar la atención.

—No le hables así a mi her... —comenzó Josh, pero Scatty lo silenció con una mirada feroz.

—Vamos a la tienda de mi abuela. Ella podrá ayudarnos. Está justo al otro lado de la calle. Vamos.

Obedientemente, Sophie se secó las lágrimas con la manga y siguió a la Guerrera. Se sentía inútil. Rara era la vez que lloraba, incluso en el final de *Titanic* se rió a carcajada limpia. ¿Por qué lloraba ahora?

En un principio, Despertar su potencial mágico se le presentó como una decisión extraordinaria. Le encantaba la idea de poder controlar y moldear su voluntad, de canalizar la energía de su aura y de trabajar con magia. Sin embargo, no había sucedido así. El estímulo la había dejado completamente

exhausta y dolorida. Por eso estaba llorando.

Y le aterrorizaba pensar que quizá el dolor que sentía jamás desapareciera. Y si no lo hacía, entonces ¿qué haría? ¿Qué podría hacer?

Sophie alzó la vista y descubrió que su hermano la estaba mirando detenidamente, con una mirada que reflejaba toda su preocupación.

—Flamel dijo que la Bruja podría ayudarte —explicó.

—¿Y si no puede, Josh? ¿Qué pasará si no puede?

Pero él no tenía respuesta para esa pregunta.

Sophie y Josh cruzaron la avenida Ojai y caminaron por el paseo de techos arqueados que rodeaba la manzana. De inmediato, sintieron que bajaba la temperatura y que el calor se hacía más soportable. Sophie se percató de que la camiseta, por el sudor, se le estaba pegando a la parte baja de la espalda, pero la sensación era la de tener algo congelado apretándole la columna vertebral.

Alcanzaron a Nicolas Flamel, quien se había detenido delante de una pequeña tienda de antigüedades y tenía una expresión de consternación dibujada en el rostro. La tienda se hallaba cerrada. Sin musitar palabra, dio unos golpecitos al reloj que estaba colgado en la puerta. Las agujas del reloj marcaban las dos y media y unos garabatos escritos a mano bajo el reloj decían: « He ido a comer, volveré a las dos y media» .

Pero ya eran casi las tres y media.

Flamel y Scatty se inclinaron hacia la puerta, esforzándose por ver el interior mientras los mellizos miraban a través de la ventana. Al parecer, la tiendecita vendía únicamente cristalería: tazas, jarras, platos, pisapapeles, objetos de decoración y espejos. Multitud de espejos. Estaban por todas partes, de diversas formas y tamaños, desde diminutos círculos hasta gigantescos rectángulos. La mayoría del cristal tenía un aspecto moderno, pero había algunas piezas en el escaparate que eran evidentemente muy antiguas.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —se preguntó Flamel—. ¿Dónde puede estar?

—Lo más probable es que saliera a almorzar y se olvidara de volver —dijo Scatty mientras se daba la vuelta y miraba hacia ambos lados de la calle—. Aunque esto no está muy concurrido hoy, ¿verdad?

Pese a ser viernes por la tarde, el tráfico en la calle principal de Ojai era fluido, y había menos de doce peatones deambulando por el paseo cubierto.

—Podríamos mirar en los restaurantes —sugirió Flamel—. ¿Qué tipo de comida le gusta?

—No lo preguntes —respondió Scatty rápidamente—, créeme, no quieras saberlo.

—Quizá si nos dividimos... —comenzó Nicolas.

Impulsivamente, Sophie se inclinó y giró el pomo de la puerta: en ese instante, una campana repicó melódicamente y la puerta se abrió ante ellos.

—Ésa ha sido buena —soltó Josh.

—Lo vi en una película hace tiempo —murmuró Sophie—. ¿Hola? —preguntó mientras entraba en la tienda.

Pero no obtuvo respuesta alguna.

La tienda de antigüedades era verdaderamente diminuta, un poco más grande que una habitación rectangular, pero los cientos de espejos, algunos de ellos colgados del techo, producían un efecto espectacular, pues la hacían parecer más grande de lo que en realidad era.

Sophie echó ligeramente la cabeza hacia atrás y respiró profundamente, abriendo las aletas de la nariz.

—¿Oléis eso?

Su hermano sacudió la cabeza en forma de negación. Esa cantidad de espejos comenzaba a ponerlo nervioso, pues no cesaba de ver su propio reflejo desde todas las perspectivas posibles y en cada uno de los espejos la imagen era diferente, imperfecta o distorsionada.

—¿Qué hueles tú? —preguntó Scatty.

—Es como... —Sophie hizo una pausa—. Como el olor a madera en otoño.

—Entonces ha estado aquí.

Sophie y Josh la miraron sobrecogidos.

—Ése es el aroma de la Bruja de Endor. Es la esencia de la magia arcana.

Flamel permanecía en la puerta, vigilando todo el tiempo la calle.

—No puede haber ido muy lejos si dejó la tienda abierta. Voy a ir a buscarla —dijo mientras miraba a Scatty—. ¿Cómo puedo reconocerla?

La Guerrera esbozó una amplia sonrisa a la vez que su brillante mirada desprendía un aire malvado.

—Créeme, sabrás quién es en cuanto la veas.

—No tardaré demasiado.

Cuando Flamel salió de la tienda, una gigantesca motocicleta aparcó justo delante de la tiendecita. El conductor permaneció sentado durante unos instantes y después aceleró el motor y se alejó rugiendo por la avenida. El estruendo era increíble: toda la cristalería de la tienda tembló y vibró al ritmo del sonido. Sophie tuvo que presionar los oídos con ambas manos.

—No sé cuánto más podré soportar —sollozó.

Josh condujo a su hermana hacia una silla de madera y la obligó a sentarse. Él se puso de cuclillas junto a ella, queriendo cogerla de la mano, pero le asustaba el hecho de rozarla. Se sentía completamente impotente.

Scatty se arrodilló justo enfrente de Sophie de forma que sus rostros quedaron al mismo nivel.

—Cuando Hécate te Despertó, no tuvo la oportunidad de enseñarte cómo

estimular y mitigar tus sentidos. Por el momento, tus sentidos están avivados, pero no será así para siempre, te lo prometo. Con un poco de formación y unos conjuros básicos protectores aprenderás a destapar tus sentidos durante fracciones de segundo.

Josh miraba a las dos jovencitas. Una vez más, se sintió a kilómetros de distancia de su hermana. Eran mellizos fraternales y consecuentemente no eran genéticamente idénticos. No compartían esas sensaciones de la que los gemelos acostumbraban a disfrutar, como sentir dolor cuando el otro gemelo se había hecho daño o saber cuándo el otro hermano se había metido en cualquier lío. Sin embargo, en ese momento Josh sentía la angustia que estaba sufriendo su hermana. Lo único que deseaba era que hubiera algo que aliviara el dolor.

Como si pudiera leerle la mente, Scatty soltó repentinamente:

—Existe algo que puedo hacer y que quizá te ayude. —Los mellizos notaron una especie de indecisión en su voz—. No te dolerá —añadió rápidamente.

—No puede doler más que esto —susurró Sophie—. Hazlo —le pidió de inmediato.

—Primero, necesito tu permiso.

—Soph... —comenzó Josh, pero su hermana lo desoyó.

—Hazlo —repitió Sophie—. Por favor —rogó.

—Ya te he dicho que yo soy lo que vosotros, los humanos, denomináis un vampiro...

—¡No irás a beberte su sangre! —gritó Josh aterrado. Con sólo pensarlo le dolía el estómago.

—Ya te lo conté Josh, el clan al que pertenezco no bebe sangre.

—Y a mí qué me importa...

—Josh —interrumpió Sophie enfadada.

El aura de Sophie comenzó a parpadear hasta hacerse claramente visible a causa de su enojo. De inmediato, el interior de la tienda se abarrotó del dulce aroma del helado de vainilla. Una exposición de campanas de viento de cristal tintineó y repiqueteó gracias a una imperceptible brisa.

—Josh, cállate —susurró Sophie, volviéndose para mirar a Scatty—. ¿Qué quieres que haga?

—Dame tu mano derecha.

Enseguida Sophie alargó el brazo y Scatty envolvió la mano de Sophie con las suyas. Después, con mucho cuidado, colocó los dedos de su mano izquierda sobre los dedos de la mano derecha de Sophie: pulgar con pulgar, índice con índice, meñique con meñique.

—Los vampiros que beben sangre —comentó distraídamente y concentrándose en las manos—, en realidad son los más débiles y se sitúan en el peldaño más bajo de nuestro escalafón. ¿Alguna vez te has preguntado por qué beben sangre? Porque en realidad están muertos, el corazón no les late, no

necesitan comer, de forma que la sangre no les supone ningún sustento.

—¿Estás muerta?

Sophie formuló la pregunta que Josh estaba a punto de hacerle a la Guerrera.

—No del todo.

Josh contemplaba los espejos y veía con perfecta nitidez el reflejo de Scathach en ellos. Scatty le sorprendió mirándola y sonrió.

—No debes creerte esa basura de que los vampiros no pueden proyectar su reflejo; por supuesto que podemos; ante todo, somos criaturas corpóreas.

Josh observaba con toda atención como Scathach presionaba suavemente los dedos de su hermana. A primera vista, parecía que no sucediera nada. Después, vislumbró un destello plateado en un espejo colocado detrás de Scatty y se fijó que en el espejo la mano de Sophie había comenzado a resplandecer con una luz tenue de color plata.

—Mi raza, el Clan del Vampiro —continuó la Guerrera en voz baja, mirando fijamente la palma de la mano de Sophie—, pertenece a la última generación.

En el espejo, Josh veía que el resplandor plateado había comenzado a cubrir la palma de Sophie.

—No somos Antiguos Inmemoriales. Los que nacimos después de la caída de Danu Talis somos completamente distintos de nuestros padres. Somos diferentes en muchos e incomprensibles aspectos.

—Ya has mencionado Danu Talis antes —murmuró Sophie entre sueños—. ¿Qué es? ¿Un lugar?

Sophie notaba una sensación cálida y suave que le fluía por el brazo, nada parecido a alfileres o agujas, sino un hormigueo muy agradable.

—Era el corazón del mundo en Tiempos Ancestrales. La Raza Inmemorial gobernaba el planeta desde una isla conocida como Danu Talis. Se extendía desde lo que es ahora la costa africana hasta las playas de Norteamérica pasando por el golfo de México.

—Jamás he oído hablar de Danu Talis —susurró Sophie.

—Sí, sí que lo has oído —respondió Scathach—. Los celtas la denominaban *De Danann Isle* y en el mundo actual se la conoce como Atlántida.

En el espejo, Josh comprobaba que la mano de Sophie había cobrado un resplandor más blanquecino. Parecía que llevara un guante. Diminutos zarcillos centellantes de color plata envolvían los dedos de Scatty como si fueran maravillosos anillos. Scathach se estremeció.

—Danu Talis se desvaneció porque los Gemelos Reinantes, el Sol y la Luna, combatieron en la cúspide de la Gran Pirámide. Las espectaculares fuerzas mágicas que liberaron desbarataron el equilibrio de la naturaleza. Me contaron que fue esa misma magia silvestre, que vagaba por la atmósfera, la que causó ciertos cambios en la última generación. Algunos nacieron con aspecto monstruoso, otros con siluetas mezcladas y unos pocos poseían extraordinarios

poderes de transformación y podían convertirse en bestias a su antojo. Y otros, como aquellos que finalmente creamos el Clan del Vampiro, sencillamente, no podíamos sentir.

Josh miró a Scathach de una forma un tanto desafiante.

—¿A qué te refieres con «sentir»?

La Guerrera sonrió y lo miró. De repente, sus dientes parecían demasiado largos para el tamaño de su boca.

—Poseemos muy pocas emociones, por no decir ninguna. Carecíamos de la capacidad de sentir el miedo, de experimentar el amor, de disfrutar el sentimiento de la felicidad o del gozo. Los mejores guerreros no sólo son aquellos que no conocen el miedo, sino aquellos que luchan sin rabia.

Josh se alejó unos pasos de Scatty y respiró profundamente. Sentía calambres en las piernas y notaba cómo infinidad de alfileres se le clavaban en las plantas de los pies. Además, debía alejarse del vampiro. Ahora, todas las superficies de los espejos y de los cristales pulidos mostraban la luz plateada que fluía desde la mano de Sophie hacia el brazo de Scatty. El resplandor desaparecía entre la piel de la Guerrera antes de alcanzar el codo.

Scatty giró la cabeza para mirar a Josh, y éste se percató de que el blanco de sus ojos se había teñido de color plata.

—Los vampiros chupasangre no necesitan la sangre, sino las emociones, los sentimientos que están en la propia sangre.

—Le estás robando las sensaciones a Sophie —murmuró Josh aterrado—. Sophie, deténla...

—¡No! —exclamó su hermana, abriendo los ojos de par en par. El blanco de los ojos de Sophie, al igual que el de Scatty, se había tornado de un plateado reflectante—. Comienzo a notar que desaparece el dolor.

—Son demasiadas sensaciones para tu hermana. Son tan intensas que llegan a ser dolorosas, y eso la asusta. Sólo estoy disipando el dolor y el miedo.

—¿Por qué razón alguien querría sentir dolor o miedo? —se preguntó Josh en voz alta, un tanto intrigado y otro tanto repugnado por la idea.

En cierta manera, parecía que eso no era algo que alguien pudiera desear.

—Para sentirse vivo —respondió Scatty.

Capítulo 34

Aun con los ojos cerrados, Perenelle Flamel sabía a ciencia cierta que la habían trasladado a una cárcel mucho más segura. Algún lugar profundo, oscuro y siniestro. Podía notar el mal en las paredes, incluso lo sentía en el aire que respiraba. Recostada e inmóvil, Perenelle intentaba expandir sus sentidos, pero el manto de malevolencia y desesperanza era tan fuerte que no podía hacer uso de su magia. Escuchó atentamente y, sólo cuando estuvo completamente segura de que no había nadie más en la habitación, abrió los ojos.

Se hallaba en una celda.

Tres de las paredes eran de hormigón macizo y la cuarta estaba formada por barras metálicas. A través de las barras, Perenelle podía ver otra hilera de celdas.

¡Estaba en una prisión!

Balanceó las piernas en la camilla y, despacio, se incorporó y se puso en pie. Notó que la ropa desprendía un olor parecido al de la sal marina y tuvo la sensación de escuchar el sonido del océano.

La celda estaba casi vacía y no era mucho mayor que una caja de cerillas: unos tres metros de largo por un metro de ancho. Estaba adornada con un estrechísimo catre en el que se apoyaba un delgado colchón y una única almohada llena de bultos. Entre las barras se asomaba una bandeja de cartón que contenía una jarra de plástico llena de agua, una taza también de plástico y un plato de papel con un pedazo de pan negruzco. Al ver la comida, Perenelle se percató de lo hambrienta que estaba, pero decidió ignorar la comida durante unos instantes y sacar la cabeza por los barrotes. Miró hacia la izquierda y hacia la derecha, pero todo lo que veía eran celdas, celdas vacías.

Estaba sola en un edificio penitenciario. Pero dónde...

Entonces, la bocina de un barco, un tanto lastimera y perdida, resonó en la distancia. Perenelle sintió un escalofrío, pues repentinamente supo dónde la habían trasladado Dee y sus secuaces: a la isla de Alcatraz, la Roca.

Miró a su alrededor, intentando concentrar toda su atención en la zona de la puerta metálica. A diferencia de la otra celda donde había estado, en ésta Perenelle no podía ver ningún amuleto mágico o barreras mágicas protectoras pintadas en el dintel o en el suelo. Perenelle no pudo evitar que se le escapara una sonrisilla. ¿En qué estaban pensando los secuaces que trabajaba para Dee? Cuando recuperara sus fuerzas, cargaría su aura y doblaría los barrotes como si fueran mantequilla y saldría de ahí.

Tardó unos instantes en darse cuenta de que el *clic-clic* que al principio había supuesto que eran gotas de agua era, en realidad, algo que se acercaba hacia allí, deslizándose muy despacio y pausadamente. Con todo su cuerpo aplastado contra los barrotes, Perenelle intentaba ver qué había al final del pasillo. Una sombra se movía. «¿Más simulacros sin rostro?», se preguntaba. No lograrían retenerla durante mucho más tiempo.

La sombra, gigantesca y deforme, salió de las penumbras y se adentró en el pasillo hasta llegar a su celda. En ese instante, Perenelle agradeció tener los barrotes que la separaban del aterrador ente.

En el pasillo se alzaba una criatura que no había vagado por la tierra desde milenios antes de que se construyera la primera pirámide a orillas del Nilo. Era una esfinge, un enorme león con alas de águila y cabeza de bellísima mujer. La esfinge sonrió, ladeó la cabeza y, de pronto, sacó su lengua, negra, larga y con la punta bifida. Perenelle se fijó en las pupilas, que eran llanas y horizontales.

La criatura no formaba parte de la colección de creaciones del doctor John Dee. La esfinge era una de las hijas de Equidna, una de las Inmemoriales más terribles, temida y rechazada incluso por su propia raza, incluso por los Oscuros Inmemoriales. De repente, Perenelle se preguntó a quién, exactamente, debía sus servicios Dee.

La esfinge se esforzó por introducir su cabeza entre los barrotes. Disparó su afilada lengua, palpando el aire, y por pocos milímetros no rozó los labios de Perenelle.

—¿Tengo que recordarte, Perenelle Flamel —preguntó en la lengua del Nilo — que uno de los dones más especiales de mi raza es absorber la energía áurica? —Entonces batió sus colosales alas, que ocupaban casi todo el pasillo—. Conmigo cerca, tus poderes mágicos no funcionarán.

Perenelle sintió un escalofrío por la columna vertebral al darse cuenta de lo inteligente que era Dee. Estaba indefensa, sin poder hacer uso de sus poderes y atrapada en Alcatraz. Y Perenelle sabía, a ciencia cierta, que nadie había logrado escapar de la Roca con vida.

Capítulo 35

La campanilla de la tienda sonó cuando Nicolas Flamel empujó la puerta. Después, se retiró ligeramente hacia atrás para permitirle el paso a una anciana de aspecto común que lucía una blusa y una falda grises e impecables. Tenía el cabello corto, un tanto encrespado, con permanente y con unos débiles destellos de color azul. Sin embargo, las gigantescas gafas negras, que le cubrían la mayor parte del rostro, la diferenciaban de cualquier otra ancianita. Y en la mano derecha traía plegado un delgado bastón blanco.

De inmediato, Sophie y Josh se percataron de que era ciega.

Flamel carraspeó.

—Permitidme que os presente... —En ese momento se detuvo y miró a la señora—. Perdone. ¿Cómo debo llamarla?

—Llámeme Dora, como todo el mundo —respondió en un inglés indiscutiblemente neoyorquino—. ¿Scathach? —preguntó repentinamente—. ¡Scathach!

Entonces sus palabras se disolvieron en un lenguaje que, al parecer, consistía en sonidos semejantes al ruido que se produce al escupir. Sophie se sorprendió al comprobar que ella sí entendía esa lengua.

—Quiere saber la razón de por qué Scatty no ha venido a visitarla durante los últimos trescientos setenta y dos años, ocho meses y cuatro días —tradujo a su hermano. Sophie miraba fijamente a la anciana, pero no lograba vislumbrar el miedo y la envidia que se reflejaban en el rostro de Josh.

La anciana entró rápidamente a la pequeña sala, girando la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha, pero jamás mirando cara a cara a su nieta. Continuaba hablando y hablando, sin detenerse ni siquiera para coger aliento.

—Le está diciendo a Scatty que podría haberse muerto y nadie lo hubiera sabido. Ni le hubiera importado, ya que recientemente, en el siglo pasado, estuvo muy enferma y nadie la llamó ni la escribió...

—Abue... —comenzó Scatty.

—No me llames abuela —interrumpió Dora, volviendo al inglés—. Podrías haberme escrito. En cualquier lengua me hubiera servido. Podrías haberme llamado...

—No tengo teléfono.

—¿Y por qué no me enviaste un correo electrónico? ¿O un fax?

—Abuela, ¿acaso tienes ordenador o acceso a un número de fax?

Dora se detuvo.

—No. ¿Para qué los necesito?

Dora movió la mano y su bastón blanco se extendió completamente produciendo un ruido seco. Entonces dio unos golpecitos al cristal de un espejo cuadrado normal y corriente.

—¿Tienes uno de éstos?

—Sí, abuela —contestó Scatty con un tono de voz triste. Ahora, sus pálidas mejillas se habían sonrojado por la vergüenza que acaba de pasar.

—Entonces, no has encontrado tiempo para mirar al espejo y hablarme. ¿Has andado tan ocupada últimamente? Tu hermano es quien me cuenta cómo estás. ¡Y cuándo fue la última vez que hablaste con tu madre!

Scathach se volvió hacia los mellizos.

—Ésta es mi abuela, la legendaria Bruja de Endor. Abuela, ellos son Sophie y Josh. Y ya conoces a Nicolas Flamel.

—Así es, un hombre encantador. —Dora continuaba girando la cabeza a ambos lados y abriendo las ventanas de la nariz—. Mellizos —dijo finalmente.

Sophie y Josh se miraron el uno al otro. ¿Cómo lo había sabido? ¿Se lo habría contado Nicolas?

Había algo en la forma en que la anciana seguía moviendo la cabeza que intrigaba a Josh. Éste intentaba seguir la dirección de su mirada... Pero unos instantes más tarde se dio cuenta de por qué la mujerladeaba la cabeza a la derecha y a la izquierda sucesivamente: porque de alguna manera los estaba observando a través de los espejos. De forma automática, rozó la mano de su hermana y asintió con la cabeza mirando al espejo. Sophie miró el espejo, después a la anciana, después otra vez el espejo y finalmente asintió con la cabeza hacia su hermano, diciéndole, en absoluto silencio, que le había entendido. Dora se acercó a Scathach, giró la cabeza hacia un lado y se quedó contemplando fijamente un espejo situado en el techo.

—Has adelgazado. ¿Comes bien?

—Abuela, estoy así desde hace dos mil años y medio.

—¿Estás insinuando que me estoy volviendo ciega? —preguntó la anciana. De inmediato, soltó una profunda carcajada—. Dale un abrazo a tu abuela.

Scathach abrazó con sumo cuidado a su abuela y la besó en la mejilla.

—Me alegro de verte, abuela. Al parecer estás bien.

—Estoy vieja. ¿Parezco vieja?

—No más de diez mil —respondió Scatty con una sonrisa.

La Bruja le pellizcó la mejilla a su nieta.

—La última persona que se burló de mí fue un inspector de hacienda. Lo convertí en un pisapapeles —explicó—. Lo debo de tener por ahí.

Flamel tosió discretamente.

—*Madame Endor...*

—Lláname Dora —interrumpió la anciana.

—Dora. ¿Sabes lo que ha ocurrido hace unas horas en el Mundo de Sombras de Hécate?

Jamás antes había tenido la oportunidad de ver a la Bruja, pero la conocía por su reputación y sabía que debía tratarla con suma cautela y prudencia. Ella era la legendaria Inmemorial que había decidido abandonar Danu Talis para convivir y enseñar a los humanos siglos antes de que la isla se sumergiera entre los océanos. Se creía que ella fue quien creó el primer alfabeto humano en la histórica Sumeria.

—Tráeme una silla —ordenó Dora sin dirigirse a nadie en particular. Sophie se levantó de la silla en la que se había acomodado y Scatty ayudó a su abuela a sentarse en ella. La anciana se inclinó hacia delante y apoyó ambas manos en el puño de su bastón blanco—. Sé lo que sucedió. Estoy segura de que todos los Inmemoriales han sentido su muerte. —Dora se percató de las miradas de sorpresa de quienes la acompañaban—. Hécate está muerta y su Mundo de Sombras ha desaparecido. Por lo que tengo entendido, una Inmemorial, de la última generación, y un humano inmortal son los responsables. Hécate se merece que alguien venga su muerte. Pero eso no ocurrirá por el momento, ni siquiera en un breve espacio de tiempo. Pero ella era de la familia, y por eso se lo debo. Yo misma me encargaré de que así sea.

La Bruja de Endor había pronunciado la sentencia de muerte tranquila. En ese instante, Flamel se dio cuenta de que esa mujer era incluso más peligrosa de lo que se había imaginado.

Dora desvió la mirada hacia otra dirección y Flamel se percató de que estaba contemplando el reflejo de la anciana en un vistoso espejo de marco plateado. Dora tamborileó los dedos sobre el cristal.

—Hace un mes vi lo que desgraciadamente ha ocurrido esta mañana.

—¡Y no se lo dijiste a Hécate! —exclamó Scatty.

—Vi una hebra del hilo que es el posible futuro. Una de muchas. En otras, Hécate vencía a Bastet y a Morrigan y mataba a Dee. En otra, Hécate te mataba a ti, señor Flamel, y Scathach vengaba tu muerte matándola a ella. Todas eran diferentes versiones del futuro. Hoy descubrí cuál de ellas ocurriría. —Miró alrededor de la diminuta tienda, fijándose en cada espejo, en cada jarrón y en cada portarretratos de cristal—. Así que conozco la razón por la que estáis aquí y sé qué queréis que haga. He estado reflexionando largo y tendido sobre mi respuesta. He tenido un mes para pensármelo.

—¿Y nosotros? —preguntó Sophie—. ¿Estábamos en alguna de esas hebras?

—Sí, en algunas —respondió la Bruja.

—¿Qué nos ocurría en las otras?

A Josh se le escapó la pregunta sin pensar. De hecho, no tenía la más mínima curiosidad sobre la respuesta.

—Dee y sus golems o las ratas y pájaros os mataban en la mayoría de las versiones. En otras, sencillamente os estrellabais con el coche. Y en otras, Sophie no era capaz de soportar el Despertar o no lograbais escapar del Mundo de Sombras y desaparecáis junto con él.

Josh tragó saliva.

—¿Sólo sobrevivíamos en una hebra?

—Sólo en una.

—Eso no es bueno, ¿verdad? —susurró.

—No —confirmó la Bruja de Endor rotundamente—. Nada bueno.

Dora permaneció unos instantes sin musitar palabra, mientras miraba fijamente la suave superficie de un recipiente plateado. De repente, comenzó a hablar de nuevo.

—En primer lugar, debéis saber que no tengo los poderes para Despertar al chico. Eso se lo dejo a otros.

Josh alzó la mirada.

—¿Existen otros que pueden Despertar mi potencial?

La Bruja de Endor desoyó su pregunta.

—La chica posee una de las auras plateadas más puras que jamás he visto. Necesita que le enseñen algunos conjuros para la protección personal si quiere conservar su vida durante el resto del proceso. El hecho de que aún esté sana y salva después de tantas horas es una prueba de su fuerza de voluntad. —La anciana inclinó la cabeza hacia atrás y Sophie descubrió el rostro de Dora, que la observaba desde un espejo colgado en el techo—. Y eso será lo que yo haga.

—Gracias —dijo Nicolas Flamel con un suspiro—. Soy consciente de lo difíciles que le han resultado estas últimas horas a Sophie.

En ese instante, Josh se dio cuenta de que no podía mirar a su hermana. Al parecer, el proceso de Despertar aún no había llegado a su fin. ¿Significaba eso que su hermana sufriría aún más? Eso resultaba descorazonador.

Scathach se arrodilló junto a su abuela y posó una mano sobre el brazo de la anciana.

—Abuela, Dee y sus maestras están en busca de las dos páginas del Códex que les faltan —comenzó—. Imagino que a estas alturas saben, o al menos sospechan, que Sophie y Josh son los mellizos que se mencionan en el Libro de Abraham.

Dora asintió.

—Dee lo sabe.

Scathach le echó una mirada a Flamel.

—Entonces sabe que no sólo debe recuperar las páginas, sino también capturar o matar a los mellizos.

—También lo sabe —confirmó Dora.

—Y si Dee se sale con la suya, ¿este mundo se acaba? —vaciló Scathach, preguntando una afirmación.

—El mundo se ha acabado antes —respondió la Bruja con una sonrisa en los labios—. Estoy segura de que se acabará muchas veces antes de que el sol regrese.

—¿Sabes que Dee tiene la intención de traer a los Oscuros Inmemoriales?

—Sí, lo sé.

—El Códex dice que los Oscuros Inmemoriales sólo pueden ser vencidos por Plata y Oro —continuó Scatty.

—El Códex también dice, si no me falla la memoria, que las manzanas son venenosas y que las ranas pueden convertirse en príncipes. No debes creerte todo lo que lees en las páginas del libro —respondió Dora.

Flamel había leído el capítulo sobre las manzanas en el Códex. Él tenía la teoría de que posiblemente se refería a las semillas de las manzanas que, de hecho, eran venenosas si comías varias de ellas. No había logrado descifrar la sección sobre ranas y príncipes, aunque había leído el libro cientos de veces. Tenía una infinidad de preguntas que hacerle a la Bruja, pero en ese momento no estaban ahí para eso.

—Dora, ¿le enseñaría a Sophie los principios de la magia del Aire? Necesita aprender lo suficiente como para al menos saberse defender y proteger de un ataque.

Dora se encogió de hombros y sonrió.

—¿Acaso tengo elección?

Flamel no se esperaba esa respuesta.

—Por supuesto que tiene elección.

La Bruja de Endor sacudió la cabeza.

—Esta vez no.

Levantó las manos y se quitó las gafas oscuras. Scatty no reaccionó y se quedó inmóvil pero la contracción que Flamel tuvo en un músculo de la mandíbula dejó al descubierto su sorpresa. Sin embargo, los mellizos se alejaron, horrorizados, con un rostro que mostraban su conmoción. La Bruja de Endor no tenía ojos.

Sólo tenía unas cuencas vacías, donde, antaño, habían estado sus ojos. En su lugar, anidados en las cuencas, brillaban dos óvalos perfectos de cristal reflectante. Entonces, los espejos se volvieron hacia los mellizos.

—Cedí mis ojos a cambio de la Vista, una habilidad que te permite ver ciertos esbozos del tiempo, del pasado, el presente y el posible futuro. Existen muchos esbozos, muchas versiones del posible futuro, aunque no tantas como la gente se imagina. En los últimos años, las versiones se han ido uniendo, entretejiéndose entre ellas. La mayoría son aterradoras —añadió severamente—. Y todas y cada

una de ellas están relacionadas con vosotros dos —comentó mientras señalaba a Sophie y a Josh—. Así que, ¿qué elección tengo? Éste también es mi mundo. Habito aquí desde antes que los humanos pisaran esta tierra, yo fui quien les enseñó a crear el fuego y a hablar una lengua. Y no pienso abandonarlos ahora. Formaré a la chica, le enseñaré cómo protegerse y le mostraré cómo controlar la magia del Aire.

—Gracias —dijo Sophie cuidadosamente, rompiendo el silencio que se había formado.

—No me lo agradezcas. Esto no es un regalo. ¡Es una maldición!

Capítulo 36

Josh salió de la tienda de antigüedades con las mejillas enrojecidas por la rabia que le corría por las venas mientras recordaba las últimas palabras de la Bruja.

—Tienes que irte. Mis enseñanzas no están concebidas para el oído humano.

Josh miró a su alrededor, primero a Flamel, después a Scatty y finalmente a su hermana melliza y se dio cuenta de que él era el único ser humano puro que había en la tienda. Evidentemente, para los ojos de la Bruja de Endor, Sophie y a no pertenecía completamente a la raza humana.

—Ningún problema. Esperaré... —comenzó Josh con la voz entrecortada. Tosió y reanudó su discurso—. Esperaré en el parque de enfrente.

Y entonces, sin mirar atrás, salió de la tienda a la vez que el tintineo de la campanilla de la puerta de la entrada parecía burlarse de él mientras la cerraba.

Pero había un problema. Un gran problema.

Sophie Newman contemplaba cómo su hermano salía de la tienda. Incluso si no le hubieran Despertado los sentidos, sabía que su hermano estaba ofendido y furioso. Quería detenerlo, seguirlo, pero Scatty estaba de pie justo enfrente de ella con los ojos bien abiertos, mandándole una advertencia, y con el dedo índice sobre sus labios le indicaba que no dijera una sola palabra mientras sacudía ligeramente la cabeza. Agarrándola por el hombro, Scatty la acompañó hasta donde se encontraba la Bruja de Endor. La anciana alzó las manos y acarició con delicadeza y ternura el contorno del rostro de Sophie. El aura de Sophie parpadeaba y titilaba cada vez que Dora la rozaba con la yema de sus dedos.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Quince. Bueno, quince y medio. —Sophie dudaba de que medio año importara mucho.

—Quince y medio —repitió Dora, sacudiendo la cabeza—. No me acuerdo de aquella época tan lejana —dijo mientras inclinaba la barbilla dirigiéndose a Scatty—. ¿Guardas algún recuerdo en la memoria de cuando tenías quince años?

—Como si hubiera sido ayer —respondió Scathach con severidad—. ¿No fue cuando te visité en Babilonia e intentaste casarme con el rey Nebuchadnezzar?

—Estoy segura de que te equivocas —contestó Dora con un aire feliz—. Creo que eso fue más tarde, aunque él hubiera sido un marido excelente para ti —añadió. Desvió su mirada hacia Sophie y ésta descubrió su propio reflejo en los

espejos que sustituían los ojos de la Bruja—. Debo enseñarte dos cosas imprescindibles. Una es protegerte, que es relativamente sencillo. La otra será instruirte en la magia del Aire, que será un poco más complicado. La última vez que le enseñé a un ser humano la magia del Aire tardó sesenta años en aprender las bases y aun así se desplomó del cielo en su primer vuelo.

—Sesenta años. —Sophie tragó saliva. ¿Significaría que estaba destinada a pasar el resto de su vida intentando controlar ese poder?

—Abuela, no disponemos de tanto tiempo. De hecho, dudo de que tengamos ni siquiera sesenta minutos.

Dora miró enfurecida a un espejo y su reflejo apareció en el cristal de un portarretratos vacío.

—Si eres una experta en la materia, ¿por qué no lo haces tú misma?

—Abuela... —suspiró Scathach.

—No me llames abuela con ese tono de voz —advirtió Dora—. Lo haré a mi manera.

—No tenemos tiempo para hacerlo de la forma más tradicional.

—No me hables a mí de tradición. ¿Qué sabéis los jóvenes sobre tradición? Confiad en mí. Cuando acabe, Sophie sabrá los mismos conocimientos que yo sobre la magia del Aire elemental. —Entonces se volvió hacia Sophie—. Empecemos por el principio: ¿tus padres están vivos?

—Sí —respondió Sophie mientras parpadeaba un tanto sorprendida, pues le extrañaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Bien. ¿Y hablas con tu madre?

—Sí, casi cada día.

Dora miró de reojo a Scatty.

—¿Lo has oído? Casi cada día. —Dora cogió una de las manos de Sophie y comenzó a darle palmaditas en el dorso—. Quizá deberías enseñarle un par o tres de cosas a Scathach. ¿Tienes abuela?

—Mi abuelita, sí, la madre de mi padre. Suelo llamarla los viernes —añadió.

Sophie se sentía un poco culpable, pues acababa de darse cuenta de que era viernes y que la abuelita Newman estaría esperando su llamada.

—Cada viernes —repitió la Bruja de Endor, haciendo hincapié en el comentario mientras volvía a mirar a su propia nieta, pero ésta, de una forma deliberada, esquivó la mirada de su abuela y se concentró en un pisapapeles de cristal. Lo volvió a colocar en su sitio al darse cuenta de que había un diminuto hombrecillo ataviado con un traje con chaleco en el interior del cristal. Tenía un portafolios en una mano y un fajo de papeles en la otra. Aún pestañeaba.

—Esto no te va a doler —avisó la Bruja.

Sophie dudaba de que fuera más doloroso que aquello por lo que ya había pasado. Al percibir el olor a madera quemada, Sophie arrugó la nariz y sintió como una brisa fresca le rozaba las manos. Miró hacia abajo. Una telaraña

formada por miles de delicados y finos hilos giraba sin parar en los dedos de la Bruja, envolviendo así los dedos de Sophie como si fuera un vendaje. Los hilos se enredaron en la palma de su mano hasta cubrirla por completo, y después continuaron entretejiéndose por la muñeca hasta que finalmente reptaron por el brazo. En ese instante, Sophie se fijó en que la Bruja había estado distrayéndola con sus preguntas. Sophie desvió su mirada hacia los ojos-espejo de Dora y descubrió que no podía vocalizar ni pronunciar sus preguntas. Era como si de repente hubiera perdido la habilidad del habla. También le había sorprendido el hecho de que, desde el momento en que la Bruja la había tomado de la mano, en vez de sentir miedo o temor, había notado que le había invadido una ola de paz y tranquilidad. Miró de reojo a Scatty y a Flamel. Ambos observaban el proceso con atención, con los ojos abiertos de par en par, un tanto sorprendidos. Sin embargo, la mirada de Scatty no sólo expresaba sorpresa, sino también una pizca de horror.

—Abuela... ¿estás segura de esto? —preguntó Scathach.

—Por supuesto que estoy segura —respondió bruscamente la anciana con una voz de enfado.

Aunque la Bruja de Endor se estuviera dirigiendo a su nieta, Sophie podía escuchar la voz de Dora en el interior de su cabeza, hablándole, susurrándole secretos ancestrales, murmurándole conjuros arcaicos, revelándole una vida de conocimientos, y todo en cuestión de segundos.

—Esto no es una telaraña —explicó Dora a Flamel, que permanecía en silencio y aturdido, al percatarse de que éste se había inclinado hacia delante para observar con más detenimiento las telarañas que rodeaban los brazos de Sophie—. Se trata de aire concentrado mezclado con mi propia aura. Todos mis conocimientos, mis experiencias, incluso mi saber popular, están concentrados en esta telaraña de aire. En el momento en que esta maraña de hilos ha rozado la piel de Sophie, la joven ha comenzado a absorber todos mis conocimientos.

Sophie respiró profundamente, inhalando así el aire con esencias de madera que entraba directo a sus pulmones. Su cerebro proyectaba una colección de imágenes que pasaban a la velocidad de un rayo: lugares y eras ancestrales, ruinas ciclópeas de piedra, embarcaciones de oro macizo, dinosaurios y dragones o una ciudad esculpida en una montaña de hielo. Y rostros... cientos, miles de rostros de cada una de las razas de la humanidad, pertenecientes a todos los períodos históricos. Rostros de seres humanos, medio-humanos, de criaturas con partes humanas y partes de animal, y de monstruos. Estaba viendo todo lo que la Bruja de Endor había visto a lo largo de su vida.

—Los egipcios no lo entendieron —continuó Dora mientras movía las manos con extrema rapidez. Las movía tan rápido que ni siquiera Flamel podía distinguir los movimientos—. No se fijaron en que yo envolvía a los vivos. Hubo un tiempo en el que entregaba un poco de mi persona a mis seguidores y los enviaba al otro

mundo para mostrar mis enseñanzas en mi nombre. Obviamente, alguien me espió e intentó copiar el proceso.

De repente, Sophie vio a doce personas envueltas como lo estaba ella en esos momentos, y a una Dora de aspecto juvenil que deambulaba entre ellos ataviada con un traje típico de la antigua Babilonia. De alguna forma, Sophie interpretó que esas personas eran curas y sacerdotisas que rendían culto y veneraban a la Bruja. Dora les transmitía una parte de su sabiduría de forma que pudieran salir al mundo y enseñársela a otros.

El aire, con forma de telaraña blanca, se deslizaba por las piernas de Sophie a la vez que unía ambas extremidades. Inconscientemente, Sophie se llevó las manos hacia el pecho y las cruzó de forma que su mano derecha se apoyaba en el hombro izquierdo y su mano izquierda se apoyaba en el hombro derecho. La Bruja asintió a modo de aprobación.

Sophie cerró los ojos y avistó nubes. No sabía la razón, pero conocía todos sus nombres: cirrus, cirrocúmulo, alostratus y estratocúmulo, nimbostratus y cúmulus. Eran diferentes entre sí y cada tipo tenía sus características y cualidades únicas y distintivas. Repentinamente, Sophie entendió cómo utilizarlas, cómo moldearlas y manejarlas, y cómo trasladarlas.

Más imágenes parpadeaban.

Pasaban como un relámpago.

Una diminuta mujer bajo el manto del cielo azul alzó la mano y creó una nube justo encima de su cabeza. La lluvia regó un campo reseco.

Otra imagen.

Un hombre alto y barbudo a orillas de un océano inmenso levantó las manos y un viento arrullador separó las aguas en dos.

Y otra imagen.

Se acercaba una feroz tormenta cuando de repente, una jovencita, con un único testó, la retuvo durante unos instantes. La jovencita se apresuró a entrar a una endeble casita de madera y cogió a un bebé. Un segundo más tarde la tormenta se llevó consigo la cabaña.

Sophie contemplaba las imágenes y aprendía de ellas.

La Bruja de Endor le acarició la mejilla y Sophie reaccionó abriendo los ojos. El blanco de los ojos estaba lleno de puntitos brillantes de color plata.

—Hay quien dice que la magia del Fuego o del Agua, o incluso la magia de la Tierra, es la magia más poderosa de todas. Pero están equivocados. La magia del Aire supera a las demás. El Aire puede extinguir el fuego, puede agitar el océano hasta convertirlo en bruma y puede hacer pedazos la tierra. Sin embargo, el Aire también puede avivar el fuego, puede empujar un barco a las profundidades y puede moldear la tierra. El Aire puede limpiar una herida y puede sacar una astilla de un dedo. El Aire puede matar.

El último hálito de aire blanco cubrió por completo el rostro de Sophie,

envolviéndola como si fuera una momia.

—El don que te he otorgado es espeluznante. Dentro de ti, ahora, se esconde una vida, una vida muy larga, llena de experiencia y sabiduría. Espero que parte de ella te ayude en los próximos días, que auguro como espantosos.

Sophie permanecía ante la Bruja de Endor completamente encajonada en ese aire blanco con aspecto de vendaje. Este proceso no tenía nada que ver con el Despertar, pues le había resultado más agradable y más sutil. De pronto descubrió que sabía cosas, cosas verdaderamente increíbles. Tenía recuerdos de tiempos imposibles y lugares extraordinarios. Sin embargo, mezclados con estos recuerdos y emociones se hallaban sus propios pensamientos, aunque a Sophie le comenzaba a resultar difícil distinguirlos entre ellos.

Entonces, el humo comenzó a rizarse, a sisear y a desprender una especie de vapor.

De pronto, Dora se volvió hacia su nieta.

—Ven y dame un abrazo, cariño. No volveré a verte.

—¿Abuela?

Dora envolvió a Scathach con sus brazos y se acercó al oído de su nieta.

Y entonces, susurró:

—He transmitido a esta jovencita un poder único y terrible. Asegúrate de que lo utilice para el bien.

Scathach asintió, aunque no estaba del todo segura de lo que estaba sugiriendo su abuela.

—Y llama a tu madre. Está preocupada por ti.

—Lo haré, abuela.

El manojo de telaraña de repente se disolvió convirtiéndose en una neblina mientras el aura de Sophie resplandecía con un matiz plateado increíblemente brillante. La joven estiró los brazos, extendió los dedos y una suave brisa, casi imperceptible, sopló en el interior de la tienda.

—Cuidado. Si rompes algo, lo tienes que pagar —advirtió la Bruja.

Entonces, inesperadamente, Scathach, Dora y Sophie se volvieron y miraron a través del escaparate. Comenzaba a anochecer. Un instante más tarde, Nicolas Flamel percibió el inconfundible hedor a huevos podridos del azufre.

—¡Dee!

—¡Josh! —exclamó Sophie mientras abría los ojos de par en par—. ¡Josh está ahí fuera!

Capítulo 37

Finalmente, el doctor John Dee llegó a la ciudad de Ojai, justo cuando el último rayo de sol se escondió día entre las montañas Topa-Topa y bañaba todo el valle de espectaculares matices de color malva. Llevaba todo el día viajando; estaba agotado y colérico, así que intentaba buscar cualquier excusa para pegar a alguien.

El Mundo de Sombras de Hécate había consumido la batería de su teléfono móvil y había tardado más de una hora en encontrar un teléfono para comunicarse con su oficina. Después, había tenido que esperar en la cuneta de la carretera durante unos noventa minutos, enabiado y saliéndole humo por las orejas, hasta que al fin un grupo de conductores rastrearon las carreteras secundarias de Mill Valley en su busca. Las agujas marcaban casi las nueve y media cuando Dee, por fin, llegó a sus oficinas en Empresas Enoch, situadas en el corazón de la ciudad.

Allí le comunicaron la noticia de que Perenelle ya había sido trasladada a Alcatraz. Recientemente, su empresa había comprado la isla y la había cerrado al público mientras realizaban las restauraciones pertinentes. Por los periódicos corría el rumor de que iban a convertir Alcatraz en un museo de historia. Pero en realidad, el doctor tenía otras intenciones. Dee pretendía convertirlo en lo mismo que antaño había sido: una de las cárceles de máxima seguridad del mundo. Durante un instante, el doctor consideró la idea de volar hasta la isla y hablar con Perenelle, pero enseguida desechó la ocurrencia, pues no era más que una pérdida de tiempo. Las páginas del Códex y los mellizos eran sus prioridades. Aunque Bastet había insinuado que los matara si no lograba capturarlos, Dee tenía otros planes en mente.

Dee conocía a la perfección la famosa profecía del Libro de Abraham el Mago. Los Inmemoriales sabían que un día u otro los mellizos llegarían, « dos que son uno y uno que lo es todo ». Uno para salvar el mundo, el otro para destruirlo. Pero ¿quién era quién?, se preguntaba Dee. ¿Podrían moldear e invertir sus poderes dependiendo de la formación que recibieran? Encontrar al chico adquiriría una importancia tan grande como encontrar las páginas del Códex. Tenía que conseguir esa aura dorada.

El doctor John Dee había vivido en Ojai durante un breve período de tiempo a

principios del siglo XX, cuando aún se denominaba la ciudad de Nordhoff. Dee se dedicó a saquear los botines enterrados que contenían tesoros pertenecientes a la tribu de los indios chumash. Desde entonces, el doctor odiaba la ciudad: Ojai era demasiado pequeña, demasiado insular y, en los meses de estío, sencillamente era bochornosa. Al doctor siempre le habían gustado más las ciudades grandes, pues le resultaba mucho más fácil ser invisible y mantenerse en el anonimato.

Había volado desde San Francisco hasta Santa Bárbara con el helicóptero privado de la empresa y al aterrizar, alquiló un Ford que pasara inadvertido. Después, había conducido desde Santa Bárbara hasta Ojai. Llegó justo cuando estaba atardeciendo, en una exhibición espectacular de colores y elegantes sombras. Ojai había dado un giro de ciento ochenta grados desde la última vez que la había visto... Pero aun así, seguía sin gustarle.

Condujo el coche hacia la avenida Ojai y disminuyó la velocidad. Flamel y los demás estaban muy cerca, podía sentirlo, pero tenía que tener cuidado y ser precavido. Si él podía sentirlos, entonces ellos, sobre todo el Alquimista y Scathach, también serían capaces de sentirlo cerca. Y además, aún desconocía lo que la Bruja de Endor era capaz de hacer. Resultaba extremadamente preocupante que una de las Inmemoriales más ancianas hubiera vivido en California y él no se hubiera percatado de su presencia. Dee pensaba que conocía la posición exacta de la mayoría de los Inmemoriales importantes y de los humanos inmortales que habitaban este mundo. Se preguntaba si en realidad era algo relevante el hecho de que no hubiera podido comunicarse con Morrigan durante todo el día. La había llamado con una regularidad persistente mientras conducía, pero la diosa no respondía sus llamadas. Cabían dos opciones: o estaba comprando en eBay o jugando uno de sus interminables juegos de estrategia *on-line* de los que era fanática. Tampoco sabía dónde se encontraba Bastet, pero eso no le importaba lo más mínimo. La diosa lo asustaba y la tendencia de Dee era destruir a toda criatura que lo atemorizaba.

Flamel, Scathach y los mellizos estaban en el pueblo, no le cabía la menor duda. Pero ¿dónde?

Dee permitió que una ínfima parte de su energía se escurriera y manara por su aura. Pestañeó, pues tenía la vista borrosa por unas repentinas lágrimas, y volvió a pestañear. De pronto, la familia que iba en el coche de al lado, la gente que cruzaba la calle y los peatones que paseaban por la acera resplandecieron y su aura salió a florecer. Algunas de ellas eran sólo espirales de humo etéreo mientras otras parecían puntos negros o láminas de colores turbios.

Al final, los encontró por casualidad: estaba conduciendo por la avenida Ojai y cuando pasó el parque Libbey, avistó el Hummer negro aparcado en la calle Fox. Dee dobló la esquina y aparcó el Ford detrás del Hummer. Cuando se apeó del coche, captó el vestigio de un aura dorada pura que venía del parque, cerca

de la fuente. Dee esbozó una sonrisa maléfica.

Esta vez, no lograrían escapar.

Josh Newman estaba sentado junto a la pequeña fuente, en el parque Libbey, justo enfrente de la diminuta tienda de antigüedades. Josh miraba fijamente el agua de la fuente. Dos barreños en forma de flor, uno más grande que el otro, adornaban el centro del estanque circular. Del barreño colocado en lo más alto brotaba agua que después fluía por los lados hasta bañar el barreño de abajo. A su vez, el agua se desbordaba hasta bañar el estanque. Su sonido ayudaba a ahogar el ruido del tráfico más cercano.

Josh se sentía solo y bastante perdido.

Cuando la Bruja lo había invitado a salir de la tienda de antigüedades, se había decidido a pasear por la sombra de la calle de arcos. Se detuvo ante una heladería atraído por los olores del chocolate y la vainilla. Permaneció fuera y leyó el menú de sabores exóticos mientras se preguntaba por qué el aura de su hermana olía a helado de vainilla y la suya a naranjas. A Sophie no le entusiasmaba el helado; a él, en cambio, le encantaba.

Tamborileó los dedos sobre el menú: bocadito de chocolate con arándanos. Rebuscó en el bolsillo trasero de sus vaqueros... De repente, el pánico se apoderó de él, pues no tenía su cartera. ¿La habría dejado en el coche? ¿La habría...? Entonces se detuvo.

Sabía perfectamente dónde la había dejado.

La última vez que la había visto, junto con su teléfono, su iPod y su portátil, estaba en el suelo, a los pies de la cama de su habitación en el Yggdrasill. Perder la cartera era un incordio, pero perder el ordenador era un completo desastre. Tenía todos sus *e-mails* almacenados en su portátil, además de todos los apuntes de clase, de un trabajo casi terminado sobre su verano, tres años de fotografías, incluyendo las del viaje a Cancún en navidades, y al menos sesenta gigas de música en MP3. No recordaba la última vez que había hecho una copia de seguridad de sus documentos, pero sabía que no había sido recientemente. Comenzó a sentirse mal cuando, inesperadamente, los aromas de la heladería perdieron su perfume dulce y tentador habitual.

Completamente abatido, Josh caminó hacia la esquina, cruzó el paso de cebra que había enfrente de la oficina de correos y giró hacia la izquierda, dirigiéndose hacia el parque. El iPod había sido un regalo de Navidad de sus padres. ¿Cómo les iba a explicar que lo había perdido? Además, en su reproductor tenía almacenados casi treinta gigas más de música.

Pero peor que haber perdido su iPod, su cartera o incluso su ordenador, era haber perdido el teléfono móvil. Eso sí que era una auténtica pesadilla. Tenía todos los números de sus amigos guardados en él y sabía que no los había escrito

en ninguna agenda. Además, como sus padres viajaban tanto, él y su hermana rara vez se quedaban en el mismo instituto durante más de uno o dos semestres. Tenían cierta facilidad en conocer a gente y hacer amigos, sobre todo Sophie, y aún mantenían contacto con amigos que conocieron años atrás en escuelas repartidas por toda Norteamérica. Sin esas direcciones de correo electrónico y sin los números de teléfono, ¿cómo iba a comunicarse con ellos? ¿Cómo los encontraría?

En la entrada del parque, en un diminuto recoveco, había una fuente de agua potable y Josh inclinó la cabeza para beber un poco. En la pared donde estaba colocada la fuente, se asomaba la cabeza de un león de metal y debajo de ésta había una diminuta placa rectangular en la que se leía: EL AMOR ES EL AGUA DE LA VIDA, BEBE TRANQUILO. El agua, que estaba helada, le salpicó los labios y después Josh se enderezó y miró hacia la tienda, preguntándose qué estaría ocurriendo en su interior. Aún quería a su hermana, pero ¿y ella? ¿Podría quererle ahora que era... normal?

El parque Libbey estaba tranquilo. Josh lograba escuchar a niños corriendo y jugando en un patio de recreo cercano, pero sus voces sonaban muy lejanas. Un trío de ancianos, idénticamente ataviados con camisetas sin mangas, pantalones cortos, calcetines blancos y sandalias estaban acomodados en un banco a la sombra. Uno de ellos arrojaba migas de pan al suelo que un cuarteto de palomas orondas y perezosas se comían en un santiamén. Josh se sentó en el borde de la fuente y se inclinó mientras rozaba el agua con la yema de los dedos. Después del sofocante bochorno, el agua se sentía deliciosa, fresca, así que se pasó los dedos húmedos por el cabello mientras notaba cómo las gotas de agua le recorrían la espalda.

¿Qué iba a hacer?

¿Qué podía hacer?

En cuestión de veinticuatro horas, su vida y la de su hermana habían cambiado por completo y de una forma incomprensible. Lo que siempre había clasificado como meras leyendas ahora resultaban ser diferentes versiones de la realidad. Los mitos se habían convertido en historias, y las leyendas en hechos. Cuando Scatty le reveló que la misteriosa Danu Talis también era denominada Atlántida, casi suelta una carcajada. Para él, la Atlántida siempre había sido un cuento de hadas. Pero si Scathach, Hécate, Morrigan y Bastet eran reales, también lo era Danu Talis. Así que el trabajo de sus padres, al que dedicaban todo su tiempo, la arqueología, de repente, había perdido todo el valor.

En el fondo, Josh sabía que ya había perdido a su hermana melliza, su amiga más fiel, la única persona en la que había podido confiar. Había cambiado en aspectos que ni siquiera él comprendía. ¿Por qué no le habían Despertado también a él? Debería haber insistido más a Hécate y pedirle que le Despertara primero a él. ¿Cómo sería tener esos poderes? Lo único con lo que se le ocurría

compararlos era con los de un superhéroe. Incluso cuando los agudizados sentidos de Sophie la herían, Josh sentía envidia por sus habilidades.

Desde el rabillo del ojo, Josh se dio cuenta de que un hombre se había sentado también en el borde de la fuente, pero decidió ignorarlo. Distraídamente, Josh cogió un fragmento roto de una de las baldosas azules que adornaban el interior de la fuente.

¿Qué iba a hacer? Pero la respuesta siempre era la misma: ¿qué podía hacer? —¿También eres una víctima?

Tardó unos instantes en darse cuenta de que quien le hablaba era la silueta que estaba sentada en el borde de la fuente. Josh comenzó a enderezarse, pues recordó la regla de oro que prodiga que jamás debes coger nada de los extraños, y mucho menos entablar una conversación con ellos.

—Al parecer, todos nosotros somos víctimas de Nicolas Flamel.

Sobrecogido, Josh alzó la cabeza... Y descubrió que ante él tenía al mismísimo doctor John Dee, el hombre al que había deseado no volver a ver jamás. La última vez que había coincidido con él fue en el Mundo de Sombras, cuando empuñaba la espada *Excalibur* entre sus manos. Ahora Dee estaba sentado frente a él, fuera de lugar con su impecable traje gris de sastre. Josh miró a su alrededor, esperando avistar golems, o ratas o incluso a Morrigan merodeando por las sombras.

—Estoy solo —confirmó Dee de una forma amable y con una tierna sonrisa.

La mente de Josh iba a mil por hora. Necesitaba alcanzar a Flamel, necesitaba avisarlo de que Dee se encontraba en Ojai. Se preguntaba qué sucedería si, sencillamente, se levantaba y echaba a correr. ¿Intentaría Dee detenerlo con su magia delante de toda la gente? Josh miró de reojo a los tres ancianos otra vez y cayó en la cuenta de que probablemente el trío no se percataría de nada, aunque Dee lo convirtiera en un elefante en el mismísimo centro de Ojai.

—¿Sabes cuánto tiempo he estado persiguiendo a Nicolas Flamel, o Nick Fleming, o cualquiera de los cientos de alias que ha utilizado? —continuó Dee con tranquilidad, como si quisiera entablar una conversación. Se inclinó ligeramente hacia atrás y acarició el agua con los dedos—. Al menos cinco siglos. Y siempre ha logrado escabullirse. En ese sentido, Nicolas es muy astuto y peligroso. En 1666, cuando lo tenía rodeado en la ciudad de Londres, prendió fuego y casi hace cenizas la ciudad entera.

—Él nos dijo que fuiste tú quién provocó el Gran Incendio —soltó Josh. Pese a que estaba asustado, sentía curiosidad. Y ahora, de repente, se acordaba de uno de los primeros consejos que les dio Flamel: «Nada es lo que parece. Debéis aprender a cuestionarlo todo». En esos momentos, Josh se preguntaba si el consejo también debía aplicarse al propio Alquimista.

Ya había anochecido y comenzaba a refrescar. Josh sintió un escalofrío. Los

tres ancianos se alejaron arrastrando los pies sin ni siquiera echar la vista atrás, hacia donde ellos estaban, dejándole así a solas con el mago. Sin embargo, por raro que pareciera, Josh no se sentía intimidado ni amenazado por la presencia del doctor.

Dee dibujó una fina sonrisa en su rostro.

—Flamel jamás revela todo lo que sabe a nadie —explicó—. Yo solía decir que la mitad de lo que contaba era una farsa, y que la otra mitad no era enteramente verdad.

—Nicolas dice que estás trabajando con los Oscuros Inmemoriales y que cuando hayas completado el Códex, los traerás a este mundo.

—Hasta ahí, todo es correcto —respondió Dee, sorprendiendo al joven—. Aunque no me cabe la menor duda de que Nicolas ha distorsionado, de alguna forma, la historia. Yo estoy trabajando con los Inmemoriales —continuó— y sí, estoy buscando las dos últimas páginas del Libro de Abraham el Mago, vulgarmente denominado como el Códex. Pero sólo porque Flamel y su esposa lo robaron de su lugar original: la Bibliothèque du Roi, en el Louvre.

—¿Lo robó?

—Permíteme que te hable un poco de Nicolas Flamel —siguió Dee en un tono paciente—. Estoy seguro de que él os ha hablado de mí. Durante su vida, Flamel ha ejercido varios oficios: médico y cocinero, librero y soldado, profesor de letras y profesor de química, agente de policía y ladrón. Pero ahora es, como siempre ha sido, un mentiroso, un charlatán y un bandido. Robó el libro del Louvre al descubrir que contenía no sólo la poción de la inmortalidad, sino también la fórmula de la Piedra Filosofal. Elabora la poción de la inmortalidad cada mes para mantener a su esposa y a él con el mismo aspecto que tenían cuando la probaron por primera vez. Utiliza la fórmula de la Piedra Filosofal para convertir cobre y plomo en oro y pedazos de carbón en diamantes. Se vale una de las colecciones de sabiduría más extraordinaria del mundo únicamente en beneficio propio. Y ésa es la cruda realidad.

—Pero ¿Scatty y Hécate? ¿Son Inmemoriales?

—Oh, por supuesto. Hécate era una Inmemorial y Scathach pertenece a la última generación. Sin embargo, Hécate era conocida por sus crímenes. Fue desterrada de Danu Talis por sus experimentos con animales. Supongo que tú la llamarías ingeniera genética; por ejemplo, Hécate creó los clanes de Bestias-humanas y cometió el error de dejar sueltos a los hombres-lobo entre los humanos. Supongo que ayer viste algunos de sus experimentos, los jabalíes-hombre. Scathach no es más que una asesina a sueldo. Está maldita por los crímenes que cometió y uno de sus castigos es tener el cuerpo de una adolescente para el resto de sus días. Cuando Flamel supo que me estaba acercando cada vez más a él, acudió a ellas porque sencillamente sabía que eran las únicas a las que podía recurrir.

Josh estaba profundamente confuso. ¿Quién estaba diciendo la verdad? ¿Flamel o Dee?

Tenia frío. Aunque aún no era del todo de noche, una espesa bruma cubría los edificios de la ciudad. El aire olía a tierra húmeda mezclada con una pizca del hedor a los huevos podridos.

—¿Y tú? ¿Estás trabajando para que los Inmemoriales vuelvan?

—Por supuesto —respondió Dee con un tono de sorpresa—. Probablemente, es lo único, pero no por eso menos importante, que puedo hacer por este mundo.

—Pero Flamel dice que los Inmemoriales, bueno, los llama los Oscuros Inmemoriales, destruirán el mundo.

Dee se encogió de hombros.

—Créeme, te está mintiendo. Los Inmemoriales podrían hacer de éste un mundo mucho mejor...

El doctor John Dee continuaba moviendo los dedos por la superficie del agua de la fuente, formando unas olas lánguidas e hipnotizadoras. Temeroso, Josh comenzó a vislumbrar imágenes en el agua, imágenes que casaban con las tranquilizadoras palabras de Dee.

—En tiempos pasados, la tierra era un paraíso. Contaba con una tecnología increíblemente avanzada. Sin embargo, el aire era limpio, el agua pura y los océanos no estaban contaminados.

De repente apareció una imagen, un tanto distorsionada por las ondas, de una isla bajo el manto de un cielo despejado de color añil. Hasta donde la vista alcanzaba, los campos sembrados de trigo dorado cubrían todo el terreno y los árboles estaban repletos de frutas exóticas.

—Pero la Raza Inmemorial no sólo se dedicó a moldear este mundo, sino que dio un pequeño empujón al homínido primitivo para que se encarrilara en la vía de la evolución. Un día los Inmemoriales fueron desterrados de este paraíso por las estúpidas supersticiones del disparatado Abraham y los conjuros del Códex. Los Inmemoriales no perecieron, pues resulta extremadamente peliagudo matar a un miembro de la Raza Inmemorial, así que sencillamente esperaron. Sabían que tarde o temprano la humanidad recuperaría el juicio y la sensatez, y les pedirían su ayuda para salvar el mundo.

Josh no podía apartar la mirada del agua. Casi todo lo que Dee decía sonaba creíble.

—Si podemos traerlos de vuelta, los Inmemoriales tienen los poderes y habilidades para remodelar este mundo. Pueden hacer que los desiertos florezcan...

Entonces en el agua se formó una imagen: un gigantesco desierto de dunas azotado por el viento que se teñía de verde gracias a una exuberante vegetación. Apareció otra imagen. Josh estaba contemplando la tierra desde el espacio, con la misma panorámica que tiene el programa Google Earth. Un remolino de

nubes densas se estaba formando en el golfo de México y se dirigía hacia Texas.

—Pueden controlar el tiempo —explicó Dee. Y la tormenta se disipó.

Dee volvió a mover los dedos y en el agua se reflejó la inconfundible imagen de una sala de hospital y un estrecho pasillo sin ninguna camilla.

—Y pueden curar enfermedades. Recuerda que estos seres eran venerados como dioses por los poderes que poseían. Y Flamel está intentando frustrar nuestro plan.

Josh tardó una eternidad en formular una pregunta con una sola palabra.

—¿Por qué?

No lograba entender por qué Flamel querría evitar esos progresos tan evidentes.

—Porque tiene jefes, Inmemoriales como Hécate y la Bruja de Endor, por ejemplo, que desean que este mundo vuelva al caos y a la anarquía. Y si eso sucede, podrán salir de las penumbras y declararse como los gobernadores del mundo. —Dee sacudió la cabeza expresando su tristeza—. Me duele decirte esto, pero a Flamel no le importas, ni tampoco tu hermana. La puso en un peligro terrible esta mañana, cuando Hécate Despertó sus poderes de una forma tan tosca. Los Inmemoriales con los que yo trabajo tardan tres días en realizar la ceremonia del Despertar.

—Tres días —farfulló Josh—. Flamel dijo que no había nadie más en Norteamérica que pudiera Despertarme a mí.

Josh no quería creer las palabras de Dee, pero todo lo que decía sonaba demasiado razonable.

—Otra mentira. Mis Inmemoriales pueden Despertarte. Y lo harán adecuadamente y con prudencia, pues, después de todo, es un proceso un poco peligroso.

Dee se levantó, se dirigió hacia Josh y se agachó ante él de forma que las miradas de ambos quedaron a la misma altura. La niebla comenzaba a espesarse y a arremolinarse alrededor de la fuente, girando y formando espirales mientras Dee caminaba. La voz de Dee se tornó suave y delicada, monótona y agradable, sincronizándose con el sonido del agua.

—¿Cómo te llamas?

—Josh.

—Josh —repitió Dee—, ¿dónde está Nicolas Flamel ahora?

Pese al estado somnoliento en el que se encontraba, a Josh se le encendió una alarma, muy lejana y distante. No podía confiar en Dee, no debía confiar en él. Pero muchas de las cosas que le acababa de decir sonaban bastante convincentes.

—¿Dónde está, Josh? —persistió Dee.

Josh comenzó a sacudir la cabeza. Pese a que creía en las palabras de Dee, pues todo lo que le había contado tenía sentido, quería consultárselo primero a su

hermana, pues necesitaba su consejo y opinión.

—Dímelo.

Dee alzó la mano de Josh, completamente sin fuerzas, y la colocó sobre el estanque. Con el contacto, comenzaron a formarse sutiles ondas que mostraban la imagen de una pequeña tienda de antigüedades repleta de cristalería ubicada justo enfrente del parque Libbey. Con una sonrisa triunfante, Dee se incorporó y empezó a moverse con rapidez mientras observaba fijamente el otro lado de la carretera y activaba sus sentidos.

De inmediato localizó sus auras.

El aura verde de Flamel, la gris de Scathach, la marrón de Endor y la plateada y pura de la jovencita. Los tenía acorralados y esta vez no cometería ningún error, no escaparían.

—Quédate aquí sentado y disfruta de estas bonitas imágenes —murmuró Dee, dándole unas palmaditas en el hombro. El agua trazaba unos dibujos de estilo fractal, exóticos, cautivadores e hipnóticos—. Vendré a buscarte en un rato.

Después, sin mover un solo músculo, avisó a todo su ejército, que hasta el momento había permanecido a la espera.

Súbitamente, la niebla se espesó, cobró un color sombrío y comenzó a desprender el ya habitual hedor a huevos podridos mezclado con algo más: polvo y tierra seca, humedad y moho.

Algo horrible se abatió sobre la ciudad de Ojai.

Capítulo 38

Cuando Nicolas abrió la puerta de la tiendecita de un brusco empujón, sus puños ya estaban resplandeciendo por la ya habitual luz verde. Al escuchar la campanilla resonar alegremente, Flamel hizo una mueca.

El sol se había escondido por el horizonte mientras la Bruja trabajaba con Sophie, y una niebla fresca había cubierto toda la ciudad desde el valle. Se arremolinaba y rondaba por la avenida Ojai, enroscándose por los árboles y cubriendo de gotas de humedad todo lo que se encontraba a su paso. Los coches avanzaban lentamente, con los faros bien definidos en enormes halos de luz que apenas lograban penetrar la oscuridad. La calle estaba completamente desierta. Los peatones, ataviados con sus ropas estivales, se habían refugiado en el interior de las tiendas, resguardándose de la humedad.

Scatty se reunió con Flamel en la puerta. Llevaba una espada corta en una mano y el *nunchaku* en la otra, balanceándose ligeramente en la cadena.

—Esto no tiene buena pinta. —Después inspiró profundamente—. ¿Hueles eso?

Flamel asintió con la cabeza.

—Azufre. El aroma de Dee.

Scatty comenzó a girar el *nunchaku*.

—Ese tipo está empezando a fastidiarme, de veras.

En algún lugar, en la distancia, se escuchó un golpe metálico al colisionar dos coches. La alarma de un vehículo produjo un eco desolador detrás de ellos. Y también se escuchó un grito, agudo y aterrador, y después otro y otro.

—Se está acercando. Sea lo que sea —informó Nicolas Flamel con severidad.

—No quiero que nos atrapen aquí —dijo Scatty—. Vayamos a encontrar a Josh y volvamos al coche.

—De acuerdo. Quienes se retiran a tiempo tienen una vida más larga.

Se volvió y miró hacia la tienda. La Bruja de Endor tenía asida a Sophie por el brazo y le susurraba a toda prisa. Espirales de humo blanco aún florecían de la jovencita y zarcillos de aire níveo emergían de sus yemas, como si un ser invisible estuviera desenrollando un vendaje.

Sophie se inclinó hacia delante y besó a la anciana en la mejilla. Después dio media vuelta y salió disparada de la tienda.

—Tenemos que irnos —dijo casi sin aliento a Dora—, tenemos que irnos de aquí.

No tenía la menor idea de qué los esperaba afuera, pero su reencontrada sabiduría permitía a su imaginación poblar la niebla con innumerables criaturas monstruosas.

—Y cierra la puerta cuando salgas —avisó la Bruja.

En ese instante, todas las luces parpadearon y segundos más tarde se fundieron. Ojai estaba sumida en una tenebrosa oscuridad.

La campanilla de la diminuta tienda volvió a repicar cuando los tres salieron de la tienda hacia la desértica avenida. La niebla era tan densa que los conductores habían decidido aparcar sus coches, de forma que ya ni siquiera había tráfico en la calle principal de la ciudad. Una atmósfera silenciosa y poco natural se había abatido sobre la ciudad. Flamel se volvió hacia Sophie.

—¿Puedes localizar a Josh?

—Dijo que nos estaría esperando en el parque. —Sophie entornó los ojos, intentando así penetrar entre la niebla, pero era tan increíblemente densa que apenas podía vislumbrar más allá de sus narices. Con Flamel y Scatty rodeándola, Sophie se bajó de la acera y se dirigió hacia el centro de la calle.

—¿Josh? —La niebla absorbió sus palabras y amortiguó su sonido hasta convertirlas en un ligero susurro—. Josh —llamó, otra vez.

Pero no obtuvo respuesta.

Una repentina idea se le cruzó por la mente y de inmediato extendió su mano derecha, con los dedos separados. Un soplo de aire brotó de su mano, pero no afectó en nada a la niebla. Sólo provocó que se formaran espirales y danzaran entre ellas. Sophie volvió a intentarlo y un vendaval helado azotó la calle creando un pasadizo entre la niebla. También rozó el guardabarros trasero de un coche abandonado y aparcado en mitad de la calle y le provocó una hendidura desigual en el metal.

—Vaya, supongo que tengo que practicar —susurró.

Una silueta apareció al final del pasillo que se había formado entre la densa niebla. Después, Sophie avistó una segunda silueta, y una tercera. Y ninguna de ellas estaba viva.

Cerca de Sophie, Flamel y Scatty se alzaba un esqueleto que permanecía erguido y que lucía los andrajosos restos de un abrigo de uniforme perteneciente a un oficial de caballería de Estados Unidos. Cuando giró la cabeza hacia ellos, los huesos sobre los que se sujetaba la calavera produjeron decenas de chasquidos.

—Necromancia —suspiró Flamel—. Dee ha despertado a los muertos.

Otra figura se asomó por el corredor: era el cuerpo medio momificado de un hombre que llevaba un gigantesco martillo de ferrocarril. Detrás de él se acercaba otro muerto cuya piel, la poca que le quedaba, estaba tan curtida que parecía cuero. Llevaba un par de cinturones de piel sujetos a sus caderas y, cuando avistó el grupo, alargó sus dedos esqueléticos en busca de sus pistolas,

pero no tenía ninguna.

Sophie permanecía inmóvil y atónita, mientras la ventolera se desvanecía de sus dedos.

—Están muertos —susurró—. Son esqueletos, momias. Todos están muertos.

—Así es —confirmó Scathach de forma convincente—, esqueletos y momias. Eso depende del tipo de tierra donde hayan sido enterrados. —Dio un paso hacia delante, extendió su *nunchaku* y le arrancó la cabeza a otro pistolero que había estado intentando alzar su oxidado rifle para colocarlo sobre sus hombros—. Con tierra seca consigues momias, aunque eso no les supone ningún obstáculo si verdaderamente quieren hacerte daño.

El cadavérico oficial de caballería se abalanzó sobre ella amenazándola con su espada rota, pero la Guerrera lo esquivó de un solo golpe con su propia espada. La espada oxidada se hizo añicos. Scathach volvió a arremeter con su arma y separó la cabeza del cuerpo del oficial, y los dos pedazos se desplomaron al suelo.

Pese a que las figuras avanzaban arrastrando los pies en un silencio absoluto, se percibían gritos provenientes de todas partes. Y aunque la niebla amortiguaba los sonidos, el miedo y el abatimiento seguían siendo audibles. Los ciudadanos de a pie de Ojai seguramente acababan de percatarse de que los muertos estaban vagando por sus calles.

Ahora la niebla tenía un aspecto más denso debido a las criaturas que la poblaban. Venían de todos lados, agolpándose alrededor de Sophie, Scathach y Flamel y rodeándolos en el centro de la avenida. Mientras las serpenteantes capas de humedad se arremolinaban y continuaban fluyendo, más y más restos esqueléticos y momificados se vislumbraban en la lejanía: soldados ataviados en los andrajosos uniformes de la guerra civil de color azul y gris, granjeros con harapos y monos pasados de moda, vaqueros vestidos con tejanos desgastados y rasgados, mineros con gamuzas raídas.

—¡Ha vaciado a patadas el cementerio de uno de los viejos pueblos abandonados! —exclamó Scatty mientras le cubría las espaldas a Sophie y continuaba asestando golpes—. Ninguno de ellos lleva ropa fabricada después de 1880.

Dos esqueletos de mujeres, que lucían gorros que hacían juego con los andrajos de su mejor vestido de los domingos, se pusieron de acuerdo y ambas se dirigieron, con sus huesudos pies, hacia la avenida Ojai, directas a Sophie, con los brazos extendidos. En un gesto ágil y veloz, Scathach les partió los brazos, aunque al parecer eso no fue suficiente para detenerlas. Scatty guardó el *nunchaku* en el cinturón y empuñó sus dos espadas. La Guerrera volvió a arremeter contra las dos mujeres, pero esta vez formando una cruz en el aire con ambas espadas y lanzándolas en dirección a sus cabezas. Las degolló y las lanzó otra vez hacia la densidad de la niebla. Sus esqueletos se desmoronaron en una

confusión de huesos.

—Josh —gritó Sophie de nuevo. Se percibía una nota de desesperación en su tono de voz—. Josh, ¿dónde estás?

Quizá las momias y los esqueletos ya le habían dado alcance. Quizá estaba a punto de aparecer en la niebla cuando menos se lo esperara, con los ojos en blanco, mirando hacia un punto fijo y con el cuello desnucado. Sophie sacudió la cabeza intentando eliminar esa macabra imagen de sus pensamientos.

Las manos de Flamel ardían con un fuego helado de color verde, de forma que la niebla absorbió el dulce aroma de la menta. Hizo un ruido seco son sus dedos y lanzó una llamarada de fuego de color aceituna hacia la niebla. Los bancos de niebla resplandecieron de color esmeralda y aguamarina, pero aparte de eso, la magia no surtió efecto. De inmediato, Flamel lanzó una pequeña bola de luz verde directamente hacia dos tambaleantes esqueletos que lo estaban amenazando. El fuego consumió a las dos criaturas, y los restos de sus uniformes confederados de color gris empezaron a arder. El trío decidió dar un paso hacia delante mientras escuchaban cómo los huesos tableteaban el suelo a medida que se acercaban a ellos. Fue en ese instante cuando descubrieron que estaban completamente rodeados por cientos de muertos vivientes.

—¡Sophie, ve a por la Bruja! Necesitamos su ayuda.

—Pero no puede ayudarnos —replicó desesperadamente Sophie—. No puede hacer más, ya no le queda energía ni poder: me lo ha concedido todo a mí.

—¿Todo? —dijo Flamel un tanto sorprendido mientras asestaba un puñetazo a algo. Colocó la mano en el centro de la caja torácica del muerto y lo lanzó volando hacia la muchedumbre, donde se desplomó entre una maraña de huesos —. ¡Entonces, Sophie, tú tienes que hacer algo!

—¿El qué? —preguntó Sophie. ¿Qué podía hacer ella contra un ejército de zombis? Sólo era una jovencita de quince años.

—¡Lo que sea!

Un brazo momificado apareció de la nada y le golpeó el hombro. La sensación fue como si una toalla mojada la hubiera sacudido.

El miedo, la repulsión y la furia avivaron sus fuerzas. En ese preciso momento, sin embargo, Sophie no lograba recordar nada de las enseñanzas de la Bruja, pero sus instintos, o quizá el conocimiento impartido por la Bruja, se apoderaron de la situación. Deliberadamente, Sophie permitió que su ira hiciera emerger su aura. De repente, el aire se endulzó de la rica fragancia del helado de vainilla mientras su aura plateada resplandecía. Sophie colocó la palma de su mano derecha cerca del rostro, sopló sobre las yemas de los dedos y lanzó la respiración contenida hacia el enjambre de muertos. Inesperadamente, un torbellino de dos metros de altura y un tornado en miniatura emergieron del suelo. Ambos absorbían a los muertos hacia su centro. Una vez allí molían y hacían añicos los huesos y después expulsaban los restos otra vez hacia el

exterior. Sophie lanzó una segunda y una tercera bola de aire. Los tres tornados danzaban y se deslizaban entre los esqueletos y las momias destruyendo todo lo que se encontraban a su paso. Sophie descubrió que podía dirigir los tornados sencillamente mirando hacia una dirección en particular y ellos, obedientemente, se desviaban hacia esa misma dirección.

Repentinamente, la voz de Dee brotó de entre las tinieblas.

—¿Te gusta mi ejército, Nicolas? —La niebla dispersaba el sonido, de forma que resultaba imposible localizarlo—. La última vez que estuve en Ojai, oh, de eso hace más de cien años, descubrí un maravilloso cementerio justo detrás de Three Sisters Peaks. El pueblecito de al lado estaba abandonado, pero las tumbas y los cuerpos aún permanecían allí.

Flamel estaba luchando frenéticamente, dando puñetazos, asestando arañazos y pateando cuando podía. En realidad, los golpes que recibían de las momias o los esqueletos no eran muy fuertes, pero lo que les faltaba en fuerza les sobraba en número. Sencillamente, había demasiados. Sentía cómo un moretón se le estaba formando debajo del ojo además de un profundo arañazo en la mano. Scatty se movía alrededor de Sophie, defendiéndola mientras ésta controlaba los torbellinos.

—No sé desde cuando está ese cementerio ahí. Al menos, desde hace un par de siglos, de eso no me cabe la menor duda. No sé cuántos cadáveres alberga. Cientos, o quizá incluso miles. Y Nicolas, los he convocado a todos.

—¿Dónde está? —preguntó Flamel, rechinando los dientes—. Debe de estar cerca, muy cerca, para poder controlar este número de cadáveres. Necesito saber dónde está para hacer algo.

Sophie sintió una ola de agotamiento y, de pronto, uno de los tornados se tambaleó y se desvaneció. Los dos restantes bamboleaban hacia un lado y el otro mientras la fuerza física de Sophie se debilitaba. El segundo desapareció y el único que quedaba comenzó a perder energía. El cansancio era el precio que tenía que pagar por utilizar la magia, pero Sophie quería continuar al menos un poco más; tenía que encontrar a su hermano.

—Tenemos que salir de aquí —informó Scathach mientras agarraba a Sophie por el brazo para mantenerla en pie. Un esqueleto se abalanzó sobre ella, pero Scatty lo golpeó con unos movimientos precisos y limpios de su espada.

—Josh —susurró Sophie, exhausta—, ¿dónde está Josh? Tenemos que encontrarlo.

La niebla absorbía gran parte de las emociones que Dee reflejaba en su tono de voz, pero su regocijo fue más que evidente cuando dijo:

—¿Y sabes qué más he descubierto? No sólo los humanos han poblado esas montañas, también las han habitado otro tipo de criaturas. La tierra está repleta de huesos. Cientos de huesos. Y recuerda, Nicolas, que soy, ante todo, un nigromante.

Súbitamente, un oso, de al menos tres metros de altura, emergió de la blanca niebla. Y pese a que aún mantenía algunos pedazos de piel recubiertos de suave pelo, resultaba más que evidente que había muerto hacía mucho tiempo. Sus huesos de color blanco níveo resaltaban aún más sus colmillos afilados.

Tras los pasos del oso, brotó la figura del esqueleto de un tigre con sables en lugar de colmillos. Y tras él, un puma y otro oso, un tanto más pequeño y en un estado de descomposición menos avanzado.

—Con una sola palabra los puedo detener —irrumpió la voz de Dee—. Quiero las páginas del Códex.

—No —respondió Flamel severamente—. ¿Dónde está? ¿Dónde se esconde?

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Sophie desesperadamente. Un segundo más tarde dejó escapar un grito aterrador, pues una mano muerta se había enredado en su cabello. Scathach la partió por la muñeca, pero no logró desenmarañarla, así que desistió y la mano del esqueleto permaneció entre la cabellera de Sophie como si fuera una horquilla un tanto extraña—. ¿Qué le has hecho a mi hermano?

—Tú hermano está considerando sus posibilidades. El vuestro no es el único frente de la batalla. Y ahora que ya he conseguido al chico todo lo que necesito son esas páginas.

—Jamás.

El oso y el tigre avanzaron entre toda la muchedumbre de cuerpos, apartándolos hacia un lado y pisoteándolos para alcanzar al trío. El tigre de colmillos como sables fue el primer en llegar hasta ellos. Su resplandeciente cabeza era gigantesca, y los dos colmillos, que sobresalían de la mandíbula inferior, medían al menos veinte centímetros. Flamel se colocó entre la criatura y Sophie.

—Entrégame las páginas, Nicolas, o liberaré a estas bestias vivientes y las esparciré por todo el pueblo.

Flamel intentaba recordar algún conjuro con el que pudiera detener a la criatura. Se arrepentía amargamente de no haber estudiado más magia. Chasquéo los dedos y una diminuta burbuja de luz se desplomó al suelo, justo enfrente del tigre.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer, Nicolas? Dios mío, estás debilitándote.

La burbuja explotó y se expandió por el suelo, como una mancha verde esmeralda.

—Está lo suficientemente cerca como para vernos —dijo Nicolas—. Todo lo que necesito es un fugaz vistazo.

La gigantesca garra del esqueleto del tigre avanzó, dirigiéndose hacia la luz verde. Se quedó pegada. Intentó levantar la pata, pero gruesas hebras de hilo verde de tacto pegajoso unían su pata al asfalto de la carretera. A continuación, movió la pata izquierda hacia la luz y también se quedó pegada.

—No tan débil, ¿eh, Dee? —gritó Flamel.

Pero la multitud de cuerpos que se agolpaban tras el tigre de colmillos afilados continuaba empujándolo hacia delante. De pronto, sus huesudas patas se rompieron y el cuerpo salió disparado. Flamel intentó arreglárselas para alzar las manos antes de que el monstruoso cuerpo cayera sobre su cabeza con las garras afiladas y los colmillos apuntándole de forma salvaje.

—Adiós, Nicolas Flamel —irrumpió la voz de Dee—, y o mismo te arrebataré las páginas de tu cuerpo.

—No —susurró Sophie.

No, esto no iba a acabar así. La habían Despertado y la Bruja de Endor le había imbuido toda su sabiduría. Tenía que haber algo que ella pudiera hacer. Sophie abrió la boca y comenzó a gritar mientras su aura resplandecía con energía plateada e incandescente.

Capítulo 39

Josh se despertó con el grito de su hermana zumbándole en los oídos.

Tardó unos segundos en percatarse de dónde se hallaba exactamente: sentado al borde de la fuente del parque Libbey. A su alrededor, densos y pestilentes bancos de niebla se enredaban entre sí, reptaban y se deslizaban entre cuerpos cadavéricos y momificados ataviados en harapos.

¡Sophie!

Tenía que ir a por su hermana. A su derecha, en el centro de un banco de niebla de un tono gris oscuro, una luz verde y otra plateada centelleaban y resplandecían, iluminando ligeramente la niebla desde el interior a la vez que proyectaban sombras monstruosas. Sophie estaba ahí junto a Flamel y Scathach, luchando contra esas criaturas. Él debería estar junto a ellos.

Temblorosamente, Josh se incorporó y descubrió que el doctor John Dee permanecía justo enfrente de él.

La silueta de Dee estaba perfilada por un aura amarilla de un tono un tanto enfermizo. Titilaba, chisporroteaba y crepitaba, como la grasa sobre las llamas, y desprendía el rancio hedor a huevos podridos. Josh se encontraba a espaldas del hombrecillo, quién apoyaba ambos antebrazos sobre la pared de piedra situada junto al bebedero que Josh había utilizado minutos antes. Dee contemplaba atentamente los acontecimientos que se estaban sucediendo en la calle a la vez que se concentraba para controlar la fila, al parecer infinita, de momias y esqueletos humanos. El esfuerzo de concentración era tal que el cuerpo del esmirriado hombrecillo temblaba. Ahora que estaba de pie, Josh lograba vislumbrar que los muertos vivientes no eran las únicas criaturas que se movían entre las tinieblas. Avistó vestigios de osos y tigres, de gatos salvajes y lobos.

De repente, escuchó un grito de Flamel y un alarido de Sophie. Lo primero que pensó fue abalanzarse sobre Dee. Pero, en realidad, dudaba de que lograra acercarse tanto a él. ¿Qué podía hacer contra un poderoso mago? Él no era como su hermana: no tenía poderes.

Pero eso no significaba que no pudiera hacer nada.

El alarido de Sophie emitió una onda de aire congelado que convirtió al tigre de dientes afilados en polvo y destruyó los esqueletos más cercanos. El gigantesco oso se desplomó sobre el suelo y aplastó una docena de esqueletos. La

ráfaga de aire también había disipado ligeramente la niebla y despejado la calle. Por primera vez, Sophie se dio cuenta del gran número de criaturas a las que se estaban enfrentando. No eran docenas, ni siquiera cientos: eran miles de muertos del Viejo Oeste caminando por la avenida en dirección hacia ellos. Entre la huesuda masa, se distinguían los restos de animales que habían acechado los alrededores de las montañas durante siglos. No sabía qué más podía hacer. La mágica ola de frío la había dejado exhausta y su cuerpo se cayó sobre Scathach, quien la agarró con el brazo izquierdo mientras empuñaba una espada en la mano derecha.

Flamel se enderezó con una expresión de agotamiento. El uso de su magia le agotaba sus reservas de energía y, además, en los últimos minutos Nicolas se sentía mucho más viejo. Las líneas de expresión de sus ojos eran más profundas y su cabello más escaso. Scathach sabía que el Alquimista no lograría sobrevivir si la batalla continuaba.

—Éntregale las páginas, Nicolas —le recomendó.

Flamel sacudió la cabeza tercamente.

—Jamás. No puedo hacerlo. He estado protegiendo el libro durante toda mi vida.

—Quienes se retiran a tiempo tienen una vida más larga —le recordó.

Nicolas volvió a sacudir la cabeza. Estaba encorvado hacia delante, le costaba respirar y jadeaba ruidosamente. Su piel había cobrado una tonalidad más pálida excepto en un lugar, las mejillas, que brillaban de un rojo poco habitual.

—Ésta es la excepción que confirma la regla, Scathach. Si le entrego las páginas, os condenaré a todos, a Perry y al mundo entero, a la destrucción. —Acto seguido se enderezó y se dio la vuelta para plantar cara a las criaturas, aunque todos sabían que ésta sería la última vez que lo haría—. ¿Puedes sacar de aquí a Sophie?

Scathach movió la cabeza en forma de negación.

—No puedo combatir contra ellos y cargar a Sophie a la vez.

—¿Podrías salir de aquí tú sola?

—Podría defenderme hasta abandonar este lugar —respondió con cautela.

—Entonces márchate, Scatty. Huye. Acude a los otros Inmemoriales, comunícate con los humanos inmortales, explícales lo que ha ocurrido aquí y comienza la guerra contra los Oscuros Inmemoriales antes de que sea demasiado tarde.

—No os dejaré a Sophie y a ti aquí —interrumpió Scathach con firmeza—. Estamos juntos en esto hasta el final. Pase lo que pase.

—Ha llegado la hora de morir, Nicolas Flamel —irrumpió la voz de Dee desde la penumbra—. Yo mismo me encargaré de relatarle a Perenelle este preciso momento con todo lujo de detalles.

Un susurro serpenteó entre la masa de esqueletos humanos y cuerpos de

animales. De repente, como si todos fueran una sola criatura, avanzaron en tropel hacia Flamel, Scathach y Sophie.

Y un monstruo emergió de entre la niebla.

De un tamaño descomunal y de color negro azabache, el monstruo aullaba salvajemente. Con dos gigantescos ojos de tonalidades amarillentas y blanquecinas y docenas de diminutos ojos resplandeciendo lucecitas doradas, se dirigió hacia la fuente del parque Libbey, colisionó contra ella, haciéndola mil pedazos y destruyendo los jarrones decorativos, y se abalanzó hacia al doctor John Dee.

El nigromante se las arregló para arrojarle hacia un lado antes de que el Hummer negro chocara contra la pared convirtiéndola en polvo. El vehículo quedó con el morro incrustado en los restos de la pared y con las ruedas traseras alzadas mientras el motor no cesaba de rugir. La puerta del conductor se abrió, Josh se apeó del coche y con suma cautela se agachó, reptando por el suelo mientras se presionaba un corte que el cinturón de seguridad le había hecho en la barbilla.

La avenida Ojai estaba repleta de restos de cadáveres enterrados mucho tiempo atrás. Sin el control que Dee ejercía sobre ellos, todo se reducía a una colección de huesos.

Josh se dirigió hacia la calle principal tambaleándose y se adentró en la masa de huesos y harapos. Algo crujía bajo sus pies, pero ni siquiera quería saber lo que era.

Repentinamente, los muertos habían desaparecido.

Sophie no sabía lo que había ocurrido. Había oído un rugido tremendo, un grito sofocado de tormento metálico, un crujido de piedras y después un silencio. Y durante ese silencio, los muertos se habían hundido como la hierba azotada por el viento. ¿Qué o a quién habría convocado Dee?

Una sombra se deslizaba entre la erizada niebla.

Flamel acumuló toda la energía que le quedaba en una esfera sólida de un color verde hierba. Sophie se enderezó e intentó reunir los desechos de su energía. Scathach flexionó los dedos. Antaño le revelaron que moriría en un lugar exótico. Se preguntaba si Ojai podía calificarse como exótico.

La sombra estaba más cerca.

Flamel alzó la mano, Sophie reunió a los vientos y Scathach levantó su afilada espada. Josh apareció entre las penumbras.

—He destrozado el coche —explicó.

Sophie gritó entusiasmada al ver a su hermano. Corrió hacia él y volvió a

gritar, pero esta vez horrorizada, pues el esqueleto del oso se había levantado del suelo y estaba detrás de su hermano, apoyado sobre las dos patas traseras y con las zarpas listas para atacar.

Scathach reaccionó, apartó a Josh del camino con cierta brusquedad, y lanzó al esqueleto dando volteretas mientras iba perdiendo los huesos. Las espadas de la Guerrera esquivaron con un único movimiento el aplastante golpe del oso provocando decenas de destellos que brillaron entre la niebla. Scathach volvió a arremeter y una garra, del tamaño de su mano, salió volando por los aires.

Uno por uno, los esqueletos de animales se fueron incorporando y enderezándose. Dos gigantescos lobos, uno compuesto por algo más que huesos y el otro compuesto meramente por piel marchita, emergieron de la niebla.

—Por aquí. ¡Venid! Por aquí.

La voz de la Bruja sonaba rotundamente desde el otro lado de la avenida y un rectángulo de luz proveniente de una puerta abierta iluminó la noche. Scatty protegía las espaldas de Flamel y Josh sujetaba a su hermana melliza, a la vez que corrían por la avenida en dirección a la tienda. La Bruja de Endor los estaba esperando en la entrada, contemplando a ciegas la penumbra nocturna y sujetando una lámpara de aceite pasada de moda.

—Tenemos que sacaros de aquí —dijo mientras cerraba la puerta de golpe y cerraba con cerrojo—. Esto no los detendrá por mucho tiempo —murmuró.

—Tú me dijiste... tú me dijiste que ya no te quedaban poderes —susurró Sophie.

—Y así es —confirmó Dora mientras dibujaba una gran sonrisa que revelaba su blanca dentadura—. Pero este lugar posee en sí mismo un gran poder.

Los condujo hacia la trastienda, hacia una diminuta habitación a oscuras.

—¿Sabéis qué hace que Ojai sea tan especial? —preguntó Dora.

Algo estaba atizando unos fuertes golpes en la puerta y la cristalería que adornaba la tienda vibró y tintineó.

—Está construida sobre un cruce de líneas telúricas.

Josh abrió la boca y justo cuando estaba a punto de pronunciar la palabra «líneas», su hermana le susurró al oído:

—Líneas de energía que atraviesan la esfera terrestre.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, supongo que la Bruja me lo enseñó. Muchos de los edificios más célebres y los yacimientos ancestrales del mundo entero están contruidos sobre un cruce de líneas telúricas.

—Exactamente —convino Dora con aire de satisfacción—, ni yo misma lo hubiera explicado mejor.

La minúscula trastienda estaba completamente vacía a excepción de un largo rectángulo que pendía de la pared y que estaba cubierto por hojas amarillentas del periódico de la ciudad, el *Ojai Valley Times*.

Los golpes en el escaparate y en la puerta de la tienda no cesaban. Los huesos golpeaban una y otra vez el cristal, lo que resultaba realmente escalofriante.

Dora arrancó los periódicos del rectángulo y dejó al descubierto un espejo. Debía de medir algo más de dos metros de alto y un metro y pico de ancho. El cristal tenía un aspecto sucio, con motas y combado, y mostraba un reflejo algo distorsionado y borroso.

—¿Y sabéis lo que me condujo a Ojai en primera instancia? —preguntó—. Siete líneas telúricas se cruzan aquí mismo formando una puerta telúrica.

—¿Aquí? —susurró Flamel. Sabía perfectamente en qué consistían las líneas telúricas y había oído que las puertas telúricas las solían utilizar sus ancestros para viajar de una punta a otra del mundo en un segundo. Pero jamás creyó que algo así pudiera existir.

Dora dio un taconazo en el suelo.

—Justo aquí. ¿Y sabéis cómo usar una puerta telúrica?

Flamel sacudió la cabeza. Dora se acercó a Sophie.

—Dame tu mano, querida. —La Bruja cogió la mano de Sophie y la colocó sobre el cristal—. Para utilizar una puerta telúrica se utiliza un espejo.

De inmediato, el espejo comenzó a cobrar vida y el cristal se iluminó con una plateada luz cegadora que instantes más tarde se desvaneció. Cuando miraron por el espejo, éste ya no mostraba sus propios reflejos, sino la imagen de una habitación vacía parecida a una celda.

—¿Dónde es? —preguntó Flamel.

—París —respondió Dora.

—Francia —dijo Nicolas con una sonrisa en los labios—, hogar dulce hogar.

Y sin titubeos, Nicolas se adentró en el espejo. Ahora, ellos lo podían ver a través del cristal. Se volvió y les indicó que lo siguieran.

—Odio las puertas telúricas —murmuró Scatty—, me dan náuseas.

Entonces saltó hacia el cristal, lo atravesó y apareció detrás de Flamel. Cuando se dio la vuelta para mirar a los mellizos, daba la sensación de que estuviera a punto de vomitar.

El esqueleto de un oso se movía pesadamente en dirección a la puerta de la tiendecita y al colisionar con ésta rompió todas las bisagras. Los lobos y los pumas le siguieron los pasos. Mientras las bestias se abalanzaban hacia el interior de la tienda, la cristalería se hacía añicos, los espejos se rompían en mil pedazos y los objetos de decoración quedaban completamente destruidos.

Un magullado y rasgado Dee se apresuró en entrar a la tienda, apartando de su camino los esqueletos de los animales. Un puma osó amenazarlo y el doctor John Dee le asestó una bofetada en el morro. Si hubiera tenido ojos, la criatura, seguramente, hubiera parpadeado perplejo.

—¡Atrapados! —gritó Dee alegremente—. ¡Estáis atrapados y esta vez no escaparéis!

Pero al adentrarse en la trastienda, supo que habían logrado huir de él una vez más. No tardó ni un solo segundo en vislumbrar el espejo y darse cuenta de que en el interior del cristal había dos figuras que contemplaban atentamente lo que sucedía al otro lado del espejo, donde una anciana sujetaba la mano de Sophie contra la superficie del cristal. El chico permanecía solo y estaba apoyado en el marco del espejo. En ese instante, Dee supo de qué se trataba.

—Una puerta telúrica —susurró sobrecogido.

Los espejos se comportaban igual que las puertas: en la otra punta de la línea telúrica debía haber otro espejo que uniera las dos entradas. La anciana agarró a Sophie y la empujó a través del espejo. Sophie se cayó al suelo, justo a los pies de Flamel y después se incorporó para mirar hacia atrás. Movía los labios, pero no se oía ningún sonido. *Josh*.

—Josh —ordenó Dee, mirando fijamente al chico—, quédate donde estás.

El joven se volvió hacia el cristal. La imagen que se reflejaba comenzaba a distorsionarse y a desaparecer.

—Te he contado toda la verdad sobre Flamel —dijo Dee con cierta urgencia. Lo único que tenía que hacer era mantener al chico distraído durante unos instantes más y así el espejo perdería todo su poder—. Quédate conmigo. Yo puedo Despertarte, puedo hacer de ti un ser poderoso. Puedes ayudar a cambiar el mundo, Josh. ¡Hacer de él un mundo mejor!

—No sé...

La oferta era tentadora, muy tentadora. Pero sabía que si se posicionaba junto a Dee, perdería a su hermana completamente. ¿O quizá no? Si Dee lo Despertaba, volverían a ser iguales. Quizá ésta era la manera de volver a conectarse con su hermana melliza.

—Mira —le mostró Dee con aire triunfante y señalando la imagen cada vez más atenuada del espejo—, te han abandonado, te han desterrado una vez más y todo porque no eres uno de ellos. Ya no les importas.

Entonces el espejo comenzó a desprender otra vez la luz plateada y Sophie emergió del cristal.

—¿Josh? ¡Date prisa! —avisó con impaciencia y sin mirar ni tan siquiera a Dee.

—Yo... —comenzó Josh—. Has venido a buscarme.

—¡Por supuesto que sí! Eres mi hermano, jamás te abandonaría.

Y entonces Sophie le agarró la mano, entrecruzando sus dedos con los de Josh, y lo atrajo hacia el espejo.

Cuando desaparecieron entre los reflejos del cristal, Dora empujó el espejo y éste se desplomó sobre el suelo rompiéndose en mil pedazos.

—Vaya.

Y entonces se dio media vuelta para colocarse cara a cara frente a Dee, y se retiró las gafas, dejando al descubierto los diminutos espejos que tenía en las cuencas de los ojos.

—Deberías irte —sugirió la anciana—. Tienes tres segundos.

Pero Dee no logró salir de la tienda antes de que ésta explotara.

Capítulo 40

COMPAÑÍA CINEMATOGRAFICA PROVOCA ESTRAGOS EN LA PINTORESCA CIUDAD DE OJAI

El último film de la saga de películas de terror producida por Estudios Enoch provocó estragos en el tráfico y más de una pequeña confusión en el centro de Ojai ayer por la tarde. Los efectos especiales resultaron más reales de lo habitual a ojos de algunos vecinos de la zona y los servicios de emergencia se colapsaron con llamadas de personas que aseguraban que sus antecesores estaban vagando por las calles.

John Dee, presidente de Películas Enoch, una sección de Empresas Enoch, se lamentó efusivamente por la confusión y culpó de los hechos a un apagón de luz y a una niebla, poco habitual en esta estación del año, que se extendió por la ciudad mientras estaban rodando una escena de su nueva película. «La verdad es que los extras cobraron un aspecto aterrador», ha declarado su portavoz. Como consecuencia, se produjo otro incidente: un conductor ebrio colisionó contra la histórica fuente del parque Libbey e hizo mil pedazos la pérgola que recientemente había sido restaurada. Dee ha prometido reparar la fuente y la pérgola y restablecer así la belleza original del monumento.

Ojai Valley News

TIENDA DE ANTIGÜEDADES DEL CENTRO DEVASTADA POR UNA EXPLOSIÓN DE GAS

Una explosión de gas destruyó ayer por la noche la minúscula tienda que desde siempre había expuesto sus antigüedades en el centro de Ojai y cuya propietaria era Dora Witcherly. La señora Witcherly estaba en la trastienda cuando ocurrió la desgracia, pero sorprendentemente salió ilesa de la explosión y, al parecer, no le ha afectado demasiado ver su propia muerte tan cerca. « Cuando vives tanto como yo, nada te sorprende» , ha

declarado. Ha prometido reabrir la tienda para las próximas vacaciones.

Ojai Online

Capítulo 41

En lo más profundo de Alcatraz, Perenelle Flamel yacía en un camastro estrecho, con la mirada fija en la pared negra de su celda. Detrás de ella, en el pasillo, podía escuchar los pasos de la esfinge sobre las baldosas de piedra deslizándose arriba y abajo. El aire estaba cargado con los musgosos olores de las serpientes y los leones. Perenelle Flamel temblaba. La celda estaba a una temperatura bajo cero y el agua, de un color verdoso, se deslizaba de las juntas de las paredes y caía sobre su rostro.

¿Dónde estaba Nicolas?

¿Qué estaba sucediendo?

Perenelle tenía miedo, pero no de lo que pudiera ocurrirle a ella. El hecho de que siguiera con vida significaba que Dee la necesitaba para algo, y ese momento, tarde o temprano, llegaría y tendría que enfrentarse cara a cara con él. Y si Dee tenía un defecto, éste era su arrogancia. Seguramente la subestimaría... ¡y entonces ella lo vencería! Existía un pequeño conjuro, un poco asqueroso, que había aprendido en la falda de los montes Cárpatos que rodean Transilvania y que reservaba especialmente para Dee.

¿Dónde estaba Nicolas?

Estaba preocupada por Nicolas y los niños. Le resultaba bastante difícil medir el tiempo que había pasado, pero examinando las arrugas que se le estaban formando en las manos, Perenelle supuso que al menos había envejecido dos años, lo cual significaba que habían pasado dos días. Sin el elixir de la inmortalidad, Nicolas y ella envejecerían a la velocidad de un año por día que transcurriera. Tenían menos de un mes antes de que ambos sucumbieran a una edad muy, pero muy, avanzada.

Y si nadie se atrevía a enfrentarse a ellos, Dee y sus secuaces liberarían a los Oscuros Inmemoriales y los traerían a este mundo otra vez. El caos reinaría sobre la Tierra y los cimientos de la civilización serían destruidos.

¿Dónde estaba Nicolas?

Perenelle parpadeó para secarse las lágrimas. No quería darle la satisfacción a la esfinge de verla llorar. Los Inmemoriales no sentían otra cosa que desdén por las emociones humanas, pues las consideraban una gran debilidad. Sin embargo, Perenelle sabía que en eso residía la gran fortaleza de la raza humana.

Volvió a parpadear, pero esta vez porque no se creía lo que estaba viendo.

El agua turbia que goteaba de las paredes se retorció hasta formar un delgado

hilo. Perenelle intentaba concentrarse para poder dar un sentido a lo que estaba contemplando.

El hilo se retorció hasta formar la imagen de un rostro, el de Jefferson Miller, el fantasma del guardia de seguridad. Las gotas de agua se doblaban dibujando letras en las paredes cubiertas de moho.

Flamel. Niños.

Las palabras tardaban un solo segundo en disolverse y desaparecer.

A Salvo.

Perenelle tuvo que pestañear para aclarar la vista. ¡Flamel y los niños estaban a salvo!

Ojai. Puerta telúrica. París.

—Gracias —vocalizó silenciosamente Perenelle mientras el rostro de Jefferson Miller se disolvía en el líquido que volvía a fluir por la pared.

Tenía muchas preguntas almacenadas en la cabeza, pero al menos ahora sabía algunas de las respuestas: Nicolas y los niños estaban a salvo. Obviamente, habían llegado a Ojai y se habían encontrado con la Bruja de Endor. Seguramente, Dora había abierto la puerta telúrica para conducirlos a París, lo que le hacía suponer que la Bruja los había ayudado, y lo más probable era que hubiera instruido a Sophie en la magia del Aire.

Perenelle también sabía que la Bruja no habría podido Despertar los poderes de Josh, pero en París y por toda Europa habitaban Inmemoriales y humanos inmortales que podrían ayudarlos, que podrían Despertar a Josh y formar a los mellizos en las cinco magias elementales.

Perenelle dio la vuelta y miró a la esfinge, quien estaba de cuclillas ante la celda de la maga, con su cabeza humana apoyada en las enormes zarpas de un león y con las alas plegadas sobre su espalda. La criatura esbozó una sonrisa perezosa mientras titilaba su negra lengua bífida.

—Todo esto está llegando a su fin, Inmortal —susurró la esfinge.

Perenelle dibujó una sonrisa aterradora.

—Todo lo contrario —replicó—. Esto es sólo el principio.

Nota del Autor

Nicolas y Perenelle Flamel fueron personas reales, como el doctor John Dee. De hecho, todos los personajes que aparecen en *El Alquimista*, a excepción de los mellizos, están basados en personajes históricos reales o seres mitológicos.

En un principio, cuando concebí la idea sobre la que se basaría *El Alquimista*, pensé que el héroe fuera el doctor John Dee.

Desde siempre he sentido una profunda fascinación por el doctor John Dee. En la era isabelina, la era de los hombres extraordinarios, él fue excepcional. Fue uno de los hombres más brillantes de su época y todos los detalles de su vida que se relatan en *El Alquimista* son verídicos: era un alquimista, un matemático, un geógrafo, un astrónomo y un astrólogo. Escogió la fecha para la coronación de la reina Isabel I, y cuando formó parte de su red de espías, firmaba todos sus mensajes con el código « 007 » . Los dos ceros representaban los ojos de la Reina, y el símbolo que se parecía a un siete era el sello personal de Dee. Hay pruebas que sugieren que cuando Shakespeare creó el personaje de Próspero en *La Tempestad*, lo basó en el mismísimo Dee.

La saga de libros basada en un alquimista como protagonista siempre me ha rondado por la cabeza y durante muchos años he estado tomando notas en pilas de libretas. Leyendo mis notas, lo más sensato y natural hubiera sido que la serie se basara en el doctor John Dee. Pese a que escribía otros libros, siempre me venía a la mente la idea y añadía más material, reunía las mitologías del mundo e intentaba crear un contexto histórico y un fondo perfecto para todas las historias. Continué mi investigación y visité algunos lugares para revisar y fotografiar cada ubicación que quería utilizar en la saga.

Cada historia empieza con una idea, pero son los personajes quienes moldean esa idea y la llevan adelante. Los personajes de los mellizos fueron los primeros que creé. Mi historia siempre giraba alrededor de un hermano y una hermana, ya que, en términos mitológicos, los mellizos son especiales. Casi todas las razas y mitologías tienen una leyenda cuyos protagonistas son dos mellizos. Mientras mi historia progresaba, los personajes secundarios, como Scathach, Morrigan y más tarde Hécate y la Bruja de Endor, fueron apareciendo. Pero de alguna manera, continuaba sin tener un héroe, el mentor, el profesor para los mellizos. El doctor John Dee, a pesar de ser un personaje maravilloso, no era el personaje adecuado para ese papel.

Entonces, un día, a finales del otoño de 2006, viajé hasta París por un asunto de trabajo. Resulta un tanto difícil perderse en París mientras sepas dónde está el río Sena (además, desde cualquier parte puedes avistar algún punto de referencia, como la Torre Eiffel, el Sacré-Coeur o Notre Dame), pero no me preguntéis cómo, me perdí. Había visitado la catedral de Notre Dame por la mañana, había cruzado el Sena por el puente d'Arcole y me dirigía hacia el Centro Pompidou cuando, en algún punto entre el Boulevard de Sebastopol y la Rue Beaubourg, me perdí. No estaba del todo perdido; vagamente sabía dónde estaba, pero empezaba a anochecer. Así que salí de la Rue Beaubourg y me adentré en una angosta calle llamada la Rue du Montmorency y descubrí que estaba ante un cartel en el que se leía: AUBERGE NICOLAS FLAMEL (Albergue Nicolas Flamel). Y justo enfrente del edificio había un pequeño poste en el que se explicaba que la casa, donde Flamel y su esposa vivieron antaño, databa de 1407, lo que significaba que ésta debía de ser una de las casas más antiguas de París.

Entré y encontré un acogedor restaurante donde decidí cenar esa misma noche. Fue una experiencia un tanto extraña, la de cenar en la misma habitación donde el legendario Nicolas Flamel había vivido y trabajado. Las vigas de madera del techo parecían ser las originales, lo que significaba que eran las mismas vigas que Nicolas había visto tiempo atrás. En el suelo, bajo mis pies, Nicolas y Perenelle debían de almacenar la comida y el vino y el dormitorio debía de ser la diminuta habitación que quedaba sobre mi cabeza.

Por ese entonces, yo conocía algunos detalles de la vida del célebre Nicolas Flamel. Dee, quien había poseído una de las bibliotecas más extensas de Inglaterra, tenía sus libros y habría estudiado sus obras.

Nicolas Flamel fue uno de los alquimistas más famosos de su era. La alquimia es una curiosa combinación entre la química, la botánica, la medicina, la astronomía y la astrología. Tiene su propia historia, larga y distinguida, y se estudiaba en la antigua Grecia y en China, y uno de sus argumentos forma la base de la química moderna. Al igual que con Dee, todos los detalles que describo en *El Alquimista* sobre Nicolas Flamel son verídicos. De él existe más información, no sólo porque tenga sus propias obras publicadas, sino porque mucha gente escribió sobre Flamel mientras éste vivía.

Nació en 1330 y se ganaba la vida como librero y escribano, escribiendo cartas y copiando libros para clientes. Un día compró un libro muy especial: el Libro de Abraham. Éste, también, existió en la realidad y Nicolas Flamel nos dejó una descripción bien detallada del libro de encuadernación de cobre y escrito sobre lo que parecía ser corteza de árbol.

Junto con Perenelle, estuvo más de veinte años viajando por toda Europa, intentando traducir el extraño lenguaje en el que estaba escrito el libro.

Nadie sabe qué le ocurrió a Nicolas Flamel durante ese viaje. Pero de lo que

no cabe duda es que cuando volvió París a finales del siglo XIV, se había convertido en un hombre extraordinariamente acaudalado. El rumor enseguida se extendió por la ciudad: se decía que Nicolas había descubierto dos de los grandes secretos de la alquimia entre las páginas del Libro de Abraham. El primero, cómo crear la Piedra Filosofal, que convierte metal en oro; y el segundo el secreto de la inmortalidad. Nicolas y Perenelle jamás confirmaron los rumores, ni tampoco explicaron la fuente de sus riquezas.

Pese a que Nicolas y su esposa llevaban unas vidas tranquilas y sin grandes pretensiones, el matrimonio donó mucho de su dinero a actos caritativos; además fundaron hospitales, iglesias y orfanatos.

Los archivos relatan que Perenelle falleció primero. Nicolas pereció un poco más tarde, en 1418. Se vendió su casa y los compradores la saquearon mientras buscaban algunas de las riquezas de la familia Flamel. Pero nunca se encontró nada.

Al cabo de un tiempo, a altas horas de la madrugada, las tumbas de Nicolas y Perenelle Flamel fueron profanadas... Y fue entonces cuando se descubrió que las tumbas estaban completamente vacías. ¿Habían sido enterrados en tumbas secretas, o puede que jamás hubieran perecido? París comentaba los variopintos rumores, y la leyenda de la inmortal familia Flamel comenzó a cobrar forma de inmediato.

Durante los siguientes años, muchas personas aseguraban haber avistado a los Flamel por toda Europa.

Cuando salí del Auberge Nicolas Flamel esa noche, volví la vista atrás para contemplar la casa. Seis siglos antes, uno de los alquimistas más famosos del mundo había vivido y trabajado ahí, un hombre dedicado a la ciencia que había conseguido y entregado una inmensa fortuna y cuya casa estaba conservada gracias a la gente de París. Y es precisamente el pueblo parisino quien conserva vivos en su memoria a los Flamel, gracias a calles que llevan el nombre de Nicolas y el de su esposa (Rue Nicolas Flamel y Rue Perenelle en el *arrondissement* número 4).

Un inmortal.

Y en ese momento supe que el mentor de los mellizos no era Dee; las enseñanzas de Sophie y Josh vendrían dadas por Nicolas y Perenelle. Mientras permanecía en el exterior del hogar de Nicolas y Perenelle aquella tarde de otoño, todas las piezas del libro empezaron a encajar, y en ese preciso instante, los secretos del inmortal Nicolas Flamel tomaron forma.

— FIN DEL PRIMER LIBRO —



MICHAEL SCOTT. Es un escritor irlandés. Nació el 28 de septiembre de 1959 en Dublín, Irlanda. Entre sus títulos más famosos se encuentran *The Thirteen Hallows* (escrito con ayuda de Colette Freedman), *Irish Folk and Fairy Tales*, *Navigatior*, *Vampires of Hollywood* e indudablemente, el éxito más famoso de Michael Scott: La serie *The Secrets of the Immortal Nicholas Flamel*. Ésta es la serie de « Los secretos del inmortal Nicolas Flamel» que incluye seis libros. De los cuales tres han sido nominados para premios irlandeses y del Reino Unido.

Notas

[1] Título original: *Libro de Abraham el Judio, Principe, Sacerdote, Levita, Astrólogo y Filósofo. (N. de la T).* <<

[2] Penn and Teller son un dueto de magos estadounidenses que se decantan siempre por lo escandaloso, como hacer trucos de magia con sangre, vísceras o moscas, entre otros. (*N. de la T.*). <<

[3] Programa estadounidense de cámaras ocultas. (*N. de la T.*) <<